



Entre el
y la **Orgullo**
redención

Escocia II

romance histórico

ISABELLA ABAD

Entre el orgullo
y la redención

ESCOCIA 2

ISABELLA ABAD

Diseño de portada: La Taguara Design

(Stefanía Gil-Helena Moran Hayes)

coverdesigneditorial@gmail.com

©Reservados todos los derechos.

Abril 2019.

Todos los personajes y situaciones son creaciones de la autora, cualquier parecido con la realidad presente o pasada es mera coincidencia.

Nota de la autora:

¡Gracias por adquirir esta novela, segunda de la serie Escocia! En ella encontrarás aventura, pasiones y romance en maravillosos contextos geográficos.

A modo de guía, tal vez innecesaria para algunos, he señalado los capítulos o subcapítulos con el nombre del personaje que lo conduce o sobre el que trata. Esto no implica una visión coral de la historia, pues el narrador sigue siendo omnisciente.

Espero disfrutes la lectura y puedas dejarme tu comentario en las plataformas Amazon y Goodreads, o me lo hagas saber en mis redes, donde te invito a seguirme y estar conectados.

Si deseas info o adelantos, no dejes de suscribirte a mi Newsletter:
[https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?
u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920](https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)

Introducción

Castillo MacDowell, setiembre de 1632.

IAN

Giró y lanzó la estocada contra los maderos que oficiaban de enemigo de práctica. Un pinchazo insidioso en su rodilla lo hizo inmovilizar y lanzar una imprecación. Arrojó su espada al suelo mientras procuraba sobar su pierna y avanzaba penosamente hasta el banco de piedra cercano.

«Envejezco, no llego a los cuarenta años y ya parezco un anciano decrepito», maldijo. Los años de quietud y vida de señor, sin conflictos ni otra cosa por hacer más que recorrer sus tierras, comer y recibir loas o quejas lo estaban anquilosando. Levantó la vista para mirar apreciativamente el lugar, su castillo. Muchos años atrás, quince para ser exactos, esas palabras le habrían sonado extrañas y falsas. Era cuando aún la presencia de su padre Blair latía entre las paredes y los lacayos encorvaban sus espaldas, atemorizados ante la sola mención de su nombre.

Blair... El gran laird había muerto y él, pobre remedo de líder, lo suplió como pudo. Esbozó una mueca con sarcasmo; no solía alimentarse con halagos y sí con insultos. No era una actitud de autoflagelo; él conocía su justo valor y medida. Era un hombre de medio pelo, solía pensar: medio líder, medio guerrero. Crecer bajo la sombra de un hombre tan imponente como su padre tenía esas consecuencias.

—¡Milord! —se escuchó una voz que interrumpió sus cavilaciones—¿Se encuentra bien?

Asintió ante la pregunta del guardia, que había dejado su lugar en la

almena para venir a inquirirle. No había preocupaciones guerreras por esos días; la región se encontraba en calma relativa, sin enemigos o ejércitos a la vista. No representaba peligro alguno el que dejara su puesto.

—Solo es mi pierna mala, Henry, nada más— le indicó.

El guardia afirmó y se marchó. La familiaridad entre él y los suyos era alta y había sido el cambio que Ian había impuesto, luego de décadas de autoritarismo violento. Se fue dando con naturalidad al transcurrir los años. Diluidos el dolor, el odio y los deseos de venganza que lo habían empujado al conflicto armado con los Campbell, su natural personalidad equilibrada fue recuperando lugar.

Hizo una mueca ahora; su mente había viajado rápido hasta el aciago 1617, cuando su padre fue asesinado y su hermana huyó con los Campbell y él les había declarado la guerra. La derrota sufrida ante ellos y sus aliados, a pesar de haber contado con el apoyo del ejército del Rey Jacobo, había frenado su ánimo soliviantado. Más que la vergüenza por perder la batalla, le dolía pensar que su ceguera y rabia habían dejado a varias de las familias de su clan sin su sostén natural, pues la justa había cobrado varias víctimas MacDowell. Se había jurado no volver a exponerlos.

La soledad que lo rodeó en el castillo desde entonces, además de la prolongada falta de contacto fluido con los otros clanes y lairds, lo llevaron a refugiarse en sus más cercanos, que no eran otros que sus lacayos y guardias. Su familia se había disuelto por lo que él llamaba «amargas deserciones» y la comunidad MacDowell era considerada con desprecio entre las otras, que solían reunirse en festejos anuales y competencias deportivas, de agosto a enero de cada año.

Suspiró y se levantó para dirigirse con calma al interior del castillo, que recorrió morosamente. A pesar de la ausencia de la mano femenina de su madre y hermana, la decoración había mejorado. No predominaba el buen

gusto, pero sí había más color y calidez y eso lo debía a sus sirvientas, que lo consentían. Encajó las mandíbulas, como cada vez que se colaba en sus huesos el dolor por la retirada de su madre Catriona, que había huido a las Low Lands, las Tierras Bajas, con su familia de origen luego de muerte su esposo Blair. Ni siquiera lo había dudado, lo abandonó sin pensar si él podría necesitarla, como si fuera un mero accesorio del castillo.

Su hermana Kirstie lo había herido aún más. Su obsesión con Ewan Campbell la había hecho propiciar la invasión al castillo, llevando a la muerte de su progenitor con su acción, amén de su retirada para siempre para formar parte del clan enemigo. Ellas deberían estar aquí, mas habían preferido a otros antes que a él, su familia de sangre. ¿Cómo no iba a entender el desprecio de los demás hacia su persona si las principales mujeres del clan MacDowell lo habían hecho a un lado como a un trasto?

—¿Milord? —Dio la vuelta y le sonrió a Rhoda, bonita sirvienta que lo recibió al asomarse al salón central—. Su almuerzo está dispuesto.

—¿Qué me has preparado hoy? —inquirió con calidez.

—Que no lo hago yo, recuerde. La cocinera se enoja mucho cuando lo escucha decir eso, es muy celosa de su territorio. Hoy ha asado un tierno cordero con puré y frutas, milord. Lo ha traído el campesino Steve, quien desea agradecerle su benevolencia. Promete pagar su deuda sin falta con la próxima cosecha.

Ian torció la cabeza y asintió. No dudaba que así sería. Esta situación hubiera ameritado unos buenos azotes en tiempos de su padre, quien de seguro hubiera recriminado su actitud, adjudicándola a debilidad y poco carácter. Pero, ¿qué más podía hacer si lo conmovía la desgracia de los suyos y la entendía? Las tierras no habían rendido bien los últimos años y el clima no ayudaba. No le urgía el dinero, había dejado de acumular armas y caballos.

Tomó asiento y comenzó a dar buena cuenta de los alimentos, con calma.

El grave revés sufrido en batalla había tenido su contrapartida favorable, al menos. Le había dado protección e inmunidad ante el resto y le hacía considerar que no era necesario gastar tanto en protección. El Rey Jacobo había establecido que no podía ser tocado sin provocar conflictos. Era algo que los demás respetaban, aunque despreciaban. Por eso mismo, la situación le escocía de tanto en tanto; un hombre debía poder defender a los suyos.

Su mente le decía que esto no podía durar para siempre. Aires de cambio habían soplado con fuerza una vez que Jacobo murió en 1625, hacía ya siete de eso. Las veleidades guerreras del nuevo rey, el sucesor Carlos Estuardo, habían sacudido algo el ambiente, pero no llegaban a fondo las cosas, aún.

—¿Desea algo más? —inquirió la joven sirvienta con un poco de osadía acercando sus pechos a su mirada, que los recorrió codicioso.

La miró de vuelta, con una sonrisa y se mojó los labios.

—Tengo deseos de algo dulce —acercó su mano al rostro femenino, que recibió la caricia con placer y permitió que se extendiera por su escote.

Ian la tenía como favorita y eso le gustaba y le daba privilegios frente a las demás mujeres de la servidumbre, que respondían con pullas a sus ínfulas de conquista. «¿Crees que te desposará, incauta? Es un hombre solitario y sólo aprovecha el calor de tus posaderas, no hay lugar para una mujer de nuestra clase a su lado».

«Nunca se sabe», pensó ella ahora, mientras le dejaba hacer entre sus pechos y lo acariciaba con sabiduría, para excitarlo más y más. Sería un solitario, pero de seguro no uno casto. Su pasión y desenfreno le generaban un placer inusitado. Y mientras no hubiera una dama oficial en la vida del laird, ella lo era. Sonrió. No estaba mal ser el solaz de un hombre tan magnífico.

++++

Una vez en soledad, el sabor de la mujer aún en sus labios y la memoria de sus caricias en su piel, se sintió reconfortado. Su lecho no era morada por

largo tiempo, solo el necesario para su placer y disfrute. Dormir juntos era de una intimidad que consideraba innecesarias y podía generar malas ideas en las mujeres que le rodeaban. No era tonto y sabía que varias se disputaban su atención y rivalizaban por su interés, aunque ninguna le conmovía al extremo de pensarla a su lado de manera permanente. La falta de vínculos con el resto de los clanes también estropeaba cualquier posibilidad de conformar una familia con una mujer de mayor rango o posición.

El dolor que le atravesaba y no se diluía, que escocía como ayer, era el de la falta de su madre y hermana. Sobre esta última, aunque se esforzó por borrarla o considerarla muerta, había sabido que tenía hijos. Sus sobrinos. La idea de buscarla o retomar relaciones pasó más de una noche de alcohol por su cabeza, para ser rápidamente desechada, por absurda. Con seguridad Glenn y sus hermanos se habían ocupado de borrarlo de cualquier memoria afectiva que su hermana pudiera tener de él. Lo había dejado de lado apenas a las semanas de conocer a los Campbell. ¿Cómo no hacerlo luego de años de convivencia? No podía olvidarla, sin embargo, por más que se empeñaba. Siempre habían sido amigos, además de hermanos cómplices, aprendiendo y ayudándose desde pequeños, riendo y llorando por lo mismo. El ser mellizos les hacía tener esa relación tan especial, una que había pensado inquebrantable. Salvo al final. Olvido, mal que le pesara, era lo que merecía esa mujer, que ahora era una ajena.

Despertó al alba, sin pereza y se dirigió al patio principal, donde departió con los pocos guardias apostados, que aún sacudían la modorra de la noche. De seguro era más por lo incómodo de la postura nocturna que por no echar algunas cabezadas. Más de una vez había recorrido la muralla para encontrarlos roncando pesadamente. El sol asomaba con timidez y el cielo se llenaba de colores y matices y esto, sumado al aire frío del amanecer, lo vigorizó, sensación luego matizada por el desaliento. Daba inicio una jornada

igual a las otras.

Sin embargo, sobre la mitad de la mañana, el grito del vigía le alertó de la llegada de un carruaje escoltado que rompió la monotonía de su vida y fue el primer anuncio de los cambios más inesperados que hubiera imaginado. La curiosidad hizo que diera la orden de permitir el ingreso, sin pensarlo. La presentación a viva voz, por requerimiento de su guardia, anunció el arribo de miembros del clan Edwards, lo que fue corroborado en los colores de sus tartanes. Su reducto era más al sur y era un clan de importancia media. Blair los despreciaba, recordaba bien algunos incidentes con ellos en el pasado. Esto era precedente y a la vez no pues, ¿quién de los alrededores y más allá no había chocado alguna vez con su padre?

Lo que más le intrigaba era que decidieran llegarse hasta su castillo, que era un lugar evitado en los últimos años. Algo muy urgente debía ocurrirle a esa gente para acudir a él. Resopló. Con seguridad algo les había acontecido o necesitaban asistencia por una situación puntual del viaje. Las normas de hospitalidad imponían la recepción y la ayuda. El carruaje traspuso el umbral mientras él descendía por la escalera de piedra. Alcanzó a ver el rostro de una mujer por la ventana, que lo atravesó con ojos inquisitivos. Esto aumentó su curiosidad.

Se acercó para recibir a los pasajeros en el centro del patio, donde ya el hombre del pescante había descendido, para abrir de inmediato la portezuela y dar paso a la dama, que se asomó curiosa y oteando todo a su alrededor, para fruncir su nariz de inmediato. Ian hizo chirriar sus dientes y maldijo en voz baja; de seguro esta era una mujer de escrúpulos y molestia fácil, de esas que abundaban en los castillos finos. El vestido holgado, oscuro y cerrado hasta el cuello impedían ver más de lo necesario. Una tez blanquísima, faz ovalada y de apariencia delicada, unos ojos negros intensos, todo se enmarcaba por una trenza de cabello ajustado. Ella lo observó a su vez, para darle la espalda de

inmediato y ayudar a descender a un anciano de cabellos largos y blancos, cubierto por el plaid multicolor de los Edwards.

—Saludos y bienvenidos —se plantó ante ellos, tan solícito como su humor le permitió.

—Ian MacDowell. Vaya, vaya, vaya —se escuchó la cascada voz del hombre y su mirada aguda lo aquilató. Se apoyó en la mujer para no caer; parecía frágil y enfermo, aunque sus ojos eran despiertos y sagaces—. Tengo que decir que no te pareces mucho a tu padre, lo cual no es para nada malo.

La mujer carraspeó, como recordando la necesidad de urbanidad en el diálogo y señalando la inconveniencia del comentario. Ian había torcido el rostro y contenido el exabrupto, apenas por poco. No toleraría los insultos en su morada, mas antes de decir nada, el hombre levantó la mano en señal de cordialidad.

—Disculpa a este viejo deslenguado. No tengo intenciones de ofenderte. Antes bien, soy portavoz de un mensaje y una invitación. Pero déjame presentarme, como corresponde. Mi nombre es Sam Edwards y la que me acompaña es mi hija Elsbeth.

—Una invitación—inquirió Ian, elevando una ceja y pasando por alto las formalidades, para enfocarse en lo que consideró más relevante del discurso del hombre—. No suelo...

—Recibir las, sí, lo sé. Tu malograda lucha hace años no te hizo exactamente el laird más popular de la región. Las cosas cambian, sin embargo.

—¿Qué ha cambiado? —inquirió con arrogancia y fastidio.

Le estaban empezando a cansar esas vueltas, así como la mirada y presencia de esa mujer, fría y seria. Lo incomodaba, era la menos atractiva que hubiera visto y eso que había mujeres poco agraciadas en su clan. Lo peor era su mirada de desaprobación, que se traducía en su boca fruncida.

—¿Nos vas a recibir aquí? —preguntó el anciano con impaciencia.

—Sígueme— dijo con sequedad y dio la vuelta, para dirigirse al salón sin esperar o mirar si lo seguían.

Una vez allí, se sentó de mala manera en el sillón de madera que tantas veces había usado su padre y esperó. Su fastidio escondía interés. ¿Qué hacía un viejo laird aquí, con su hija? Mencionó una invitación. «¿Se referiría a un compromiso?», aventuró su cabeza, que bullía de ideas. Ni por toda la dote de las Highlands tomaría a una mujer tan estirada por esposa. Tal vez la desesperación había llevado al viejo aquí, con él. La única esperanza de una solterona sería un laird despreciado, ¿sería eso lo que le traía? Ya podía irse por donde había venido, porque a él no le interesaba nada.

Demoraron unos instantes en aparecer por la puerta de acceso al salón. El anciano, presentado Sam, flácido y casi sostenido por la fémica, que lo fulminó con sus ojos oscuros como noche. Se la devolvió retador. Si quería criticarlo y usar su mirada como juez, que lo hiciera. Nada les debía. No los necesitaba.

++++

ELSBETH

Elsbeth sostenía a su padre por el brazo y lo instaba a que la usara como apoyo. Frágil como era su cuerpo, el anciano lo complementaba con una energía frenética que nacía de sus impulsos y de la inexpugnable voluntad de vivir para siempre, o al menos hasta que su clan estuviera a salvo. Solo esta esperanza podía haberlo traído aquí, a un lugar que los demás evitaban y despreciaban. Así había sido hasta ahora, en que la situación cambiaba y era un momento de inflexión política y religiosa, que amenazaba la buena vida y la seguridad de todos en las Tierras Altas.

Muchos vivían sus días como si nada se hubiera transformado, pero él no

podía. Era un agudo observador de la realidad y esta le marcaba que, si continuaba la tendencia del actual Estuardo hacia el absolutismo y la tiranía, los más directamente afectados iban a ser clanes como el suyo, relativamente pequeños y fáciles de someter por otros más fuertes. Estaban muy expuestos frente a una política real de impuestos que se llevaba buena parte de las rentas. Esto era solo el comienzo, temía.

—¡Suelta, Elsbeth! —gruñó una vez arribaron al salón, pero esta le hizo poco caso.

No podía casi sostenerse y el descortés laird MacDowell había actuado sin escrúpulos frente a un hombre tan anciano como él, pensaba Elsbeth. «Despreciable», fustigó mentalmente. Si no fuera por su historia personal de derrota, hubieran sido sus modales y falta de amabilidad los que le hubieran raleado del círculo de los clanes. Y eso que los escoceses no eran de modales finos. Trató de contener su indignación, recordando las palabras con las que su padre le había hecho ver lo necesario de este viaje y su objetivo. «Debemos ir nosotros, mi querida. Nadie más lo hará, eso es seguro. He podido convencer a todos de la necesidad de sumar a los MacDowell a la lucha, si es que esta se desata. O al menos, asegurarnos su neutralidad. Sus guerreros son numerosos, además de estar ubicados en una posición estratégica. Nadie desea ir hasta ellos».

»—¿Qué hay de Glenn? —había inquirido ella, en aquel instante, con pesar y temor a la vez.

»—En otro caso lo haría, lo vería como su tarea y la ejecutaría con gusto, estoy convencido. Pero hay demasiada historia y rencor entre ellos— había aseverado Sam, cavilando—. Debemos ser nosotros. Seremos los más directamente afectados si los problemas aparecen. Estamos en la primera línea si todo estalla».

Eso había sido una semana antes. Y aquí estaban, calados de frío y

doloridos por el viaje. Debía confesarse que había esperado encontrar alguien muy diferente, pero su imagen mental no coincidió para nada con el hombre que los recibió. Alto, fornido, de ojos feroces y tormentosos, con facciones muy agradables, aunque desprolijas y perdidas entre la barba y el cabello pelirrojo. Sus miembros se adivinaban ágiles. Percibió una leve cojera al verlo caminar y perderse en el pasillo hacia el interior del castillo.

Por muchos años los detalles que lo describían lo habían hecho parecer un rufián avaricioso e inclemente, pegado a la Corte del Rey y protegido. Como un cobarde. «Que no parezca malo, no implica que no lo sea, Elsbeth. Apégate a la tarea de cuidar a tu padre». Con suerte, darían el mensaje y se irían, para no verle más. Eso sería lo mejor.

A medida que avanzaban por el largo pasillo continuó evaluando el entorno. El lugar era enorme, bastante más que el de su padre. Le había impactado desde que comenzaron a verlo cuando el carruaje avanzaba y ella notaba su corazón cada vez más encogido ante la incógnita de lo que les esperaba adelante. Entendía perfectamente las preocupaciones de su padre, que eran también las suyas. Como única heredera del laird de los Edwards, conocía las debilidades y necesidades de los suyos. Su padre la había preparado para controlar sus tierras, tomar decisiones de guerra y de paz, algo que no era nada tradicional, pero sí necesario, dada la falta de varones que tomaran la posta del liderazgo.

Sam Edwards había asumido como su deber preparar a su hija de la mejor forma posible. Vaya que ella tenía carácter como para resistirlo. Su esposa, Dios la tuviera en su seno, probablemente despotricaría desde la tumba por la falta de pretendientes y el ascetismo practicado con constancia por Elsbeth. No es que le faltara femineidad por naturaleza, la había cultivado. Su carácter gentil había sufrido un durísimo revés en la etapa más joven, volviéndola huraña y esquiva con los hombres, además de volcarla con apego

a la religión.

Su seriedad no era más que una mascarada que buscaba cubrir un oscuro episodio, uno que su memoria guardaba desde su amanecer como mujer. Se despojó de recuerdos dolorosos y clavó la vista al frente. La preocupación le hizo apretar el brazo de su padre, que gruñó y la miró con mal humor. A la entrada del gran salón las esperaba una sirvienta, vestida con descaro. A su lado, ella parecía una monja.

Esos eran los dichos a sus espaldas, lo sabía bien. Solían adjudicarle ese mote, burlarse de su falta de compromisos maritales. A sus 35 años, Elsbeth era una solterona y las esperanzas de su padre parecían sepultadas. Durante muchos años la había alentado y hecho preparativos para tratar de conseguir un marido que la sostuviera; inexorablemente, todos sus intentos habían sido desechados sin esperanza por su hija. Y como Sam era un hombre práctico a la vez que astuto, no pasó mucho tiempo hasta que se resignó. La suya sería una semilla que no daría más frutos. Era su bastón y una buena hija, eso era suficiente para él.

Mas ahora le molestaba su ayuda porque lo mostraba más frágil de lo que quería frente a un hombre que, de seguro, no apreciaba esa característica. Por ello la apartó, rechazando su apoyo. Elsbeth lo entendió, aunque de soslayo, fulminó con la mirada a Ian, que bebía de una copa sin siquiera molestarse en ceremonias o en ayudar a un hombre que tenía dificultades evidentes. «Probablemente es un borracho que entierra su soledad en la bebida y en el sexo». Detestaba la flojera y el alcohol en los hombres; esto era algo que hacía que la gran mayoría cayeran bajo su desprecio de inmediato. Se encomendó al Señor, orando mentalmente para que Sam pudiera hacer entender a ese energúmeno la situación en la que se encontraban.

Siguió a su padre como un guardián, y le vio acomodarse en uno de los sillones de madera, detrás del cual se posicionó como una estatua, clavando su

mirada en Ian, sopesándolo de pies a cabeza hasta ver que él se ponía ostensiblemente incómodo. Al menos eso le pareció cuando le vio bajar la vista y removerse en su asiento. Ella sabía cómo poner nervioso a alguien cuando se lo proponía. El silencio y la mirada de reconvención solían funcionar.

—¿Y bien? —soltó él entonces, con impaciencia, procurando incentivar a Sam a hablar.

No era algo que fuera a funcionar con su padre, pensó Elsbeth; a él le gustaba dar vueltas y no permitía que le apuraran.

—Debo reconocer que tienes un lindo lugar aquí, muchacho —señaló el anciano, con ánimo de conversación.

Sam solía embargarse en largos discursos, descripciones y cuentos de antaño, los que a veces lo distraían de su real objetivo.

—Ha conocido épocas mejores —sostuvo Ian, girando su cabeza, por un instante inmerso en el pasado.

Elsbeth logró percibir una chispa diferente en sus ojos. ¿Dolor, pesar, ira? Difícil saberlo.

—Sin duda, sin duda. Ese padre tuyo los tenía a todos corriendo a golpe de látigo.

—¿A qué debo su visita? —le cortó, molesto.

—Bien, trataré de ser breve, noto que no te gustan las introducciones largas.

—Digamos que estoy intrigado. No recibo muchas visitas por aquí, usted entenderá.

—Lo hago. Y no me parece difícil de interpretar por qué; tu actitud hace quince años es la responsable de eso —la voz de Sam ganó en acritud y no le tembló, a pesar que decía una realidad dolorosa.

Él todavía recordaba bien lo duro que había sido el triunfo. Había estado

presente en la batalla y había perdido algunos buenos soldados.

—No voy a entrar en discusiones, no espere de mi disculpas o lamentaciones.

El viejo comenzó a toser con estrépito; parecía que se ahogaba y Elsbeth corrió hasta la mesa a buscar un vaso de agua. Estos ataques puntuales de su padre la estremecían, pues le recordaban su fragilidad. Le hizo beber con lentitud y logró sosegarlo.

—Estás hablando demasiado padre —le indicó.

El asintió y buscó aire hasta que su pecho se aclaró.

—Debo hacerlo —la miró y procuró tranquilizarla, para luego dirigirse nuevamente a Ian—. Yo no he venido aquí a reprimirte por el pasado. Entiendo que suficiente castigo fueron la derrota y el ostracismo al que has estado sometido, con razón o sin ella. Lo que me trae aquí es el futuro.

Elsbeth vio que entrecerraba los ojos y se acomodaba en el asiento. Su padre había captado su atención y eso era bueno. Pudo estudiar mejor sus ojos, su boca bien dibujada rodeada por una barba espesa y castaña rojiza que le confería carácter. A su pesar, debía reconocerle apostura.

—¿A qué te refieres, anciano? No me digas que lees el futuro—procuró sonar jocoso.

—No es difícil esbozarlo con la información correcta y en este caso, una serie de situaciones comienzan a darse la mano y a generar nubes de tormenta sobre nuestros clanes. Tú has contado por muchos años con el beneplácito del Rey —se aventuró a ser claro—, pero eso es algo que ha quedado atrás. La muerte de Jacobo ha cambiado el estado de relación entre ingleses y escoceses, pero también entre los católicos y los anglicanos. Carlos es un soberano ambicioso, sus conquistas ameritan guerras y para ello necesita ejércitos fuertes y bien armados. De ahí su urgente necesidad de dinero, que cada vez busca con mayor encono en nuestras tierras.

—Sé que los impuestos han escalado hasta las nubes, anciano. Y voy a aclarar es algo que todos ustedes, charlatanes, han dado por hecho. La ayuda del Rey a los MacDowell nunca implicó que dejara de cobrar sus dineros a nuestro clan.

Le molestaba la creencia de que ellos habían vivido en una situación económica diferente al resto todos esos años. No era así, tal vez había más morosidad en la exigencia y sin duda un halo de protección, más en las promesas que en los hechos, pues nunca debió pedir que se efectivizara. Habían sido años de paz.

—Carlos está generando división entre sus propios súbditos y no pasará mucho tiempo antes de que sus ansias de poder lo lleven a oprimirnos más y más.

—¿Qué quieres decir con toda esta perorata catastrófica? —sonaba y se sentía fastidiado. El anciano hablaba mucho y nada que no supiera.

—La Corte que rodea al soberano es ambiciosa y tiene sus propios intereses. El Parlamento fue suprimido hace tres años y los antiguos miembros complotan para recortar el accionar al Rey. Hay movimientos políticos y religiosos que buscan modificar la forma en la que Escocia se relaciona con Inglaterra. Carlos es descendiente e hijo de escoceses, pero nació inglés y estas tierras son de segunda clase para él, unas a las que busca extraerles jugo. Él tiene el poder de quitar tierras, pero sobre todo quiere de nosotros obediencia absoluta.

—¿No es lo que quiere todo Rey?

—Tal vez —señaló—. Pero los hombres de estas tierras somos orgullosos. Nos gusta la justicia, que nos respeten. Que lo nuestro no se toque. Y a veces hay que levantarse a luchar por lo que uno quiere.

—¿Que me estás queriendo decir con todo esto? —achicó los ojos—. ¿Y por qué venir a mí con ello?

—Seré muy franco. Los lairds de la región nos hemos estado reuniendo, intentando dejar atrás nuestras diferencias, que las hay y muchas. Pero todos nuestros problemas no son nada en relación a lo que puede ocurrirnos si no nos unimos. Ya hay clanes que apenas pueden mantener a sus familias y sus impuestos a la vez. Están dispuestos a rebelarse. Si no ponemos coto a las exigencias abusivas, terminaremos siendo meros títeres de un monarca cruel.

—¿Por qué debería interesarme algo de esto? Hasta donde veo, no parece afectarme. Claramente sí a ustedes. Su clan es débil y está en los límites, al sur. Serían los primeros invadidos por un rey fastidiado. He mantenido mis vínculos con la Corona. Pocos, mas suficientes. ¿Qué me haría romperlos? Máxime considerando la soledad y el desprecio con los que los míos han sido tratados todos estos años.

—Puedes pensar todo eso y tal vez tengas razón, en parte. Deberías considerar esto, además: eres un escocés, un hombre de las Tierras Altas. Debes fijarte dónde está tu lealtad. Como un verdadero líder debes velar por los tuyos. ¿Crees que Carlos, de decidirse por la guerra, respetará los brumosos acuerdos que la Corona pueda haber tenido con tu padre o contigo mismo? Todo seremos lo mismo, si decide atacar.

—Encuentro razón en eso. Lo que no me queda claro es por qué el Rey querría atacarnos.

—Hay rebeldes, te lo dije. Ya están hostigando a algunos enviados del Rey. No estamos de acuerdo con eso, aunque no vemos modo de evitarlo. Por eso debemos prepararnos.

—Hace mucho que mis hombres no luchan y no sé por qué debería pedirles que lo hicieran.

—Mira, muchacho, solo te pido que lo consideres. Tendremos una gran reunión en cuatro semanas, en mi castillo. Todos los hombres importantes de la zona estarán allí. Quiero que estés presente.

—Dudo que los demás quieran saber de mí.

—Te equivocas. Lo hablamos. Algunos no querían, tienes razón. Pero otros sí. Entendemos que tú lideras uno de los clanes más fuertes de la región, con una posición por demás estratégica.

Elsbeth decidió intervenir. Su padre había hablado demasiado y la agitación se notaba en el pecho. Ese bruto no se percataba del esfuerzo que suponía para un hombre viejo viajar hasta aquí y tratar de convencerlo.

—Suficiente, padre. Has expuesto con claridad lo que querías. Este hombre deberá decidir qué hacer. Debemos marcharnos.

Miró a Ian, que parecía indiferente y con un gesto en su expresión, que interpretó como burla. Esto hizo que la ira la ganara, y alzó la voz, sin poder evitarlo:

—Tal parece que no le enseñaron normas de hospitalidad y carece del más mínimo sentido de la oportunidad. Mi padre ha sido el único que lo ha defendido y ha esbozado la necesidad de contar con usted y traerlo de vuelta al contacto con los clanes. Si la lucha se da, será por nuestra independencia, por la posibilidad de sobrevivir, porque nuestras tradiciones permanezcan. Para contener a esos ingleses que creen que Escocia es su reducto y el bolsillo del que pueden extraer todo lo que necesitan. Es además para defender la verdadera religión. Pretenden modificar nuestra Iglesia y nuestras creencias y...

Ian la escuchó con sorpresa, la pasión de sus palabras lo impactó y luego le molestó que ella creyera tener el derecho a sermonearlo.

—Con el respeto que me merece —la cortó con voz gélida y firme—. Me interesa bien poco la religión.

Ella lo miró con espanto.

—¿Cómo puede usted hablar así?

—He estado bastante alejado de Dios, cómo podrá comprobar. O él de

mí, como quiera decirlo.

—Rogaré por usted— elevó la barbilla y giró su cabeza.

—Hágalo. Percibo que pasa usted metida en iglesias.

—¡Ian MacDowell, le pido respeto por mi hija! Es una mujer devota y tiene sus razones. Puede ser exagerada, pero es su manera de enfocar el mundo. Le debe usted respeto.

Elsbeth lo miró algo herida por la defensa, y su padre le tomó la mano.

—Pero tiene razón en una cosa. Entiendo el profundo quiebre que existe entre los Campbell y usted. Es algo que deberán resolver, más tarde o más temprano. La invitación está hecha. Será usted bienvenido a mi castillo, que no es tan grande como el suyo. Seguramente la recepción será más cálida — sonrió con ironía.

Ian sintió algo de vergüenza al escucharlo, pero el orgullo le impidió decir una disculpa, como su lógica le sugirió.

—Lo pensaré. No tiene que irse de inmediato. Es un viaje largo y necesita descanso. Le ofrezco permanecer aquí esta noche. Los atenderán bien, no tenga duda.

Sam accedió y Elsbeth suspiró, internamente aliviada. No hubiera sido un retorno agradable por los caminos ondulantes y pedregosos, con su padre agotado y ella misma casi sin energías. No lo volvieron a ver, pues en la noche cenaron solos en el gran salón. Descansaron en camas tibias y fragantes y a la mañana habían recobrado fuerzas. El camino de vuelta se le hizo más rápido y ella sentía su cabeza bullir de pensamientos por ese hombre. Su padre se había equivocado. Evidentemente no había nada que hacer, ese hombre estaba lejos de Dios.

Capítulo 1.

Tierras de MacPhearson, 2 semanas antes (agosto).

REUNIÓN DE LAIRDS, lidera Glenn

El movimiento y el trajín eran intensos en la gigantesca explanada de pasto cercana al castillo MacPhearson, despejada totalmente de árboles. Grupos de hombres, muchachones y niños dialogaban, gritaban y jugaban, elevando risotadas y dándose palmetazos. El crisol de tartanes llenaba el espacio de colores, dando brillo a la celebración anual de los juegos deportivos, esos que detenían las confrontaciones y escaramuzas habituales de la región, estimulando la camaradería a través de torneos y justas o luchas de ficción, que buscaban coronar a los más fuertes, hábiles y astutos entre los highlanders.

Las mujeres charlaban, cocinaban y se divertían, mientras algunas, las más osadas, buscaban practicar con algún cuchillo o espada, amparadas en la benevolencia y el alcohol que atemperaba los ánimos varoniles más arrogantes. Un tanto más lejos, alrededor de una fogata que asaba carnes, se había conformado una reunión de singular importancia, que había atraído a todos los lairds presentes. Quien tenía la palabra en ese momento era Glenn Campbell, líder que la había propiciado y, sin dudas, era el más respetado de toda la región.

Su fama de buen guerrero y estratega, demostrada varias veces en batallas, se había acrecentado al enfrentar con éxito a parte del ejército del Rey Jacobo por el año 1617, quince años atrás, cuando había acudido en

auxilio de Ian McDowell, quien provocó el conflicto, al procurar vengar la muerte de su padre, pretensión que la Corte Real apoyó, basada en el supuesto desafío de Glenn a las órdenes del monarca, además de ejemplificar con ello a todos los díscolos súbditos de las Tierras Altas. La valentía y astucia de los Campbell, aunada a la alianza de los clanes que vinieron en su apoyo, les dio la victoria y preservó la autonomía, sin que ello disminuyera la obediencia debida al Rey.

Este se había contentado con la promesa de que no habría rebeliones en el futuro y que todos pagarían religiosamente sus impuestos. Años de relativa prosperidad y calma habían seguido a esa negociación y en su transcurso, los clanes habían logrado convivir con calma, salvo algunas escaramuzas puntuales. Mucho tenía que ver con eso que el principal promotor de los conflictos, Blair MacDowell, había muerto bajo la espada de Glenn, quién, sin buscarlo, había así vengado a su padre y salvado a Davina, la abuela herborista de su esposa Isobel. A la vez, también había logrado que la hija de Blair, Kirstie, pudiera concretar su romance con su hermano mediano, Ewan.

El vencido Ian MacDowell, heredero natural de Blair, no había movido piezas luego de eso, sumiéndose en un silencio y ostracismo impulsado por sus iguales, quienes le consideraban un cobarde amarrado a las vestiduras de Jacobo, ya que este exigió respeto por sus tierras y hombres y el compromiso de no enfrentarlo. Esta situación, sin embargo, tendía a descomponerse por las pretensiones del nuevo rey, que se mostraba más impetuoso y nada complaciente con sus súbditos escoceses. Jacobo Estuardo había muerto en 1625 y su hijo y sucesor, Carlos, había asumido el trono con una sed insaciable de tierras y dineros.

Su guerra con España había secado las arcas del Estado y los cautos burgueses, representados en el Parlamento inglés, trataron de ponerle límites, sin lograrlo. Esto había fallado hasta el punto que, en 1629, el Rey disolvió la

institución parlamentaria para comenzar un gobierno sin controles de hombres o leyes. Todo propietario que tuviera algo estaba amenazado por la política fiscal que buscaba crear un ejército grande y poderoso que diera alas a la ambición real.

Esto golpeaba fuertemente a Escocia y a los lairds, que rumiaban su descontento. Si algo más faltaba a esto, se agregaba que Carlos también amenazaba con terminar la autonomía de la Iglesia escocesa buscando extender la anglicana por tierras católicas. Esto rebelaba y enfurecía a creyentes y no tanto, pues era una muestra más de la sordera de un rey al que solo le importaba su grandeza.

Este resumen fue desgranando Glenn alrededor del fuego, con términos sencillos que lograron el asentimiento y apoyo de todos. Palabras cautas y medidas que buscaban que hubiera comprensión de la situación en que estaban y no soliviantarlos. La suya no era una arenga para la batalla; por el contrario, buscaba tejer uniones que los mostrara sólidos frente a cualquier intento de someterlos.

—El Rey debe saber que somos leales y respetuosos, en la medida que obtengamos consideración y no oprobio en sus respuestas. Nuestras tierras no pueden ser un lugar de extracción constante de recursos.

—¡Así es! ¡Hemos tenido malas cosechas!

—¡El ganado ha muerto por falta de pasturas! Y, aun así, nos exigen pagos imposibles.

—¡Nos amenazan! Los recaudadores reales dicen que el Rey puede tomar nuestras tierras si no pagamos.

—¡Hemos tenido que destilar nuestro whisky y cerveza a escondidas, para evitar los constantes chequeos y prohibiciones!

Esto generó diálogos airados. La persecución a la producción de las bebidas que eran parte de su día a día era una afrenta que la mayoría

condenaba. Las voces se elevaban, remarcando la molestia y el hastío. Era verdad que no eran buenos tiempos productivos y esto se agravaba al ser presionados por impuestos leoninos.

—Estamos todos en la misma situación —asintió Glenn—. Es por ello que nuestra unión se hace tan vital, para presentarnos firmes y dispuestos a poner coto a los abusos. Nuestra supervivencia como clanes se pone en juego y el Rey debe entenderlo.

—Yo creo que el Rey lo entiende —la voz algo baja pero firme del anciano Sam Edwards llenó el espacio.

Todos lo miraron con atención y Glenn lo alentó a seguir. Lo tenía en alta estima, era un hombre de astucia y su experiencia lo precedía.

—El gran asunto es que no le importa. Todo quien se oponga es dejado a un lado. Pasó con el honorable Parlamento inglés. ¿Por qué no habría de pasar con los mugrosos hombres de las Tierras Altas?

Los gritos de protesta se elevaron y Glenn los detuvo con un gesto, incentivando con ello a que el anciano se explicara mejor.

—¿Creen que él no lo piensa? Es un inglés, no lo olviden. Era su padre el que tenía raíces acá y, por tanto, compromisos y algo de consideración. No él. No duda en meter su larga mano en nuestros bolsillos, sin remordimiento. Ha llegado al extremo de querer eliminar nuestra Iglesia. Una afrenta gravísima, sean creyentes o no, no importa. Es una muestra de que desea someternos desde todo ámbito a los designios ingleses. Lo que afirma Glenn es la más pura verdad. Lo que debemos hacer es unirnos y mostrarnos recios. Negociemos, pero presentémonos fuertes. Separados no somos nada ante el ejército del Rey.

—¡En especial tú, viejo zorro! —refunfuñó otro de los presentes.

—Lo tengo claro. La posición de mis tierras y mi pequeñez me exponen. Ahora, ¿crees que tú podrás solo frente a ingentes tropas? ¿Cualquiera de

ustedes? No importa cuán grandes o poderosos se crean, no son nada frente a los recursos del Rey Carlos.

—Hay absoluta claridad en tus palabras, Sam. Estamos todos expuestos —sentenció Glenn.

—¡Pues nos encontrará juntos! —se elevó un grito.

Hubo vítores y los «¡de acuerdo!» llenaron el aire.

—Hay algo que he pensado —continuó el anciano y les impuso silencio—. Somos todos conscientes que hay un clan que no está aquí, no ha estado con nosotros por años. Lo necesitaremos.

Las voces y gritos de furia no se hicieron esperar, con insultos repetidos.

—¡Esos traidores! ¡Que los arrasen!

—Ya estuvieron con el Rey antes, ¿qué podría ser diferente?

Sam quiso continuar, pero el griterío lo acalló. Glenn lo observaba en silencio y el anciano lo miró con fijeza y con sus labios le hizo saber: «Los necesitaremos». Entonces el laird, que había estado meditando eso mismo por días, intervino:

—¡Hombres! Sé que todos hemos tenido diferencias enormes con ellos y muchos desprecian a los MacDowell. Saben que yo mismo sería el primero en hacerlos a un lado, de poder elegir. Pero esto va más allá de nosotros o de nuestros sentimientos. Los MacDowell son muchos y buenos guerreros en general. El que hayan sido relegados no les quita valor a sus espadas. No podemos permitir que se sumen al Rey. Es importante que estén con nosotros, o de otra manera que sean neutrales.

—¿Cómo podríamos confiar en quien no dudó en ir contra nosotros antes?

—Phil —gruñó MacPhearson al que había gritado—. Tú marchaste contra mí en el verano del 1600.

—¡Y tú me desafiaste y mataste parte de mi ganado en el invierno de

1611!

Surgían reproches por varios lados, que de pronto amenazaron con implosionar la reunión y desvirtuar el objetivo inicial.

—¡Lairds! Somos guerreros, celosos guardianes de lo nuestro y hemos tenido diferencias grandes, pero hay que dejarlas a un lado. Sam Edwards habló con absoluta lógica: ¡debemos lograr que los MacDowell se nos unan o al menos que proclamen su neutralidad!

—¿Tú hablarás con él, Glenn? —lo encaró el laird McDonald.

Este negó con energía.

—Hay demasiada historia negativa entre nosotros. Solo empeoraría las cosas.

—Yo lo haré —se ofreció el anciano Sam—. Soy un hombre viejo y no temo al rechazo. Le pintaré la situación de cuerpo entero y le invitaré a reunirse. ¿Qué les parece en tres meses? Mi castillo es un lugar neutral, serán todos bienvenidos, con una escolta sencilla. No quiero enfrentamientos o escaramuzas en mis tierras. Tengan claro que si logro convencer a Ian MacDowell de asistir, no es para encararlo o confrontarlo. Esto es por nuestro futuro, no por lo que pasó quince años atrás.

—¡Que así sea! —afirmó Glenn, dando por finalizada la reunión.

—¡Tal vez puedas lograr que ese lunático Ian despose a tu hija, que ya viste santos! —soltó uno de los hombres, arrancando risotadas y provocando el gesto adusto de Sam.

Glenn se acercó y le palmeó la espalda con agradecimiento.

—Has dado un ejemplo de cómo se habla a los hombres y se les estimula a la unión, gracias.

—Entiendo tus preocupaciones, que hace buen tiempo son las mías. He rumiado este asunto por meses. Esto se complica más y más.

—Tengo la misma percepción.

—Habla bien de ti que no te opongas a que Ian MacDowell aporte al resto, muchacho.

—No tengo motivos para odiarlo o temerle. Es él quien no nos perdona la muerte de su padre, a pesar de que fue en combate abierto y digno. Se suma el hecho de haber propiciado que su hermana esté con nosotros.

—El tiempo es un amigo y consuela, además de dar perspectiva. Quince años de soledad han de haber hecho mella en él. No lo conozco personalmente, mas no creo que exista la maldad de su padre en él. Ya debería haberse notado. Tuvo opciones de enfrentar a clanes más pequeños, asolarlos o robarlos y nada de eso ha ocurrido.

Glenn cabeceó, afirmando. Él también lo había pensado. Su cuñada Kirstie, a la que se le notaba cuánto lo extrañaba, decía que Ian era un hombre bueno acuciado por la pérdida. Creía en él a pesar de los años y la separación. Pronto verían que esperar de él.

++++

Castillo de los Edwards, 3 días después.

ELSBETH

Elsbeth observó a su padre comer con poco apetito. Sus movimientos se hacían más pausados conforme pasaban los meses, dando muestras de su natural deterioro. Eso la asustaba y le oprimía el pecho. Amaba a ese anciano algo cascarrabias que moderaba a los suyos con energía, pero sin levantar un dedo, y era puro afán con ella. No sabía que hubiera sido de su vida sin él. Su madre había muerto cuando era apenas una niña.

Su mente la evocaba de tanto en tanto y apenas se esbozaba como una tez blanca rodeada de largos cabellos negros con bucles, una imagen lejana que traía brumosa la memoria. Sam la había cuidado y protegido, le había

enseñado todo lo que pudo de la vida y de los hombres. Lo otro, que tenía que ver con lo femenino, lo debió aprender de las sirvientas y campesinas que la rodearon, que la cuidaron y apoyaron tan bien o mal como pudieron. Su padre le enseñó a montar, a manejar el cuchillo con destreza, a cazar, el comportamiento de los hombres y la elocuencia como forma de convencer. La preparó para ser una líder y preparó a los suyos para verla como tal.

Lo que el anciano no pudo prever ni evitar fue la ruindad y la hipocresía de uno de sus hombres que, aprovechándose de su gentileza y hospitalidad, tomó por la fuerza el honor de su hija, cuando esta recién empezaba a conocer las diferencias entre hombres y mujeres. Este recuerdo la asolaba de tanto en tanto, y en especial cuando veía a su progenitor tan venido a menos, como ahora. Se obligó a volver rápido a la realidad, espantando el horror del pasado, y a focalizar en Sam. Era evidente que algo le preocupaba.

—Padre... Debes contarme que te acucia.

Éste le sonrió y apartó el plato, limpiándose las manos y boca engrasada con sus mangas, lo que provocó la inmediata reprimenda por sus modales.

—Ay, Elsbeth. Vientos de tormenta se gestan en el horizonte y temo que nos batirán con fuerza.

Ella inspiró. A su padre le gustaba hablar florido y expresarse con metáforas, pero nunca decía cosas sin sentido.

—Sé que te preocupa la actitud del Rey. Yo misma estoy muy alterada por lo que escucho y veo. Los sacerdotes están bien enterados y les horroriza la posibilidad de que la Iglesia sea vilipendiada, incluso prohibida. ¡Es una locura, un sacrilegio, deben respetar nuestras creencias!

Sam miró a su hija, sabedor de que la religión había sido el refugio seguro que ella había encontrado para sanar sus heridas y también escapar, a su modo de ver, de la vida real. Esto le dolía, aunque jamás quitaría el salvavidas de su única descendiente.

—Todos los hombres piensan que sus creencias y su Dios es el único cierto y permitido —acotó—. Y los monarcas no ignoran que las iglesias tienen propiedades, muchas y muy ricas. Tomarlas implica sujetar a sus fieles y las propiedades de estos. Carlos será muy anglicano, no lo dudo, pero seguro es más astuto y político y lo que le interesa más es el lado económico del asunto.

—La reunión del otro día, durante los juegos... Vi de lejos que hablaste y te escucharon con respeto. Salvo en algunos momentos.

—Ya sabes cómo son esos lairds. Díscolos, pendencieros, ruidosos.

—No es el caso de Glenn.

Sam asintió. Elsbeth admiraba sanamente al laird Campbell y él coincidía en su apreciación. Aquel era un hombre inteligente y moderado que buscaba anticiparse a los problemas.

—Marqué la necesidad de traer a nuestra causa al Clan MacDowell.

La blanca tez de su hija enrojeció.

—¡Ese hombre es odiado por el resto! Nadie querrá...

—No se trata de querer. Se trata de lo que es necesario y de lo que se debe hacer.

Se incorporó con dificultad y ella corrió a ayudarlo. Le hizo conducirlo al extremo del salón, donde había una gran mesa con una reproducción de los espacios de las Tierras Altas. Lo había construido él mismo hacía mucho tiempo, con maderas talladas, dando poco a poco vida a una maqueta a escala que le gustaba revisar y enriquecer con detalles. Se le daba bien trabajar con las manos. Desde niña le había enseñado a su hija a ubicarse y le había contado las batallas entre los clanes con piezas pintadas con los colores de los tartanes local, en una ajustada y entretenida lección de estrategia que había oficiado como historias para ir a dormir. Ahora, le sirvió para mostrarle lo que pensaba.

—Acá, este es el límite de las Tierras Altas. Estamos tan cerca, expuestos de primera a una invasión desde el sur. Los MacPhearson, los McDonald's, están enseguida. Los Campbell están más protegidos y aquí, los MacDowell. A nuestro costado, a espaldas de los otros. Sería un gran problema si no los tenemos con nosotros.

—He oído que su laird odia a los Campbell. Los acusa de la muerte de su padre.

—Tiene razón —aseveró distraído.

La mirada ofendida y asombrada de Elsbeth lo interrogó.

—Es que Glenn sí lo mató, ese es un hecho. No tuvo más opción. La propia Kirstie MacDowell, la hermana de Ian, fue la que habilitó la trampa que permitió a los Campbell entrar al reducto MacDowell, posibilitando que todo ocurriera. Yo también tendría mucho rencor, si fuera él. Pero quince años es mucho tiempo para guardar el odio, es posible que se haya diluido o atemperado.

—A veces eso lo hace peor —señaló Elsbeth, con pesar.

Ella no podía dejar de odiar a quien la había desgraciado, a pesar de que estuviera muerto, mal que le pesara y no importaba cuánto pasara y orara.

—Me comprometí a hacer lo posible para atraerlo hacia nuestro bando.

—¿Tú? —se asombró—. Pero, padre...

—Lo sé, sé lo que dirás. Apenas camino y los orificios no me funcionan bien —señaló con crudeza—. Esta, sin embargo —señaló su cabeza— está tan bien como cuando joven.

—Por supuesto—dijo ella con ternura—. Mejor que la de muchos.

—Glenn no lo hará. Los demás son hombres poco dispuestos al diálogo. Nadie más lo hará. Debo ir al castillo MacDowell, cuanto antes.

—Te acompañaré.

—Claro que sí hija. No sería nadie sin ti.

Tomó al anciano por el brazo y le ayudó a trasladarse hasta el pasillo, desde donde una de las mujeres del servicio lo llevó a su habitación. Tenía que descansar.

La noche cayó sobre el castillo Edwards, una construcción mediana de una sola planta y con una solitaria torre. Su defensa al exterior era una muralla de poca altura, salpicada por cuatro almenas en las que se apostaban guardias poco entrenados, y una puerta de acceso central que había conocido tiempos infinitamente mejores. La debilidad de su posición era evidente y hacía entender la preocupación de su laird por alianzas inmediatas.

Elsbeth subió a su habitación, dispuesta a recluirse hasta la siguiente mañana. Le gustaba la soledad y la tranquilidad de su espacio y en él se sentía cómoda como para despojarse del disfraz que diariamente se imponía. Su primera rutina nocturna pasaba por desembarazar su larga y castaña cabellera de la prisión ajustada de la trenza y recogidos. La peinaba un buen rato hasta que recuperaba movimiento. Observó su rostro, circundado por algunas delgadas y casi imperceptibles líneas al lado de los ojos. Sus mejores años, de lozanía y juventud habían pasado. Treinta y cinco años eran mucho para una mujer.

Lo segundo que hacía era eliminar las capas de vestimenta con las que tapaba las formas y el vigor de su físico. Ropas holgadas y de poca gracia, que eran una cárcel y ocultaban sus curvas. Se incorporó y las sinuosas mesetas de sus pechos y su cola se dejaron ver a través de la fina tela de la camisa. Dio la vuelta y avanzó hacia el lecho, y de pronto se detuvo, para echar una mirada atrás. Bajó uno de los lados de la larga camisa y apartó el cabello, lo que permitió que el espejo mostrara la brutal marca que cortaba su espalda desde el omóplato a la cintura.

El monstruo que la había violado aún niña, también la había marcado, abriendo una herida que pretendió mortal, para ocultar la inmensidad de su

crimen. Casi lo había logrado, de no haberse producido la llegada de su padre. La cicatriz la llevó al pasado y recordó, como de habitual, el rostro horrorizado de Sam cuando la había encontrado, violentada y sangrante a los pies de aquel en quien había confiado. Recordó también la muerte del ofensor bajo la espada de su progenitor, que no precisó palabras ni esperó juicios para cobrar la ofensa en la carne del perpetrador.

Durante muchos años pensó que hubiera sido mejor morir, que no la hubieran asistido. El dolor físico cedió, quedando la fea cortada como un recuerdo seco y permanente. Las heridas de su mente permanecían frescas y purulentas a pesar del paso de los años. Cuando su padre envejeció, agradeció a Dios estar aquí para sostenerlo. Seguro que Dios tenía un plan para ella y pasaba por aliviar y hacer más fácil el camino de su padre por la vejez. Lo que haría ahora, se dijo era continuar apoyándolo contra capa y espada, aun cuando la idea de ir a tierras MacDowell le pareciera una locura.

Capítulo 2.

Castillo Campbell, octubre de 1632

LOS CAMPBELL

Glenn avanzó sofrenando su corcel para cubrir más calmo los últimos metros antes de ingresar al castillo. La recorrida por sus tierras le había dejado agotado y se había comprobado necesaria y útil. La mayoría de los campesinos se había mostrado agradecido y preocupado a un mismo tiempo. Agradecido por su constante presencia y apoyo además de su consideración a la hora de cobrar rentas o parte de las cosechas. Los últimos tiempos había sido de clima adverso, perjudicando el grano cosechado y, por consiguiente, afectando la posibilidad de vivir bien y pagar sus deudas. No pasaba lo mismo en relación a los impuestos reales, que eran exigidos con dureza y sin ningún tipo de contemplaciones. Por ello su preocupación; había muchas quejas y maldiciones para el Rey Carlos y su Corte, que no tenían límites ni les interesaba cómo vivían los pobres súbditos.

Había tratado de calmarlos y hacerles pensar en un mejor futuro, pero no lo decía convencido, pues él mismo se encontraba con varias incógnitas. Las sucesivas reuniones y contactos con los otros clanes habían arrojado cierta luz y tranquilidad. Habían logrado acuerdos generales para estar unidos y presentar una resistencia más férrea, aunque no armada, aún. La reunión pactada durante los juegos se acercaba y si para algo habían cambiado las cosas era para empeorar.

Se preguntaba qué resultado habría tenido Sam Edwards en su visita a

Ian. Era una incógnita que solo se develaría una vez estuvieran reunidos. Esperaba que no fuera tan rencoroso y obcecado como para perder de vista que había situaciones más apremiantes que las personales y que muchas familias dependían de las decisiones objetivas de sus líderes. Tal vez eso era demasiado pedir, no conocía realmente a Ian MacDowell, salvo por las referencias de Kirstie.

Sonrió apenas ingresó a sus dominios, al toparse con una escena de práctica que se había vuelto bastante habitual entre los Campbell. Su hermano Lyle estaba enzarzado en una lucha con espadas de madera con sus dos sobrinos, su hijo Brod y su primo Lean, el hijo de su otro hermano, Ewan. Los dos jovencitos tenían trece y doce años respectivamente. Una edad ideal para practicar y aprender, en la que el físico crecía y la mente se volvía despierta y ávida de aventuras. Lyle era un maestro riguroso y bastante más ordenado en la enseñanza que en su vida personal. El otrora pequeño de los hermanos Campbell había devenido en un fornido y apuesto hombre, en el final de la veintena y se había vuelto famoso en las justas de los clanes por el poder de sus puños y la certeza de su espada. Era fuerte y muy alto, bastante más de lo que eran sus hermanos, y su tendencia a enterrar su aburrimiento en el alcohol lo precipitaba, de tanto en tanto, en borracheras antológicas que eran el desvelo y la preocupación de su madre Ailsa.

Cabalgaba como el viento y partía frecuentemente en misiones de exploración y rastreo, pues la caza constituía uno de sus placeres. Era el héroe de sus sobrinos, que veían en él la fortaleza del guerrero y admiraban su espíritu inquebrantable. No habían conocido a Glenn en su etapa más guerrera y Ewan era un hombre más de letras que de hazañas físicas.

Glenn se acercó con cadencia y observó desde su caballo el desarrollo de la pelea. Los muchachos parecían haber encerrado a Lyle, cercándolo con sus espadas, pero un movimiento de gran velocidad y giro le permitió quitar a

ambos las armas de la mano, sorprendiéndolos y dejándolos algo doloridos, pues aprovechó a darle golpes en muslos y posaderas, a la vez que reía y les increpaba:

—¡Flojos, deberán sujetar mucho mejor esas espadas si no desean terminar con una en el pecho!

—¡Tío Lyle, eso duele! —se quejó Brod.

—Pues créeme que duele mucho más con una de verdad —sostuvo el tío, a la vez que recolectaba los elementos y los guardaba en un tonel destinado para ese fin.

—Ten un poco de clemencia, hermano. Eres algo rudo con tus sobrinos —le sonrió Glenn.

—Has vuelto —lo miró—. Les enseño, Glenn. Como tú y Ewan hicieron conmigo. Ustedes se han ablandado y los malcrían, demasiado. Debemos tener a estos rufianes preparados para cualquier eventualidad —le guiñó el ojo—. Cualquier día de estos me los llevo a una aventura por los bosques, para que aprendan a ser guerreros de verdad.

—Sí, tío, vamos, queremos ir —gritaron ambos jovencitos, encantados con la idea de la aventura.

—Dependerá de sus prácticas. Ahora, a limpiar las caballerizas. Mi caballo ha de estar reluciente y peinado como si fuera a una competencia.

Los chicos bufaron, pero marcharon prestos a tomar las herramientas de trabajo. Lyle se acercó a su hermano, observándolo.

—Te ves cansado, Glenn.

Este asintió.

—Debo decir que me canso con mayor facilidad estos días.

—La buena vida te está arruinando, además de que envejeces. Cuando quieras, deja el puesto y me lo das a mí.

Bromeaba y lo sabía. No era una tarea que quisiera. Lyle era un hombre

independiente al que no le gustaban las ataduras y era reacio a obedecer, aunque Glenn lograba convencerlo. Sobrepasaba al mayor por media cabeza y eso era decir. Su cabello castaño claro y sus ojos color miel daban marco a un rostro de facciones angulosas y una nariz aguileña. La suya era una personalidad que muchas veces desbordaba, rebelde por naturaleza, aunque fiel al clan y amante sin límites de su familia. Adoraba a sus sobrinos, y reconocía la inteligencia y el don de mando de Glenn, así como la objetividad, astucia y prudencia de Ewan y de su madre Ailsa, a quien tenía en un podio que ninguna mujer podría derribar. No conocía a nadie como ella y eso que sus cuñadas eran mujeres notables.

—Te espero en un rato en la sala de armas. Hay algo que quiero conversar con ustedes.

—Muy bien, en un momento voy.

Glenn desmontó y entregó su cabalgadura al palafrenero, no sin antes darle un buen palmetazo en la grupa. No era Belcebú, el adorado caballo que descansaba su vejez en los establos y en el que los niños solían pasear acompañados por sus madres, pero era un buen caballo.

—Te esperaba, esposo mío, has demorado mucho.

La figura de Isobel, recortada en el marco de la puerta, le alegró la vista, como siempre. Era notable que a pesar de los años transcurridos, tuviera el mismo efecto mágico en su espíritu: no perdía nunca las ganas de verla y la sensación de vivir en una etapa primaria del romance. A veces le preguntaba, medio en serio y medio en broma, si era algo que le daba de beber o si realmente había magia en su voz. El hechizo parecía perdurar y lo quería eternamente. La abrazó y enredó sus manos en los cabellos, que seguían suaves, un tanto menos dorados y salpicados de algunas canas, pero enmarcando una faz maravillosa que, surcada por algunas líneas de expresión, seguía siendo tan atractiva como siempre. Su aroma fresco y dulce se coló por

sus sentidos, haciendo que cerrara sus ojos y se sumergiera en las sensaciones que le despertaba. Le enervaba a cada momento del día o la noche, lo embriagaba sin remedio y él caía, dócil en sus brazos.

Sus manos bajaron hacia las caderas y apretaron el cuerpo de Isobel contra sí, demostrándole que la excitación permanecía agazapada. La cintura un poco más llena, las caderas ensanchadas por los tres hijos y una vida más sosegada, aunque el mismo amor o si se quiere más profundo, se transparentaron en sus ojos.

—Isobel, Isobel, sosiego de mi vida, vuelvo a ti tan rápido como puedo.

—Lo sé, querido —susurró y elevándose sobre sus puntas de pies le dio un beso tierno en los labios algo salados, acariciando la barbuda faz en la que los ojos fulgían como carbones. Le abrazó y depositó su cara en el pecho—. Disfrutemos este instante; los niños vendrán enseguida hacia ti y probablemente tendrás mucho de que hablar con tus hermanos.

—Me conoces tan bien... —dijo bajito y besándola con pasión, para posar luego su cabeza sobre la de ella, aspirando el delicioso aroma a hierbas y flores que emanaba de su cabello y su cuerpo—. Te dejo ahora, porque si no lo hago no podré resistir las ansias de llevarte al lecho y no salir de allí hasta dentro de unos días.

—Ve. Yo iré al bosque, debo recolectar algunas hierbas.

La despedida fue de promesas, que sin duda se cumplirían a la noche, momento sagrado en que Glenn e Isobel fundían su pasión, compartían sus alegrías, tristezas y preocupaciones. Isobel continuaba el camino iniciado por su abuela Davina, la que había muerto hacía cinco años, luego de disfrutar sus últimos años en paz. A las décadas de soledad, escondidas entre rocas y separadas del mundo, habían sucedido otras de alegría, al lograr Isobel conformar una familia con Glenn. Davina había visto florecer a su nieta y convertirse en madre, adorando y mimando a sus bisnietos.

Su muerte fue tranquila, en un sueño, y si bien arrancó lágrimas en todos quienes la habían conocido y apreciado la maravilla de sus dones, comprendieron que había volado a otro mundo, uno que ella solía describir tan parecido a un bosque en primavera. No solo le había enseñado a Isobel durante toda su vida, sino que también ayudó a Ewan a dibujar un registro de hierbas que sería de utilidad por muchos años. Hoy día, Isobel continuaba su labor y muchos campesinos, además de la familia, no dudaban en recurrir a los conocimientos de la esposa del laird para curar huesos rotos, abatir fiebres o enfermedades o tranquilizar el alma con hierbas sanadoras.

Glenn continuó su camino y al llegar al gran salón encontró a su madre Ailsa enseñando quehaceres con aguja e hilo a Megan, su hija, y a la mediana de Ewan, Beth. Su madre tenía el mismo fuego y energía del pasado y aunque las arrugas habían surcado sus manos y su cara, dotándola de una fragilidad importante, su mente era tan activa e inquisitiva como siempre. Le encantaba compartir su tiempo con las niñas y enseñarle aquellas tareas que nadie más haría y que involucraban la preparación para la vida social y los deberes de una dama que se preciara.

Sabía bien que las suyas no eran nietas usuales, pues sus padres consideraban que había que mostrarle lo mejor de todos los mundos y por tanto leían, escribían, manejaban el cuchillo y cabalgaban. Lejos de molestarla, eso le enorgullecía, pero quería asegurarse que serían mujeres aceptables.

Era importante que las mujeres se defendieran, no lo dudaba, pero los señores que valía la pena desposar buscaban señoritas bonitas y educadas para sus hijos. Nadie podría negar la belleza y singularidad de cada uno de sus nietos. Los niños eran todos distintos y habían heredado los rasgos más finos de sus padres. No sería ella la que valoraría negativamente narices un poco más grandes del promedio o vocabularios más zafados de lo habitual, pues los

adoraba sin límites. Les exigía, pero también les consentía.

Elevó su cabeza al sentir el ruido de pasos en la entrada y sonrió a su hijo mayor, que las observaba desde el vano de la puerta. Agradecía al cielo haber vivido para ver como su estirpe se consolidaba con hombres íntegros y responsables, que generaban familias unidas. El clan se afianzaba y crecía y si bien ella no ignoraba los nubarrones que se generaban en los ámbitos de la política, veía eso lejos, por ahora.

Si alguien le preocupaba un tanto, ese era Lyle. Su hijo más pequeño, hoy un hombre, tal vez fue el más mimado y hoy era el más rebelde y el menos encauzado de todos. Confiaba en que sus hermanos lograrían orientarlo cuando ella no estuviera y que conseguiría una mujer tan buena como lo habían hecho sus mayores.

No tenía más que elogios para Isobel y Kirstie; a pesar de lo disímil de sus orígenes, eran mujeres en toda la extensión de la palabra. Habían generado una convivencia que de tanto en tanto se rompía, transitoriamente, porque las personalidades eran fuertes. Pero todo volvía a cauce pronto, pues así como no tenían pruritos en expresar sus opiniones, tampoco lo tenían para disculparse.

—Madre, ¿cómo te sientes hoy? —dijo con ternura Glenn.

—Estoy bien, hijo. ¿Para qué decirte que me duelen los huesos? Eso viene con los años y sería inútil quejarse. Y menos con la compañía de estas bellezas.

—¡Papi! —le dijo Megan—. Cuando la abuela termine de enseñarme, te he de tejer una bonita manta para tu cama.

—La estaré esperando con ansias, querida. Continúen, no las quiero interrumpir en tan importante tarea. Voy a la sala de armas y necesito hablar con Ewan.

—Está enseñándole a mi hermana las letras —le indicó Beth con voz

chillona—. Es un poquito tonta y le cuesta aprender.

—No digas eso, Beth. Ella solo tiene cuatro años. Tu papá se está apurando bastante. A esa edad, ella solo quiere jugar—rezongó Ailsa.

Glenn las dejó y fue hasta la biblioteca, donde se asomó. La que ahora tenía ese nombre había sido una antigua sala sin uso claro, que Ewan había acondicionado con mesas y sillas, a la par que había ido acumulando libros, papeles, tinta y todo lo que fuera necesario para generar un lugar de lectura, por el que tanto él como Lyle casi nunca pasaban. La cabeza castaña de su hermano Ewan estaba muy próxima a la de la pequeña Bonnie, a la que se le notaba en la cara que estaba rendida por el cansancio y el aburrimiento. El padre, sin percatarse, le repetía letras y les daba forma con una pluma. Glenn meneó la cabeza antes de llamarle.

—Ewan—obtuvo su atención—. Te espero en la sala de armas. Debemos hablar.

—¡Tío, tío Len! —le gritó alegre, comiéndose letras de su nombre.

Glenn no pudo evitar sonreírle ni resistirse a tomarla en brazos y darle un beso sonoro en la mejilla que hizo las delicias de la pequeña.

—Ve con la abuela, preciosa. ¡Te salvé! —la nena sonrió y corrió fuera.

—No digas eso, le haces ver lo que hago como una tortura —se quejó Ewan.

—¿Y no lo es? Ven, quiero definir algunas cosas.

++++

KIRSTIE

Kirstie vio la llegada de Glenn y apreció como ingresaba despacio al patio central. Volvía de una de sus habituales rondas por las tierras de las que tanto se preocupaba y que con tanta responsabilidad encaraba. Su cuñado era un hombre admirable, un laird preocupado por los suyos y su bienestar. Un

hombre que a veces parecía enigmático y de pocas palabras, por algunos momentos huraño, pero sin duda siempre una presencia a la cual recurrir y de la cual esperar justicia.

Ella estaba en esa posición de cavilación hacía un buen rato, observando la práctica de los chicos. Solía sentarse pegada a la ventana de su habitación en la torre para ver la evolución de su pequeño, que ya no lo era tanto. ¡Cómo crecía y qué veloz pasaba el tiempo! Trece años ya desde que lo tuvo por primera vez en sus brazos, llorando de emoción. Se había convertido en un jovencito orgulloso y fuerte. Los demás decían que se parecía mucho a ella.

Para Kirstie era imposible dejar de apreciar en él expresiones similares a las de su hermano Ian, por fortuna las que ella consideraba mejores. Lo había mirado tanto a su hijo, desde bebé, tratando de percibir desde el inicio algo, alguna actitud, gesto o característica de carácter que denunciara la presencia de su padre Blair. Después de todo, era su sangre y no es que renegara de su familia, pero le pedía al Señor que la obcecación y la violencia no estuvieran en la constitución de su niño tan amado.

Ya un jovencito, se notaba más que había heredado algunos de sus propios rasgos, que en definitiva eran los de su hermano mellizo también: los ojos, algo en la nariz. Lo que era incontestable era que tenía el buen temple y la prudencia de su padre. Se sometía con paciencia a las prácticas que el impetuoso Lyle le marcaba, a pesar de no gustarle mucho el choque físico. Lo hacía porque admiraba a ese tío rebelde, gigantón y de carácter volátil que no parecía perder los bríos de adolescente.

Su primo Brod, el hijo de Glenn, era más sanguíneo, similar al propio Lyle y había heredado los ojos de su madre Isobel, azules como el cielo, y el cabello castaño de su padre. Embestía con energía y agallas, buscando siempre un flanco por el que atacar y parecía de una inagotable energía, rezongando a Lean para que rodeara y acosara por otro extremo,

sermoneándolo cuando se quejaba. Era un espectáculo que alegraba la tarde.

Ella aprovechaba además a descansar cuando sus niñas, curiosas y vitales, eran acaparadas por su abuela o su padre para practicar distintas tareas. Era su momento de pensar y de recordar. Tanto había pasado y todavía extrañaba a su hermano. Los recuerdos se habían vitalizado en esas últimas semanas en que había escuchado hablar de él en varias ocasiones. Sabía por Ewan que la situación económica en general había desmejorado y que las constantes exigencias del Rey ponían en brete a las Tierras Altas. Las quejas y molestias eran insistentes y corrían rumores de rebeldía.

Ella presenció, aunque de lejos, la reunión de los lairds el pasado agosto en la ocasión de los juegos y se enteró a posteriori de la propuesta de Sam Edwards de sumar a su hermano. Sabía que, a pesar de que muchos menospreciaban a Ian por la batalla que había ocasionado en 1617, este laird y Glenn coincidían en que era imperiosa su presencia para ser más fuertes. Ella también era de esa postura y rogaba porque su hermano no fuera necio; que el sufrimiento en el que había estado inmerso, que no presenció, pero intuía con la fuerza del amor que aún le tenía, no le hubieran llevado a la amargura y despreciara la invitación que lo podría traer de vuelta a la hermandad de los clanes.

Ella le conocía, era carne de su carne y sangre de su sangre. Habían estado juntos desde el momento en que habían sido gestados y muchos de sus pensamientos eran similares. Podía comprender la decepción y el odio que lo habían atravesado por lo que consideraba la peor traición, desde sus ojos. «Desde cualquier ojo», pensó con culpa. Desde que su padre la había empujado al casamiento a prueba con Glenn y por consecuencia ella puso un pie en el castillo Campbell, su destino había estado sellado. Al poner sus ojos y su corazón en Ewan, adoptó a los Campbell como su segunda familia. Hubiera querido no tener que elegir, pero su padre era un hombre inflexible.

Recordó cuánto había tratado de razonar con él, convencerlo de la posibilidad de convivir y coexistir ambos clanes. ¿Qué más daba para él que el casamiento no fuera con el laird sino con el segundo de los hijos Campbell? Lo había pensado entonces y lo veía aún más evidente ahora. A los efectos, las órdenes del Rey se hubieran cumplido sin mella: el monarca Jacobo hubiera obtenido la paz que necesitaba entre los clanes, ella habría mantenido su relación con su familia y no hubiera desembocado todo en la muerte su padre y el odio de su hermano.

Pero el ambicioso impenitente que era su padre había mostrado su real personalidad, prácticamente confinándola en el castillo, impidiéndole cualquier movimiento y la había usado como excusa para provocar la caída en desgracia de los Campbell frente al Rey. Había además raptado a una pobre anciana, Davina, para chantajear a Glenn. No había tenido opción, debió elegir un bando y eligió el amor. La trampa que le permitió a los dos Campbell ingresar al castillo MacDowell y rescatar tanto a Davina como a ella, se había cobrado la vida de su padre y había provocado la ira de su hermano, precipitando su guerra con el resto de los clanes. Su derrota había sido su condena a la soledad.

Le habían dolido esos quince años de abandono a los suyos. Había extrañado a su madre, cosa que no pensó, dada la poca y nula relación que habían tenido, otra de las situaciones por las que culpar a Blair. Cuando no conocía a fondo a su padre y su oscuridad, le achacaba a su progenitora Catriona su desapego, debilidad y temor constante. Tarde había comprendido que era una mujer rota por los abusos y castigos, culpa que también cargaba a su espalda. Su padre, que sin duda la quería, a su modo, solo reveló su fiera esencia cuando no obtuvo de Kirstie lo que quería: obediencia ciega.

Había sabido, por referencias vagas, que Catriona se había retirado a las Tierras Bajas, donde vivía su familia, apenas Blair murió. Sin duda abrazando

su libertad, buscando curar heridas viejas y horrores de años. Lo que le reprochaba mentalmente, a pesar de reconocerle todo lo anterior, era que no se hubiera quedado junto a Ian, no haberlo acompañado en el momento en el que más la había necesitado.

En pocos días los líderes de los clanes se reunirían en las tierras de los Edwards para planear los pasos a seguir y las actitudes a adoptar. El viejo Sam Edwards se había comprometido a ir en busca de Ian e invitarlo a tal reunión. Nuevamente rogó con todas sus fuerzas por Ian. Aunque no la perdonara, no quisiera verla o conocer a sus sobrinos, ella pedía que pudiera recobrar y sanar la relación con el resto de los clanes. Era necesario para que no terminara corrompido por el alcohol o en el abandono más absoluto, si es que ya no lo estaba.

++++

LOS TRES HERMANOS

Ewan ingresó con parsimonia a la sala de armas, ostentoso ambiente que tenía más vacíos que armas en la actualidad, poco concurrido o necesario, dada la tranquilidad que había imperado en la región en los últimos tiempos. Recorrió el espacio con la mirada, el sitio estaba en penumbras y le costó ubicar a Glenn, para luego verlo parado frente a la estantería donde se guardaba la espada Claymore, que había sido de su padre. Con ella había batallado en varias ocasiones, con la misma había tomado la vida de Blair MacDowell. Precisamente el laird estaba recordando ese momento.

—¿Estás sumergido en el pasado, hermano? —dijo en voz alta, mientras avanzaba y tomaba asiento en una silla de madera bastante incómoda.

Torció el gesto. Su cadera le venía molestando los últimos tiempos, probablemente la falta de actividad le pasaba factura. La biblioteca y la enseñanza de sus niños lo llenaba y notaba que cada vez más escapaba al

ejercicio físico. Eso se traslucía en su abdomen un poco más protuberante que en el pasado. Su Kirstie solía sonreír y palmearlo diciéndole que la cerveza de brezo se le comenzaba a acumular.

—Pues sí. Me preguntaba si será necesario desenvainarla otra vez. La situación no deja de ponerse tensa—contestó Glenn, volviéndose y acercándose.

—Sin dudar. He recibido algunas cartas inquietantes. Sabes que tengo algunas antiguas amistades en el sur y tienen las mismas preocupaciones. ¿Por qué los reyes no pueden permanecer en sus tronos y contentarse con lo que tienen, que es mucho más que bastante? —masculló Ewan.

—Tienen mucho tiempo para pensar y ambicionar. Mucha grandeza por conquistar. Me imagino que un rey ve lo de los demás como juguetes de los que quiere apoderarse —sentenció pensativo.

—Esos juguetes son propiedades que cuesta mucho mantener, bocas que alimentar, familias de las que preocuparse. Pero no, si ellos los desean, les basta extender sus tentáculos y arrasan todo sin contemplaciones. O lo exprimen, sin considerar si la gente lo puede sostener o soportar.

—¿Cómo podrían saberlo? Reyes y nobleza viven toda su vida entre almohadones y riqueza. Como sea, he visitado mucha de nuestra gente. Me manifiestan su temor; no resisten más, no pueden pagar más. Nosotros podemos restringir nuestros ingresos, podemos y debemos ajustarnos. Pero no dudo que eso hará más ingentes y voraces a los recaudadores reales. Lo que dejemos para que mejore la situación de los arrendatarios, cosechas o ganado, pretenderán llevarlo a las arcas del Rey. Y este los traducirá rápidamente en armas, hombres y batallas.

—La misma historia de siempre. Si leyeras un poco más, verías que todos los reyes y emperadores hacen lo mismo.

—Pues a mí me parece que este rey nuestro es más ambicioso que otros.

Con Jacobo la situación fue mucho más estable.

—Era otro contexto y era otro hombre. Tú te has movido bien, Glenn. Es lo que puedes hacer, continuar buscando la unión y la negociación. Esa próxima reunión donde los Edwards es fundamental, lo sé.

—Es verdad. Lo que me inquieta un poco es no saber exactamente qué más decir. No quiero incitar a la gente a la rebeldía sin motivo ni causa justa. No es mi intención generar ejércitos que propicien el conflicto, antes que detenerlo. Pero no podemos permanecer impasibles y de brazos cruzados frente a tan obvia intención de someternos y expoliarnos.

—A veces un aviso a tiempo es mejor que un despertar tardío. Creo que debes hacer entender a los hombres que no se trata de ir a la guerra o enfrentarse al Rey Carlos. Se trata de estar alertas y atentos. Negociar con fuerza, estipulando que al Rey se le respeta, pero se le da hasta dónde se puede. No puede exigirse más de lo que sus súbditos pueden dar. Y también es bueno que se dé cuenta de que sus súbditos escoceses no son palomas. Que estamos juntos y que podemos, eventualmente y de ser inevitable, generar un ejército. Luego, es cuestión de confiar en que el monarca actúe con inteligencia y se percate de que, si actúa con moderación, no perderá el respeto, favor y aportes de sus gobernados. Y que debe concentrarse en conquistar y crecer hacia afuera de sus fronteras. Para mí, enfrentarse con los suyos le quita tiempo y energía de conquista externa.

—Dices bien. Me pregunto si Sam Edwards habrá logrado alguna respuesta positiva de Ian.

—Esa es una incógnita que te confieso me desvela. Kirstie ruega porque así sea. A pesar de los años de separación, confía en los buenos sentimientos de su hermano. No sé si es más una expresión de deseo que una realidad, tantos años han pasado alejados. ¿Qué le pueden importar las penurias del resto de los clanes, después de todo? Ha sido el menos afectado por las

exigencias del Rey.

—No sé si esto que creemos habrá sido real. Probablemente hasta la muerte de Jacobo sí, mas no creo que Carlos haya respetado todos los acuerdos que Jacobo tenía. Para nuestro actual Rey, somos todos iguales: escoceses, gente a la que tiene que someter y que debe pagar para mantener su grandeza.

—Solo sabrás que resultado hubo con Ian una vez que estés allí.

—Lo sabremos. Quiero que me acompañes.

Ewan se removi6 algo molesto. No creía que fuera una buena idea. Iba a contestar cuando el vozarr6n de Lyle le cort6:

—¿Empezaron sin mí?

—Tardaste demasiado —sentenci6 Glenn.

—¿De qué hablan? ¿De la próxima reuni6n?

—Así es.

—Quiero asistir —señal6.

—Le estaba pidiendo a Ewan que lo hiciera.

Lyle mir6 a Glenn con molestia.

—Siempre me dejas por fuera, soy el menor, pero como te darás cuenta estoy bastante crecido y tengo mis propias opiniones.

—A veces temo esas opiniones tuyas —murmur6 Ewan.

—Sé que creen que soy un rebelde y que tengo poco conocimiento de las cosas. Es la visi6n que doy, me imagino. Pero no soy un inconsciente, no voy a ir a arengar a las tropas para la guerra, Glenn.

—A mí me parece buena idea que vaya—dijo Ewan—. Te confieso que no me siento con ánimo de asistir, no creo sea lo correcto. La posibilidad cierta de encontrar allí a Ian es una barrera que me contiene. Más por él que por mí, claro. El que me vea podría ser más un problema que una soluci6n. Debe pensar que soy el gran generador de todo lo que pasó con su familia.

—Ahí lo tienes —se frotó Lyle las manos, con satisfacción—. Decidido entonces. ¿Quién mejor que yo para acompañarte, hermanito? —bromeó y se acercó, dando un codazo brusco que hizo resoplar a Glenn, quien le tiró un puñetazo que se perdió en el aire, fruto de una hábil finta del menor—. Los dos han ganado peso y perdido solvencia con la espada y los puños. Te protegeré, querido laird Campbell —gritó mientras se iba silbando.

Los dos mayores rieron. Era imposible enojarse a largo plazo con el menor. Glenn miró a Ewan y le dijo:

—Veré de controlarlo, siempre lo hago Y no es mala idea que empiece a tomar un poco de responsabilidad, escuchando a otros hombres con más experiencia y con otras visiones e intereses.

Capítulo 3.

Castillo MacDowell, octubre 1632.

IAN

El día de la reunión se acercaba y Ian no podía evitar pensar en eso. Así había sido desde que Sam Edwards había abandonado el castillo algunas semanas atrás dejándolo en una disyuntiva considerable. Su primer impulso había sido olvidar y despreciar abiertamente la invitación, tal como el resto de los lairds había hecho con su figura durante años. Si no habían notado su ausencia o siquiera les había importado el derrotero de su clan por un periodo tan largo, ¿por qué debería ahora él considerar reunirse con quiénes eran los principales promotores de su soledad?

Parecía innecesario desde todo punto de vista, si además consideraba lo poco que le habían molestado los emisarios del rey en ese largo período. Era evidente que todavía algo de consideración se guardaba a su clan desde la Corte y eso tenía que ver con las influencias que su padre había tejido tantos años atrás. Tampoco era prescindente de la realidad, sin embargo, en el último año y a medida que la situación económica empeoraba por las malas cosechas, los requerimientos de los funcionarios reales se habían ido haciendo más notorios. Era factible que eso impactara mucho más al resto de los escoceses, habida cuenta de que no eran abiertamente propensos a la figura real desde Inglaterra. Si lo pensaba con seriedad, era probable que las exigencias y retenciones empeoraran de aquí en más, arrastrándolo finalmente con el resto. Pero tenía su orgullo y éste había sido castigado con dureza.

Las palabras de Sam resonaron en su cabeza por días. Había una inevitable carnada en ellas, una tentación que tenía que ver con sus propios intereses y deseos, que no dejaban de existir por más que quisiera enterrarlos. Sus hombres, su gente y él mismo añoraban la sociabilidad inherente a los juegos de convivencia, entre otras cosas. Las noches conjuntas de juergas, las risotadas compartidas, el mero hecho de coexistir en un espacio más extenso y abierto que no fuera el del clan. Nadie les impedía transitar los caminos, pero no solían ser recibidos con agrado y eso desalentaba a cualquiera. Además, la opción de poder acercarse a lo que restaba de su familia latía y cada tanto aguijoneaba el corazón de Ian.

«¿Que tengo para ganar?», se dijo durante varias noches. «Me buscan por una necesidad urgente, no por un deseo real de convivencia. Y yo tendría mucho para perder si me muestro esquivo al monarca y me planto junto al resto de los lairds». Ir hacia atrás y adelante, sopesar posturas y reverlas, lo dejó sin dormir o le hizo amanecer despierto, sin pegar un ojo. «Tal vez esa es la cuestión», decidió una noche, «en disputa o conflicto, soy un escocés. Y no hay ningún escenario en el que el Rey Carlos considere ignorar esa realidad. La lectura del viejo Edwards no está para nada equivocada».

Iría, decidió cuando faltaba poco para la reunión. No perdía nada con escuchar. Iría en silencio y no toleraría desprecios ni intentos de deshonrarlo, eso no estaba en su esencia. Sabía que se encontraría con los Campbell, pero decidió que ese era también su lugar. El laird Edwards había tenido la deferencia de venir hasta sus tierras y presentar sus respetos, si es que las miradas reprobatorias y el ceño fruncido de su hija Elsbeth podía calificarse como eso. Escucharía qué tenían para decir y tomaría luego la decisión que le pareciera más adecuada. Dejaría bien claro desde el inicio que su presencia no comprometía hombres o armas, pues dejaría que los suyos decidieran por propia voluntad. Se los debía, se debía a sí mismo un comportamiento más

justo con ellos.

A pocos días de partir, arribó un carruaje que trajo una presencia de lo más inesperada. Si el arribo de los Edwards había sido intrigante, el retorno de su madre Catriona fue absolutamente sorprendente. Esta se presentó de forma abrupta y sin aviso, dejándole sin aliento y con el corazón latiendo apresurado. Angustia, sorpresa, rencor y alivio se mezclaron en su pecho, haciéndolo tambalear mientras observaba al vehículo detenerse y a su madre descender. Estaba igual, como la recordaba, como si el tiempo apenas hubiera transcurrido para ella.

Cuando se acercó un poco más, observó que se equivocaba. Su semblante era mejor, infinitamente mejor que cuando vivía en el castillo. Su rostro más compuesto, su cuerpo firme y recto, caminando con resolución y esbozando una sonrisa algo tímida. Ian la observaba inmóvil, sin saber cómo actuar. Esta mujer, que le había quitado su presencia en el momento en el que más la necesitaba, había cambiado y mucho. Se preguntó que quedaba en ella de su antigua progenitora. La confusión nubló sus pensamientos y ramalazos de rabia se agolparon en su boca. Enmudeció para evitar que epítetos inapropiados y salvajes brotaran de su garganta.

++++

CATRIONA

—Hijo, hijo mío —susurró ella, observándolo y tal vez tratando de saber qué podría estar pasando por su mente.

El silencio y los ojos acerados clavados en ella le permitieron dar cuenta de cómo le había afectado su regreso. Catriona sabía que debía ser así y había pensado mucho antes de retornar. Su exilio voluntario, quince años atrás, había sido una franca huida, el cortar cadenas de una situación que la había oprimido por décadas. Apenas si pudo respirar o pensar cuando supo que Blair murió,

salvo que estaba libre y que debía ir con los suyos para recomponerse y reconstruirse. Era una mujer quebrada, por años había sufrido oprobio y privaciones, así como castigos físicos.

El tiempo, las oraciones y el cariño de su familia sanguínea le permitieron reconstituir su temple y rearmarse. Había sido un proceso largo, en el cual pudo pensar en sus propios errores y considerar formas para revertirlos. Sus hijos habían quedado atrás, habían sido abandonados y en un primer momento no le importó. Se trataba de su sobrevivencia, de su cordura. Los años le permitieron darse cuenta cuan tarde había tomado la decisión de irse. Debió haberlos llevado con ella cuando eran pequeños; huir antes.

Pero la presencia portentosa de su esposo Blair había nublado cualquier posibilidad de pensamiento propio. Él cultivó día a día, desde que eran pequeños, la idea de que sus propios hijos la despreciaban, sumando a esto el castigo físico y el destrato constante. El miedo vivió en ella cada momento junto a él. Eliminada su presencia y retirada a un lugar seguro, con el tiempo entendió que la lejanía y la tranquilidad que había logrado alimentaban otro monstruo en su interior: el de la culpa por abandonar a su sangre.

Hizo cuanto pudo por estar enterada de lo que ocurría con ellos y le causó gran alivio saber que Kirstie estaba en un ambiente en el que sería respetada. Los Campbell eran un clan conocido por su gentileza y su laird era un hombre admirado. Muy diferente era lo que ocurrió con Ian. Le dolió saber de su soledad y de la falta de contacto con el resto de los clanes.

Ella sabía que él tenía cierto parecido con Blair a nivel físico, pero estaba convencida de que había sensibilidad y buenas intenciones en su persona. Si a alguien podía y debía ayudar era a él; si a alguien le debía algo era a ese hijo y decidió que era momento de retornar. Haría todo lo que estuviera en sus manos y más por ayudar a Ian a cortar las amarras del pasado y remendar el impacto negativo que las acciones de su padre habían

ocasionado para todo el clan.

Presentarse de improviso y sin ningún tipo de anuncio no solo tenía el fin de sorprenderlo, sino de evitar que pudiera pensar en expulsarla sin más. Contaba con ese tiempo de desconcierto para ganarse la posibilidad de que la dejara quedarse. Vería luego cómo comenzar a ayudarlo. Supo que había tenido razón cuando lo vio frente a ella, duro como una piedra, pero con una de sus manos casi temblando. Lo abrazó de improviso y él la dejó hacer, aunque no respondió el saludo. No le molestó, sintió que el que no la rechazara de plano era un avance muy importante y le daba esperanza.

—Hijo, déjame decirte que he vuelto para quedarme, si tú me lo permites. Sé que debes tener muchas cosas para decirme y reprocharme. Trataré de contestar todo lo que desees.

—Es un poco tarde... Han pasado quince años. ¡Quince años en los que no supe nada de ti! Podría decirse que eres casi una extraña —murmuró—. Por lo que a mi concierne, puedes quedarte. Esta es también tu casa. Mas no esperes mucho de mí.

Ella asintió, manifestando su acuerdo. No lo apresuraría. Lo vio cansado y le dolió en el alma pensar que su hijo era un hombre tan triste y solitario. «¡Maldito Blair MacDowell, es tu culpa que tu familia esté así!» maldijo in mente. Y aunque le pareció ridículo adjudicar a un muerto parte de la culpa que le correspondía, en su mente todos sus males procedían y acababan en aquel demonio que fue su esposo.

++++

IAN

La sorpresa lo había inmovilizado y le hizo callar, salvo algunas frases forzadas. Por varias horas fue un autómatas que seguía a su madre por el castillo y escuchaba sus descripciones y disculpas, que salpicaban una y otra

vez las frases con las cuales se refería a lo que había pasado tanto tiempo años atrás. Las explicaciones de su vuelta eran confusas. No sabía que sentía; era una confusa mezcla de emociones negativas y positivas, apretadas en un combo difícil de discernir. Sorpresa, asombro, rabia, rencor y por qué no, algo de alegría. Honestamente había pensado que no volvería a verla y encontrarla frente a sí una mañana cualquiera, luciendo tal vez mejor que cuando se fue, había sido un golpe de realidad y de ayer.

No había sido particularmente afecto o cercano a ella en el pasado, pero no es que alguien pudiera serlo excepto Blair. Este la cercaba y la alejaba de ellos siempre que podía. Sabía de su destrato y su violencia y muchas noches se había avergonzado por no haber intercedido como un hombre y haber detenido a su padre. Para ser honesto, entendía que ella se hubiera alegrado de su muerte; Blair había sido cruel. Mas ella había escapado de todos, como si sus hijos también fueran responsables de las humillaciones y la mala vida que había tenido.

Todo aquello había terminado y aquí estaba otra vez, conmoviendo los cimientos de su vida. Como si poco tuviera que pensar ahora que se aproximaba la reunión y debía decidir qué hacer y de qué lado estar. Toda lógica se deshacía, sus sentimientos le impedían pensar con claridad. Estuvo de acuerdo cuando su madre le dijo que, si hubiera venido poniéndolo sobre aviso, no la hubiera recibido. Tal vez por miedo, cobardía o por rencor. Pero estaba aquí ahora y no se le ocurría echarla, ella era tan dueña como él del castillo, después de todo.

Le hubiera gustado decirle tantas cosas. Su garganta se negaba a destrabarse y las cenas que compartieron, de no haber mediado la constante y acelerada conversación por parte de Catriona, habrían sido en completo silencio. Ella se concentró en contarle sobre lo que había hecho esos años, sobre las Tierras Bajas, la familia, la situación y relación con los ingleses.

Parecía que lo mismo que describía Sam se aplicaba al sitio del que venía e incluso a zonas de Inglaterra. No eran tantas las diferencias y no tenían que ver con el hecho de ser escoceses que el Rey se empecinaba en más impuestos.

—El Rey necesita dinero y mientras pueda extraerlo, no le importa el origen, Ian. Mucha gente ve bien grave el tema de la religión, ven con temor y rabia la injerencia cada vez más importante de la Iglesia Anglicana sobre Escocia. Es una afrenta.

Una noche que estuvo particularmente locuaz, precisamente el día antes de su partida, Ian le inquirió mirándola con absoluta fijeza:

—¿Piensas quedarte?

Necesitaba saberlo, saber a qué atenerse. Se iba en la mañana y si había alguna despedida por hacer, sería formal y fría de su parte.

—Tengo deseos de hacerlo, si no te molesta.

—Este también es tu lugar, no es mi intención privarte de él.

—Sé que no lo harías, pero tampoco quiero permanecer si tú sientes que nuestro tiempo ha transcurrido y no hay vuelta atrás.

—Tengo pocas cosas claras en este momento y mañana debo partir. Hay una reunión importante a la que debo asistir.

—No iré a ningún lado. Mi otro gran deber es con Kirstie. Lo solucionaré, si puedo, más adelante.

Él agachó su cabeza, dejando traslucir su pena. Kirstie también formaba parte de sus temas pendientes.

++++

La mañana siguiente, muy temprano, Ian emprendió el camino rumbo a las tierras de los Edwards, junto a una pequeña y selecta guardia de sus mejores hombres, que se mostraron tan aprensivos como él en relación al encuentro. Fue todo lo claro que pudo: no esperaba ni una encerrona ni nada parecido, el viejo Edwards se había comprometido a que era una reunión de paz, pero

estarían atentos, por si acaso alguno de los asistentes se sulfuraba.

Había decidido asistir, rompiendo su indecisión, pues no podía permanecer impávido mientras el mundo se modificaba y el resto de los escoceses tomaba posición y apostaba por la unión. Largas horas de cabalgata les permitieron arribar al castillo Edwards, hacia las últimas horas de la tarde. Antes de ver el lugar, escucharon los ruidos y el dulce sonido de la música de gaitas, mezclada con gritos de hombres, relinchos y ladridos. Al subir la cuesta y posicionarse en la zona alta, les asombró la multitud de tiendas esparcidas por un enorme claro situado al frente de lo que era un castillo de medianas proporciones. Los clanes y sus representantes, que fue reconociendo uno a uno por sus tartanes, claramente no podían ser acogidos en el interior de la estructura, debía contar con pocas comodidades.

Hizo un gesto a sus hombres y tomó aire, para luego avanzar y atravesar con lentitud el centro del campamento, que fue progresivamente quedando en silencio al reconocer que los hombres arribados eran del clan MacDowell. Escucharon algunas risotadas y Ian sintió sobre sí miradas un tanto aviesas y despreciativas, pero si alguien intentó levantar la voz y esbozar algún insulto, fue detenido a tiempo. Tanto él como sus hombres respiraron con más calma una vez que alcanzaron el portón de ingreso y solicitaron a viva voz ser recibidos por el laird Edwards. No acamparían en aquel claro; no sometería a sus hombres y a él mismo a los nervios y mal momento de convivencia con hombres a los que no veían desde hacía mucho y que, de seguro, no necesitaban mucho pretexto para desafiarlos.

Les autorizaron a entrar y mientras descabalgaban, apareció frente a ellos Elsbeth Edwards, vestida en forma muy similar a la vez anterior. Esta vez sus cabellos estaban sueltos, cayendo sobre sus hombros y espalda. Se veía más libre, apreció Ian.

—Bienvenido, laird MacDowell —se dirigió a él con voz suave, aunque

seca—. Mi padre lo espera.

—Me disculpo, tal vez hubiera sido más conveniente esperar a mañana para charlar con él. Llegamos más tarde de lo pensado y no me parece prudente levantar campamento con el resto de los clanes.

—No se inquiete, mi padre entiende que no es este momento para que usted acampe con el resto. Podemos disponer camastros para sus hombres junto a nuestros guardias. Y usted tiene preparada una habitación para pasar la noche. No sabíamos si vendría, mas lo adecuamos en la eventualidad.

Asintió agradecido y el alivio fue evidente en su rostro y su cuerpo, que perdió rigidez. Elsbeth lo miró con más atención. La tensión aún se notaba en sus ojos, esos que parecían quemarla cada vez que la miraban y la recorrían sin pudor. Pero era una mirada más observadora e inquisitiva que lasciva. Tal vez se equivocaba; era probable dado que solo se habían visto dos veces, pero sentía que él apreciaba cosas en ella que otros hombres no, como si pudiera atravesar su coraza. Debía ser una locura de su mente o simples deseos de su corazón. No se consideraba una mujer que despertara pasiones.

Ian agradeció el gesto y siguió en silencio a la mujer, observando su entorno. La idea que tenía en relación a los Edwards comenzaba a corroborarse. El castillo era modesto y sin el mantenimiento que hubiera hecho falta. No le faltaba encanto, en su sencillez. Lo que era más que inadecuada era la protección; al recorrer la muralla pudo apreciar que era de corta altura y angosta, con almenas desprotegidas y pocos guardias. Estos parecían más campesinos que soldados, con armas que serían de desecho para otros clanes.

La habitación que le proporcionaron era de regulares dimensiones, entibiada por una enorme chimenea. Se quitó el kilt y estaba por hacer lo mismo con la camisa cuando el toque y la apertura de la puerta le sobresaltó, dando paso a una mujer con un aguamanil con agua tibia, que lo miró sin pudor

alguno. Era algo entrada en carnes, de curvas amplias, mirada traviesa y pechos generosos. Le indicó que estaría encantada de servir sus necesidades y le informó que la cena estaría dispuesta en poco tiempo. Sonrió; estaba habituado al juego con la servidumbre femenina y apenas verla su virilidad se había encendido. Interpretó claramente las señales y no tuvo prurito en inquirir:

—¿Hasta dónde puedo solicitar de sus servicios, bella dama?

La mujer soltó una risotada y puso sus brazos en jarra, adelantando el pecho.

—Si tiene problemas de sueño, milord, es algo que le puedo ayudar a resolver. No recibimos muchas visitas y estoy segura que a mi señor Edwards no le gustaría que haya un trato frío hacia los invitados.

—Me encantará que me arrulle luego de la cena— le indicó y se acercó para rozar su mejilla y bajar su mano atrevida hacia el pecho derecho que acarició con osadía y ganas, a la vez que daba un buen golpe en la grupa de la mujer cuando esta se retiró.

No había nada como el sexo para calmar los nervios de un hombre, pensó. Luego de un rato bajó al salón, donde ya estaban servidos los alimentos y tanto Sam como Elsbeth esperaban por él.

—Muchacho, ¿no sabes qué satisfacción me da verte por aquí! Dudé que te presentaras y me complace ver que mi descripción de la situación te alentó.

El anciano estaba sentado a la cabecera y le sonreía con gratificación en su rostro.

—Digamos que mi curiosidad fue en aumento y eso me empujó. Mas no se confunda, no me comprometo a nada más que a escuchar.

—No te pido más que eso, es lo justo. Mañana en la mañana haremos la reunión. Será aquí, en este salón. No somos tantos y estaremos presentes solo los líderes.

Asintió y atacó con hambre el cordero que le fue servido, exquisitamente condimentado.

—¿Está bien para usted? —le inquirió la mujer con educación.

—Está muy bien, gracias.

—Mi hija es una excelente cocinera, por supuesto que está muy bien — señaló con una sonrisa, mirando a Elsbeth con cariño.

A Ian le sorprendió que una dama metiera sus manos en la cocina y así lo hizo saber.

—Habrá notado que no somos un clan grande y nuestros ingresos son limitados—dijo ella—. Ayudo en lo que puedo.

La voz era suave y sonaba más relajada, menos a la defensiva. En un contexto diferente del que se conocieron la primera vez, ella dulcificaba sus facciones y Ian comenzaba a percibir los pequeños detalles que la hacían ver como una dama por demás interesante. No era bella. Al menos no tenía la hermosura impactante de Kirstie o de otras mujeres. Era difícil descubrir sus formas debajo de las ropas que utilizaba. Pero había algo dormido o agazapado en ella que parecía llamarlo. De seguro no era acción del vino, que le pareció algo aguado. Habría necesitado algo más fuerte, mas parecía que en este lugar y en esa mesa, no lo encontraría.

—Mañana será un gran día, ya lo verás —sentenció Sam, volviendo la atención a la reunión del siguiente día—. Será la jornada en que volverás a estar rodeado de los líderes, como debe ser. Te aseguro que habrá respeto y no tengas temor de expresar tus ideas, las que sean. Glenn es un hombre justo.

—Glenn... Parece que el gran líder domina todos los movimientos de la reunión— musitó.

—Vamos, Ian —el anciano se echó hacia atrás y sacudió su cabeza—. Hay hombres que son más influyentes que otros, eso es así. Y Glenn es el hombre más firme e inteligente que conozco. Eso no significa que los demás

hagamos lo que él quiere. ¿O tú has conocido algún laird de estas tierras que no sea un terco y que no quiera salirse con la suya?

Se despidió temprano, luego de disfrutar de una cena agradable, que no solía ocurrirle. Se sentía observado por esa mujer y su propia mirada volvía de tanto en tanto a ella. No sabía que pensaba sobre él y eso lo irritaba. Ya en la habitación, intentó atemperar su inquietud por lo que sería una experiencia fuerte al otro día.

El suave toque en la puerta le recordó a su invitada. Le dio paso y se solazó con su presencia y desparpajo. Era una mujer sin pudores de ningún tipo, que lo hizo gozar de varias maneras. Su noche se llenó de pasión, disfrutando de sus pechos poderosos y blancos, de sus caderas y posaderas abundantes. Sus manos, su boca, su miembro, gozaron de la práctica de una mujer que evidentemente era una competidora aventajada en los saberes del sexo y que lo llevó al clímax en forma repetida, hasta agotarlo. Cuando la despidió en la puerta, apenas cubría sus senos y se retiró con una risa ahogada.

Parado en el umbral, observando su retirada, con el cuerpo semidesnudo, quedó de pronto mudo al percibir que, a cinco metros, Elsbeth había visualizado toda la escena. Munida de un candelabro, inmóvil en el pasillo, su blanca faz iluminada por las velas, demostraba a las claras su exasperación y la furia altanera llenaba sus ojos. Su boca esbozó una reprimenda, que no pudo verbalizar porque él se sintió expuesto y molesto y se metió nuevamente en la habitación, cerrando tras de sí. ¡Que pensara lo que quisiera! Debía dormir.

Capítulo 4.

IAN

Era el momento que tanta duda le había generado. Aquí estaba, y no podía evitar sentirse nervioso y acuciado por las miradas directas y los murmullos que su presencia despertaba. En algunos vio burla, en otros fastidio o rabia, en muchos, indiferencia. Mantuvo su rostro imperturbable y movió su mano en busca de la espada procurando darse valor con su toque, sin encontrarla. Una de las disposiciones, prudente y en prevención de cualquier desacuerdo, era que todos estuvieran desarmados. No se esperaba nada violento o raro, pero era inteligente no dejar ninguna arista abierta.

El salón distaba mucho de la paz que había tenido la noche anterior. Conversaciones a gritos, hombrones que iban y venían dando buena cuenta de los alimentos y bebidas que Elsbeth había ordenado preparar para ellos. Ian observó y se mantuvo a un costado, alejado de todo diálogo y con la sensación incómoda de que se lo evitaba expresamente. No esperaba bienvenidas calurosas, pero si esta iba a ser la actitud de ahí en más, si lo habían invitado para humillarlo con la indiferencia, no tenía sentido estar aquí. De pronto, la voz de Sam a su lado le dijo:

—No te preocupes, ahora que todo comience tendrás el momento para expresarte. Mantente firme y no te dejes intimidar.

Quien así le aconsejaba iba apoyado en un bastón y secundado por uno de sus guardias, que le ayudó a llegar al centro, dónde estaba el sillón que solía utilizar. Tenía sentido que su asistente diaria, su hija, no estuviera aquí, pensó. Demasiados hombres ruidosos y algunos despectivos que la harían foco de groserías. A pocos minutos de este diálogo, presenció el ingreso de Glenn Campbell al salón, seguido por un gigante que debía ser uno de sus hermanos.

Fue saludado efusivamente por la mayoría de los presentes: palmetazos, apretones de mano, lisonjas, le indicaron la magnitud de la admiración que la mayoría sentía por él.

Observó el espectáculo sintiendo su garganta trabada, lo que adjudicó a la rabia, aunque debió ser, más factiblemente, angustia. Ese hombre era el matador de su padre, no había forma de que pudiera olvidarlo. Trató de rehacerse, sentía que lo miraban esperando su reacción, por lo que quitó toda expresión a su rostro. No importaba la tormenta de su interior, no podía dejarla traslucir. De seguro algunos pensaban que intentaría algo, vaya a saber que imagen tenían de su comportamiento y de la magnitud de su odio.

—¡Lairds, les pido su atención, por favor! —gritó el guardia que acompañaba a Sam.

Esto hizo que se cortaran los gritos y las conversaciones y poco a poco se hiciera silencio. Todos formaron un círculo alrededor de la mesa. En el centro, Sam sonrió.

—Señores, pareciera que están a punto de presenciar un espectáculo y no soy yo quien pienso brindarlo.

Los hombres rieron, festejando la humorada.

—¡Dale un poco de ritmo a esas viejas piernas, anciano! Quienes te conocieron, y de esos quedan bien pocos, dicen que eras muy bueno con la espada.

—Dicen que era mejor escapando —agregó otro.

Las risotadas dieron cuenta de una camaradería de la que Ian hubiera querido formar parte, pero que le era ajena.

—Pongámonos serios. Seamos precisos y tratemos de ir al punto antes que agoten mis reservas de alimentos. Comen como animales, deberían tener más compasión que la que tiene el Rey Carlos con sus impuestos —gruñó Sam—. Y ese es precisamente el gran tema que nos convoca. Coincidiremos en

que todo parece haberse vuelto más complicado.

Varios asintieron y manifestaron su acuerdo.

—No sé qué noticias les han llegado a ustedes, pero Carlos ha comisionado a uno de los recaudadores más duros para esta zona y está en camino. Falta muy poco para que lo tengamos por aquí, tratando de sacarnos lo imposible —agregó McPhearson.

—Tenemos las mismas novedades. Ese inglés viene arrasando con las reservas de buena parte de las fincas del Sur. Las quejas y molestias se extienden por doquier —acotó Glenn—. ¿Coincidimos en la necesidad de mantenernos firmes y en oposición a rechazar los pagos excesivos, todos en bloque? No podemos hacerlo unos sí y otros no, eso dividiría nuestras fuerzas irremediablemente y le quitaría presión a nuestro reclamo.

Ian le escuchó, aquilatando la postura firme que se trasmitía en sus palabras serenas. Parecía menos impresionante en persona que la imagen que se había forjado en su mente. Era un hombre de su clan, que intentaba proteger lo suyo. Conectó lo que decía con la información que había relatado Catriona, a la que relativa atención había prestado, golpeado por la sorpresa de su presencia; ella también había mencionado los problemas de su familia materna para pagar los impuestos.

—Debemos estar convencidos y actuar todos de la misma forma —afirmó Sam—. Es necesario que nos expresemos y argumentemos en la medida en que esta postura no nos parezca conveniente. Aquí y ahora es el momento de hablar y presentar otras opciones.

—Eso de esperar a que vengan a esquilmarlos y a quitarnos lo nuestro, como si fuéramos unas muchachas asustadas no parece ser de escoceses —se elevó una voz por encima de los murmullos.

Ian observó que Glenn se sobresaltaba y miraba su costado. Era su acompañante, el joven que había ingresado con él quien así se manifestaba y

quedaba claro, por el gesto tormentoso del laird Campbell, que contradecía sus órdenes y pensamientos.

—Lyle... —escuchó que le decía, intentando frenarlo y éste sacudía la cabeza negando y mirando hacia el otro lado.

—Tu hermano no parece estar convencido de que lo que planeamos funcione, Glenn —exclamó de inmediato McPhearson.

—Mi hermano no sabe bien lo que dice, apenas si se está enterando bien ahora de todo —su voz era monocorde y alta, dejaba entrever su molestia y parecía ser un mensaje de tranquilidad, que fue desoído por el hermano.

—Entiendo lo que plantean, pero no comparto lo que proponen como solución.

Ian se empezaba a divertir y en cierta manera le parecía una pequeña venganza esa desautorización que hacía frente al resto. Probablemente no era con esa intención y sí por ímpetu, pero no era bueno para la imagen de Glenn y su liderazgo.

—¿Y qué pretendes, muchacho? —le increpó Sam, evidentemente molesto por una intervención tan intempestiva y sorpresiva—. ¿Qué nos paremos delante de los ejércitos del Rey y hagamos que nos ataquen y a nuestras familias? ¿Sugieres una rebelión? Nadie aquí, creo hablar por todos, quiere una guerra sangrienta que lo que haría sería debilitarlos y empobrecernos más.

—No es necesario que pensemos en la derrota. Plantarse firmes implica dar una lección. Es seguro que los ejércitos del Rey son más grandes que los nuestros, pero lo eran también hace años y demostramos que se los puede detener. Cuando un Rey no quiere perder recursos adentro de sus tierras, desperdiciar hombres y dineros en una lucha fratricida, suele pactar. En especial, cuando necesita de esos hombres para que financien sus ansias de expansión hacia otros países. Es lo que quiere Carlos, su ambición lo lleva a

querer la conquista.

Inevitablemente varias miradas se dirigieron a Glenn, que barruntaba en silencio, encajadas sus mandíbulas con fuerza, expresión de un furor creciente. Decidió intervenir para cortar de raíz lo que ya se iba de las manos y desvirtuaba la meta con la que fue convocada la reunión.

—No creo que ese sea el camino ahora, Lyle —se plantó frente a su hermano y lo miró con seriedad.

Nunca pensó que asistir con su hermano menor podría ocasionar esta situación. Lo sabía rebelde y peleador, pero había rastros de inconsciencia en sus expresiones actuales. Estaba desorganizando y plantando malas ideas en la cabeza de algunos obcecados.

—Esto no se trata de cobardía o valentía, muchacho. Se trata de dar los pasos adecuados, analizar estratégicamente la situación para no precipitarnos en locuras.

—¿Todos piensan así? —levantó la cabeza Lyle.

—Todos los que estamos en posición de tomar decisiones —señaló McDonald.

Este era un hombre fiero y habitualmente peleador, pero entendía, en su astucia natural, que los pasos que dieran debían ser progresivos para evitar bajas y tragos amargos, cosa que el menor de los Campbell parecía ignorar.

Lyle sacudió la cabeza y se retiró, para alivio de Glenn.

—Tienes un hermano bastante explosivo, Glenn—intervino McPhearson—. Los jóvenes son así. Muchos de nosotros lo fuimos, ¿no es verdad, muchachos? Pero con la vejez viene la sabiduría. Nadie reniega de una buena pelea cuando hay que darla, aunque tampoco es cuestión de ofrecerse como vaca para festín.

Varios asintieron y la reunión retomó el cauce original.

—Sugiero que se elijamos representantes entre nosotros, los que deseen,

en principio para encarar a ese recaudador y luego solicitar al Rey que escuche lo que tenemos que decir. Dejarle claro cuanto podemos pagar, que no y qué exigimos como súbditos fieles de la Corona.

—Propongo a Glenn como mediador —gritó Grant.

—Yo me ofrezco —señaló McPhearson.

—Creo que una buena opción sería uno de los sacerdotes de Aberdeen. Hay varios, preocupados por lo que pueda ocurrir con la Iglesia de nuestras tierras. No les olvidemos en este momento, nos necesitan. Tengo conexiones con uno muy instruido que podría presentar las cosas de la manera más apropiada —agregó Sam.

—Que así sea. Debe quedar claro que no aceptaremos aumentos todos los años—indicó otro de los presentes.

—No deseo ser ave de mal agüero —señaló Sam, que había observado con satisfacción como los lairds se expresaban a favor de su idea, mas se daba cuenta que debían ir un paso más allá si querían cubrir todas las posibilidades—. Esa es una de las cartas a jugar, la que yo creo adecuada y ruego porque funcione. Pero debemos considerar otro escenario, el peor. Ahora que estamos todos juntos, cosa que no es fácil de lograr, debemos saber si todos estamos dispuestos a reunir fuerzas y marchar juntos si lo que queremos no funciona y todo deviene en un conflicto armado.

Las voces se elevaron en asentimientos firmes.

—No es lo deseado y procuraremos evitarlo, repito. Hay cosas que no están en nuestras manos—dijo Sam, obteniendo el clamor general y entonces continuó—. He tratado de dar lugar para hacer sentir cómodo a nuestro invitado—. Todas las miradas se dirigieron hacia Ian—. Creo que ahora es momento de escuchar qué tiene para decirnos. Coincidimos la vez anterior en que los MacDowell forman parte de nuestras tierras y tienen un papel para cumplir junto a nosotros.

—¿Qué es lo que los MacDowell tienen para decir en esta situación? — espetó McPhearson.

Ian se adelantó, sabiéndose foco de las miradas de los hombres quienes, en silencio, esperaban no sabía bien qué. Él había escuchado con calma las propuestas y posibilidades. No era un hombre de discursos, antes bien, era bastante parco. Se armó de valor y elevó la voz procurando darle firmeza.

—No soy un hombre de muchas palabras. Tampoco he tenido muchas oportunidades para brindarlas— no quiso que su frase sonara como reproche, pero uno de los hombres gritó:

—¡Hubo buenas razones para tu soledad!

Él ignoró el comentario y continuó.

—Por lo que entiendo, esto tiende a ir de mal en peor. Debo decir que todavía no lo he sufrido en todo su rigor, lo que no quiere decir que no pague mis impuestos como cualquiera. Sufrimos los reveses del clima y los arrendatarios han visto afectada su producción y eso retacea su posibilidad de pago. No me niego a la posibilidad que ustedes plantean de unirse para presentar reivindicaciones al monarca. No me entusiasma, sin embargo, la posibilidad, que existe, lo quieran o no, de sublevarse contra el Rey. Eso implicaría una nueva guerra.

—No pareció que te preocupara provocarla hace quince años —elevó la voz uno de los presentes.

Ahora sí miró con fijeza a quién esgrimió el reproche.

—Era otra situación, bastante más parecida a la que suele enfrentarnos y nos ha hecho pelear durante décadas y siglos. De todas formas, yo ya no soy ese hombre de hace quince años.

—Tal vez la soledad te puso cobarde —esgrimió otro.

—Ustedes creen que pueden provocarme, pero soy un hombre de lógicas. Precisamente porque hace quince años mi gente se vio afectada y sufrió

oprobio y humillación durante todo el proceso posterior, es que no quiero llevarlos a algo parecido. Me parece que es una opción que debemos tratar de evitar.

—En eso estamos —señaló Glenn.

—Tu hermano no parece estar para nada convencido —lo miró ahora, serio y firme.

—Mi hermano no expresa la opinión de mi clan. Habla desde sus impulsos.

—¿Qué es lo que nos estás diciendo, Ian? ¿Estás con nosotros o no? —inquirió Sam, obligándolo a una respuesta.

—Yo soy un escocés. Estoy con mi gente, con mi clan. Puedo entender sus razones y las comparto. En lo que tenga que ver con negociar, estoy con ustedes. Solo pido que sea la única posibilidad. Mi neutralidad en cualquier conflicto armado, empero, solo se romperá en la medida que compruebe el sufrimiento de los nuestros. En ese caso, podrán confiar en mi asistencia, solo entonces.

Sam fue más lejos, pues quería que no quedara duda alguna de la posición de Ian.

—Nos preocupaba que pudieras considerar una alianza con el Rey.

—No soy un estratega; no estoy buscando alianzas para nada más que para la defensa y el buen vivir de mi gente. Puedo asegurarles neutralidad en ese sentido.

—¿Podemos confiar en tu palabra?

—Yo doy mi palabra, es buena para mí y pretendo mantenerla.

—Acepto tu compromiso y agradezco tu asistencia—determinó Glenn.

Este estaba satisfecho con lo que se estaba logrando; no era poca cosa que Ian estuviera allí, manifestara su acuerdo a negociar y a la vez asegurara que no actuaría contra ellos. Eso tranquilizaría a clanes pequeños y vecinos,

como lo eran los Edwards. Y ese mismo alivio se notaba en la mirada de Sam.

—¡Que así sea, entonces! ¡A brindar! Hay buena cerveza y vino, muchachos. Todo medido, por supuesto, no estoy para mantener borrachos. Los que deseen eso, deberán volver a sus tiendas y castillos y agotar sus propios recursos.

La algarabía continuó unos minutos más, pero ya Ian la dejó atrás, para recorrer el pasillo que conducía al patio exterior.

—Ian —escuchó y dio la vuelta, para ver con sorpresa que era Glenn quien así lo llamaba.

Una serie de sensaciones se mezclaron al tenerlo tan cerca.

—Te quiero agradecer personalmente que estés aquí. Sé que no es fácil, que no ha sido para nada fácil y en tu interior, tal vez me maldices. Sin importar tus sentimientos hacia mí, creo que has tomado la mejor decisión para ti y los tuyos, así como para el resto.

Ian miraba hacia otro lado mientras Glenn le hablaba; no podía sostener la mirada sin que sus ojos expresaran el dolor y el rencor. Escuchó mientras aquel continuaba.

—Nunca tuve la oportunidad de decirlo antes, pero este es buen momento. Mi castillo está abierto para que puedas retomar los vínculos con tu hermana y conocer a tus sobrinos. Me consta que el deseo de ellos es poderoso. Tal vez no soy la persona adecuada para decirlo, pero nadie más lo hará. Kirstie te ha extrañado y le ha dolido profundamente la separación.

—Una separación que fue una huida y que ella eligió— contestó con sequedad.

—Hay situaciones y hechos que escapan al control de nuestra lógica. El amor de tu hermana por Ewan fue uno de ellos. Tú fuiste testigo de que trató de razonar y hacer entender a tu padre, por todos los medios posibles, de que la paz entre nosotros era factible.

—No quiero remover el pasado.

—Tampoco yo. Deseo que pienses que el presente y el futuro pueden ser mejores. No debes permitir que una falsa revancha o los rencores te obnubilen.

Lo menos que deseaba ahora era una charla familiar con Glenn Campbell, así que sacudió la cabeza y lo dejó atrás, pero entonces lo recordó y se volvió para decirle.

—Dile a Kirstie que nuestra madre, Catriona, ha vuelto. Pretende recomponer los vínculos con sus hijos. Tal vez ella sí la visite.

Dio algunas vueltas mirando el movimiento y desde las almenas percibió cómo, al cabo de algunas horas, se levantaban progresivamente los campamentos y los hombres comenzaban a dispersarse, volviendo a sus dominios. Los lairds Campbell y McPhearson estuvieron algún tiempo más, factiblemente estableciendo la estrategia a seguir.

Lo que también vio fue al joven Lyle Campbell, cabalgando como poseso por varios campamentos y departiendo enfáticamente con varios hombres de distintos clanes. Parecían demasiado enérgicos, demasiado nerviosos para estar planeando algo bueno, pero supuso serían tonterías que pronto serían frenadas por sus líderes.

Hubiera podido partir de inmediato, pero quería evitar otros encuentros y conversaciones con esos hombres por un tiempo, y de seguro llenarían los senderos. La tensión le pasaba factura y no tenía motivos para volver enseguida, así que recurrió a Sam para plantearle que se quedaría otra noche y regresaría por la mañana, cosa a la que aquel accedió con gusto.

La cena de esa noche fue más tranquila y agradable que la anterior; Sam estaba contento y agradecido y lo demostró con creces, cosa que Ian no consideraba necesario. No pudo evitar clavar su mirada más de una vez en la silenciosa Elsbeth, quien esa noche lucía casi... encantadora. Había algo en

esos ojos que comenzaba a trastornarlo. Se fijó, por primera vez con atención, en los bellos labios que destacaban pulposos y daban nueva expresión al rostro cuando sonreía. Era extraño que esa boca y ese cabello lo excitaran con más fuerza que unos protuberantes y exhibidos senos, pero así parecía. Lo atribuyó al cansancio; sin dudar los cambios tan abruptos estaban nublando su juicio en relación a las mujeres. A la mañana, todo sería diferente. «En un rato lo será», se prometió.

++++

ELSBETH

Elsbeth estaba satisfecha. La cena transcurrió con cordialidad y con comentarios sobre la reunión. Le alegró la satisfacción de su padre, que se notaba a pesar de que la contenía. Habían hablado antes y le había dicho que había sido más exitosa de lo esperado. El primer gran logro había sido la misma presencia de Ian, de la que poca seguridad tenían a priori. Que sus palabras le hubieran animado a llegarse hasta su castillo, cuando sabía que iba a estar rodeado de hombres que no lo veían más que como un enemigo, hablaba también del temple del invitado.

«Mis huesos van a poder descansar más tranquilos esta noche, hija», le comentó. «No te imaginas qué sensación placentera fue ver que la lógica se imponía entre hombres de habitual poco razonables».

»Suele pasar cuando la gente piensa en términos de cómo puede ser afectada», había respondido ella. «Y tú has hecho una muy buena descripción de lo que ocurrirá si no presentan un frente de unidad y colaboración».

»Sí, pero siempre hay reticentes o personas que piensan que pueden resolver todo solos. No es nada fácil tejer alianzas, cuando los clanes tienden a pensar solo en sí mismos. Hay que agradecer a Dios por la presencia y buena disposición de Glenn Campbell. Es un hombre digno de admiración. Su

hermano, por otro lado...», había meneado la cabeza.

»¿Te refieres al menor, Lyle creo que se llama? Lo vi bastante enérgico. No dejó de ir de un lado a otro, conversando aquí y allá. Con mucho énfasis».

»Espero que no sea un problema. Piensa en términos más de guerras y batallas que de negociaciones. Casi logró que la reunión torciera su curso, si no hubiera sido porque los demás, su hermano incluido, lo frenaron. Me preocupa y creo que a Glenn también».

»Seguro que lo va a controlar. Nadie puede negar que si alguien puede influir en los hombres es Glenn, y tú también padre, estoy muy orgullosa».

»Me respetan por mi experiencia y mi vejez».

»Y porque saben que tus palabras son justas. El que lograras convencer al laird MacDowell para que viniera, debe haber sorprendido a muchos».

»Por fortuna ignoró algunas expresiones poco convenientes. Tiene carácter y expresó su punto de vista con acierto. Tenemos su compromiso de apoyar la negociación y en la eventualidad de una lucha, que ha dejado muy claro no desea, su neutralidad. Lo veo lógico y lo hace ver más maduro que en el pasado. Nadie quiere una lucha, salvo los más explosivos y aburridos de nuestros jóvenes tal vez. En su hambre de hazañas, poco conocen los costos que provocan los enfrentamientos».

»Es un hombre difícil de desentrañar, hosco y huraño. Pero creo que se sintió afectado por la indiferencia de todos, al menos al principio. Nuestro castillo le dio un refugio, no sé qué hubiera sido de él si hubiera debido acampar con los otros y pasar la noche a su lado. El alcohol y la impaciencia de varios podrían haber provocado conflictos».

»Por ello le invité a quedarse y por eso también acepté que permanezca otra noche, hasta que el resto de los hombres haya partido. No es que espere enfrentamientos, pero siempre es bueno tomar las precauciones para que no se den situaciones inadecuadas».

Mientras ella recordaba el diálogo, la cena transcurría, disfrutando lo que restaba del festín que Elsbeth había ordenado preparar para los hombres y por el que una parte importante de las reservas habían sido consumidas. Sam había descartado sus temores al respecto, argumentando que había sido una justa inversión. De producirse problemas, su clan sería el más necesitado de ayuda. Bien valía ajustarse en alimentos y bebidas en pos de la protección futura.

Miró de soslayo a Ian, procurando no incomodarlo ni hacerse evidente. Su figura semidesnuda, recortada en el vano de la puerta, volvía a sus retinas una y otra vez. Su torso amplio, de pectorales marcados, sus brazos, de músculos prominentes, el cabello ensortijado, sus partes bajas apenas cubiertas por la puerta entornada. Debía confesar que se había quedado muda y quieta, impactada no sólo por la sorpresa del espectáculo en la noche, sino por la hombría que destilaba. Había ido por algo de agua fresca, y casi al llegar a su puerta, esta se abrió para dar paso a la descarada de Emma, sonriente y con sus ropas desacomodadas. Era obvio que estaba dando otros servicios que no encajaban con su función de trapear. No le llamaba la atención, ella era promiscua y si la mantenía en el castillo era por su eficiencia y porque en verdad era una buena mujer, con varios hijos que mantener.

Que esa noche se hubiera prestado a los juegos sexuales del laird MacDowell, hablaba más de la falta de moral del laird que de Emma, sentenció mentalmente. Él debería respetar el lugar que lo recibía con tanta hospitalidad, pero estaba visto que era tan bruto como el resto, que no podían controlar sus impulsos animales.

Hubiera preferido que él no la hubiera visto y maldijo cuando sus ojos taladraron sus facciones. Se llevó la mano al cabello suelto y esperó no ofrecer una imagen de impudicia. Mal podía ser así, estaba muy vestida y tapada por el manto, pero los hombres pensaban muy oscuro cuando los

obnubilaban las pasiones. Había tratado de arrancarse de su inmovilidad para decir algo, procurando que su gesto de altanería denunciara que consideraba un deshonor su actitud en el castillo, pero él había cerrado sin decir nada, casi con un portazo.

Se preguntó ahora por qué no podía sacarlo de sus pensamientos. Era un hombre obscuro, sin respeto por sus semejantes, uno que los demás despreciaban. ¿Por qué entonces sus pensamientos insistían en traerlo y dibujar sus facciones, provocando en ella algo que solo podía catalogar como desasosiego? Recitó una oración mentalmente, pidiendo protección frente a la tentación.

Durante muchos años había enterrado cualquier sensación o sentimiento que un hombre le pudiera despertar bajo el peso inaguantable de su experiencia pasada. Esa que hacía imposible quitar de ella la sensación de que la cercanía de los hombres solo traía dolor. Esto la hacía llorar, muy de tanto en tanto, porque reconocía que le habían arrancado una parte importante a su vida. Debía haber hombres buenos como su padre, no lo dudaba, pero el riesgo era terrible. Por eso se sentía extraña y temerosa cerca de la compañía de Ian, que la inquietaba de maneras misteriosas.

«Mañana todo será diferente, pues él ya no estará aquí. Mañana volverá todo a la normalidad y podré abocarme a cuidar a mi padre y a supervisar las tareas del castillo». El pensamiento le dio seguridad y le permitió transitar la noche y la cena sin tropiezos, siendo tan buena anfitriona como pudo. Pero la idea de la partida de Ian también le generó cierta angustia. Porque tan segura como se sentía junto a su padre y en el castillo, en el fondo de su corazón, deseaba revivir, y los sentimientos que experimentaba se parecían a un renacer de sus sentidos.

Ian disfrutó de una noche de diálogo y agradeció la hospitalidad, retirándose bastante temprano. La seductora sirvienta lo estaba esperando

desnuda en la cama, mostrando y jugando sin pudores con su cuerpo, que lo llevaba por la senda del pecado sin regreso. Tomó todo lo que podía darle, saciando sus sentidos y adormeciendo pensamientos ingratos. Más tarde, mientras la observaba vestirse, no pudo evitar preguntarle:

—La hija de tu laird, ¿no tiene esposo, no está comprometida?

—Pobrecilla Elsbeth —susurró ella—. No, ella es una mujer solitaria y triste.

—Parece consagrada a la religión.

La mujer lo miró y sonrió.

—Ha sido así, desde jovencita. Fue la forma en que encontró para escapar del dolor de la violación que sufrió.

La brutal información lo paralizó y se sintió abrumado. La miró con confusión.

—Es algo muy triste. Una de las razones de su falta de esposo, además. Muchos pensaron que, a partir de ese momento, ella estaba marcada. ¿Qué líder de importancia querría mezclarse con una mujer impura?

Le asombraron los términos, viniendo especialmente de una mujer, pero entendió que lo decía desde el razonamiento más simple y práctico. Los casamientos eran alianzas y fortalecían a los clanes. El clan Edwards era débil y su única heredera no se veía deseable, ese tipo de marcas resultaba casi imposible de borrar, mal que pesara a una mujer inocente de haber sido violentada.

—Supongo que alguien habrá querido desposarla—insistió.

—Si eso ocurrió, ella se encargó de desalentarlo. Es probable que tema a los hombres, yo lo haría. ¡No, no es verdad! Yo amo a los hombres —terminó la frase con una risotada, a la vez que le enviaba un beso y se despedía cerrando la puerta tras de sí.

Ian quedó pensativo. Era extraño que sintiera una pena tan honda por

alguien que apenas conocía. Vaya si sabía que muchos hombres eran brutales, su propio padre había sido terrible. Esa pobre mujer, Elsbeth. ¿Cómo no iba a tener razones para su gesto adusto y su expresión reprobatoria? Una que, sin embargo, había suavizado las dos noches que había compartido la mesa. Y al hacerlo, había visto otra parte de ella, una que le hubiera encantado revelar.

Capítulo 5.

El retorno a los hogares

LOS CAMPBELL

La vuelta al castillo fue tempestuosa para los Campbell. Glenn se encontraba furioso con su hermano y, aunque en un primer momento trató de contenerse, no pudo evitar expresar más adelante su enojo por lo que consideraba una intromisión inadmisibles que, además de desafortunada, había roto expresamente lo que Lyle manifestó haría: no intervenir.

—¡Tu comportamiento fue absolutamente inconsciente y a punto estuve de sacarte a empujones de esa reunión! —espetó fríamente mientras cabalgaba a su lado.

—Mal hubieras hecho. Te puedo asegurar que no te lo hubiera dejado fácil. ¡No toleraré ningún intento de humillarme frente a los demás, soy un hombre!

—¡Pues compórtate de acuerdo a eso! —gritó Glenn, deteniendo el caballo con brusquedad y tomando las riendas del de Lyle.

—Mira, si quieres pelear... —rezongó el otro tratando de tomar mando de su montura.

—¿Crees que esa es la vía, la forma de contacto y relación de los hombres? ¿Tan poco has aprendido estos años? ¿Tan mal ejemplo hemos sido para ti? —sacudió la cabeza con pesar.

—No puedo pensar en mejor ejemplo para mí que tú o Ewan. Sabes que te admiro —sostuvo Lyle, confundido por la ira en el rostro de su hermano.

No creía haber actuado de una manera tan mala, había expresado su opinión. ¿No fue lo que el anciano dijo debían hacer? ¿No era lo que los

hombres hacían?

—¿Cómo tienes tan poco sentido de la oportunidad? Esa reunión se preparó durante meses, buscando crear hermandad y unión entre los clanes. No para la guerra, no para batallas sordas y sin sentido, sino para defender nuestras posesiones, que son las de nuestras familias. ¿No puedes entender que detrás de tus arengas podrían haber caído algunos que creen que es la única solución?

—¿Y tú puedes decir honestamente que no será ese el desenlace inevitable de lo que intentan? Confían en que un rey lejano y al que no le importamos nada, se asuste y diga a todo que sí. Porque ustedes están juntos, tremendo logro, ¡muchos mugrosos escoceses juntos! ¡Qué miedo debe tener el Rey Carlos!

Se miraban airados, sus caras apenas a centímetros, apasionados y distantes en sus ideas.

—Nos desmereces al pensar de esa forma. Negociar no es ser menos valiente, negociar no quita que somos hombres dispuestos a defender lo nuestro.

—Tú mismo has dicho muchas veces que ese hombre, el tal Rey Carlos, es un guerrero. Qué tiene sed de conquistas, de tierras. ¿Crees que se amedrentará porque vayan tres de ustedes o le manden cartas? Tiene objetivos superiores, basta que mueva un dedo para que su ejército venga.

—Precisamente. ¿Acaso piensas que no sabemos la magnitud de su ejército, que no nos hemos movido para conocer su número y su formación? Lo consideramos y es enorme. Para evitar desastres, vamos con cautela, procurando ser graduales. Es lo que los hombres de la política hacen. ¿Por qué no podemos actuar como tales? Obtienen muchos logros.

—¡Tú no eres un político, Glenn! Eres un guerrero.

—Soy lo que debo ser para defender a los míos.

—Parecían todos pollos mojados y expectantes a la vez de lo que opinaba el tal Ian, como si importara en realidad. ¿Desde cuándo ese clan es importante para nosotros?

—¡Que no te importe a ti no significa que otros clanes no lo vean como una opción! Hoy se logró algo muy importante. El laird MacDowell proclamó su neutralidad en un conflicto futuro. No es algo menor pensando qué podría elegir aliarse con el Rey, como hizo años atrás. ¿Crees que esa declaración no es vital para Sam Edwards? Son vecinos, ese temor debe haber estado en su mente. Entonces, no deseches con tanta suficiencia lo que los hombres obtienen hablando. Hablando, Lyle, también existe eso. ¡Has cometido una imprudencia y sobre todo me duele que no fuiste sincero conmigo! Hablaste de no arengar a los hombres y te creí. Vas a tener que comportarte si pretendes sentarte a la mesa de los líderes— fustigó su caballo y lo lanzó a la carrera. Que lo siguiera si quería.

Lyle resopló fastidiado, para luego espolear su cabalgadura e ir tras su hermano. No había sido su intención molestarlo ni humillarlo, ni siquiera ser una presencia molesta o resaltar frente al resto. Su hablar había sido un impulso nacido de la firme convicción de que lo que hablaban eran puras palabrerías. Incluso ahora, entendiendo que se había expresado de la peor manera, lo pensaba. Se reprochó la forma y el lugar donde lo había dicho, no el pensamiento. Estaba tan convencido, que había ido tratando de llevar a otros a su posición y tenía que decir que no eran pocos, en los distintos clanes, que coincidían con él en la forma de evaluar la situación. Debía ser algo vinculado con los años, pues donde los líderes hablaban de negociar y mandar misivas, los jóvenes hablaban de resistir y rebelarse.

No consideraba enfrentamientos directos, no, sino algo más sutil. Crear algunos disturbios puntuales; incordiar, molestar, atacar concretamente a aquellos delegados del Rey. Esa sí era una muestra de fuerza inteligente, una

que el Rey valoraría más que una carta. En última instancia, tampoco representaban acciones desconectadas. Que los lairds siguieran con sus estrategias. Él vería de fomentar otras desde las sombras y sin involucrar a sus hermanos o a otros grupos.

Dejó a Glenn avanzar y permitió que su mente se extendiera en la consolidación táctica de una forma de confrontación diferente a la habitual por estas zonas. Era cuestión de vigilar los movimientos de los hombres del Rey, en especial de los encargados del cobro de los impuestos. Y atacarlos una y otra vez, hasta desgastarlos. Había algunas experiencias del pasado que mostraban que podía ser una estrategia posible. Le molestaba tener que pensarlo solo, pero sabía que exponerlo a viva voz a sus dos hermanos resultaría en gritos y negativas. Y si algo tenía, además de convencimiento de que iba por el buen camino, era la tozudez como para mantener sus ideas.

Ewan percibió de inmediato y con claridad que las cosas entre sus hermanos habían explotado. El rostro de Glenn cuando retornó era suficiente prueba de ello. Lyle demoró en arribar, más tranquilo, y cuando le inquirió que había ocurrido le comentó al pasar que Glenn se había molestado por sus palabras en la reunión.

—Lyle, no debías hablar. Fuiste como apoyo de Glenn, porque quisiste y él lo permitió. ¿Qué es lo que pretendes? Para haber puesto de tal manera a nuestro hermano, debes haber dicho algo realmente inconveniente.

—Inconveniente, imprudente, bla bla—contestó enfurruñado—. Soy un hombre, hermanito, y creo que tengo el derecho de opinar.

—En la mesa de nuestro castillo sí, frente a nosotros. No es tu voz la que debe escucharse hacia afuera. Glenn es el líder y es un hombre justo. Tu postura tal vez erosionó lo que quería decir. Pareces desechar abiertamente lo que él piensa. Deberías respetarlo un poco.

—No es así y me duele que pienses de esta manera. Yo no discuto el

liderazgo de Glenn, deberían saberlo, jamás lo haría. Tengo una posición diferente.

Se retiró impetuoso y fastidiado y Ewan fue tras Glenn, al que encontró caminando como león enjaulado en el salón de armas.

—¡Es un gran tozudo, parece no haber aprendido nada con los años! Actúa como un jovencito poco consciente de sus responsabilidades.

—No va a ser porque no te lo dije —señaló Ewan—. ¿Qué hizo?

—En el momento en el que todos estábamos llegando a un acuerdo de unirnos y de negociar, cuando lográbamos crear una especie de junta o delegados para expresar al Rey formalmente nuestras reivindicaciones, sale con una declaración prácticamente que de guerra. Por poco, y si no fuera por el viejo Sam y MacPhearson, no logró explotar la reunión.

Ewan entendió el furor; no era un problema de irrespeto o confusión solamente.

—Lyle se sale de control.

Glenn suspiró y se sentó más calmado.

—Por fortuna la cordura prevaleció.

—¿Apareció Ian? —inquirió con curiosidad, sabedor de que Kirstie ya estaba enterada de la vuelta de sus hermanos y correría a preguntarle.

—Sí, allí estaba. Debo decir que me sorprendió. Estuvo muy tranquilo y escuché de él palabras medidas y contemporizadoras. Lo principal es que concuerda con nosotros en lo importante de evitar la lucha. Pero de presentarse esta sin remedio, nos garantizó su neutralidad.

—Bien, hubiera sido mejor que ofreciera una alianza total —masculló.

—No tenía sentido forzarlo. La ecuanimidad con la que se presentó a un lugar dónde podía haber sido humillado fue admirable. Sabes que es mal considerado por muchos, pero han comenzado a mirarlo de otro modo, al menos. Hablé con él, unas palabras. Se mostró distante y seco, pero mantuvo

su postura.

—Kirstie va a alegrarse y eso me pone feliz también a mí.

—Por cierto, me dijo que su madre ha regresado al castillo. Le ofrecí total libertad para visitar a Kirstie y conocer a tus hijos, si así lo desea. Pareció desecharlo y me manifestó lo de su madre, tal vez pensando que ella sí querrá venir.

—Bueno, esas sí que son novedades— dijo Ewan pensativo—. ¿Qué piensas hacer con Lyle?

—Habrá que hablar con él más adelante, hacerlo entrar en razones. Esperar que recapacite.

—O que se le pasen las ideas locas con algunas borracheras de esas con las que suele sorprendernos.

—No le diré nada nuestra madre. Tal vez tú puedas hablar con él de manera más civilizada. Parece embargado por un deseo de salvajismo y voluntad de pelea poco comprensible.

—Tú sabes que a la única que hace caso es a nuestra madre, y por más que no quieras contarle para no preocuparla, ella pasa en vilo pensando en cómo lograr que siente cabeza. No tengo ningún problema en hablar con él, aunque poco espero lograr.

—Espero que nada de esas locuras se las transmita a Brod o Lean.

—Él los adora y ellos lo admiran. No creo que haya inconvenientes ahí.

++++

IAN

Para Ian todo había sido bastante más sencillo de lo esperado o al menos mucho menos tenso y amenazante de lo temido. Su ansiedad, comprensible dada la falta de contactos durante tantos años, así como el temor a ser hostigado, humillado o incluso retado en pelea abierta, fueron desarmándose

hasta desecharse. Sabía bien que mucho tuvieron que ver las figuras de Sam y de Glenn en esa actitud del resto hacia él. En relación al segundo, le sorprendió y alegró haber podido entablar un diálogo sin desdeñarlo.

Todo lo que había dicho era lógico y claro y escuchar al resto de los hombres le permitió hacerse una idea más completa de la situación. Frente al convencimiento del resto de que él quedaba por fuera de los requerimientos reales, le había complacido describir que no era así, tal vez no se le exigía en la misma dimensión, pero el peso de los impuestos se hacía notar sobre los suyos.

En lo que refería a Sam Edwards, solo tenía agradecimiento hacia él, aunque tal vez fue poco expresivo y efusivo para demostrarlo. En eso pensaba cuando emprendió el viaje de retorno. Era claro que el viejo no esperaba eso de él, pero hubiera hablado mejor de sí mismo si hubiera podido verbalizar cuánto valoraba que se hubiera movido hasta su propio castillo para invitarlo y empujarlo personalmente a asistir, con las obvias dificultades de movimiento. Además, que lo hubiera recibido con hospitalidad extrema, manteniéndolo durante dos días, alimentándolo y dándole conversación.

Tal vez eso era nada para la mayoría, pero no para él, quién por muchos años no había podido departir o estar mano a mano con sus iguales y temía cometer errores o mostrarse disoluto y titubeante frente a un grupo de hombres acostumbrados a manejar y lidiar con la gente y sus problemas y preocupaciones. Eso lo alentaba.

Llevaba consigo la sensación de haber vuelto a la vida, además del disfrute de los sentidos que significó acceder a charlas, discusiones, consejos, comidas y una mujer ansiosa por complacer. Pero, además, se le había pegado a la mente una imagen molesta y esquiva, que circulaba salpicando sus pensamientos. «Elsbeth...» Desde el inicio le había resultado compleja de interpretar, y ahora que sabía de sus demonios y el pasado que la rodeaba, la

consideración en la que la tenía había aumentado. No importaba que fuera evidente que ella lo considerara inferior. Detrás de aquel rostro adusto, de sus maneras pausadas y medidas, de la ropa que encarcelaba sus formas, latía un corazón ardiente, eso podía jurarlo. Las brasas de sus ojos no podían tener esa pasión de no ser así.

Su visión nocturna con el cabello suelto cayendo sobre un busto encerrado y oprimido lo desafiarían más de una noche de ahí en más. ¿Cómo sería desnudar a una mujer tan contenida? ¿Cuánta intensidad se había acumulado durante tanto tiempo? ¿Cómo sería despertar la pasión en un cuerpo al que le habían robado caricias y habían ultrajado sin piedad? Las palabras de la sirvienta resonaban en su cabeza: «¿quién querría a una mujer a la que habían robado su virtud?» No coincidía con esa visión, a pesar de que muchos podrían pensarlo.

Él creía que lo que le habían robado era la alegría de vivir. Habían penetrado su cuerpo, pero no la habían poseído. La idea loca de que él podría mostrarle que el sexo era encuentro y gozo le molestó una y otra vez, hasta que se llamó a ser realista. No la vería otra vez. Debía olvidarla.

Llegar al castillo fue agradable y más que alguien estuviera allí para recibirlo. A pesar de que todavía consideraba a Catriona una traidora, no le sentó mal. Los primeros cambios eran bien visibles. El lugar se veía más limpio, la gente parecía trabajar con más energía.

—Me alegro que estés de vuelta. ¿Cómo ha ido todo?

Había interés y preocupación en su voz. Se sintió raro y a la vez pensó cuánto había extrañado tener a alguien interesado por cómo le iba.

—Estuvo bien. Al menos pude sentar la opinión del clan y establecer algunos acuerdos.

—Eso es bueno, me alegra. Me he tomado algunos atrevimientos, espero que no te moleste —ella iba con cuidado y evitaba invadir sus espacios, tanto

en la charla como en el lugar—. Había algunos sectores del castillo un tanto dejados de lado y poco abastecimiento en las cocinas. Di algunas órdenes y si bien me comentaron que tú no deseas presionar a los arrendatarios, consulté y algunos cedieron algo de carne y granos de buen modo. Habla bien de ti, hijo, que te preocupes por los tuyos. Es algo que tu padre no solía hacer —el reproche era claro y él movió su cabeza con asentimiento—. Algo más, y me parece que es lo más grave. En tu ausencia vinieron hombres del monarca. Manifestaron que en pocos días llegará el recaudador y planteará algunos cambios en tu relación con el rey Carlos.

Ian se sorprendió y pensó qué tal vez estaba por sufrir en carne propia lo que los otros clanes habían relatado.

—¿Les dijiste donde estaba?

Temió de pronto que la noticia de la reunión circulara hasta oídos reales desde su castillo. Los demás lo verían como una traición.

—No, hijo, para nada. Supuse que algo tan delicado debía resguardarse. Pero ellos estaban recorriendo todas las tierras. Les debe haber extrañado no encontrar a los líderes.

Asintió. Eso debía ser al menos sospechoso.

—Hablé con Glenn Campbell.

—¿Sí? —los ojos de Catriona lo observaron—. ¿Qué te dijo?

—Nada en especial, pero le comenté que tú estabas aquí. Ofreció la posibilidad de que visites el castillo y te reencuentres con Kirstie.

—Te lo agradezco. Tal vez es algo que podríamos hacer juntos —lo escudriñó.

Él negó y miró hacia otro lado. Una cosa era armonizar y tener relaciones cordiales con el resto, otra era ir a meterse en la guarida de sus enemigos. «De mis antiguos enemigos», se corrigió. No estaba él para bandos ni peleas. Pero no podía dejar el pasado atrás de un golpe.

Capítulo 6.

Bosque caledonio, varios días después

LYLE

Lyle chistó a los otros, incentivándolos a callar y a esconderse de mejor forma en la arboleda que flanqueaba el camino por el que ya se comenzaban a escuchar los sonidos de una comitiva que avanzaba. Había logrado el concurso de diez hombres, tan convencidos como él del poderoso ejemplo que constituía un golpe certero en las finanzas del Rey. Así que aquí estaban, tres semanas después de la famosa reunión en el castillo Edwards, disfrazados ellos y sus caballos, dispuestos al ataque, con ropajes imposibles de asociar con algún clan en particular. Quién los viera, pensaría en ellos como unos forajidos, sin dudar peligrosos por las armas que portaban, amén de su actitud escurridiza.

Lo habían hablado en varias ocasiones, primero en forma velada y luego, cuando se convencieron de que pensaban igual, habían planeado con cuidado sus pasos, esos que les harían abandonar el discurso y ponerlo en práctica. Dejarían que los líderes siguieran con sus apuestas por la negociación y ellos se encargarían de la parte de confrontación directa, tratando de pegarle al Rey donde de seguro más le dolía: en sus rentas. Eran pocos, pero no se necesitaba más para una buena emboscada. Tenían otros cómplices, que eran quienes les informaban los movimientos de quien, en este momento era esperado: un recaudador de impuestos de origen inglés del que toda la comarca se quejaba.

—Atentos y recuerden: debemos medir nuestras palabras y lo mejor es evitarlas. No queremos que nos reconozcan y nos asocien con ninguno de nuestros clanes, sería la perdición de los nuestros y nuestra meta tendría

rápido fin. Ajusten sus máscaras, no queremos un accidente. El objetivo es quitar a ese hombre todo lo que injustamente ha recaudado estos días. No es para nosotros, lo tenemos bien claro, ¿verdad? —chequeó que todos asintieran—. Lo hacemos por el honor y para mostrar nuestra fuerza. Esconderemos lo que obtengamos y cuando sea tiempo, lo devolveremos a aquellos de los que fue arrancado.

Lyle no era ningún tonto, había sondeado con astucia a los hombres que le rodeaban hasta lograr la alianza y sabía que no tenían intereses impuros. De todos modos, lo repetía para que nadie se engañara ni tentara. Ellos eran guerreros, no viles salteadores, aunque ahora actuarían como tales.

—¿Ven a los guardias? —susurró y el que estaba unos metros más cerca al camino contestó:

—Son cuatro a cada lado del carruaje, más los que lo manejan. Bien protegidos con cotas de malla y armas, aunque se ven distraídos.

—No lo esperan, ¿cómo hacerlo? —sonrió—. La sorpresa juega a favor nuestro.

Todos se alistaron sobre sus cabalgaduras, en tensión y a la espera del momento adecuado. El carromato, de buena madera y con herrajes bruñidos, se acercaba con lentitud. Encima se veían unas cajas que supusieron eran armas. Una vez que se aproximaron lo suficiente, Lyle silbó haciendo saber a los hombres que estaban del otro lado del camino que era la hora. Todos se movieron al impulso de esa orden, rodeando el vehículo y desarmando con una facilidad poco creíble a unos guardias nada preparados para un enfrentamiento real.

—¡Hombres, los tenemos rodeados! Resistirse solo les traerá dolor. Entreguen sus armas —gritó uno.

—No les haremos daño—dijo Lyle, tratando de disfrazar su tono de voz, cosa que resultó sencilla por la máscara, que lo adulteraba.

Desmontaron y ataron rápidamente a los guardias, mientras él y otro se dirigían a abrir las puertecillas y forzar a salir al inglés. Esto no fue necesario pues él bajó antes que llegaran y si bien no hizo amague de defenderse o atacar, su mirada los perforó. Era evidente el disgusto y el desprecio para quienes creía unos mal encarados cualquiera. Tenía agallas, porque avanzó hacia ellos y les increpó:

—¿Qué hacen? ¡Están atacando a una caravana real! ¿Creen que podrán salirse con la suya, robarle al Rey y quedar sin castigo? ¡Lo que están haciendo es equiparable a la traición, pueden ser ejecutados! Los conmino...

Lyle llegó hasta él y le dio un empujón que lo precipitó de rodillas. Todo lo que había escuchado de él le disgustaba. Entendía que la suya era una función que alguien debía hacer, pero todos los afectados mencionaban su soberbia y la idea de que disfrutaba su tarea. Su aspecto físico no era mejor: parecía excesivamente delgado y su tez cadavérica hablaba de poca salud. Tenía ojos aviesos, que lo atravesaron con rabia.

—¡Deje a mi padre! —se escuchó entonces un grito femenino que sorprendió a todos y les hizo mirar con sobresalto.

Asomada medio cuerpo del interior del carruaje, una mujer gritaba como posesa. Lo primero que apreció fue su negra cabellera y luego sus ojos, rasgados y castaños, que despedían chispas de furia y miedo mezclados. Los otros hombres rieron y uno de ellos se acercó y la tomó por la cintura para bajarla, mientras ella pataleaba.

—¡Dejen a mi hija, malhechores! —gritó el inglés, buscando incorporarse, acción rápidamente controlada por un Lyle que buscaba recomponerse de la sorpresa, pues no esperaba a una mujer aquí.

Eso no cambiaba nada. Dio la orden de atar a padre e hija y de inmediato revisaron el carruaje. Las bolsas con monedas pesaban los suyos y lo mismo las armas. Cada uno de los hombres tomó parte de los objetos y con rapidez

montaron, emprendiendo la retirada al abrigo del bosque. Lyle tomó las riendas para hacer lo propio. Había sido bastante más fácil de lo pensando y eso sin duda se debía a la buena planificación. Antes de retirarse, miró atrás e hizo saber al recaudador.

—Esto es lo que ocurre con los que actúan como especuladores y expolian a los nuestros. Sepan, de aquí en más, que todo lo que roben de los escoceses, les será quitado de una o de otra forma. Es una advertencia.

—¡No pueden hablar de robo, soy un funcionario del Rey que cumple su trabajo! Flaco favor hacen ustedes a sus compatriotas. ¡Los que roban son ustedes!

—¡Ladrones, sinvergüenzas! —se hizo oír la voz alterada de la muchacha—. ¡Son unos vulgares bandidos!

No debió haberlo hecho, pero se sintió afectado por el comentario, por lo que volvió hacia ella, quien rápidamente se echó atrás, temerosa de haberlo provocado y obtener lo peor de él. Se arrodilló frente a ella y tomó su barbilla con un dedo diciendo:

—Lady, no sé su nombre. Ni me importa. En otro momento y en otro lugar, podría explicarle mejor las cosas, aunque dudo que entendiera algo. Sepa que nosotros no somos ladrones, sino justicieros.

La respiración agitada de ella, visible en el rápido subir y bajar de su pecho, su aroma fresco, sus ojos centellantes, todo se le quedó en la retina. De inmediato montó a la carrera y se retiró. Había incurrido en el error de hablar de más. Ni él sabía por qué había querido justificarse frente a esa inglesa chillona. Ahora era tiempo de reagruparse y huir; era probable que alguien encontrara la comitiva y diera aviso a las guarniciones más cercanas. Antes de ello, debían desaparecer, esconder lo obtenido y separarse para volver a sus vidas sin que nadie sospechara.

El júbilo embargaba al menor de los Campbell. Estaba hecho, habían

comenzado una operación que habría de mantenerse en el tiempo para que fuera efectiva. Era evidente que no volvería a ser tan fácil, ya estarían sobre aviso. Pero ellos tenían la ventaja de conocer el terreno y poseer ojos y oídos por toda la región. Eso conspiraba contra ese inglés. Se preguntó qué clase de hombre exprimía sin piedad a otros con su hija enfrente. Sería igual a él, concluyó. La diferencia estaba en el atractivo de ella. Había sido apenas una impresión, mas le había llamado la atención la personalidad y firmeza de la mujer, considerando que se creía asolada por bandoleros sin piedad ni límites. Era evidente que además de buenas curvas, tenía temple.

++++

LOS GILLESPIE

Transcurrieron unas cuantas horas hasta que por fin un habitante del lugar atravesó el camino y encontró el sorprendente panorama de un conjunto de hombres amarrados a los árboles y entre ellos. Eran sin duda de la guardia del Rey y sin bien poca información y aprecio recibió del principal, que destacaba por su vestimenta y su voz de mando, los demás le transmitieron que habían sido robados. A la sorpresa le siguió la mala impresión sobre el líder que, con voz chillona y cortante, comenzó a dar órdenes frenéticas apenas fue liberado. El buen samaritano fue despedido a cajas destempladas mientras la comitiva se organizaba otra vez para la marcha.

Marcus Gillespie, el recaudador de impuestos más veterano trabajando para el Rey, se aproximaba a los 50 años e impresionaba a quienes lo conocían por primera vez por su envaramiento, delgadez extrema y sus ojos grises acerados que poco pestañaban y daban cuenta de un corazón bastante duro y acorazado. Su fama de inflexible mastín de las finanzas de la Corte Real inglesa lo precedía, pero se volvió un hombre de cuidado cuando fue encomendado personalmente por el monarca para recorrer sus tierras

escocesas y arrancar de sus remolones súbditos todo aquello que valiera la pena a los efectos de aprovisionar de la mejor forma a sus huestes.

Era una tarea para la que estaba preparado: era un firme convencido de que los hombres solían esconder sus propiedades y riquezas sin pudor, por lo que no atendía jamás o hacía oídos sordos a insultos y amenazas. No habían sido pocas las oportunidades en que lo intentaron atacar y eliminar, haciéndolo foco del odio, a pesar de que él no era más que un instrumento, un funcionario. De ahí la guardia con la que se movía por esta zona; su actividad de riesgo y que lo exponía, además de la necesidad de preservar a su hija Brittany eran la explicación de por qué había aceptado ser custodiado en forma continua.

Una guardia que hoy se había mostrado vergonzosamente fácil de abatir, razonó. A la primera oportunidad que los había necesitado, mostraron sus falencias. Su furia apenas era sobrepasada por su preocupación. En verdad, era su culpa. Él mismo había subestimado la posibilidad de un ataque directo, basado en su convicción de que la mayoría de aquellos a los que debía exigir pago impositivo eran campesinos. Al no advertir ninguna intención aviesa en los últimos meses, había dejado pasar que los lairds escoceses tenían fama de brutos y de soliviantarse con facilidad.

Su responsabilidad para cumplir con su deber lo hacía ser odiado, confundiéndola con entusiasmo. Su prédica y amenazas acerca de que no debía ser escondido ningún céntimo del que se había de pagar, so pena de ser acusado de desobedecer o traicionar al Rey, no gustaba. Marcus no era tan inocente como para ignorar que el ser la cara visible de una política antipática y el hecho de que no conocieran a Carlos en persona y por tanto no pudieran reclamarle, hacía que él fuera el principal foco de los descontentos, así había sido siempre.

La forma en que fueron sorprendidos y el peligro al que estuvo expuesta su hija era lo que más le preocupaba, aunque no podía ignorar, ahora que

estaban a salvo, que esos bandoleros le habían esquilado el tesoro recolectado durante varias semanas de tránsito por las Tierras Altas. Apenas se liberó de la prisión de las cuerdas, se incorporó reacomodando su casaca, alisando con falsa calma sus calzones y medias de seda para luego mirar al jefe de su guardia.

—Tendremos una charla a fondo cuando estemos a buen recaudo. Debo decir que estoy muy desconforme con la actuación de los suyos.

—Nos sorprendieron —señaló el soldado, con contrición—. Esos hombres...

—Eso es evidente. Esos hombres, como dice, no son más que unos mugrientos ladrones y de seguro bien poco han de conocer de armas o estrategias. Sin embargo, lograron atacar y desarmar con pasmosa facilidad al que se supone un grupo de selectos guardias —señaló con ira.

—¿Papá? —se escuchó, y Marcus dejó atrás al hombre para acercarse rápidamente a su hija.

Siempre temía por ella y sabía que era el culpable por arriesgarla, pero su falta de arraigo y el hecho de no tener casi familia hacía que prefiriera que estuviera a su lado. Su única hermana ya era mayor, una solterona estirada y de pocas pulgas que vivía en Londres. Brittany no se adaptaba a sus reglas estrictas y prefería evitar problemas. En pocos meses, cuando la situación por estos lares estuviera más estable y los habitantes entendieran su rol y por tanto pagaran sin chistar, él podría volver a Londres y dejar la tarea a otro funcionario más joven e inexperto. Por ahora no era posible, él era el mejor en lo suyo y se lo reconocían llevándolo a los sitios que había que domar y cuyos habitantes había que traer a la disciplina económica.

Marcus provenía de una antigua familia inglesa con propiedades en varios lados y siempre habían cumplido sus obligaciones de armas y tareas con los monarcas de turno. Era un convencido de que la figura del Rey

pacificaba y reunía las voluntades, trayendo beneficios que se diluían cuando el poder se disgregaba. No confiaba en aquellos que hablaban de limitar las funciones del monarca y descreía del Parlamento, foco de complots y entramados económicos entre sus miembros. Entendió a la perfección cuando Carlos cortó las reuniones de los parlamentarios y les envió a sus casas, en lo que algunos habían criticado con encono. No le pasaba por la cabeza la posibilidad de deshonorar a la máxima figura con groseras insubordinaciones. Por ello, anteponía las obligaciones y tareas a los deseos, incluso hasta exponer lo más caro que tenía, su hija.

—Brittany, ¿estás bien? —sostuvo sus finos brazos y miró sus muñecas, tratando de borrar con sus dedos la marca que la ajustada cuerda había hecho en su piel—. ¡Esos bárbaros te han lastimado!

—Padre, recuerda que soy bastante más fuerte de lo que tú crees —le sonrió, llevándole tranquilidad.

Miró con atención ese rostro adorado que tanto le recordaba a su esposa, fallecida cuando Brittany apenas tenía tres años. Se había consagrado desde entonces a sus funciones y a la crianza de su hija, tratando de dotarla de la vida más cómoda y de la educación más selecta que una mujer pudiera tener. Su gran esperanza y ambición era que ella pudiera vincularse con un buen esposo y continuar la estirpe de la familia.

Belleza no le faltaba como para atraer buenos candidatos, aunque su tendencia a vestir dejando de lado los patrones de la moda, así como olvidarse de los afeites, a veces conspiraba contra su socialización. Máxime en Londres donde cada vez que había una reunión de importancia en la cual tenía oportunidad de presentarle buenos prospectos, debía rogarle para que asistiera y en la mayoría de los casos, la veía aburrirse con facilidad, lo cual hacía que buscara involucrarse en las conversaciones de los hombres. En esos casos, se preguntaba si era bueno haberle provisto una educación tan extensa.

Su Brittany era una muchacha que amaba el baile, la vida al aire libre, los libros y poco caso hacía a vestimentas y joyas. No es que estas le faltaran, había heredado una linda colección de su mamá, de las que solo usaba un medallón, el resto permanecía en sus cofres.

—Papá, esos hombres habían estudiado muy bien nuestro camino. Fíjate que supieron exactamente cuándo atacarnos, se fundieron en los alrededores. Revisé entre los árboles y había huellas de que nos habían esperado por un tiempo.

—¿Qué hiciste qué? —respingó alarmado—. ¿Revisaste el bosque? ¿Te das cuenta de lo peligroso que es? ¡Tu falta de juicio me va a matar! —se quejó.

—Vamos, papá, el peligro ya pasó. Los que nos asaltaron deben estar bien lejos. ¿Te diste cuenta de que su líder no era un simple ladrón?

La miró con suspicacia. Parecía exaltada y divertida, como si por fin su vida tuviera aventura. ¿Esto era lo que realmente pasaba por su cabeza?

La verdad era que Brittany disfrutaba de cada minuto transcurrido en estas tierras, incluso los largos trayectos de bamboleante traqueteo entre castillo y castillo. Le fascinaba el territorio: los paisajes eran maravillosos y la dejaban sin aliento. Lo único desalentador era que no hacían base en ningún lado y no podía involucrarse a fondo con la población, que le parecía colorida y amable. Detestaba el trabajo de su padre; sensible como era, rasgo que sabía no había heredado de él, se sentía mal frente a las obvias expoliaciones y privaciones a las que se sometía a las distintas familias a las que visitaban.

En algunos casos, la magnitud de las propiedades daba cuenta de riquezas interesantes, pero muchas eran personas que claramente sólo tenían su trabajo. Se preguntaba si el Rey sabía, o si le importaba, que le quitaba el pan a la boca de sus súbditos. No le parecía justo y en varias oportunidades había chocado con su progenitor, tratando de hacerle ver el mal que provocaba en su

fiera obediencia al monarca. Nunca había considerado, sin embargo, los riesgos inherentes a la función de recaudador Real. La protección y el armamento que los rodeaba le parecían inexpugnables, pero hoy habían caído derrotados una forma cuasi vergonzosa. Entendía la furia de su padre, aunque en cierta forma era claro que la sorpresa y una adecuada planificación habían jugado a favor de esos hombres.

—Papá, ese hombre te dio un claro mensaje. Será el primero de varios, quien sabe qué otras cosas planean.

—¡Puras necesidades! Seguro han de estar gastando una parte de los ingresos en cerveza, emborrachándose hasta el desmayo en alguna taberna de mala muerte—contestó enfurecido. Hizo un rictus y Brittany se asustó.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, un simple corte en el brazo.

Su padre era un hombre tan delgado que las ataduras habían herido fácilmente sus muñecas, desgarrando la piel por la que corrían hilos de sangre.

—Padre, debemos buscar un lugar para quedarnos y reponernos.

—Lo haremos. Pero primero he de dejar todo arreglado. Debo enviar pronto recado al Rey, dando cuenta de lo que ha ocurrido y solicitando apoyo militar extra. Alguien deberá investigar qué ocurrió y quiénes eran esos hombres. No podemos permitir que sucesos como este se repitan y que sienten un precedente que otros copien.

—Estamos expuestos, ¿verdad?

Marcus notó su preocupación y meneó la cabeza con determinación.

—Fuimos presos de la sorpresa y la falta de previsión, lo que no volverá a ocurrir. Coincido en que debemos detenernos. El carruaje ya está listo, veo que por fin pudieron reunir a los caballos. Marcharemos al castillo más próximo, que si no me equivoco es el de los Campbell, y solicitaremos refugio allí. El deber de la hospitalidad es un rasgo de estos hombres.

Brittany asintió y se quitó algo de hierba de su vestido, a la vez que reacomodaba su melena. Miró a su alrededor y comenzó a juntar algunos efectos personales que habían sido revueltos por los bandidos, así como los de su padre. Suspiró. Esos hombres sin duda tenían coraje para enfrentarse a los representantes del Rey y a su guardia. El gigantón que le había hablado tan de cerca tenía unos ojos muy intensos. Pareció muy preocupado porque entendiera que no era un ladrón común. Ella no creía que lo fuera.

Capítulo 7.

LOS GILLESPIE EN EL CASTILLO CAMPBELL

Glenn se dirigió con apremio hacia el patio principal, asombrado y en alerta por la solicitud, imposible de rechazar, de permitir el ingreso del carruaje que traía al recaudador real. Tenía noticias que estaba en los alrededores, mas no se suponía que volvieran a cobrar impuestos de sus dominios, tan pronto. No conocía en persona a este en particular que se presentaba como Marcus Gillespie, pero su nombre sonaba hace mucho entre quejas y maldiciones. No tenía buenos antecedentes, pero también era el principal funcionario del Rey en estas tierras. Era de quien habían hablado, y estaba aquí. Se preparó, dispuesto a ser cortés y, llegada la oportunidad, anunciar la nueva actitud de los lairds y clanes de la región: cauta, respetuosa de la autoridad real y súbditos leales, mas no obedientes ovejas que se dejaban llevar al matadero de la inanición y hambre de recursos por satisfacer demandas imposibles. Era una casualidad que se le hizo cada vez más prometedora.

Al salir al gran espacio central, ordenador de la vida del castillo, lo vio descender del carruaje, un hombre muy alto y delgado en extremo, aunque ágil y de mirada atenta que valoraba el entorno. Le siguió una muchacha bastante joven en ropas oscuras y de negra melena, que apenas pisó el suelo, giró mirando todo con admiración e interés evidente. No había imaginado que un funcionario viajaría con su familia a costas, pero tampoco lo veía extraño, considerando el recorrido tan extenso que debía realizar y el tiempo que esto implicaba lejos de afectos y el hogar.

Glenn se adelantó para presentarse y se dirigió al hombre:

—Bienvenido a mi castillo. Soy Glenn Campbell.

—Le agradezco su hospitalidad —los ojos del hombre, muy claros, lo atravesaron, poco expresivos—. Mi nombre es Marcus Gillespie y como hice saber a sus centinelas, represento al monarca en las cuestiones de los impuestos.

«Una manera extraña de presentarse. Sería más sencillo decir que es un funcionario y busca que le paguen, demasiado rodeo», pensó, aunque no dejó traslucir su pensamiento. Escuchó mientras el otro continuaba.

—Espero no me malinterprete, tengo muy claro que su clan ha cumplido sus obligaciones ya —aclaró, para alivio de Glenn—. No era mi intención llegar hasta aquí y menos sin un anuncio formal previo, pero hemos sido atacados.

La novedad sorprendió mucho a Glenn y su extrañeza se hizo notar en su rostro.

—¿Atacados? ¿Dónde y quiénes cometieron ese atropello?

Su impresión y enojo creciente fueron claros en el tono; le afectaba genuinamente la noticia, que era una contrariedad para los planes que sostenía.

—No lo sabemos —sostuvo Marcus con frialdad, aunque el tono contenido fue desmentido por el brillo de ira en sus ojos—. Lo averiguaremos, sin duda. Se nos ha robado, digo mejor, se le ha robado al monarca una buena cantidad de dinero, fruto del pago que varios clanes habían realizado. Una ofensa que merece alto castigo.

—Bandoleros, sin ley. Solo así se explicaría, la región ha estado muy pacífica por mucho tiempo. ¿Dónde fue el asalto?

—No muy lejos, en los confines de sus tierras y al atravesar el bosque. Nos esperaban y lo que más me preocupa es que el mensaje transmitido pareció exceder al de ladrones comunes.

Glenn escuchaba con sus ojos entrecerrados y el otro lo miraba sin parpadear, buscando tal vez un gesto o algo que pudiera dotar de sentido al atraco, desconfiado de todos en estas tierras hostiles y alejadas de toda civilización.

—¿Mensaje? Pero, no entiendo...

—No les bastó quitarme las bolsas con dineros. Antes de irse, se nos gritó con claridad que eso era en oposición a las políticas de nuestro buen Rey Carlos y sus impuestos. Como un castigo. ¡Como si unos ladrones pudieran tener moral!

Glenn respiró buscando calmarse y no demostrar su preocupación. No podía permitir que la estrategia que iban a adoptar, que también era de oposición al Rey, aunque pacífica, se viera contaminada con la desastrosa acción de ladrones. Tenía que lograr separar y que quedara claro que podía haber coincidencia de objetivos, pero no de medios, entre lo que los lairds proponían y lo que gritaron unos vulgares bandidos.

—Que no se está de acuerdo con los impuestos es de conocimiento general—indicó con suavidad y firmeza— ¿Quién de nosotros, principales afectados, podría estarlo? Tanta quita afecta nuestra vida y la de nuestros arrendatarios, por supuesto.

—Todo Rey necesita dineros para hacer funcionar la gran maquinaria que asegura la paz y la grandeza del país—dijo Gillespie, con acidez—. Es de súbditos responsables entenderlo.

—Somos súbditos conscientes y preocupados por el bienestar del Rey. Pero también pensamos que nuestro monarca, como todo padre de un pueblo, debe estar atento y cuidar de los suyos. Las excesivas subas de los últimos tiempos ahogan las posibilidades de muchos clanes.

—¿Diría usted que muchos están dispuestos a acciones de este tipo entonces?

—Para nada he dicho eso y no se debe confundir la acción de ladrones y ambiciosos comunes con las genuinas protestas de hombres probos—dijo con dignidad, entendiendo que se enfrascaban en un diálogo precipitado y faltaba a las más elementales normas de hospedaje—. Me disculpo, la pasión a veces me puede y no los atiende como se debe. No es este un tema para compartir o debatir en el medio del patio y no quiero ser descortés. Es usted bienvenido y puede permanecer en nuestro castillo el tiempo que desee.

Gillespie asintió.

—Le agradezco, mi hija Brittany y yo necesitamos una comida caliente, asearnos y un descanso. En especial ella, que ha sufrido una fuerte impresión.

Glenn observó a la chica y no le pareció mayormente impresionada detrás de su padre, pues si bien asentía a todo lo que decía, no dejaba de mirar con curiosidad a su alrededor.

—Por supuesto, lo entiendo perfectamente. Mi madre y mi esposa se encargarán de proveerles de lo necesario. Precisamente, aquí está mi esposa, Isobel.

Esta se había acercado y saludó con un gesto de su cabeza al hombre, que la miró con seriedad y cierto impacto por su belleza. Isobel dirigió su mirada y atención a Brittany, a quien invitó a ingresar a las instalaciones principales, dejando atrás a su padre con Glenn.

—Ven por aquí —le indicó Isobel, mostrándole la escalera que llevaba al interior del castillo—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Brittany. Le agradezco su atención y la de su esposo.

—Lamento mucho escuchar que han sufrido un robo tan desagradable—dijo Isobel, mirándola con pena.

—Fue sorprendente y... —dudaba que decir, como si buscara una palabra que definiera lo ocurrido—. Desagradable, sí. Pero mi padre exagera al decir que me impacté, estoy muy bien. Podría decirse que fue hasta... emocionante.

Isobel apenas había llegado al patio a tiempo para escuchar la parte del robo, por lo que la miró con curiosidad.

—Veníamos atravesando el bosque cuando, de repente, varios hombres nos rodearon y sometieron a nuestros guardias. Nos ataron y robaron toda la recaudación que mi padre había logrado reunir. Él está verdaderamente furioso y preocupado, aunque no lo demuestre.

—Puedo entenderlo. Y aunque tú digas que no te asustaste, no debe haber sido una buena experiencia—dijo con suavidad.

La chica tendría poco más de veinte años y era probable que sintiera todo como una gran aventura, pero ella sabía que podría haber sido muy grave.

—Me preocupó más que pudieran lastimar a mi padre. Sin embargo, hicieron todo muy rápido. El líder, o a menos el que nos habló, nos dijo que lo harían tantas veces como fuera necesario para evitar que siguiera cobrando los impuestos. Pero es lo que él debe hacer, su tarea.

Notó, ahora sí, cierta angustia en el tono que le hizo ver que se preocupaba más por su padre que por ella.

—No pienses más en eso, ya pasó. Ven por aquí —la guiaba por el largo pasillo en la torre—. Hay una habitación que solemos dar a nuestros invitados, vas a estar cómoda por el tiempo que sea necesario. Aquí está —le abrió la puerta y se la enseñó—. Haré que la acondicionen y que traigan tus objetos. Mientras, estaremos en el salón principal y nos aseguraremos de que conozcas a todos. Te atenderemos como mereces.

Brittany le agradeció con una sonrisa, cautivada por la calidez de la bella mujer, mientras seguía observando el lugar con placer, ahora transitando hacia el salón central por un pasillo salpicado por ventanas finas y largas, que permitían el ingreso del sol, que ya se ponía y producía juego de sombras y luces. Era un castillo enorme y muy sólido, lo había admirado a medida que se aproximaban por los verdes prados.

Rodeado por agua, ubicado orgullosamente en una isleta, se accedía a él por una lengua de tierra. Las murallas eran altas y bien resguardadas y en sus almenas había observado varios guardias. Su padre le había dicho que los Campbell eran uno de los clanes más fuertes de la zona y que su laird era uno de los más respetados.

«Un guerrero fuerte y astuto, lo demostró hace varios años. Por fortuna, en estos tiempos se concentra en mantener sus tierras, proteger a su familia y hacer trabajar a los arrendatarios. Nuestro reino no necesita escoceses en pie de guerra, te lo aseguro. Son hombres orgullosos y de espadas rápidas. Sería un gran desastre tener que enfrentarse a su furia y por eso el Rey procura negociar».

»—Pero, padre, ¿no crees tú que los está presionando demasiado últimamente, con impuestos cada vez más altos y complicados de pagar? ¿Esa no es una manera de provocarlos?

»—Es obligación de los súbditos mantener a la Corona. ¿Cómo haría el Rey para protegerlos, mantener lo suyo y preservar sus tierras si no cuenta con el servicio de aquellos a los que protege?

»—Convengamos que pareciera sacarles más de lo que les provee. La protección pocas veces es necesaria y en los casos puntuales, ellos toman justicia o se defienden —le señaló ella con atrevimiento, generando una mueca de desagrado en su padre».

Lo sabía un hombre bueno con ella, pero bastante inflexible en lo que concernía a los demás. Cumplía su función sin importarle o considerar que pudiera ocurrir con aquellos a los que quitaba recursos. En definitiva, el asalto y las recientes palabras de Glenn Campbell daban cuenta que ella no estaba desacertada en lo que creía.

Capítulo 8.

BRITTANY

Ingresó al salón, siguiendo a Isobel. Era enorme y a pesar de ello, la calidez se notó apenas entraron. Su admiración por el castillo aumentaba paso a paso, más ahora dejaba paso a su curiosidad por su guía y anfitriona, Isobel. Parecía una mujer encantadora y de una belleza arrebatadora; su cabello brillaba y sus rasgos eran maravillosos, incluidos unos ojos de un color extraordinario. Se movía con suavidad y cadencia, casi como si flotara, a pesar del vestido amplio; parecía dueña de cada rincón. Ojalá ella tuviera esa prestancia y elegancia, tan natural y sencilla. Esta mujer no desentonaría en un gran salón londinense, lo podía jurar.

Una mesa muy larga reinaba en el espacio, evidentemente acondicionado para cenas multitudinarias. Al acercarse, vio que la calidez era producida por dos grandes estufas cuyos fuegos, chisporroteantes y crepitantes, la atraeron agradecida. Dos niñas se le acercaron de inmediato y le sonrieron, a la par que comenzaban un incesante parloteo.

—Hola, yo soy Beth y ella es mi prima Megan —le indicó la que parecía más osada y conversadora—. ¿Tú quién eres? No esperábamos visita.

—Eres muy bonita —agregó la otra, que miraba con más calma—. Cuando te vea nuestro tío Lyle se va a derretir.

Brittany no pudo evitar lanzar una carcajada al escucharlas tan inocentes y genuinas. Le encantó la posibilidad de cambiar el ritmo natural de las conversaciones y agregar algo de diversión informal; normalmente sólo tenía a su padre y era muy aburrido. Extrañaba a sus amigas de Inglaterra.

—Mi nombre es Brittany.

—¡Qué bonito cabello negro tienes, Brittany! —le dijo Megan.

Le sonrió con dulzura. Era obvio que era la niña de Isobel, se notaba el parecido con su madre.

—¿Te vas a quedar algunos días? —agregó Beth—. Nos encantaría enseñarte lo que hacemos. Tejemos y bordamos, Bueno, en verdad recién hacemos algunas cositas, pero aprendemos rápido. Y Megan peina muy bien. ¿Te gustaría que te hiciera un peinado?

Beth era muy conversadora y no necesitaba más que asentimientos o monosílabos para continuar su cháchara, así que era fácil seguirla.

—Tranquilas, niñas. Beth, no atosigues así a nuestra invitada. Déjala respirar, por favor —se escuchó la voz firme de una mujer mayor que, con sonrisa amable, se presentó como Ailsa.

—¡Es nuestra abuela! —señaló Megan.

—Deben ir a lavarse y ponerse prolijas para la cena, niñas. Vayan, preciosas —les dio un beso a ambas, con un cariño que trascendió al rostro e hizo sentir nostalgia a Brittany. Luego, se volvió hacia ella—. Eres bienvenida, jovencita. Lamento escuchar lo que les ha ocurrido; estas tierras solían ser más seguras.

—Estoy bien, no se preocupe. Espero que nuestra llegada intempestiva no distorsione sus actividades —señaló.

—No es molestia, por el contrario, es un gusto. Lo que si tengo es algo de curiosidad. Ven, sentémonos junto al fuego y cuéntame. ¿Qué hace una jovencita como tú por aquí? Entiendo que acompañas a tu padre, mas ¿no deberías estar con tu familia en Inglaterra?

Ailsa miraba con atención a Brittany y le gustó lo que veía. Se veía natural, sin ningún atisbo de superioridad o altanería, como podía haber imaginado de antemano. Los pocos ingleses que había conocido solían tener una actitud molesta hacia los escoceses.

—Mi padre es la única familia que tengo, insistí mucho para acompañarlo—respondió Brittany, sentándose en uno de los rústicos bancos al lado de la estufa—. De otro modo estaría sola en nuestra casa de Londres, rodeada de silencio y sin mucho por hacer, como no fuera leer o bordar o algunas de esas cosas que se supone hacemos las mujeres —soltó con picardía.

Ailsa le sonrió y asintió. La escuchó mientras la chica continuaba:

—Por lo menos al acompañarle, me aseguro de que esté bien alimentado, de que cuide su salud y la vez conozco unos lugares maravillosos y gente muy diversa, con lo que solo podría soñar.

—Espero que no te hayas llevado una mala impresión de estas tierras por lo que ha ocurrido.

—Le aseguro que no es así. Me fascinan los espacios abiertos, la naturaleza es tan bella. Por otro lado, encuentro muy estimulante sus tradiciones.

Brittany tenía una sonrisa franca que conquistaba de inmediato, a la vez que su sencillez era refrescante. Mientras hablaban, Glenn y Marcus hicieron acto de presencia. El recaudador le fue presentado a Ailsa y si bien lo saludó con cortesía, Brittany notó que el rostro se ponía más serio y perdía la naturalidad que hasta segundos atrás ostentaba con ella. Solía ocurrir frente a su padre y lo lamentaba. El resto del mundo no conocía la esencia de su progenitor y ella lo sufría.

Las niñas volvieron con ruido y le comunicaron que su habitación estaba lista. Insistieron en acompañarla hasta allí e ingresaron con ella.

—Mira —le señaló Megan la ventana—. Por acá ves parte del río y el bosque. No te imaginas qué bonito se pone en la mañana. Mi mamá va a recolectar hierbas y a veces la acompaño.

Eso sorprendió a Brittany, que no imaginaba a una mujer tan delicada

entre árboles, arbustos y animales.

—¿Tu mamá va al bosque?

—Sí, le fascina y lo conoce como nadie. Ella puede curar, ¿sabes? Conoce mucho de enfermedades y de remedios —su voz se llenó de orgullo—. Si tú o tu padre lo necesitan, podrían encargarle alguna hierba.

—Lo tendré en cuenta —afirmó ella con seriedad, encantada con la dulzura de la niña.

—En la cena conocerás a nuestros hermanos —acotó Beth, con aire de superioridad—. Te lo advertimos, son unos tontos. Trata de no prestarles atención, son unos pesados, siempre pensando en pelear y creyendo que son muy superiores.

—Los niños son así —les sonrió—. Entiendo lo que dicen, niñas, lo entiendo perfecto. Los hombres creen que son mejores que nosotros, pero les diré un secreto.

Ellas se acercaron con ojos grandes, dispuestas a escuchar lo que tuviera que contarles.

—Los hombres siempre hacen, en definitiva, lo que les pedimos. Solo hay que poner caritas así —les hizo mohines y caída de párpados varias veces.

Ellas asintieron, entendiendo que les estaba contando un secreto muy importante y ella sonrió.

—Niñas—dijo Isobel desde el vano de la puerta—. Dejen a nuestra invitada, la van a agotar. Brittany, tienes tu baúl y agua limpia. Cualquier otra cosa que necesites, solo pídelas. En un rato estará lista la cena.

Sonrió y agradeció. Los Campbell eran gente muy solícita, además de cálida. No estaba acostumbrada; sus compatriotas eran bastante más formales, gente con muchas reglas y normas de etiqueta. Se sentía a gusto aquí.

++++

LYLE

Cuando volvió de realizar su cabalgata, fue recibido por sus sobrinas, quiénes a los gritos le informaron de la presencia de una muchacha muy hermosa, una que le iba a encantar. Las correteó a las risas, para luego tomarlas por la cintura y colocarlas sobre ambos hombros, mientras ellas pataleaban y chillaban de lo lindo, contentas de ser el objeto de su atención. Una vez que las bajó, pasaron a darle apresurados detalles de la misteriosa visitante.

—Es de cabello muy negro y largo, como el ala de un cuervo —señaló Beth—. Tiene ojos color de la miel o de la cerveza que tú tomas tanto.

No pudo evitar reír ante el acertado comentario, uno que no agradaría a su madre.

—Su voz es suave, casi cantarina. En fin, que es tan simpática y agradable que estamos seguras de que te va a gustar mucho —agregó Megan.

—Necesitas sentar cabeza, eso dice la abuela Ailsa. Creemos que te podemos ayudar a hacerlo y ella es perfecta.

—Niñas, me hacen poner rojo. Nada de alharacas ni andar haciendo promoción de mis atributos —les guiñó un ojo.

—Además, es muy valiente —continuó Beth sin darse por enterada de sus deseos de cortar—. Nos contó que les robaron en el bosque, pero ella muy tranquila y dice que no se asustó.

—¿En el bosque? —ahora sí les prestó mayor atención, con seriedad—. Es extraño...

Un mal presentimiento comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Papá les recibió —siguió Megan—. Su padre es un hombre importante del Rey. Esta noche los conocerás, en la cena. Pidieron quedarse por un par de días, mientras ese señor se pone en contacto con sus tropas o algo así.

«Maldición, maldición y mil veces maldición. ¿Podrá ser que la

casualidad sea tan grande?», pensó. «Entre todas las posibilidades para que los asistieran, ¿tenían que venir a pedir ayuda justo aquí? Traían directa y rápida, además, la información a sus hermanos. ¿Atarían cabos?». Su digresión fue inmediatamente cortada por sus sobrinas, que lo tomaron de ambos brazos y lo llevaban hacia el salón, dispuestas a presentarle ya mismo a la muchacha, y entonces las detuvo.

—Chicas, tranquilas. Estoy muy cansado.

—¡Pero si tú nunca te cansas, tío! —protestó Beth.

—Eso les parece a ustedes. Acabo de dar una buena cabalgata; iré a mi habitación a descansar. Díganle eso a la abuela Ailsa.

Dicho esto, se retiró rápido para evitar que lo siguieran las encantadoras ruidosas. Debía prepararse, pensar. No había peligro de que lo reconocieran, trató de tranquilizarse. Habían actuado bien cubiertos y lo mismo sus caballos. No habría forma de conectarlos. ¡Si no hubiera hablado tanto y cerca de esa chica, estaría más seguro!, se reprochó con severidad. Si pretextaba algún dolor, tal vez pudiera esquivar el bulto y no presentarse a la cena. Eso le evitaría exponerse. Mas luego de un buen rato comprendió que iba a ser imposible mantenerse en su habitación encerrado; las niñas parecían haberse empeñado en perseguirlo, golpeteando su puerta, preguntando si estaba listo para ser presentado.

Esto era producto de la constante diatribas de su madre hablando de la necesidad de que consiguiera una esposa. Sus sobrinas pasaban buena parte de su tiempo con ella y seguramente el discurso había calado hondo en ellas, convirtiéndolas en unas empecinadas mujercitas con una misión: conseguirle una novia. La tercera vez que golpearon, las atendió con cara de pocas pulgas y les dijo:

—Niñas, tengo que descansar. Estoy dolorido, me caí. Tal vez no pueda ir a la cena.

—¿Cómo que no vas a asistir? Debes conocer a esa muchacha.

—No creo perderme de nada, no me gustan las inglesas —les contestó y cerró con un portazo, a ver si por fin entendían.

La siguiente vez que sintió golpes, se levantó airado y abrió con fuerza, para arrancar una diatriba airada, que se cortó de inmediato al ver ante sí a su madre.

—Disculpa, madre —señaló con contrición—. Las niñas me han tenido loco toda la tarde.

—Se preocupan por ti cariño. Me dicen que te sientes mal.

—No es nada. Algo que me cayó mal, además de cansancio.

—Probablemente tanta cerveza —el gesto de su madre le hizo ver, por enésima vez, lo preocupada y molesta que se ponía cuando se enteraba de alguna de sus borracheras, que cada vez eran menos frecuentes, por cierto.

—No, madre, no te inquietes. Me dijeron que hay invitados—cambió el tema, buscando más información.

—Sí, llegaron hace algunas horas. Es un importante funcionario del Rey, un hombre del que se ha hablado mucho.

—¿El famoso y poco querido recaudador?

—Marcus Gillespie es su nombre y está aquí con su hija, Brittany.

—Un hombre importante del Rey. Glenn estará pendiente de sus necesidades, imagino.

—No lo hagas sonar mal. Parece que te complaces en molestar a tu hermano, sin considerar lo que hace por nosotros y su gran compromiso.

Él bajó la vista, arrepentido por el comentario y la reprimenda evidente en las palabras de Ailsa.

—No es así, madre. Le admiro y quiero mucho; sería incapaz de molestarlo solo porque sí. Es que no pienso igual. ¿No tengo derecho a manifestarme? Ya no soy un niño.

—Claro que no, eres un hombrón bastante imponente, aunque te comportes aun como jovenzuelo. Hace buen tiempo que deberías haber sentado cabeza.

—¡Ese, ese es el discurso que has puesto en las cabezas de mis sobrinas! Me han estado importunando, no sé qué han tramado en relación con esa inglesa. Por favor, debes hacer que desistan, aunque no creo que la vea pues pretendo no asistir a la cena.

—Claro que asistirás, lo haremos todos. Apoyaremos a Glenn, que de seguro tiene intención de hacer saber al funcionario lo que acordaron en la pasada reunión. Es una oportunidad muy buena, de seguro Gillespie lo hará saber al Rey de inmediato.

Lyle sabía que cuando a su madre se le ponía algo en la cabeza, era muy difícil disuadirla, así que simplemente asintió. Estaría en la cena, haría lo que se le pedía y trataría de tener el perfil más bajo posible.

++++

BRITTANY

El juego de sombras que los candelabros proyectaban por el pasillo a medida que avanzaba, la distrajeron y le maravilló la magnífica combinación que creaban. Este parecía un lugar enorme y vacío, pero la sensación de soledad se diluía apenas aparecía por uno u otro pasillo o costado algún sirviente, portando aguamaniles, candelabros, bebidas o alimentos, o miembros de la familia, en especial los más chicos, que parecían emerger de cada rincón. Precisamente antes de ingresar al salón, se encontró con dos jovencitos que charlaban animadamente y que se callaron al verla, para luego balbucear nerviosos saludos y sonreírle con timidez. Les sonrió a su vez.

—Hola, chicos. Ustedes deben ser los hermanos de Beth y Megan, ellas me hablaron de ustedes.

—Soy Brod— dijo el que parecía un poco más lanzado.

—Mi nombre es Lean—dijo el otro, las mejillas enrojecidas, y luego siguió, con ligero tartamudeo—. Tú... tú... debes ser Brittany.

Le divirtió percibir la turbación de ambos. Tendrían tal vez 13 o 14 años y era probable que vieran pocas mujeres jóvenes.

—Un placer conocerlos, chicos. ¿Van a cenar?

Asintieron y la siguieron. Alcanzó a escuchar algo y dio la vuelta, para percibir que se codeaban y sonreían. Ingresaron; la mayoría estaba ya presente. Buscó a su padre y vio que conversaba con alguien, quien presumió sería otro de los hermanos Campbell. Se acercó.

—Brittany —le sonrió a su padre—. ¿Todo bien?

Asintió y miró al hombre. Era parecido a Glenn, aunque un poco más bajo que el laird, y su cabello era más claro.

—Ewan Campbell —se presentó él, con voz muy agradable y gesto medido—. Espero que se haya recuperado del susto sufrido.

—Estoy muy bien, gracias.

—Ya conoce a mis hijos, en especial, a Beth. Ella me ha hablado mucho de usted, está fascinada.

—Ha sido encantadora, tal como Megan; ambas me han consentido y ayudado.

—Me temo que conversa más de lo que sería conveniente, pero no le negaré que a mis ojos es un encanto—hizo un gesto de llamado mientras hablaba y a ellos se acercó una mujer que bien poco tenía para envidiar a Isobel.

«¿Todas las mujeres de este castillo son hermosas, cielo santo?», pensó Brittany con turbación. Ella no se creía particularmente atractiva. Tenía lo suyo, pero nada comparado con esas dos mujeres, que parecían haber comprado todos los dones del mundo.

—Esta es mi esposa, Kirstie —la presentó Ewan, con deferencia.

El hombre miraba a su mujer con admiración y de amor, tomando su mano con cariño al presentarla. La mencionada sonreía y la miraba con agrado.

—Qué gusto que esté usted aquí. Se ha convertido en el foco de atención de dos niñas con mucho tiempo libre y deseosas de modelos a imitar —señaló.

—Pues no ha de ser por falta de modelos, tanto usted como Isobel son maravillosas— dijo con sinceridad.

En ese momento se escuchó la voz de Glenn que invitaba a todos a sentarse a la mesa, que estaba absolutamente cubierta de alimentos exquisitos y bebidas de todo tipo, que le recordaron que hacía buen tiempo que no comía. Su estómago gruñó ante la inminencia del festín, por lo que trató de sentarse con delicada compostura y no atacar los alimentos, como hubiera sido su deseo. Era menester mantener una conducta intachable. No debió preocuparse demasiado porque los hombres se enfrascaron de inmediato en conversaciones vinculadas a la producción, la política, necesidades, los enfrentamientos con el extranjero y más detalles de aburrida cháchara circunstancial.

Brittany notó que su padre se iba aflojando y sintiendo más cómodo al comprobar que estaba en presencia de personas de conocimiento e informadas, con las que podía debatir de igual a igual. Tanto el laird como su hermano Ewan eran muy cultos, y en especial el segundo, parecía tener cabal conocimiento de lo que ocurría en Inglaterra y en los países del continente. Le alegró, pues eso desarticulaba la idea que su padre tenía sobre los escoceses como sosos y brutos.

Las niñas se habían apostado frente a ella y observaban cada uno de sus movimientos con los cubiertos, vasos y copas, procurando copiar los mismos. Les sonrió, divertida; estaba muy cómoda y esto se profundizó al conversar con Isobel, a la que inquirió sobre lo que le habían contado de su conocimiento de hierbas medicinales. Ella le respondió con sencillez,

relatando sucintamente su historia. Vio como sus ojos se volvían soñadores al recordar y al mencionar a su abuela, al parecer una mujer muy sabia que le había enseñado todos sus conocimientos de la medicina natural. Brittany se interesaba por todo lo que tenía que ver con los adelantos vinculados a la medicina y la botánica, en particular, le parecía sumamente interesante. En algún momento había pensado dedicarse a ello, mas esa idea fue severamente reprimida por su padre, quien consideraba que sus deberes de dama pasaban por conocer como regentar una casa y controlar la economía del hogar, así como criar hijos. Esa tradicional visión del rol femenino, sin embargo, no se acompañaba con un lugar fijo de permanencia.

La cara de contento de las niñas y los grititos de placer le llamaron la atención. Las muchachas le señalaron la puerta, con gestos y fue entonces que conoció al tercero de los hermanos, el tan mentado Lyle, quien ingresaba tardíamente. Le impactó de inmediato su gran altura, sobrepasaba a sus hermanos, que eran también hombres de altura. Su postura, sin embargo, resultaba llamativa: la espalda algo encorvada, un andar disoluto y la cabeza gacha. Llegar tarde lo convirtió en el foco de atención y evidentemente le molestaba, pues se encaminó a una de las sillas vacías, en la que se sentó con torpeza, derramando una copa al posar sus brazos en la mesa. «Está claro que este no es el más brillante ejemplar de la familia», pensó ella con sarcasmo. Las miradas de las niñas eran de confusión y le sonrieron, para luego elevar sus hombros y distraerse con otros asuntos. «Van a tener que hacer esfuerzos adicionales para conseguirle alguien a este tonto», sentenció ella mentalmente, para luego volverse nuevamente hacia Isobel.

++++

LYLE

Llegar tarde le permitió evitar cualquier conversación directa tanto con el

recaudador como con su hija, algo que debía evitar. Fingir rengaera, además de encorvarse y agachar su cabeza, así como gestar una expresión vacua, fueron cortinas de humo para crear una impresión poco feliz en los recién llegados, que quitara a cualquiera de ellos la voluntad de conversación. Sintió sobre sí la mirada de sus hermanos, extrañadas y fastidiadas. Que pensaran que estaba borracho, eso no importaba, lo fundamental era no ser reconocido por sus asaltados.

Su ingreso fue más evidente por los diablillos de sus sobrinas, que buscaron darle protagonismo, pero pronto se aburrieron y todas las conversaciones retomaron su ritmo. Se olvidaron de su presencia de inmediato, y entonces pudo observar con mayor detenimiento a los recién llegados. Esta segunda mirada del día no hizo más que reforzar el desprecio que le había provocado Marcus Gillespie en el bosque. Era un hombre que parecía huir del sol y la vida sana, tal era su lividez y resaltaban en él unos ojos de un color gris extraordinario, pero a los que faltaba pasión. Hablaba con frases medidas y altas, que buscaban monopolizar las charlas, cerrando las mismas con frases circunspectas y que lo mostraban inflexible. Entendió que el Rey tuviera en él a un funcionario tan destacado, lo defendía a capa y espada, aunque nadie lo atacara, simplemente se esbozaban preocupaciones lógicas. Era un desalmado, concluyó Lyle, en su rápido análisis.

Su hija, por otro lado, parecía un asunto bien diferente. Él evadió expresamente las miradas y gestos de sus sobrinas que, en forma vergonzosa señalaban a la muchacha exigiéndole que la observara. Iba a tener que hablar con ellas más tarde, esto no podía ser. Cuando ya no lo molestaron, pudo consagrarse a aquilatarla. Era llamativa, tenía algo que atraía, no en particular algún rasgo, sino la combinación de los mismos, que gestaba un rostro de ángulos. «Una cara muy personal, interesante». Sus ojos, tenían el brillo y el color de la cerveza de brezo; «unos pozos en los que debe valer la pena

perderse», valoró. Cada vez que los sintió sobre sí, trato de dar inexpresión a los suyos y a su boca una sonrisa perdida. Prefería que lo creyera un tonto de capirote a la curiosidad que despertara recuerdos.

Fue una cena bastante larga y sufrió cuando debió morderse los labios y frenar cualquier impulso o verbosidad violenta al momento de producirse un intercambio bastante intenso vinculado a los impuestos de los últimos tiempos. El recaudador dio, con suficiencia, un discurso vinculado a la necesidad de recursos del Rey, así como del deber de los súbditos de someterse a sus deseos sin dudas o rechazos, negando cualquier posibilidad de desacuerdo u oposición. Glenn, por su parte, remarcó las dificultades por las que atravesaba la región en los últimos años, los excesos de quitas, las malas cosechas.

—He de decir, y esto es algo que se hará pronto de conocimiento del Rey, que la mayoría de los líderes de la región coincidimos en la imposibilidad de sostener este ritmo de pago de impuestos y es nuestra intención negociar y presentarnos unidos para solicitar respetuosamente recortes y cambios en las finanzas.

—Estimado laird, sabrá usted que Carlos cuenta con una distinguida Corte que lo asesora expresamente en términos económicos. La idea que ustedes puedan tener sobre las necesidades del Rey, seguro distan bastante de la realidad. Es lógico que piensen así, supongo que cada uno de las partes se mueve de acuerdo a sus necesidades. Pero deberían considerar que el Rey ha de velar por cientos de miles, eso no es fácil ni se mantiene solo.

Había reconvención y casi advertencia en las palabras de Marcus, mas Glenn continuó.

—Nosotros estamos asediados por un clima bastante inclemente y ritmos decrecientes de cosechas. Esa es una realidad ineludible, imposible de desconocer. Por más que conociéramos a fondo los números del Rey, no podríamos solucionarlo. No se puede exprimir algo que no tiene nada.

—Como funcionario encargado de la tarea de recaudar desde hace muchos años, sé que la gente nunca da todo lo que puede. Procura guardar y es reacia a cumplir. La mayoría de las veces, protestan bastante más de lo que deberían —señaló cortante.

Lyle se contuvo como pudo, mirando de soslayo la rigidez de rostro y actitud de ese hombre. Esto no hacía más que reforzar su idea de que hombres como ese eran imposibles de convencer o conmover. Pobres Glenn y los otros si creían que a los ingleses alguna vez les interesaría su bienestar. Excepto que los confrontaran con fuerza, no había forma.

—Además —continuó Marcus, ajeno a la molestia que generaba—, esa constante prédica en contra del cumplimiento del deber genera desastres como el que acaba de ocurrirnos. Esos ladrones usan el descontento como argumento para quedarse con lo que corresponde al buen monarca y que sus buenos compatriotas aportaron.

El color tomó las mejillas del gigante al escucharlo y su cuchillo cortó uno de sus dedos al moverse violentamente, detalle que él no advirtió al momento, tan furioso se encontraba, pero sí su cuñada Kirstie, que de inmediato le llamó la atención y se preocupó. Trato de disuadirla en voz baja:

—Esto no es nada, no te preocupes.

De reojo percibió que la inglesa se echaba hacia delante y lo observaba, por lo que simplemente envolvió su dedo en la manga de su camisa para limpiar la sangre. Ante el gesto de ella, que interpretó como asco y sorpresa por su acción, respondió con la más furiosa de las miradas, una que la atravesó, y no la dejó de mirar hasta que ella bajó la vista. Pensaría que era un salvaje y un loco, pero poco le importaba lo que tuviera que decir una inglesa que tan abiertamente despreciaba a los suyos. Para ser justos, se corrigió mentalmente, ese era su padre, pero no importaba. Decidió que Marcus Gillespie merecía que le robaran una y otra vez y ya vería él de organizar

todas las situaciones que fueran necesarias.

Capítulo 9.

KIRSTIE

Peinaba con esmero el cabello de su hija Beth, que se revolvió inquieta y fastidiada, deseando rienda libre para irse de la habitación.

—A ver, pequeña, deja quieta tu cabeza solo un momento más. Tu peinado estará listo y te verás hermosa. De seguro tu abuela no te va reconocer —dijo Kirstie mientras terminaba de acomodar un mechón de cabello que caía rebelde.

—¿Ya estoy lista madre? ¿Quedé muy bien? —sonrió con expectación la pequeña, mientras se encaramaba en la butaca para contemplarse en el espejo y pegar luego un chillido de placer.

—Ve ahora. Tu abuela Ailsa te espera para una nueva lección. Presta toda tu atención que es una muy buena maestra y tú te distraes muy fácil. Cuando haya terminado contigo, serás una auténtica mujercita hacendosa. Algo más, si ves a Brittany, dale respiro. La han distraído mucho. No queremos que se lleve una mala impresión de nosotros.

La niña asintió modosamente y se fue saltando. Ella se incorporó, satisfecha. Sus hijos eran su felicidad representada en sus pequeños cuerpecitos, enérgicos y siempre dispuestos a realizar algo agotador o peligroso. Le recordaban día a día lo acertado de su decisión, tanto tiempo atrás. No es que hubiera sentido arrepentimiento; adoraba a su esposo Ewan con el mismo fervor que al principio. Era un hombre con todas las letras, gentil y generoso, siempre apasionado para amarla, aliviando sus periódicos momentos de tristeza al recordar a Ian y a su madre. Con la palabra justa, con las caricias y besos necesarios que, cuál bálsamo, se derramaban sobre su piel y sus labios. Los unía la misma pasión, las mismas ganas de abrazarse y de

tocarse, como si fuera imposible que el tiempo limara la atracción que sus cuerpos ejercían.

Hacía varios días que meditaba lo que le había transmitido sobre la reunión pasada de los lairds en la tierra de los Edwards. ¡Cuánto le había alegrado saber que Ian había dado un paso tan importante, dejando de lado su orgullo y arriesgándose a enfrentar cualquier resabio que pudiera existir hacia él! Haberse presentado y comprometerse a actuar de manera solidaria, amén de sus deseos de evitar conflictos, confirmaban que ella no se equivocaba en cuanto a la personalidad de su hermano. Parecía que el hombre que ella conocía, su esencia, no había cambiado. El hombre que meditaba y que anteponía su razón a sus impulsos había vuelto. ¡Cuánto extrañaba ella su camaradería y anhelaba que sus hijos lo pudieran conocer!

Ewan le comentó que Glenn le había invitado a venir aquí, manifestando que las puertas del castillo estaban abiertas para él, cuando quisiera. Le agradecía, aunque sabía que eso sería bastante más difícil de alcanzar. La otra gran novedad era la vuelta de su madre. Le sorprendió, pensó que hacía mucho tiempo que se había olvidado de los suyos, y, sin embargo, allá estaba. La curiosidad y la intriga la asediaban. ¿Estaría bien de salud? ¿Cuáles serían sus intenciones? ¿Quedarse, solo visitar? Apenas les había hablado de ella a sus hijos. Poco tenía para decir, lamentablemente. Se reprochaba y se decía que nunca tuvieron en verdad la oportunidad de disfrutarse o conocerse, explorarse como madre e hija.

Una idea fija la rondaba hacía por lo menos tres días y la distraía de sus obligaciones diarias y de la atención a los invitados, aunque por fortuna Ailsa e Isobel lo resolvían bien. Su disyuntiva era sobre ir o no hasta su antiguo hogar, las tierras de los MacDowell. Presentarse y confrontar a Ian para que destilara su rencor y se limpiara por dentro y luego de ello, volver a ser los hermanos que el pasado había conocido. ¿Cómo resultaría eso? Mirar a su

madre y charlar como nunca habían podido. Después de todo, los tres se lo debían, eran familia. Ya en otras oportunidades lo había pensado, cuando las circunstancias eran muy distintas. Se debatía pensando si ahora por fin sería el momento oportuno. Después de muchas idas y venidas, decidió que tal vez no habría otro mejor.

Se había atrevido a planteárselo la pasada noche a Ewan, quién la había mirado en silencio, asintiendo.

—Intuía que estabas considerando algo así.

—¿Tanto me conoces? —le sonrió.

—Es lo que yo haría. Es lo mejor para quitarse toda duda. No hay riesgo alguno, no lo creo.

—No tengo temor, Ewan. Sé positivamente que Ian no me haría daño, como no fuera con su rechazo. Eso me detiene un tanto, ver desprecio y odio en su rostro.

—Nadie muere de eso. El tiempo lo cura. Y si no vas, siempre te quedarás con la incertidumbre de lo que pudo pasar.

Asintió y abrazó a su esposo.

—No me negará la entrada al castillo, en especial porque el que mi madre haya vuelto me da otro motivo. ¿Crees que sería buena idea llevar a los niños?

—Tal vez no a la pequeña, pero los más grandes, sí. Es la oportunidad para que conozcan tus tierras de origen. Lean siente mucha curiosidad, ¿sabes? Tú le has hablado poco, pero me han preguntado. Han escuchado sobre Ian y no precisamente en buenos términos.

—Ojalá pudieras venir conmigo, pero no es prudente ni conveniente. Es algo que tengo que resolver y agradezco tanto tener tu apoyo. Además, con estos ingleses aquí, entiendo que no sería bueno. Glenn te necesita.

—Siempre tienes mi apoyo. Los invitados se irán pronto. No debes

preocuparte por eso —se adelantó y la tomó por la cintura, acariciando su cabello para luego besarla apasionado.

Ella respondió con ímpetu, enredándose en su cuerpo, dejando que sus dedos recorrieran la espalda, trazando círculos que lo excitaban. Las manos de Ewan eran más osadas y buscaron los tesoros femeninos, en especial sus pechos, abundantes y llenos, que poco habían sufrido el impacto de la maternidad. Se solazó en sus pezones, lamiendo y succionando hasta arrancar gemidos eróticos de su esposa. Le encantaba tenerla así para él, vibrante y dispuesta, mirándolo con hambre y solicitud, la misma que sin duda cruzaba su rostro. Se tendió y ella vino sobre él, cubriendo con su bendito cuerpo el suyo, cabalgándolo sin timidez, los cuerpos brillando en la penumbra alumbrada por algunas velas que ya se consumían. La tomó y dieron la vuelta, para quedar sobre ella y penetrarla sin demora, esquivando los habituales y extendidos juegos previos, de los que tanto gozaban. Hoy tenía urgencia por poseerla, disfrutarla y recordar, como todos los días desde hacía tanto, que esa mujer bella y fuerte era suya. O él le pertenecía, ya no sabía bien como era ni le importaba.

Kirstie MacDowell lo había marcado desde la primera vez que se conocieron y si el sexo hizo algo más, además de llevarlo a la cima cada vez que la tomaba, fue atarlos sin medida. Las sacudidas mutuas, las palabras ininteligibles, los suspiros finales, marcaron un impasse que comenzaba y se retomaría en la siguiente o la otra. No había forma que sus cuerpos se saciaran, nunca la habría. Ambos agradecían por ello.

++++

Haber tomado la decisión que por tantos años había pospuesto dio a Kirstie nueva energía y se abocó a los preparativos. Sería un viaje un poco largo, más del que los niños estaban habituados, aunque les haría bien salir de las tierras Campbell y cruzar espacios para conocer otro clan que, aunque

poco impacto tuviera en ellos hasta hoy, también les identificaba.

Lo charló con Isobel, su confidente natural a lo largo de los años, y ella le abrazó, dándole impulso y ánimo. La entendía y la apoyaba y le aseguró que Glenn haría lo mismo. Ian ya no era enemigo, los Campbell y los MacDowell habían finalizado sus desacuerdos y confrontaciones mucho tiempo atrás. Tal y como Isobel le había adelantado, el laird puso a su disposición varios guardias para que la acompañaran cuando le comunicó su decisión.

—Nada temo, Glenn —le dijo con suavidad, agradecida y deseosa de dejar claro que confiaba en que su hermano no la atacaría.

—No es para defenderte de Ian —la tranquilizó—. Tú dices conocerlo bien y lo poco que vi de él no me hace temer, lo noté firme y tranquilo. Pero los caminos se han vuelto más peligrosos. Prueba de ello es lo que ha ocurrido con el recaudador y su hija. Todos estaremos más tranquilos si tú y los niños viajan seguros.

Así que al cabo de algunos días y luego de varias horas de viaje entretenido y matizado por la novedad del paisaje, por sus recuerdos, así como por las constantes preguntas de Lean y Beth, que se notaban expectantes y excitados, el gran castillo MacDowell apareció en el horizonte. Un maravillado Lean lo miró sin cesar mientras avanzaban hacia él, sacando su cabeza por la ventanilla del carruaje.

—Dicen que es un hombre muy hosco. Hay relatos muy malos sobre él —musitó algo nervioso.

—Tranquilo hijo, no debes creer eso ni pensar así. Asustas a tu hermana.

—A mí no me asusta nada—replicó Beth con aire de superioridad—. La abuela Ailsa ya nos explicó que es tu hermano y que nació el mismo día, ustedes son iguales.

Sonrió ante la inocencia de la expresión.

—Éramos muy parecidos sí —sus ojos se tiñeron de pasado—. Y cuando

pequeños, éramos muy compinches, entrenábamos juntos con la espada.

—¿Tú entrenabas con la espada, madre? —se sorprendió Lean

—Claro que sí. Montaba y manejaba el cuchillo como el mejor.

—No te imagino haciendo todo eso.

—Ya van a conocer a Ian. Debo advertirles, no es un hombre malo, por el contrario. Pero ha estado muy enojado conmigo. Nos alejamos hace años, sucesos muy tristes nos separaron e hicieron que su tío me guarde rencor. No sé si nos recibirá en persona—no quería que se alarmaran si eran obligados a volver atrás desde la puerta de ingreso—. Pero también estará su abuela Catriona. Espero que todo salga bien, para mí es muy importante, es mi familia y quisiera que ustedes también la sientan como tal. Así que, niños, compórtense.

—Sí, mami—dijo Beth fingiendo ser lo que no era, una niña muy compuesta.

A medida que avanzaban por la explanada, viejos y amargos recuerdos nublaron su mente. Le pareció escuchar el galope de caballos y los gritos, así como la faz enloquecida de su padre que luchaba como un poseso y luego era muerto por la espada de Glenn. Su corazón latió más aprisa y trató de calmarse. Escuchó que los guardias gritaban desde las almenas, exigiendo saber quién llegaba, ante lo cual los suyos anunciaron su nombre y solicitaron ser recibidos. Pasó un buen rato hasta que, finalmente, se oyó el grito que autorizaba el ingreso y el carruaje se movió para atravesar el gran arco de la puerta central. Estaba aquí otra vez, había vuelto.

Capítulo 10.

ISOBEL

La tranquilidad de los últimos años comenzaba a quebrarse e Isobel lo percibía con mayor fuerza que nadie, en parte porque Glenn hacía de ella la confidente natural de todas sus preocupaciones, además de pedirle consejo. En la medida en que lo podía hacer, trataba de ser ecuánime y justa, pero parecía que las situaciones complejas tendían a precipitarse. Ella había acompañado con total seguridad y convicción la idea de Glenn de negociar, de reunir a los lairds para presentarse de manera unida e inequívoca a solicitar al monarca una mayor consideración en la forma en la que eran tratados. Glenn estaba conforme con la última reunión efectuada en el castillo Edwards, en especial por la presencia de Ian MacDowell y sus garantías de apoyo al diálogo y su neutralidad en el caso de conflicto abierto. Esto le había alegrado por Kirstie, a quien había visto meditar, hasta que por fin decidió a visitar su antiguo hogar y confrontar a Ian, despejando el camino para sanar sus heridas.

Isobel era muy observadora y se movía con el sigilo natural de años de vivir en secreto y silencio, por lo que observaba más que el resto. Esto la llevó a ser testigo de algo que, en principio, no tuvo demasiada importancia, aunque si fue extraño. Era habitual que dos o tres veces a la semana incursionara en el bosque a buscar sus hierbas y contactarse con la naturaleza que tanto veneraba y con los espíritus, dejando que estos tranquilizaran su ánimo o la arrullaran. Con el paso de los años, había profundizado su creencia en que todos los seres vivos se comunicaban y debían ser escuchados y respetados. Esto a veces la volvía rara y por ello evitaba comentarios frente a desconocidos o miembros externos. Glenn la entendía y sus hijos también, eso

le bastaba.

Una tarde en particular, varios días atrás, cuando se encontraba agachada seleccionando las mejores flores de brezo, vio pasar a su cuñado Lyle por el estrecho sendero, cabalgando con prisa y ataviado en forma estrafalaria. De hecho, apenas si lo reconoció a último momento, cuando se quitó la máscara que le cubría el rostro. No era extraño que anduviera por los alrededores haciendo cabalgatas alocadas, pero sí que lo hiciera disfrazado, él y su caballo, que parecía una bestia monstruosa con las telas que le colgaban. Unos cien metros más adelante, desmontó y quitó toda la parafernalia con apuro, guardándola en bolsas de cuero, y antes de que pudiera hablarle o él notara su presencia, desapareció. Era todo raro y no entendió en qué andaba, pero tampoco le adjudicó importancia.

El pequeño de los Campbell, «por llamarlo así», pensó con diversión, era un hombre divertido y desordenado, incluso alocado y poco avenido a las normas. Lo adoraba, por supuesto, y lo sabía tan noble, de corazón valiente y generoso como sus hermanos. No podía haber mejor tío para sus hijos. Pero había que reconocer que no lograba encajar en un rol normal; era un guerrero en tiempos de paz, solía pensar ella. Lo suyo era soñar con la gloria y las hazañas de otrora, en una realidad que necesitaba más campesinos y líderes que soldados.

Todo hubiera sido una mera anécdota si horas más tarde no hubieran recibido en el castillo al importante funcionario del Rey, Marcus Gillespie y su hija, quiénes habían sido asaltados por bandidos, en el bosque, en el confín de sus tierras. A sus ojos esto era una coincidencia sospechosa.

Aunque podía ser que Lyle nada tuviera que ver y tal vez era ella quien estaba proclive a pensar lo peor de la él. «O atenta», se dijo. No olvidaba que Glenn le había comentado con pelos y señales la intervención intempestiva de Lyle en la pasada reunión y sus deseos de que el monarca tuviera una muestra

de la fuerza de los hombres de las Tierras Altas. ¿Podía ser casualidad que ese importante recaudador de impuestos hubiera sido robado y además se le hubiera dado un mensaje tan contundente y similar al que sostenía su cuñado? Mas como tampoco tenía seguridad, dudó sobre recurrir a Glenn. Tal vez sería preocuparlo por una minucia, algo que era un pensamiento loco de su mente, que solía adelantarse a las situaciones. «Y no suelo fallar», pensó, aunque decidió esperar.

Por supuesto que los visitantes fueron atendidos con esmero y se les aseguró hospitalidad y todo lo que necesitaran hasta recuperarse. Eran ingleses todos y en especial el principal, el mentado Marcus, era un hombre de apariencia dura y modos imperiosos, que solo se ablandaron para presentar a su hija. Glenn se había encargado en persona de recibirlos y asegurarles alimento y cuidado a los caballos, además de pedir al herrero que revisara el carruaje. Los guardias fueron derivados a las mejores viviendas de soldados y el líder y su hija a habitaciones en la torre de homenajes, justo al lado de las de la familia. Tantas atenciones no obedecían solo a cuidar a personas que habían sufrido violencia, sino que lo ameritaba, pues era representante directo del monarca y debía ser tratado con cuidado, demostrando capacidad y solvencia. Isobel y Ailsa se encargaron de todo lo que se relacionó con alojamiento y alimentos, mientras Glenn y Ewan se ponían al tanto de lo ocurrido.

El hilo de acontecimientos siguió sumando cosas curiosas los días posteriores a ese. Como si no fuera suficiente lo que había visto en el bosque, el comportamiento extraño y errático de Lyle hizo que Isobel fuera menos optimista. Las cenas en las que se dignó aparecer, fue en forma tardía y por expreso pedido de su madre cada vez. Al comienzo, supuso que no quería compartir mesa con ingleses, pero sus tonterías la hicieron dudar. Se mostró con dificultades para caminar, parco y gruñón, hasta fingiendo ser un bruto.

Como si se esforzara en mostrarse distinto. Rogaba que no hubiera cometido la notable tontería que ella sospechaba, porque las consecuencias podrían ser muy graves si se descubría la acción y sus protagonistas.

Hubiera compartido lo que creía con Ailsa o con Kirstie, de habitual sus orejas atentas, pero en este caso no era posible. Isobel sabía la debilidad que su suegra tenía para con Lyle y sólo la preocuparía, más de lo que ya estaba por él. Kirstie tenía sus propias situaciones y no le pareció justo involucrarla en un tema tan complicado.

++++

Hubiera dejado lo visto en el olvido de no haber sido por lo que escuchó en el patio lateral, el día siguiente a la llegada de Marcus Gillespie. Lyle sostenía una aguerrida práctica con sus sobrinos, como solía hacer dos o tres veces a la semana, y ella había acudido a presenciarlo. Se ubicaba en un pequeño banco justo al final del pasillo que desembocaba en el espacio abierto y observaba, con prudencia y sin dejarse ver ni interrumpir.

Desde allí vio como, Brittany, se acercaba caminando, desde el otro extremo del castillo. Apareció doblando el recodo que llevaba al patio central, probablemente había estado explorando. Era una muchacha simpática y agradable, muy diferente a la impresión que causaba su padre. Ella se aproximó al lugar donde el hombre y los niños giraban y se enfrentaban, completamente enfrascados en nada más que la lucha. Brittany observaba con atención, ajena a su presencia.

Una vez que terminaron los gritos y el blandir de espadas, Lyle hizo su habitual monserga a los chicos para incitarlos a ser más osados y practicar nuevos giros. Luego, los chicos desaparecieron corriendo, retándose a montar sin ayuda; al pasar saludaron a Brittany con deferencia que hizo sonreír a Isobel, que los siguió viendo mientras cuchicheaban y se daban vuelta para mirarla. Lyle se había dado la vuelta al escuchar las voces, sorprendido, y al

verla su cuerpo pareció achicarse en una extraña pirueta, que tanto a Isobel como a Brittany llamó poderosamente la atención.

Brittany era una bonita chica, atenta y despierta y que no tenía pelos en la lengua se hizo evidente de inmediato, dirigiéndose al hombre, que juntaba sus cosas, de espaldas, dispuesto a irse sin hablarle.

—Es usted un hombre extraño— le dijo y él la miro fijo, pero sin emitir sonido, por lo que ella continuó—. Lo he observado desde anoche, hay varias cosas que no entiendo. No suelo ser tan atrevida ni involucrarme con personas que no conozco. Empero, me llaman la atención sus episodios de agilidad felina, como ahora, seguidos por otros que lo muestran casi maltrecho para caminar. ¿Cuál de las dos versiones me debo creer?

El rostro de la chica mostraba las claras que se divertía mientras el de Lyle, procuraba mostrar incompreensión y poco entendimiento. Ella siguió hostigándolo y arrinconándolo verbalmente, en un ejercicio que Isobel encontró fascinante, por lo osado de Brittany y por la quietud de su cuñado.

—De la misma forma, sus ojos a veces parecen intensos y otros vacíos de expresión. No lo conozco nada, pero mi mente me dice que usted trata de engañarnos, mostrándonos algo que no es. Me lleva a preguntarme por qué. Si es que no me equivoco en nada, claro.

A pesar de estar siendo cuestionado por una desconocida, bella y joven, además, Lyle estaba casi de espaldas, inmóvil y en silencio. Eso no era signo de que no tuviera nada que decir, sino de que luchaba expresamente para no arruinar lo que fuera que debía ser preservado, sospechó Isobel, por lo que decidió permanecer y escuchar en las sombras.

—¿Sabe que creo, hombre gigante? Creo que usted se parece demasiado al hombre del bosque, el que nos asaltó. Creo que sus ojos, cuando les permite expresarse, son los mismos que me miraron tan de cerca al decirme que no era un ladrón vulgar.

Isobel cerró los ojos y contuvo la respiración al escucharla.

—Se equivoca— respondió de inmediato Lyle, con voz queda y deslucida, falta de intensidad—. No sé de qué habla.

Fingía, y no engañaba a ninguna de las dos.

—No sé qué pretende ni a qué juega —la voz de Brittany se volvió seca—. Tampoco tengo la seguridad absoluta ni pruebas y lo que menos me gustaría sería dañar a una familia tan linda como la suya, por eso no le diré nada a mi padre. Mas le advierto. Él sólo cumple su deber, es un hombre fiel al monarca. Déjelo en paz, no intente nada más. Debería hacer más caso a sus hermanos, que parecen tan astutos, no creo estén para nada de acuerdo.

—Señorita Brittany, Miladi—Lyle había girado y se acercó ahora a ella con lentitud, para mirarla con seriedad—. Así te llamas. No sé de qué hablas.

Había reto, desafío abierto en los ojos de él, que ahora se mostraba sin tapujos y la tuteaba.

—Yo creo que lo sabe muy bien.

—Dices haber visto a alguien tan alto como yo y que mis ojos te contemplaron. Hay muchos escoceses altos, eso no puede bastar para acusarme de algo tan grave. Yo creo que mi presencia te impacta, cosa natural, dado lo que atravesaste, y te confundes. Soy un hombre que suele causar buenas impresiones a las damas —sonó atrevido.

—Eso cree usted. No se confíe tanto y cuide sus pasos —le espetó ella, para girar y alejarse con tranquilidad.

Isobel vio que Lyle crispaba su rostro y meneaba su cabeza y no necesitó más para confirmar sus sospechas. «El muy tonto». Había decidido tomar cartas en el asunto desoyendo a Glenn, algo que quién sabe qué efectos tendría. Si esa chica decidiera comunicar su idea a su padre... Sería un desastre, provocaría daño y dolor.

Se incorporó y desapareció hacia el interior, tenía que evitar que él la

viera y supiera que había escuchado, al menos hasta saber qué hacer. Dudó el camino adecuado; lo más lógico sería contarle a su esposo de inmediato, pero tenía tantas preocupaciones. Lo más prudente parecía ir con Ewan: él tenía la capacidad para pensar con calma y sopesar posibilidades; además, podría ser el mediador entre sus dos hermanos, porque no dudaba que las acciones, precipitadas, alocadas de Lyle, ocasionarían un quiebre muy grande en las relaciones entre ambos.

Admiró el talante de Brittany, por otro lado, quien se elevó ante sus ojos por su postura. Era tan valiente como para plantarse de igual a igual y decir en la cara lo que creía a un hombre enorme, que no conocía y que creía la había asaltado. Asimismo, le impelía a no tocar a su padre. Esto era de unas agallas formidables. Solo podía confiar en que ella mantuviera la boca cerrada, que las dudas la mantuvieran al margen. No tenía por qué, lo más lógico, en realidad, sería que le contara a su padre y que se fueran, para volver con un Ejército a aprehender a su cuñado. Esperaría, decidió. Los vigilaría a ambos como un centinela. De pronto, se sintió cansada y fastidiada a mas no poder; quería mucho a Lyle, pero se había excedido y ahora ella debía lidiar con un secreto, que se parecía a mentir a su esposo, solo para no agravar las cosas.

La observación prudente, esa noche y los siguientes días, le permitió ver que los dos jóvenes se miraban con atención, cada vez que podían, con desafío, midiéndose, observándose. Poco a poco, sus ojos inquisitivos comenzaron a percibir algo más: una atención especial, un aquilatarse más allá de lo normal; miradas que brillaban, que se deslizaban por los físicos, que daban importancia al detalle. Que Lyle clavara su mirada en la forma en que ella tomaba una copa y la llevaba a sus labios, casi hipnotizado por como el líquido se deslizaba por su garganta, no era normal. Y entonces, Isobel se sintió atrapada, en un rol que no quería: una espía, guardando una información potencialmente nociva para su familia, y además viendo como surgía una

atracción peligrosa entre dos personas muy distintas, de mundos que podían entrar en colisión sin remedio. Lo supo antes que ellos; se gustaban, se gustaban de una manera muy intensa.

++++

LYLE

Encontrarse con sus asaltados en el castillo había sido una sorpresa agrisulce para Lyle; amarga porque lo obligaba a una cautela y sigilo poco habitual en él, y dulce porque la oportunidad de ver otra vez a la enérgica chica del bosque era interesante. Este pensamiento se reafirmó al ser confrontado directamente en el patio. A pesar de haber intentado fingir ser un pacato, ella lo había descubierto, lo cual era un problema importante. Recibir frases tan directas lo pusieron en una encrucijada. Se preguntaba cómo era posible que ella lo hubiera identificado disfrazado como iba.

Se maldijo una y otra vez por no haber contenido sus palabras y haberse acercado tanto a ella. «Iba muy cubierto y fingí la voz, ¿cómo pudo reconocerme?», se preguntó. «¿Importa cómo? El asunto es que lo hizo, y eso pone el plan y a mí mismo en peligro». La sensación de haber sido atrapado, de estar sin movimientos factibles, le ponía de malhumor. Dependía de que ella decidiera no contarle nada a su padre; que sus sospechas no fueran lo suficientemente fuertes como arriesgarse a exponerlo.

No podía, por otra parte, dejar de admirar la transparencia y la valentía de esa mujer, que lo había mirado de frente y desafiante desde el momento en que se habían visto por primera vez y luego con audacia lo había confrontado sin temores, exponiéndose a que él pudiera reaccionar de mala forma. Él se conocía y sabía que jamás pondría un dedo encima de una mujer, pero ella... ¿cómo no lo había considerado? Además de valiente, era imprudente.

Se concentró en observarla, mal que le pesara y también sentía sus ojos

sobre él. Se preguntó cuánto pesaría la lealtad a su padre. «Ella no está segura, claro, y eso es un punto a mi favor, por ahora». Tenía que volver a hablar con ella, decidió; tratar de sacarle esa idea de su cabeza, plantar la noción del absurdo para desestimularla de echar a rodar una acusación peligrosa para él y los suyos.

Después de tres días de incertidumbre, de mirarla de soslayo, cada vez más atento a sus movimientos, de modo que ya parecía raro, decidió que era momento de volver a hablar. Esa misma noche, luego de la cena, esperó en su habitación un buen rato, yendo y viniendo en círculos, ensayando qué diría, hasta que sintió que todos los ruidos se amortiguaban y la paz de la noche se asentaba. Entreabrió la puerta y observó, casi acechante. El pasillo bastante iluminado daba cuenta de la existencia de invitados, pues normalmente quedaban solo algunas antorchas proveyendo penumbras. El silencio reinaba; se deslizó hacia la habitación de la chica, casi pegado a la pared. No dudó un segundo y golpeó dos veces, a pesar de lo inapropiado de la hora y de la situación en cuestión. Ignoró cualquier recaudo o decoro, era un hombre de impulsos y una vez que una idea se fijaba, la perseguía con tesón. Y ahora tenía algo muy urgente por solucionar.

Brittany demoró unos minutos en abrir y lo hizo con curiosidad, que dio paso a la sorpresa al verlo, manifestada en sus ojos y su boca, que dibujó un oh!, mientras se llevaba la mano al pecho. Lyle le hizo un gesto de tranquilidad con las manos y posó su dedo en los labios, rogando silencio. Era lógico que se asustara, considerando la hora, lo inapropiado, su tamaño y sus ojos, que sabía que brillaban de ansiedad y expectativa. También lo hacían con deseo, pero espantó el ramalazo instintivo que lo sacudió al verla; iba a plantear algo que era de suma importancia y no podía contaminarlo con su lujuria. Claro que era más fácil pensarlo que hacerlo, su hombría se sentía desafiada por el magnetismo de esa joven que lo miraba, perdido el miedo y dando paso a la

curiosidad.

—Le pido que me disculpe —susurró él, evitando tutearla, como había hecho antes—. Sé que no es apropiado aparecer así; no encontré otro momento para hablar con calma y sin que haya oídos indiscretos alrededor.

Ella sonrió y se recostó a la puerta, con un mohín algo irónico en su boca. Mordió su labio inferior para evitar una sonrisa de desafío, un gesto que él vio y desechó para no enredarse, pues lo asociaba a lo erótico y provocador.

—Ha ganado usted una elocuencia importante, Lyle Campbell. Nadie diría que es el mismo hombre, cargado de espaldas y tartamudo, que hemos visto en las cenas —le contestó.

Lyle entrecerró los ojos, analizando como seguir. Era muy astuta, maldita sea.

—Me preocupa que me confunda y pretenda involucrarme con bandidos.

—Le debería preocupar mejor el hacerlo —le señaló con seguridad.

—De plano se equivoca, soy un hombre que cree en la negociación y no se mete en asuntos políticos.

—No creo para nada sus gestos y palabras. Se ha comportado muy extraño. No lo conozco bien, pero tengo la seguridad de que era usted en el bosque. Su absurdo actitud, todo su comportamiento cuando está en nuestra presencia, lo hace aún más evidente. Todo usted despide energía, no tiene ningún tipo de dificultad física, como quiere hacernos creer. Lo observé con sus sobrinos. Usted adora la lucha, el peligro, la emoción.

—No sé de qué habla, no parece muy lógico que me adjudique rasgos apenas conociéndome.

—Tengo buen ojo y soy muy observadora. Cómo le dije, no se preocupe, no es mi intención revelar su secreto, pero sí quiero que atienda mi exigencia. Mi silencio se paga con su inacción contra mi padre. Es un hombre digno.

Lyle sintió que su indignación crecía. Todo lo que había visto de

Gillespie, lo que escuchaba de él, lo mostraba como un petulante.

—¿Un hombre digno que roba a los escoceses? —gruñó, sin poder contenerse.

—¡Mi padre no roba! Cumple una función, si no fuera él, sin duda otro cumpliría su labor.

—Quienes lo han visto en acción dicen que lo hace con placer.

—¡Lo hace con honor! —soltó ella con furia, avanzando hacia él hasta golpear sus puños sobre su pecho.

Él tomó sus manos y las sintió cálidas y tersas. Las sostuvo sin esfuerzo, a la vez que luego subía por sus antebrazos, acariciando con osadía. Ella sostuvo su mirada y no dio un paso atrás, manteniendo su postura y obligándolo a frenar con la mirada. Cualquiera otra se hubiera arredrado. No conocía sus cualidades o defectos, podía ser un hombre cruel. La admiró y soltó de inmediato, quitando la imposición de su cuerpo tan cercano.

—Usted ha dicho que soy un hombre al que le gusta la aventura y sin dudas tiene razón. No soy violento, pero me gusta defender lo mío.

—¡También a mí!

Se miraron con desafío creciente, y entonces él, sin poder resistirse, la tomó por la cintura con una mano y con la otra rodeó su cabeza, firme, aunque sin violencia, arreglándoselas para tomar su boca en un asalto sorpresivo de exploración y luego captura total, del que extrajo un sabor que, cual néctar, quedaría prendado en su boca y su memoria. Un golpe en su entrepierna y la subsiguiente cachetada fue el doloroso castigo que recibió por su osadía.

Los ojos de Brittany fulguraban abrasadores, por su intensidad.

—Mis disculpas, miladi—dijo él, evitando doblarse a pesar de que su entrepierna dolía terriblemente—. Pero no me arrepiento en absoluto. Tiene una boca digna de ser besada hasta el hartazgo—culminó, para girar y retirarse a lamentar sus heridas en soledad.

—¡Es la primera y será la última vez que usted toma sin pedir, atrevido truhan! —laudó ella el diálogo, cerrando sin golpear, para evitar ruidos que alertaran a los demás.

++++

BRITTANY

Apoyada sobre la puerta que acaba de cerrar, su espalda casi sosteniéndola, como si el gigante pudiera ingresar a la fuerza, se tocó los labios. Le había sorprendido de una manera extraordinaria encontrarlo a su puerta en el medio de la noche. La prudencia y la decencia hubieran dictado que le impidiera el paso, mas no pudo. La curiosidad y la intriga la arrastraron, así como el querer saber si estaba en lo cierto, si sus sospechas tenían asidero.

Lo había observado con atención todos esos días y casi podría jurar que era el hombre del bosque; sus ojos le denunciaban aún más que su estatura. No solo por su color, sino por su brillo y su fuerza. Unos ojos que cuando su dueño quería, desnudaban y parecían ingresar a los lugares más recónditos de Brittany. Se inquirió ahora si no sería necesario acudir ante su padre y descubrirlo. Si él realmente era el protagonista del robo, estaban en terreno enemigo. Aunque ella no se sentía insegura ni, menos aún, en terreno hostil.

Todos quién los rodeaban, les habían tratado de la mejor forma, brindándoles comodidades a pesar de que, como había manifestado hace unos minutos ese irreverente, el rol de su padre lo convertía en un hombre odiado, por lo menos entre los escoceses de apremios económicos. Acudir a la práctica de espadas y confrontarlo no había sido algo que planeó, pero lo vio tan ágil, tan fuerte, tan feroz en sus movimientos que quiso hacerle saber que no la engañaba. Debería haber callado y quedarse con sus sospechas, mas eso no estaba en ella.

Se preguntó si el hecho evidente que la atrajera tanto tenía que ver con su falta de juicio. Le veía bravo y poderoso, emanando una masculinidad y una potencia que la enervaba y se había transmitido en el beso vibrante que le había estampado y que ella había sellado con una buena bofetada. El calor palpitaba todavía en sus labios. Suspiró. Esto era más que inconveniente, imposible. La suya era una visita obligada a este lugar, que pronto finalizaría, apenas su padre decidiera continuar viaje.

Trató de analizar si su amenaza habría resultado creíble. No se perdonaría jamás que su padre sufriera algún percance, que fuera herido o atacado si ella lo hubiera podido evitar. Supuso que él no podía darse el lujo de desconocerla, pues debía estar en una posición muy complicada, considerando que su hermano era el laird más respetado de la región y, por lo que le había explicado a su padre, un abanderado convencido de la necesidad de negociar con el monarca.

La energía y salvajismo que explotaba por todos los poros de ese deseable escocés contrastaba con la racionalidad y don de gentes de su hermano. Y para su desgracia, ella tenía algo similar, su propio carácter, que era temerario y que ansiaba aventuras. Le atraía. Avanzó hacia el lecho, donde se sentó, tomando sus rodillas contra su pecho y volviendo a pensar en la fuerza de sus brazos, que le habían envuelto sin dificultad alguna. Brittany no tenía casi experiencias con el sexo opuesto; mal que le pesara a su padre, los jóvenes que la habían rodeado de habitual eran a su juicio débiles, pusilánimes, demasiado blandos.

Su personalidad siempre tenía una excusa para quitarlos de su lado y terminar cualquier esperanza de una relación de noviazgo que desembocara en el casamiento. Su corazón bravío anhelaba a un hombre que la impresionara, uno que explorara su costado más salvaje y la desafiara. Parecía una treta del destino que sus deseos más recónditos se hicieran cuerpo, ¡y qué cuerpo!, en

ese gigante Campbell. Mas, así como sus deseos se mostraban con fuerza a solas con sus pensamientos, su lado racional la empujaba a lo que era debido.

No había forma de que su padre aceptara jamás un hombre así para su hija. Pensándolo con claridad, ella no debía siquiera imaginar esa posibilidad; no podía dar entidad a un hombre que priorizaba sus impulsos sobre su razón. No era confiable ni seguro. Y aun cuando se decía esto, su rostro y su pecho, desnudo y sudoroso, erizado de músculos, como lo había visto en la práctica de espadas, volvía a su memoria. La perseguía. Debían irse sin demora, apenas su padre lo planteara, debía sentarse en el carruaje y retirarse presurosa, antes de cometer alguna tontería. Se empujaba a la claridad, pisoteando sus impulsos, que eran tan fuertes como los de él, y por fin había encontrado un objetivo hacia el que tironearla.

Capítulo 11.

BRITTANY

Brittany no solía confrontar a su padre, el profundo respeto y cariño que sentía por él hacía que evitara disgustarlo o inquietarlo. Su natural personalidad intensa y vibrante, ansiosa de novedades y cumplir metas que eran sueños, se contenía en su presencia firme y formal. No es que fueran demasiadas las situaciones que los llevaran a disentir, pero aquellas en las que sí ocurría, eran tensas y mostraban cuán diferente era su visión de la vida. Era probable que esto se relacionara con sus roles de género, pero también con la edad.

Como fuera, la realidad era que los deseos y la visión que Marcus tenía del futuro, distaban mucho de las pretensiones de la muchacha. Desde que Brittany cumplió la edad en que las señoritas de alta estirpe eran presentadas en sociedad y sus familias comenzaban a tejer los prospectos matrimoniales y de compromiso que ataran influencias y riqueza, las acciones de Marcus se dirigieron a dejar asegurada a su descendencia y comenzaron a chocar con los deseos y sueños de la jovencita.

Su familia era poco numerosa y escasa en señoras de la alta sociedad que organizaran galas en su honor. A esto se agregaba el hecho de que Marcus era una persona importante que se había ganado su posición a fuerza de trabajo y no por descendencia noble. Por ello, los varios ofrecimientos de compromiso que comenzaron a llegar provinieron de hombres de edad un tanto avanzada, aunque igual de acomodados económicamente. Para Brittany todos tenían un pero que los volvía inaceptables: demasiado serios, aburridos, intrascendentes o sencillamente repulsivos, fueron algunos de los calificativos que les

adjudicó, llevando a Marcus a un estado de impaciencia notable.

No fueron pocas las noches de diálogos, serenos y de los otros, en las que Marcus se esforzó por hacer entender a la joven que él no estaría para velar por ella en el futuro, que ya estaba en una edad avanzada y que no tenían una riqueza tan sólida como para vivir eternamente sin preocupaciones.

—Tonterías, padre—contestaba ella, pretendiendo ignorar la realidad—. Tú estás fuerte y saludable y el miedo al futuro no nos puede llevar a aceptar cualquier prospecto adinerado con patas.

—¡Qué dices tú! El señor Sullivan o el teniente Saint no son cualquiera. Son personas impecables, que todos tienen en alta consideración y...

—Y yo no. Eso debería ser suficiente —lo miró con ojos llorosos, dando la espalda para retirarse y hacer sentir culpable a su padre.

Esta táctica funcionó por un tiempo, pero cuando Marcus comenzó a cansarse y preocuparse por partes iguales, no hubo llanto o razonamiento que lo convenciera de desistir. Cuando la presencia de Boyd Cameron comenzó a convertirse en una figura repetida en la casa de su tía, la honorable Gertrude Gillespie, su suerte pareció sellarse, pues su padre lo señaló desde el inicio como «el indicado». No podía pensar en alguien mejor para ella: un militar acomodado y de carrera, con grandes oportunidades para continuar avanzando, con vínculos con dos o tres condes y marqueses.

Un hombre que demostró desde el comienzo un interés genuino y hasta, en opinión de Brittany, obsesivo. Embelesado por la figura de la muchacha, a la que no dejaba de observar con ojos libidinosos, y a pesar de que los exabruptos de ella se hicieron presentes desde la segunda o tercera visita, hizo evidente su firme propósito de desposarla, intención que dejó clara a Marcus al poco tiempo de frecuentarlos. Si al comienzo el suplicio era de tanto en tanto en casa de su tía abuela, luego se convirtió en un rito semanal en la propia, imposible de evitar. Como un reloj exacto y tedioso, los viernes a las

cinco él se presentaba a tomar el té y departir hasta la noche, siempre con los mismos temas, más interesantes para su padre o un club de retirados que para ella.

No es que él fuera un anciano, de hecho, estaba en sus treinta y cinco, pero eran quince años de diferencia notable con Brittany. No era especialmente horroroso: de mediana altura y espigado, con ojos redondos y muy verdes, pero de uno desvaído que recordaba más a hierba que perdía vigor que a lozanía, de mirar acuoso y a veces turbio, lo que para ella constituía su rasgo más inquietante. Debajo de esa calma, ella percibía movimientos escondidos, secretos no tan santos, pero eran sensaciones que no podía justificar ante su padre más que como presentimientos. En lo externo era impecable: siempre vestido con detalle y gusto, impecable en su traje de tweed o en su uniforme de soldado de rango.

—Estás de suerte, hija, es un partido que me tranquiliza. Con él tendrás un hogar sólido y podrás tener una descendencia sin pesares económicos, con la posibilidad de crecer y superarte.

—Padre, no me hagas esto. Ese hombre es insufrible, un tonto pagado de sí mismo que cree ser un conquistador. Evidentemente es importante, a su modo, pero no es lo que espero para mi vida.

—¡Lo que esperas para tu vida! —se escandalizó Marcos—. ¿Sabes lo que se espera de una muchacha de tu edad? Que sepa llevar una casa adelante, resguardando las espaldas de su esposo, preparando su alimento y su vestimenta, conteniendo sus momentos de desaliento. No es lo que tú esperas, es lo que se puede lograr y te aseguro que es mucho. No pocas familias estarían encantadas de la oportunidad que tú tienes.

—Vamos, padre —lo miró dolida—. Tú me has educado para mucho más que eso. De no ser así, ¿para qué me enseñaste números, geografía, política? ¿Para qué me has hecho conocer el mundo a través de la enseñanza? ¿Para que

sea un objeto encerrado en una casa de lujo? —casi sollozó.

—Ese fue mi error, lo admito. El estar solo, sin el apoyo de una mujer que me contuviera y al tratar de criarte lo mejor posible, exageré. Te di demasiada libertad en una sociedad cuyas reglas son estrictas y en el que el rol de las mujeres es muy claro, querida Brittany.

Marcus se sentía entristecido al verla así, pero tenía que ser fuerte y dejar pasar esos comentarios, que no eran más que inmadura percepciones frente a una situación inevitable. Era probable que lo que Brittany sintiera fuera miedo, temor a tener que alejarse de lo que conocía, del mundo seguro y cómodo que la había rodeado siempre. Era lo que debía hacerse, sin embargo, mal que le pesara. No podía ser tan egoísta de ceder a los deseos y mantenerla a su lado, tenía que ser fuerte y pensar en su futuro.

—Una vez que el casamiento se concrete, te encontrarás con tu propia casa, que podrás manejar a tu gusto. Verás que habrá múltiples situaciones en las que serás necesaria como consejera y oído atento; si te comportas dedicada e inteligente, como sé que lo eres, podrás tener mucha influencia sobre tu esposo y las acciones que este encare. No te sentirás tan desgraciada, querida.

—¡Ese hombre es mucho mayor que yo y además es horrible! —chilló ella.

—Es terrible que juzgues a una persona por su exterior. Además, yo no veo repulsivo ni detestable, como te has cansado de decir. Al concentrarte en detalles, no logras ver lo positivo de esto, así como sus dones.

—Lo único que puedo percibir son sus ojos, que parecen atravesarme y me provocan escalofríos. Está bien que sea rico, pero eso no lo autoriza para expresar su desdén por todo lo que no tiene que ver con lo que él piensa o conoce. Te lo digo una vez más: es un hombre doble, que esconde lo que realmente piensa, padre, lo juraría. Me quieres entregar sin más, deshacerte de

mí sin cumplir lo que prometiste muchas veces; que me harías conocer parte de las tierras que recorres, conocer otros espacios, otros lugares.

La prédica insistente y el hecho que su postura era maleducada y de silencio hosco cada vez que Boyd aparecía, hicieron que Marcos reflexionara y buscara una solución. Se prometió a sí mismo darle el tiempo para pensar las cosas y a la vez enseñarle el mundo que quería conocer. Es por ello que decidió llevarla junto a él a recorrer las Tierras Altas, en una especie de última oportunidad juntos, como familia. Mostrarle lo que tanto le había descrito: la belleza y suntuosidad de un territorio agreste, de colores y naturaleza soberbia. Que no se quedara con la idea que él no cumplía sus promesas, que tuviera tiempo de pensar y deglutir la situación. Cuando se lo propuso y ante sus chillidos y gritos de alegría y placer, le advirtió:

—Este es un tiempo que debes tomar para pensar, para reflexionar y crear conciencia de que tu futuro ya está planeado. Debes hacerte a la idea de lo inevitable, que no por ello es el fin de nada, sino el comienzo de algo mejor, te lo aseguro. He comprometido mi palabra ante Boyd de que el compromiso no tendrá lugar mucho tiempo después que regresemos. Es un tema laudado, hija, debes acostumbrarte a eso.

Ahora, luego de semanas de trayectos y los acontecimientos de los últimos días, Marcus se reprochaba su decisión, a diferencia de Brittany, que vivía cada hora con intensidad, conociendo una realidad bien diferente a la suya, una que la atraía y la volvía más consciente de sus deseos de vivir y disfrutar. La figura de Lyle Campbell tenía mucho que ver con ello.

++++

MARCUS

Sus intenciones de permanecer en el castillo de los Campbell apenas unas horas, hasta haber repuesto fuerzas y comunicado las malas nuevas al monarca

a través de algunos enviados, se vieron boicoteadas por la llegada de noticias que profundizaron su malhumor y su preocupación. En las tierras del sur, de habitual más tranquilas que las Highlands, acababa de acontecer un atraco similar al suyo. Esta vez el blanco había sido un recaudador de menor jerarquía, también sorprendido por bandoleros que, si atendía al mensaje que citaba las expresiones usadas, debían ser los mismos que los habían atacado a ellos.

Eso era una sucesión preocupante; él había confiado en que su ataque hubiera sido un episodio aislado, una mera bravuconería de ladrones de poca monta, que usaban pretextos políticos para un robo habitual. Pero ahora, debían ser tomados con mayor seriedad, pues representaban un peligro para toda la red de recaudación de la que se valía el monarca para que le llegaran los necesarios recursos. A sus intenciones de traer una nueva guardia que hiciera de refuerzo de la habitual se le sumó la convicción de que cada recaudador tenía que tener una que le protegiera, por lo que se necesitaba una buena cantidad de soldados.

Se preguntaba quién estaría detrás de estos asaltos. Entendía que no debía ser una acción coordinada por los líderes más importantes, pues el mismo Glenn Campbell lo había mirado a los ojos y había dicho que las intenciones de los líderes de esta zona era negociar y pactar con el Rey. Le creía, él sabía algo de hombres y este era uno honesto y sin dobleces. Que estaban descontentos era evidente y reconocía que había habido un ajuste importante, aunque necesario en la retención que se les hacía. Como fuera, el hecho de que hubiera alguien que se atreviera a desafiar a los funcionarios y a los guardias reales y por ende a la misma figura del monarca Carlos, daba cuenta de una rebeldía que pronto podía ser contagiada a aquellos que veían en la vía violenta la más rápida y tentadora.

Al mensaje enviado a sus superiores, que había sido verbal, sumó,

apenas enterado del suceso, una misiva formal con detalle y descripción de lo ocurrido. Remarcaba lo imperioso de mantener el orden y la idea de la autoridad del monarca antes que estallaran focos más agresivos y menos puntuales. Esta podía ser una semilla que disparara todo un conjunto de levantamientos que, de no preverse, prenderían fuego las Highlands con la rebelión. Solicitaba el envío de guardias, un batallón organizado, de ser posible.

Lamentaba haber cedido a los caprichos de su hija, haberla traído a estas tierras. Su convicción era que debía lograr que llegara sana y salva de vuelta a Londres, aunque él mismo no podía acompañarla. En este momento tan álgido tenía que permanecer en su puesto y demostrar al monarca que no había funcionario más leal y confiable. No lo hacía solo por adularlo y ganar una mejor posición, sino con la firme idea de que era su deber.

La honda preocupación le llevó a la convicción de que el único que podía suplirlo en el cuidado de Brittany era su prometido, Boyd Cameron, que tenía a su cargo una nutrida guardia de soldados entrenados. No habría mejor ni más interesado que él, por tanto, en su carta al Rey también solicitó la autorización para que Boyd fuera destinado a este lugar. No solo habría guardias entrenados para los funcionarios que recorrieran las tierras, sino también custodia personal e interesada para la retirada de su hija.

Su principal temor era que los salteadores la tomaran como botín en alguna de las próximas incursiones con que amenazaban. Sabía que Brittany no estaría de acuerdo con su decisión, pero no era un tema para discutir. La había visto deambulando por el castillo y se notaba que estaba cómoda y se sentía segura en el lugar. La creciente vinculación con el resto de las mujeres, a las que reconocía amabilidad y hospitalidad, sin duda era un soplo de aire fresco para la muchacha, acostumbrada a moverse entre ancianos y hombres. Lo que Marcus temía era que se sintiera tan a gusto en este castillo como para generar

resistencia para retornar y eso no era una opción. Su vida estaba en Londres, así debía entenderlo.

++++

BRITTANY

La percepción de Marcus no era errada; había que reconocerle que, así como se comportaba con antipática indiferencia con el resto de las personas, interpretaba muy bien a su Brittany. Esta se sentía en las nubes; nunca había experimentado una sensación de bienestar y comodidad como la que sentía en estas altas paredes, a pesar de estar rodeada de murallas y de gente desconocida hasta hacía algunos días. A la majestuosidad del paisaje y de la misma construcción, se sumaba la gentileza de sus habitantes. Eran todo un ejemplo inverso de lo que su padre le había transmitido sobre los habitantes de las Tierras Altas, retratándolos como díscolos, torpes y a los que faltaba cultura y hábitos. Todos esos adjetivos se desvanecían enteramente ante las figuras de los Campbell.

Tal vez estaba en un lugar un tanto excepcional en la región: el hecho de que uno de ellos se dedicara por entero a escribir y a leer y tuviera una hermosa biblioteca en la cual enseñaba a sus hijos el arte de las letras debía ser algo que no se encontraba en otra zona. Que una mujer tan bella y gentil como Isobel fuera a su vez una mujer que dominaba los secretos de la Naturaleza también era notable. Que la música alegrara las noches y estas fueran de exquisito deleite en la mesa, con manjares exóticos y riquísimos para su paladar, animados con buen diálogo, era un deleite.

Solo la figura tosca y vehemente, los ojos centellantes que la envolvían, la figura imponente de Lyle Campbell parecía cuadrar con las adjetivaciones de Marcus Gillespie. Y, aun así, le provocaba corrientes extrañas, un salvaje júbilo que trataba de controlar por intempestivo e inconveniente. ¿Por qué su

corazón daba un salto y se sonrojaba al verlo avanzar o comer a pocos metros, ensimismado, de tanto en tanto mirándola como si la evaluara? Era un misterio que le agregaba sabor y diferenciaba su vida de la de Londres. Esta, intensa y con matices, en Londres, gris y previsible. El futuro que no quería.

Debía ser el destino que estaba abocado a darle un hálito fresco y mostrarle opciones que hasta entonces jamás había tenido o siquiera imaginado. Se permitía disfrutar y soñar con oportunidades que, de tanto en tanto, eran borradas de un plumazo por la mirada severa de su padre que le recordaba sus compromisos en Londres y su inevitable partida.

Le encantaba y le enternecía la admiración de las pequeñas hacia ella, así como la serena belleza y conocimiento de Isobel, a la que casi veía con un aura mágica que la envolvía. Sentía que su mirada la perseguía inquisitiva, pero no molesta, y se preguntaba si sería capaz de atravesar pensamientos. «Ella sabe», pensó una de esas tardes. Sabía que ella se paseaba y se acercaba a las caballerizas y a los patios, central y lateral, intentando ver a Lyle. Sabía que comenzaba a perder la cabeza por ese hombre grande, sin importarle sus sospechas de que era parte de un complot contra el Rey y por tanto que su padre estuviera en el medio, expuesto.

Sentía su cabeza desordenada y se debatía entre una realidad de excitación y curiosidad enorme y un futuro de rutinario aburrimiento. Lyle y Boyd representaban eso, respectivamente. ¡Qué poco tenían que ver! Lyle era como un lobo hambriento, intenso, voraz, sin grises. Boyd era... como un perro perdiguero. Al servicio de su Rey y de los de su clase, sin ingenio ni humor, sin pasión. Era una fea comparación, lo sabía. Su padre argumentaría con indignación que Boyd ganaba en prestigio, alcurnia, prolijidad y todo aquello que era importante en una sociedad civilizada. Pero para ella eso no contaba, pues el inglés perdía en todas las áreas que consideraba importantes. «Que se me permita soñar que mi pasión encuentra donde posarse y es bien

considerada», rogó en algunos momentos.

++++

Brittany buscó el rincón que consideró más solitario del castillo para dar lugar a sus pensamientos tempestuosos. Como era habitual desde pequeña, su rabia se manifestaba trabando su garganta e impidiéndole hablar, por ello había evitado la pelea con su padre cuando éste le anunció que había solicitado guardias de apoyo, además de la llegada de Boyd a los efectos de custodiarla de vuelta a Londres.

«¿Cómo pudiste?», fue lo único que pudo esgrimir antes de salir, taconeando con furia y en un revuelo de faldas que dejó a Marcus consternado por la intempestiva reacción. Los aires de libertad de estas tierras parecían hacer mella en el carácter de su hija, de habitual más pacífico y menos rebelde. Un punto más a favor de apurar su vuelta. Estas tierras salvajes solo podían hacer crecer su ya declarada negación al compromiso. No había pensado con claridad al ceder y traerla, se volvió a reprochar. Sus ímpetus crecían en lugar de aplacarse.

No estaba para nada desencaminado en su diagnóstico, demostrando que conocía a su hija. Ella había encontrado un sitio que la llenaba de gozo y alegría, donde expresarse y divertirse no tenía reglas ni etiqueta, donde ser espontáneo era la norma. ¿Cómo podía, sin sufrir, volver a la soledad y a la desgastante rutina diaria de aquella ciudad que la había visto nacer? A pesar de que Londres era su lugar de origen, no podía evitar pensar que estas tierras de contrastes, en las que apenas era una visitante y tenía tan poco tiempo, se correspondían más a su carácter. Ese que poco se expresaba en libertad en la civilizada cuna del Imperio inglés, ese que debía contenerse para no chocar con las ajustadas normas de la decencia y la conveniencia.

No era sólo la belleza de los paisajes y sus colores, ni siquiera lo pintoresco de sus habitantes. Era algo que vibraba en el aire, que se transmitía

en cada salto de río, en cada rumor del follaje, en cada brisa suave o intempestiva que soplababa desde las alturas de las Cairngorms. Incluso ahora que se acercaba el tiempo más inhóspito, y las niñas le contaban de la maravilla de las nevadas, a pesar del frío, estaba segura que la nieve también le encantaría. De aquí la iban a arrancar de manera abrupta, impidiéndole completar el plazo que habían establecido con su padre al inicio del viaje, privándola de disfrutar un tiempo más de experiencias que podría atesorar en su memoria y le ayudarían a sobrellevar años de hastío.

Así es como valoraba su futuro con Boyd Cameron: no podía pensar en su matrimonio con ese hombre de otra forma que como un viaje al tedio. Con él no había vibraciones, a él no lo esperaba, no le despertaba nada más que fastidio y un temor difícil de desentrañar, con honestidad. ¿Dónde quedaría la pasión y la intensidad de la mirada que seducía, del abrazo que estrechaba, el beso que tomaba el aliento y parecía llegar al corazón? Si antes de llegar al castillo Campbell la abrumaba la idea de ser tomada por esposa por Boyd, conocer a Lyle había terminado por ahondar su pena hasta llevarla al límite de la desesperación.

«Maldito Lyle Campbell, tú tienes la culpa de todo», murmuró con los labios apretados y la mirada anegada de lágrimas de impotencia. Tal vez hubiera terminado por aceptar la inevitabilidad de casarse con alguien tan apropiado como Boyd si no lo hubiera conocido. La hacía sentir tan movilizaba, tan atravesada por una secreta excitación que no había comparación. «Lo conozco apenas hace unos días, ¿cómo puede ser que esté tan pendiente de su presencia o su ausencia, de lo que hace? ¿Por qué lo busco por cada rincón del castillo?». Él tenía una mirada que la medía y la valoraba, de una intensidad que sobrecogía, sin duda con hambre, pero lejos de la lascivia pueril que Boyd parecía transmitir.

El ruido a un costado la sobresaltó y se dio vuelta, para percibir a un

inmóvil Lyle que la observaba, como si su mente lo hubiera invocado. Dio vuelta su rostro para que no percibiera las lágrimas que caían y que limpió con el dorso de su mano. Ahí estaba, con su camisa entreabierta y su kilt, provocador con sus ropas tan poco tradicionales que enseñaban sin pudor el poder de los músculos de sus piernas, el ancho pecho en el que sin duda podría posar su rostro y sentirse segura. Era una locura pensar así sobre un hombre que casi no conocía y que probablemente poco se fijaba en ella, como no fuera para controlar que no dijera lo que sabía acerca de sus acciones.

Brittany nunca había visto a un lobo en persona, pero estaba segura de que ese brillo amarillento de sus ojos avellana, así como la agilidad extrema con la que se desplazaba a pesar de la enormidad de su tamaño, debían ser propios de una fiera. Eso y un halo que solo podía definir como un aura salvaje la atraía sin que pudiera evitarlo. Sacudió la cabeza intentando desvanecer esas ideas que lo único que hacían era sumergirla en una realidad que no era la suya.

Él era el culpable de la abrupta decisión de su padre de traer a Boyd y devolverla a Londres. Estaba convencida, él era el líder de esa banda que asediaba a los recaudadores de impuestos y desafiaba las órdenes del Rey, enloqueciendo de furia y temor a su padre. Pensar esto hizo que olvidara su desaliento y volviera el rostro hacia él, dispuesta a increparlo.

—¡Estoy segura de que eres el responsable de este nuevo atraco! Te pedí antes que no continuaras. ¿Qué pretendes lograr? Me has arruinado la vida — le dijo con la voz baja y cortante, con un dejo de desafío.

No le temía, por el contrario.

Él se acercó observándola, con una cadencia inquietante, como acechando a su presa, y ella se detuvo. Se mordió el labio inferior pues el palpar de su corazón, agitado por la furia y el dolor, le volvió a cerrar la garganta. Dio la vuelta y pretendió huir, abandonado el ímpetu, pero la voz

ronca de Lyle exigiendo que se detuviera, más su brazo encerrando su cintura como en un cepo, la detuvieron. No pudo más que recostarse a él, de espaldas, dejándose arrullar por su embriagador aroma a hierbas y a hombre.

++++

LYLE

La había estado observando durante varios minutos luego de descubrirla en ese escondrijo del patio lateral. No estaba precisamente del mejor humor y era pleno responsable de sus pesares por tomar decisiones, llevado por sus impulsos. Maldijo el momento en que había decidido atacar a Marcus Gillespie, pues esto había precipitado el arribo de esta mujer al castillo y con ello había distorsionado todo su mundo. Desde el momento que la había visto por primera vez había sido una molestia, una figura que se había ido colando insidiosamente en las pequeñas grietas de su mente, quebrando cualquier pensamiento útil y generando fantasías que no eran más que locuras innecesarias.

Se preguntaba con franqueza qué era lo que le provocaba para no poderla sacar de su cabeza: no era la más voluptuosa de las mujeres; las que de habitual le gustaban y lo llevaban a la cama tenían senos generosos, y los de ella eran pequeñas lomas. De mediana estatura y espigada, aunque con una figura sinuosa, su nariz respingona parecía extraña en el rostro terso y de mentón pronunciado. En su rostro destacaban abiertamente dos rasgos que le habían comenzado a comer los sesos: un par de ojos extraordinarios por lo expresivo de su mirar y una boca roja, grande y carnosa, dibujada casi con esmero y que parecía prometer el Paraíso.

Labios que lo perseguían día y noche, palpitando las posibilidades de tomarlos una vez más. El beso que le había robado le hablaba de una pasión secreta y contenida que le encantaría develar. No era la más bella de las

mujeres, pero juraba ante cualquiera que era la mujer más bella para él. «¿En qué me ha convertido en unos pocos días, en un maldito poeta, despojo de guerrero?», se flageló ahora mientras sentía su cuerpo contra sí, incapaz de despegarla y romper el mágico momento.

Todas las circunstancias que los rodeaban contaban de sus diferencias: de origen, de tradiciones, de destinos. ¿Sería posible que, a pesar de todo eso, fueran los deseos de ambos los que los llevaran a unirse? Había una sintonía casi magnética atravesando sus cuerpos, inaudible pero allí estaba, una que les impelía a acercarse, aun cuando no se hablaran. Sabía tan poco de ella, salvo que era la hija de un inglés, alguien que veía como enemigo, o al menos como un objetivo a perseguir. Sus intenciones políticas de crear un ambiente de intranquilidad que obligara al Rey a reconsiderar su vínculo con los escoceses se deshilachaban y era por ella.

Sentía que su secreto estaba en riesgo al haber sido identificado con tanta facilidad. Pero no se engañaba, no la vigilaba solo porque temiera que lo denunciara, sino porque contemplarla le apetecía más que salir a la aventura. Ese último atraco del que le acusaba, había sido cometido a desgano, ante la insistencia de sus compinches que querían golpear una y otra vez para demostrar su fuerza. No había estado convencido de hacerlo pues era demasiado pronto e imprudente, pero no podía desechar un movimiento que él mismo había generado. De hecho, el asalto había sido incluso más sencillo que el anterior: rápido y limpio, habían transmitido el mismo mensaje y obtenido un botín menor.

No era ajeno a la preocupación de Glenn y veía que continuaba bregando con energía por llevar a la realidad lo que habían comprometido. Se había reunido con MacPhearson y un clérigo que había viajado desde Aberdeen y habían confeccionado un documento que había sido enviado al monarca. Aunque demoraría en llegar, en él constaban las intenciones de paz de los

lairds de las Tierras Altas y sus intenciones de negociar en persona sus pedidos de recortes a los impuestos. También se deslindaban con energía de los atracos, definiéndolos como meros golpes al azar. Esto le había minado la moral, dando por tierra su idea que su hermano asumiera sus acciones como importantes, cuando le contara que él era el mentor del movimiento. Glenn le había asegurado una y otra vez a Marcus Gillespie, en las cenas que compartían, que no era la forma en la que los líderes de la región procedían, pero éste parecía dudarlo. Para Lyle todo esto no era más que una conducta de genuflexión por parte de Glenn, en especial ante un hombre tan despótico y soberbio como Gillespie.

Lo único interesante que tenía ese buen funcionario del monarca era su hija, que parecía tan diferente y ahora palpitaba en sus brazos, en un instante que ambos alargaron, pero se rompió cuando Brittany se arrancó de su abrazo. Toda ella denunciaba tensión e ira contenida y Lyle no entendió la acusación de sus palabras. ¿Arruinar su vida?

—No comprendo a qué te refieres. Mal puedo ser culpable de algo y menos que tenga que ver con tu vida.

—¡Sabes bien que sé lo que haces! ¡Por tu culpa mi padre ha enviado a buscar a mi prometido para que me devuelva a Londres!

Eso sí fue una sorpresa, no tenía idea de que ella estuviera comprometida en casamiento. No lo había imaginado, ni se le había ocurrido y la idea le rebeló. ¿Cómo podría tener otro dueño que no fuera él? Ese pensamiento tan turbador se manifestó en sus cejas levantadas y el rictus de un lado de su boca, que ella interpretó despreciativo.

—Tal vez a ti no te importa, claro, nos desprecias. No vivimos como tú. Mi padre no usa kilt, no soy una escocesa.

—No sé qué pretendes, que quieres que te diga. No dudo que tu prometido será un hombre de alta alcurnia. Deja que él te proteja de los

salvajes, que te venga a buscar como si fueras una frágil flor —sentenció.

La charla se había dado con las caras de ambos a centímetros, hostigándose, porque los dos no entendían qué les pasaba y pretendían evadir lo que cualquiera vería desde afuera, pero el último comentario enardeció a Brittany, que se vino hacia él con los puños en alto. Él se los detuvo con firmeza no exenta de gentileza, a la vez que la acercaba hasta que sus cuerpos quedaron unidos, pegados, sintiéndose la respiración. Ella era casi una cabeza y media más baja.

Lyle rodeó la nuca con su mano, enredándola en el cabello y bajó su cabeza hasta alcanzar los labios de una Brittany estremecida, para explorar de nuevo su boca trémula, invadiéndola con su lengua, que enredó en la suya. Un beso voraz, hambriento, incendiario, que los dejó sin aliento y del que ninguno quería desprenderse. Fue él quien finalmente despegó los suyos y la observó; ella aún tenía sus ojos cerrados, disfrutando de la maravillosa sensación y su sabor. La abrazó y su boca le susurró al oído, quedo y ronco, antes de retirarse:

—Eres tan mía que tu boca jamás podrá responder de esta manera a ese que dices tu prometido. Esta es una reacción que solo tendrás conmigo. Nadie podrá hacerte sentir este calor y esta pasión. Escondes una intensidad que ni tú misma conoces y solo yo puedo despertarla.

Ella lo vio seguir, desfallecida y no pudo más que aceptar que tenía razón. Su cuerpo respondía mejor que sus palabras o su mente. Lo que no podía o quería transmitir verbalmente, su boca lo denunciaba. Su espíritu indómito le hizo gritarle:

—¿Soy tuya o eres mío?

Él se volvió y sonrió. Era una pregunta muy buena, le hubiera gustado estar seguro de lo primero, pero no era así. Ella, tan pequeña y aparentemente frágil, se imponía en su cabeza.

Capítulo 12.

ISOBEL

El castillo se había convertido en un lugar de entrada y salida constante de soldados y guardias, para traer noticias o llevarlas. Isobel veía la escalada de actividad con preocupación. Glenn hacía intensos esfuerzos por mantener todos los ánimos templados, tanto de los clanes aliados como también de los representantes del Rey, pero esto parecía no funcionar. Marcus Gillespie cada vez se notaba más nervioso e iracundo. Si le había afectado el primero, por tenerlo como protagonista obligado, el segundo asalto había sido el punto de inicio de frenéticas comunicaciones y misiones hacia Londres y otras zonas donde actuaban emisarios del Rey.

Era entendible, ella misma estaba enojada, aunque por motivos diferentes. No podía perdonar que Lyle fuera tan prescindente de la realidad que lo rodeaba. ¿Qué imaginaba que podía provocar con sus acciones? ¿Cómo sus pensamientos podían ser tan obtusos? Por lo que ella entendía, él pretendía que el resto de los lairds reaccionaran favorablemente y se sumaran a su estrategia, que no era otra que una irresponsable e inmadura manera de actuar, una que comenzaba a enfurecerla. Pero que además la asustaba, ya que temía lo que podría pasar si Gillespie averiguaba que su hija coqueteaba abiertamente con el menor de los Campbell.

A ella se simpatizaba la chica, se veía enérgica y alegre, pero vulnerable; se notaba que tenía hambre por vivir, probablemente en extremo contenida por un padre sobreprotector. Y ese era el principal riesgo, que el funcionario viera todo como una estrategia contra él, y por ende contra el monarca. Gillespie ya se sentía atacado por su función; si además averiguaba que su hija era objeto

de las pasiones non santas de un escocés, todo intento de negociar se perdería por la borda. Y la violencia tomaría el control de las acciones, exponiendo a todos. Esto le aterraba; sus hijos, sus sobrinos, gente inocente expuesta a la guerra porque algunos hombres no podían controlarse.

Decidió que no podía esperar más para contar lo que sabía, no podía hacer nada sola. Ewan tenía que saberlo y aconsejarle como actuar. Glenn no estaba, hacía dos días que recorría sus tierras tratando de contener la ola de exasperación que se extendía ante la importante extracción de sus recursos. Lo mismo había aconsejado al resto de los líderes.

Con la pequeña Bonnie en sus brazos, a la que había aceptado arrullar y cuidar gustosa mientras Kirstie viajaba a las tierras de su familia con sus otros hijos, se dirigió dónde Ewan, quien trabajaba con sus registros y escritos. Hacía buen tiempo se dedicaba a anotar todos los movimientos económicos del castillo, haciendo las veces de administrador, que tanto disgustaba a Glenn. Se detuvo justo frente a la puerta y dudó, pero antes de que pudiera retirarse, Ewan levantó la cabeza y al verla, le hizo un gesto para que ingresara.

—Te agradezco que cuides a la pequeña Bonnie, Isobel —le dijo mientras se incorporaba y tomaba a la chiquita en brazos, esbozando una sonrisa al ver los gestos de placer y chillidos—. Extraña a su madre y si bien solo serán unos días y Ailsa está pendiente, es tu voz la que logra que se calme.

—Es una dulzura. Que la eche en falta es lógico, pero es importante que Kirstie pueda resolver lo que la separa de su familia, eso la ha tenido infeliz bastante tiempo —aseveró Isobel.

—Así es —asintió él, meditabundo—. Es necesario que estemos unidos, lo más que se pueda en este momento, todos los escoceses. Por fortuna, Ian parece haber recuperado la cordura, no sé si tanto como para perdonar lo que

Kirstie le hizo, según él, pero, en fin.

—Glenn está muy preocupado —esbozó Isobel, tratando de orientar la charla a lo que le interesaba—. Todo parece estarse descomponiendo, lo que tanto planificaron.

—No es para menos. Una situación que controlábamos, o al menos así lo creíamos, sobre la que se había discutido y acordado cómo accionar, está en riesgo por las acciones estúpidas de unos desconocidos facinerosos—rezongó Ewan—. Que no representan a los clanes, estoy seguro que son simples ladrones aprovechando el descontento. Pero son una amenaza.

—Con respecto a eso...

—Te preocupa Glenn, ¿verdad? —la miró con comprensión.

—Sí, él hace un esfuerzo grande y es admirable. Se ha convertido en un líder maduro, astuto y ha logrado llevar a los demás a razonar de la misma forma. Temo que haya confusiones y él, como cara visible, sufra las consecuencias.

—Tiene anchas espaldas, él no siente temor y en caso de ser necesario, sabe cómo proceder. Los escoceses no somos hombres fáciles de arredrar. Sabemos que es mejor no enfrentar a nuestro soberano, pero es importante que este entienda nuestra postura. Te diría que, si esos facinerosos tienen algo de interés en cambiar las cosas, puedo entenderlos hasta cierto punto. Tal vez lo que les empuja a atacar a los funcionarios es la desesperación o la idea de que nada más puede hacerse. Sin embargo, tanto Glenn, yo mismo, e incluso MacPhearson hemos llegado a la conclusión de que juntos y presionando podemos cambiar las cosas. Es todo un hito que viejos lairds, guerreros por excelencia, hayan aceptado esta vía.

Ewan se había enzarzado en un apasionado discurso que no distaba del que solía escuchar de Glenn. Entones levantó su mano, buscando frenarlo. Él la miró, sin entender y curioso, aun con su pequeña en brazos.

—Mira, Ewan, vengo a ti porque no quiero alterar a Glenn. Quise, además, que estuviera lo más ajeno posible a esta situación para que no lo influyera cuando hablara con el resto. Sé que enfurecería y sería peor. Mas todo se ha ido de límites.

Sus palabras lograron la total atención y silencio de su cuñado, intrigado por sus palabras y su seriedad. No solían tener charlas de ese tipo, Isobel era una mujer más de observar que de hablar.

—Es Lyle...

—¿Te preocupa él? No pasa nada, lo podemos controlar. Sé que no hizo bien en la pasada reunión, pero...

—¡Es él, lo estoy afirmando! Él es el líder de esos bandidos que han asaltado a los funcionarios, a Marcus Gillespie y su hija y ayer, en el sur.

El rostro del hombre palideció por el impacto de la noticia, totalmente inesperada y desconcertante. Luego de unos momentos de silencio, se movió con energía y tiró al pasar una silla, con estrépito que asustó a Bonnie, que se había dormido en sus brazos. Isobel la tomó y tarareó una melodía para calmarla, mientras observaba el vigoroso caminar en círculos y el semblante cada vez más tormentoso.

—¿Cómo lo sabes, Isobel? ¿Estás segura de lo que dices? —la observó con desconfianza.

Lo entendió, ella misma lo dudó al comienzo, pensando que se equivocaba. Pero eran muchas las pistas para ignorarlas o desconocerlas.

—El día que Marcus Gillespie llegó aquí pidiendo ayuda y contando de su asalto... Unas horas antes, en el bosque, vi a Lyle cabalgar disfrazado, tanto él como su caballo. No lo hubiera reconocido de no ser porque se detuvo para desembarazarse de las telas. No le adjudiqué importancia entonces. Pensé que venía de hacer alguna broma, algo así. Pero luego fui uniendo detalles que escuché y observé. En estos días pasados observé sus reacciones,

inhabituales, por decir lo menos. Tal vez ustedes, acostumbrados a tomar sus acciones como tonteras o producto de alguna borrachera, no se dieron cuenta cómo evadía a Gillespie y su hija, cómo impostaba su voz o permanecía en silencio, cómo encorbaba su postura. No parecía él. Trataba de pasar desapercibido o dar una impresión diferente de sí mismo.

Ewan trató de hacer memoria y de a poco comenzó a pensar que ella tenía razón. Isobel no era ninguna tonta y sus dotes de observación e intuición eran notables, en algunos casos extremos. Si ella tenía la seguridad, era porque lo sabía con certeza. Y eso quería decir que tanto él como Glenn habían sido unos ingenuos. Sabían con claridad lo que Lyle pensaba sobre la relación con el Rey, lo impetuoso que era y lo obcecado que podía volverse.

El hecho de que se hubiera atrevido a desafiar a Glenn en plena reunión, aunque no fuera con esa intención, hablaba de un pensamiento muy cerrado. Que era un tozudo y siempre lo había sido, no era misterio para nadie. Pero esto iba más allá de cualquier característica personal, no era sobre ideas en el aire o competencias ecuestres. Con estas acciones, de confirmarse, Lyle desafiada abiertamente la postura de su clan, de su líder además de hermano. Sin olvidar que desconocía el mandato generalizado de los lairds de la región, que habían optado por un camino de diálogo.

—Además —continuó Isobel, decidida a que supiera todo lo que era base para su idea—. Tú sabes que voy y vengo, y muchas veces escucho diálogos, sin intención de espiar—. Trataba de disculparse, sin necesidad—. Lo he escuchado en conversaciones con la hija de Gillespie. No sé cómo, pero ella lo reconoció, se dio cuenta de quién era y se lo enrostró.

La faz de Ewan se tornó ceniza, sus facciones demudadas pensando en las implicancias de este dato.

—¿Se lo ha dicho a su padre?

—No—negó—. Por alguna extraña razón, tal vez no tan extraña —ella

esbozó una sonrisa distraída—, no lo ha hecho. Sí le intimó para que dejara de perseguir a su padre. Lyle negó todo, al comienzo, pero luego su silencio fue esclarecedor.

—¡Es cuestión de tiempo que ella le haga saber a su padre y éste a las tropas y al Rey! Será sindicado como el instigador de todo y entonces... —se sentó con cansancio y tomó su rostro con ambas manos—. ¿Cómo pudo ser tan obtuso? ¿Cómo ha podido ponernos a todos en este riesgo, casi al borde del estallido?

—He oscilado entre la rabia y la incompreensión —agregó ella, meneando la cabeza y controlando sus lágrimas—. Estoy segura que no lo hace por desconocer a Glenn o por avergonzarlo. Él los ama, es un hombrón con actitudes de niño y caprichos, ideas fijas.

—Terrible forma de demostrar su respeto, despreciando las órdenes directas de Glenn.

—Creo que no confía para nada en los ingleses y su juventud, así como sus ansias, le hacen creer que puede lograr sus objetivos. No mide consecuencias, él está convencido de que puede jugar un papel de importancia y solucionar lo que sus mayores no. Tal vez le parece que dilatan lo inevitable, no sé. Como sea, sus ideas se tornaron fijas y le hicieron tomar un camino equivocado. Pero no está solo en ello y la realidad es que hay mucha gente disconforme que puede seguirlo, si no se resuelve pronto.

La suya no era una defensa vacía, ella hacía mucho que observaba que Lyle se desvivía por una mejor consideración de Glenn a su pensamiento y acciones. Quizás por ello pensó que, aunque partiera de una desobediencia y casi traición a su hermano el laird, la razón estaría de su lado y al final lo demostraría. Sin embargo, iba por la senda exactamente opuesta.

—¿Por qué crees que esa muchacha no le ha dicho aún a su padre? Es extraño.

Comenzaba a calmarse, buscando dejar de lado la ira y razonar para ver cómo se podía enderezar la situación. Esa era la actitud que Isobel sabía primaria y por ello había venido a él.

—Honestamente, creo que está muy impactada con Lyle, le gusta. Denunciarlo implica situaciones muy violentas, que tal vez trata de evitarle. Es una joven sensible e inteligente, probablemente se da cuenta que todo empeoraría si desata la ira de su padre. Creo que es la única explicación.

—Pero apenas lo conoce —terció él.

—Puedo dar fe que la impresión que se produce cuando dos almas se reconocen conectadas, esto puede hacer que sus portadores, aunque no lo entiendan racionalmente, se busquen y se protejan. Por algo ella lo identificó enseguida. Te conté que yo apenas lo hice cuando él se descubrió.

—Pues ese no deja de ser otro problema terrible. Si Gillespie se entera, tendrá múltiples motivos para ir contra nosotros.

—Si es un hombre avezado en la lectura de los demás, no se le escapará por mucho. No son muy difíciles de desentrañar. Es notable cómo se miran, no pueden quitarse los ojos de encima.

Ewan frunció los labios, frustrado. Había estado ajeno a todo.

—Gillespie partió esta mañana. Está firmemente decidido a traer más tropas y solicitó que su hija se quedara unos días hasta que la venga a buscar a su prometido, un alto cargo en el ejército que vendrá con parte de su guardia. Debemos cuidar de esa niña y evitar que Lyle avance sobre ella.

La información sorprendió a Isobel.

—No sabía qué Brittany estaba comprometida, nada dijo y charlamos varias veces.

—Al parecer así es. Sólo podemos rogar que el idiota de mi hermano no haya cometido ningún otro desmán y que todo se pueda reparar de inmediato. Tal vez no es demasiado tarde. Lo buscaré y hablaré con él antes de hacerlo

con Glenn. Antes de que regrese habría que tener esta situación controlada. Debo pensar y calmarme. Si lo enfrento en este momento lo voy a moler a golpes, no le va a quedar un hueso sano por exponernos y exponerse de esta manera. Nuestra madre no debe saberlo —le dijo e Isobel asintió—. Tal vez lo consentimos demasiado y se acostumbró a no responsabilizarse por nada —se lamentó.

—No es un niño. Y creo que es una de las cosas que quiere hacer ver. Ustedes siempre lo han tenido un poco de menos, haciéndole notar sus fallas más que sus virtudes. No pretendo justificarlo.

—Tal vez, pero no es excusa para lo que ha hecho.

++++

LYLE Y BRITTANY

Asintió distraído cuando se encontró con Isobel en el pasillo y esta le hizo saber que su hermano Ewan quería hablar con él. Se dirigió al salón en su busca y cuando ingresó supo de inmediato que algo grave ocurría.

—Pasa, Lyle.

—¿Qué ocurre, hermanito? Te ves muy serio.

Ewan evitaba mirarlo de frente; con el rostro adusto, jugaba con sus manos mientras caminaba de un lado a otro. Sin embargo, no pudo evitar el estallido.

—¿Tú nos odias? ¿Nos desprecias? ¿Crees que pensamos y procedemos como cobardes?

El tono y las mismas palabras pararon en seco al menor. No entendía y se notó en su expresión.

—¿Qué dices Ewan? ¿Qué tonterías hablas?

—Habría imaginado que un enemigo actuaría así contra nosotros. Nunca que alguien de nuestra sangre se rebelara y nos expusiera como lo has hecho.

Lyle se puso nervioso. Evidentemente Ewan sabía y tenía derecho a estar furioso, pero no a increparlo así sobre su lealtad.

—¡Sabes que amo a mi familia! No hay un motivo por el que puedas decir lo contrario. Ustedes, mis hermanos, mi madre, mis sobrinos... Son lo más caro que tengo. Mi sangre. ¡Me duele que pienses que hago algo para lastimarlos!

—¡Pues haces algo para afectarnos, a mí y a todos los escoceses de estas tierras!

Ewan vino hacia él en una posición amenazante, por lo que adelantó el pecho dispuesto a detenerlo. No era un niño al que pudiera dar una paliza y tenía que entenderlo. Podía defenderse mejor así que frente a sus palabras. Ewan vio el brillo belicoso y esto le hizo retroceder, no por miedo sino porque se dio cuenta de que la manera de llevarlo por el camino correcto era a través de la palabra. Por ello, cambió su estrategia y meneando la cabeza se apartó, dándole la espalda. Se acercó a la ventana y allí comenzó a hablar en tono más calmo.

—Te equivocas, te equivocas mucho y nos estás arrastrando a todos. No es un tema de valentía o cobardía, tendrías que entenderlo. Es un tema de estrategia, de saber apreciar nuestras fuerzas y dimensionar lo que tenemos enfrente. ¿Crees que Glenn, de ser necesario, no dudaría en defender con su espada la seguridad de los suyos? ¿Crees que no lo haría yo mismo? Pobre opinión tienes de nosotros si piensas que escapamos de la pelea.

—No es lo que digo —señaló Lyle, molesto por el giro de una conversación que le costaba más sostener.

—Carlos ha entrenado y mantiene un ejército que se ha hecho más profesional y no dudará en enviarlo contra nosotros si considera que es la manera más rápida de solucionar su problema. Nos ahogará, nos pondrá el pie encima con mayor fuerza aún. Esta loca aventura tuya lo único que puede

acarrear es desenfreno. Estás yendo contra algo que se decidió en forma colectiva, desconociendo la voluntad no sólo de Glenn o la mía, sino la de muchos lairds, con experiencia de años. Espero que puedas recapacitar, hermano, y frenar esta ola antes de que arremeta contra todos.

Se dio vuelta y lo miró con fijeza para pronunciar esta última frase. Lyle se retiró molesto, sin responder. Consideraba que Ewan lo menospreciaba con la lectura que hacía de la realidad. ¿No podía imaginar por un momento que los equivocados eran ellos? Después de todo, también era una opción que sus dos asaltos habían provocado bastante movimiento. ¿Por qué no considerar que al llegar a oídos del Rey, este decidiría del modo más sabio no confrontarlos? ¿Qué sentido tenía para un monarca con grandes ambiciones ir contra los suyos? No tenía lógica, malgastaría recursos pudiendo solucionarlo rápido.

Con el ánimo alterado y obcecado por la discusión, se dirigió a las caballerizas, dispuesto a salir a una cabalgata que le permitiera reunirse con algunos de aquellos que sostenían su postura y que eran los protagonistas de ambos atracos. En especial quería charlar con Glad, del clan MacPhearson, quien era el más convencido de que debían continuar golpeando una a una las misiones y funcionarios del Rey. Le resultaba difícil contener su verborragia y violencia y había sido el principal instigador del segundo asalto. Lyle se debatía entre el convencimiento de que iban por buen camino y la necesidad de contener, por inapropiada, la energía de sus eventuales compañeros de aventuras. Había que frenar los impulsos por un tiempo para volver a golpear, eso dictaba la prudencia.

—Espero que no estés pensando ir a otra de esas incursiones —escuchó la voz de Brittany detrás.

Se dio vuelta, intentando que su rostro no develara sus pensamientos. Ahí estaba, como si lo vigilara, hermosa y altiva a la vez.

—Te repito que no sé a qué te refieres y, de todas maneras, tú no me controlas. He llegado a pensar estás un poco obsesionada conmigo —apoyó su brazo en la grupa del caballo y la miró, retador.

—Mis obsesiones no son asunto de tu incumbencia —soltó ella con sarcasmo, molesta por el comentario.

Era verdad que deambulaba por el castillo procurando verlo, pero le fastidiaba que él se percatara y alardeara. No lo confesaría en voz alta, pero se declaraba atada a ese castaño gigante y semi salvaje; tenía más que claro que no era un capricho. Era el único hombre al que encontraba atractivo y deseable.

—Los escuché, a ti y a tu hermano. Es inútil que lo niegues. Todos quienes te rodean y te quieren bien piensan que es momento de que te detengas.

Él se había dado vuelta, presto a subir de un salto a su caballo, cuando la escuchó. No tenía forma de desmentirla, ahora sabía con certeza que lo que sospechaba casi como una verdad, lo era.

—¿Me espías, eso es? Eres una invitada en el castillo y te comportas como si tuvieras derechos sobre mí. ¿Qué pretendes, chantajearme? —se acercó a ella.

Si bien su tono no era elevado, parecía haber cierta amenaza en sus ojos, complementada con un gesto de furia en su rostro que hizo que Brittany diera un paso atrás, asustada ante la posibilidad de un golpe. Entonces, al ver su expresión, él se detuvo y la cambió por una de culpa y remordimiento. Avanzó otra vez y elevando su mano rozó su barbilla, acariciando el rostro.

—Jamás osaría tocarte con la violencia de una bofetada. No temas a mis manos, solo las usaría para arrancarte suspiros y gemidos— el tono enronquecido con el que pronunció sus palabras y el deseo de su mirada cortaron el aliento de la joven.

—Me desconciertas. A veces parece haber violencia en tu gestos y

palabras. No quisiera temerte.

—Me debato entre lo que debo y lo que siento por los míos; no hago nada por mí, busco lo mejor para mi clan. No es mi deseo atemorizarte ni hacer daño de manera innecesaria —sonaba con contrición y buscando su justificación—. Si escuchaste bien ese diálogo, entendiste que mi hermano piensa que soy un egoísta y desconsiderado, alguien que está actuando en contra de los suyos. Nada más lejano. ¿Quieres que te confiese la verdad? —su voz recuperó la pasión—. Sí, fui yo quien lideró el atraco en el bosque y otra vez hace pocas horas. Creo que puedo torcer las cosas a favor de las Tierras Altas, mas no quiero generar caos ni una guerra. Solo mostrar con énfasis que no estamos de acuerdo, de una manera más efectiva. Lo que lamento es que no me comprendan.

—¿Por qué crees que tú solo puedes modificar la situación?

—No estoy solo —soltó desafiante.

—Son unos pocos y van en contra de lo que los demás líderes piensan, incluso de lo que tu hermano cree. Y, por lo que he escuchado, es de los más importantes. Termina con tu locura—había casi súplica en la voz de Brittany.

La miró con atención y desilusión.

—Crees que soy un necio.

—Creo que no entiendes bien a tu enemigo, que no valoras adecuadamente lo que tienes enfrente. Conozco de lo que hablo, he escuchado a mi padre en muchas ocasiones. He visto los números de los ejércitos, incluso mi prometido... —el pesar inundó sus ojos y él no pudo evitar hacer un rictus de desprecio.

—Ese hombre que pronto será tu esposo no me intimida.

—Pues a mí sí. Comanda tropas bien entrenadas y a pesar de su exterior, creo que hay una oscuridad importante en él. Cuando venga, y pronto estará aquí—bajó sus ojos y mordió su labio—, sería poco tiempo lo que durarían tú

y tus hombres.

Lyle vio el temor en sus ojos, pero lo dejó pasar porque sintió su orgullo herido por el último comentario.

—Soy un hombre valiente y fuerte, bien preparado. No me asusta ningún inglés.

—No es eso —lo miró a los ojos mientras una lágrima caía surcando su mejilla—. ¡Eres un tonto! Te expones sin necesidad, estoy segura de que es un hombre cruel y si no es él, vendrán muchos otros. ¿Cuánto podrías resistir?

—Pareces preocuparte por mí—él trataba de mantener su coraza a pesar de que el temblor que notaba en sus frases y el llanto lo conmovían.

—¡Me preocupo sí, lo hago! Soy una gran ilusa.

Giró para retirarse, pero él la tomó de un brazo y la atrajo hacia su pecho, sumergiéndola entre sus brazos, dejando que la tersura de su piel y su aroma lo envolvieran, generándole mil sensaciones y enervando sus sentidos. Su cabeza se enredaba entre lo que deseaba ser y lograr para su clan, el resentimiento por los comentarios de Ewan, sus propias reservas acerca de lo que estaban haciendo y ese calor desconocido pero grato que lo envolvía cada vez que se acercaba a esa mujer, de la cual no quería separarse.

—Ewan está dando a esto más trascendencia de la que debiera. Es apenas una piedra que se arroja a un río. Generamos un poco de atención para mostrar lo que nos pasa, pero no llegará a provocar nada serio, estoy seguro de ello.

Separó a la mujer tomándola por los antebrazos y la miró con atención y preocupación.

—Si temes a tu futuro esposo, deberías decírselo a tu padre.

Ella negó, atormentada por el maremoto de emociones que le provocaba estar cerca de él, sabiendo que no había esperanza.

—Mi padre está muy decidido y ha dado su palabra, que para él es

cuestión de honor. Solo soy una mujer, no puedo incidir. A pesar de que mi padre me quiere muchísimo, no tengo más pruebas que mis sensaciones acerca de Boyd Cameron.

—Tal vez si encontraras a alguien que lo sustituya y te interese, tu padre lo consideraría —sugirió él.

—Lo he encontrado —ella lo miraba sosteniendo con firmeza sus ojos, a la vez que rodeaba con sus dedos la oreja de Lyle, deteniéndose en su lóbulo—. Solo que jamás sería aceptable para él.

—¿Por qué te importa tanto? Podrías tomar al hombre que quisieras con solo levantar tu dedo —agregó él mientras ambas miradas se cruzaban, conectadas, electrizadas, diciendo y encubriendo a la vez, en un diálogo de silencios que contaba mucho.

—No podría hacerle mal. Él me ha criado con extremo cuidado y cariño.

—Los padres han de entender que sus hijos necesitan tomar otros caminos.

—¿Y si los hijos se equivocan? —lo interpeló—. ¿Si desean un camino, azuzados por sus deseos y caprichos y se equivocan?

—Siempre preferiré abrazar mis instintos y perseguir mis deseos —sentenció Lyle, herido por la duda que veía en ella.

Nadie parecía confiar por entero en él. Montó de un salto para retirarse velozmente, por lo que no pudo escuchar la última frase:

—Me encantaría que la voz de mi mente te abrazara con igual pasión y fuerza que la de mi corazón.

Entre líneas y entre dudas, acuciada por la desesperanza y el convencimiento de que no tenía la libertad de elegir, sintió que acababa de declararle su amor, pero él ya se iba la carrera, probablemente sin escucharla.

++++

LYLE

La evitó los siguientes días, procurando estar poco en el castillo. Sentía las miradas de todos sobre sí, como si evaluaran cada paso que daba. No quería más diálogos de reconvención, deseaba demostrarles que se equivocaban. Por ello, cerró filas con los hombres que creían en su misma estrategia y dejó que Glad lo influyera y decidiera. La otra gran razón para evitar permanecer demasiado tiempo era el regreso de Glenn. Habría esperado que lo llamara de inmediato, mas probablemente Ewan se tomó su tiempo para contarle, esperando un cambio de su parte. Dedicó su tiempo en el lugar a entrenar a sus sobrinos, pero incluso estos notaban que su alegría se había diluido y le reprochaban su falta de compromiso con las prácticas, así como las niñas chillaban por lo poco que jugaba con ellas.

—Es esa mujer, Brittany— le soltó Lean—. Desde que está aquí, solo tienes ojos para ella.

Se burlaron de él poniendo los ojos en blanco y esbozó una sonrisa. No iban tan desencaminados, ella se había colado en sus huesos y en cada una de sus ideas y batallaba por arrancarla. Sabía cómo conmoverla y tomar su boca era un premio que anhelaba, pero la realidad la empujaba hacia Londres y su futuro prometido venía por ella. No había esperanza. Tenía que concentrarse en su tierra y los suyos.

Era absurdo que se sintiera fuera de lugar en ese que era su hogar, pero permanecer mucho tiempo era verla a cada momento, permitiéndose caer más profundo en su encanto y que la atracción que irremediamente lo arrastraba ella hacia ella se potenciara. Buscó refugio en más de un cuerpo tibio y disfrutó del sexo sin pudores sin lograr el sabor de antaño. Esto le sulfuró; no podía permitirse la tontería de embriagarse en la imagen de Brittany, cuando los separaban tantas cosas.

Buscó concentrarse, y decidió que no podía aguardar a que Glenn lo llamara, debía ser él quien lo confrontara, ser el primero que se acercara para que supiera por su propia boca a qué atenerse. No quería esperar como un cobarde a que le detallaran lo que había hecho, que por otra parte no era en su contra, sino buscando sumar. Esperaba que él tuviera la grandeza de reconocerlo, aunque lo dudaba, considerando que Ewan, quien era el más moderado, estaba furioso. Decidió esperar a que Glenn atendiera a Isobel y a sus niños para luego solicitarle conversar a solas.

Mas entonces, contrariando sus deseos, la realidad se impuso. La siguiente mañana los gritos desde la entrada del castillo atrajeron la atención de todos. Afuera esperaba un batallón pequeño al mando de quien se anunció como Boyd Cameron.

Glenn autorizó la entrada de inmediato mientras Ewan, a su lado, le ponía en antecedentes de quién era y cuál era la razón de su llegada aquí. Lyle observó desde un costado el ingreso del prometido de la mujer que lo desvelaba, el rostro impertérrito, aunque sintió ansiedad además de curiosidad. Vio por el rabillo del ojo que Brittany se asomaba por una de las puertas laterales y luego retrocedía para quedar en las sombras. Quería observar sin ser vista. No era el mejor de los recibimientos para un prometido y eso le confirmó la poca valoración en que lo tenía. Lo reconfortó, aunque no era nada en lo mísero de la situación. Venía por ella.

Se concentró en observar al hombre que ingresaba ataviado con un colorido uniforme, cargado de medallas, con una voz y posición de mando que no le impresionaron. Los nobles solían obtenerlas presenciando las batallas desde lejos y dando indicaciones a través de mensajeros. No todos, por supuesto. Mas fue ver a ese hombre y menospreciarlo; debía ser su juicio subjetivo el que se pronunciaba, pero lo veía demasiado estructurado y limpio como para involucrarse en un conflicto sangriento. Obviamente no resistiría ni

un instante contra él, aunque supuso que no se expondría. Hombres así no se ensuciaban las manos.

Boyd ingresó con lentitud, flanqueado por varios guardias, sus ojos evaluando las instalaciones y los hombres que estaban para recibirlo. Inclino su cabeza en gesto de saludo y habló con un tono chillón, dando a conocer su nombre y rango. Lyle dio la vuelta y se dirigió a la entrada en la que había visto a Brittany e ingresó, para encontrarla recostada a la pared, sin prestar atención a lo que se desarrollaba afuera, los ojos cerrados. Se paró en seco y deslizó su mirada por todos sus rasgos. Notó su respiración sobresaltada y su tensión. Sintió piedad por ella y por él. Pero también una profunda rebeldía. No era hombre de conformarse con verdades absolutas y establecidas.

—Brittany —la llamó y ella abrió sus ojos, sobresaltada por su presencia—. ¿Qué quieres que haga? Si tu deseo es tan fuerte como el mío y no temes desafiar la furia de tu prometido y de tu padre, te podría llevar adonde quisieras.

La mujer esbozó una sonrisa, con desaliento.

—Eso sería sencillo para ti, que no respondes ante nadie, o al menos haces las cosas de ese modo. Yo... no puedo hacerle esto a mi padre, sería una traición imperdonable. No podría vivir con la idea de que lo coloqué en una situación imposible.

—Tus deseos no son tan fuertes entonces— dijo con cierto sarcasmo.

Ella lo miró con dolor.

—Ojalá que mis anhelos fueran el centro de toda la situación. ¿Crees que tomo el camino más fácil? Dudo mucho que lo sea.

Hizo un gesto mientras alisaba su vestido y se encaminaba hacia el interior, tal vez apostando al refugio de su habitación, pero luego de dar dos pasos, se volvió, el rostro descompuesto y transfigurado.

—¡Ni siquiera imaginas el gran sacrificio que supone pensar que

hipoteco la que podría ser mi felicidad! No puedo entregarme a lo que siento. ¡El destino es cruel y no te perdonaré jamás haberte cruzado ese día en mi camino! Todo sería tanto más fácil si no tuviera conciencia de que el amor existe.

Se deslizó antes que él pudiera detenerla, abrumado por el contenido de esas frases, que transmitían el dolor y el amor más grande.

++++

BRITANNY

Corrió por los pasillos, evitando cualquier encuentro, incluso esquivando a las niñas que le gritaron con placer, dándole cuenta de que un ejército venía buscándola. Necesitaba el refugio de su dormitorio; controlar la tristeza y la sensación de opresión que sintió al ver llegar a Boyd. La misma pesada sensación de gris que imaginaba cuando escuchaba de Londres. ¡Cuánto hubiera deseado decir que sí a la invitación que suponían las palabras de Lyle! Huir con él, abrazar su espalda y que la llevara lejos, muy lejos, donde pudiera disfrutar de los colores de las Tierras Altas y el amor de ese gigante.

La tristeza invadía su corazón y no podía impedir que se reflejara en su mirada, aunque trató de ser todo lo cortés que era necesario un poco más tarde, cuando bajó para dar los saludos de rigor a su prometido. Este se encontraba exultante, sin duda agradecido de la oportunidad de presentarse como el presunto salvador de la damisela en apuros que vendría a ser justo ella, la que no deseaba ser controlada y arrancada del lugar donde estaba; aquel en el que por primera vez en años se sentía absolutamente en casa.

—Querida señorita Brittany, me honra que su padre me haya solicitado con tanta premura que me encargue de su seguridad. Lo hago con el placer más obvio. Debo confesarle que no estuve de acuerdo con su viaje; me pareció osado y temerario, pero no quise manifestar mi desacuerdo entonces, no me

correspondía. Su padre es un hombre avezado en la región y la conoce bien. Esto, sin embargo, parece haber cambiado. Si me preguntan la opinión —miró a ambos lados para asegurarse que no había ninguno de los Campbell escuchando—, creo que esta es una característica natural de los díscolos y salvajes escoceses.

—Se equivoca —señaló con envaramiento, sin poder evitar que un mohín se dibujara en su rostro—. No debe haber gente más amable y solícita que la que nos ha atendido.

—No lo dudo, no lo dudo, claro —esbozó él una sonrisa sarcástica—. Pero esta aventura ha de terminar. Hay una inquietud creciente que cortaremos de raíz. Las noticias de estos asaltos repetidos han llegado a Londres y preocupan a la cúpula que rodea al Rey. Los malos ejemplos y habitantes que no respeten las leyes contra la propiedad deben ser severamente castigados.

Sus ojos brillaron y Brittany estuvo segura de que no tendría piedad contra quienes él considerara que rompían las reglas y las normas. Se estremeció y con una apurada inclinación de cabeza, solicitó permiso para retirarse. No era lo que acostumbraba, pero ante él sentía la sensación de que era necesario, y eso la asustaba. Se encaminó otra vez a su habitación por las escaleras, donde encontró a Isobel por la mitad. Le sonrió y aquella notó la tristeza.

—Brittany, tu mirada tiene sombras.

Trató de fingir, pero no fue posible.

Lágrimas silenciosas comenzaron a caer por su faz. Isobel elevó su mano para acariciar su cabello como a una niña y le dijo:

—Tu tristeza es tan patente como la alegría que tuviste hasta ayer. Dime si me equivoco. Te has enamorado y eso te iluminó la vida. Pero la triste realidad te ha alcanzado y sufres por eso que no puedes tener. Es Lyle, ¿no es así?

Brittany se desarmó y abrazó a Isobel, buscando el refugio de alguien que la comprendiera.

—Sé que es una locura, ni siquiera sé qué le veo o por qué he caído bajo su influjo. No es galante, es bruto por momentos, hace cosas tontas y peligrosas.

—Lo sé y me preocupa. Creo que él siente lo mismo por ti y eso lo desgarrará. Ha de pensar que no estás a su alcance. Es un hombre bueno, atropellado y sus impulsos son potentes, por decirlo de algún modo. Entiendo lo que dices, tú ya estás comprometida. Ese hombre, Boyd, ¿qué sientes por él?

La miró a los ojos para luego contestar con seguridad y sin pensarlo mucho.

—Temor... Él representa la desesperanza, el fin de una vida de oportunidades y de mi libertad. Es un hombre rígido y mayor, que pretenderá tenerme como un adorno, aspirando a que cumpla tontas tareas domésticas. Feneceré de tristeza y tedio.

—Si eso crees, ¿por qué no hablas con tu padre? Es evidente que él te adora, te va a entender.

—Mi padre me quiere mucho y yo también a él. Él piensa que Boyd es la mejor persona para mí, alguien que me asegurará el futuro. No valoramos las mismas cosas, tristemente, pues le debo mucho y no podría despreciar lo que ha hecho por mí.

Isobel la miró en silencio, asintiendo. Comprendía que venían de mundos distintos y que las aspiraciones y formas de ver el destino podían ser muy diversas. Sintió una pena infinita por Brittany, una mujer que pugnaba por vivir y a la que le cortaban las alas.

—Isobel... ¿Tú crees que Lyle está enamorado de mí?

Trató de ser cuidadosa y honesta.

—Creo que nunca lo he visto mirar de manera tan abierta y atenta a una muchacha como a ti. Creo que le intrigas y la mirada que te dirige no es la de un hombre de intereses pasajeros. Eso es un cambio muy importante en él.

—¡Tienes que decirle que se detenga, Isobel! —miró a todos lados y susurró—. Es él quien dirigió a los hombres que nos asaltaron y lo ha hecho más de una vez. Lo seguirá haciendo. No le dije a mi padre porque confío en que no tiene intenciones de dañar; quiere cortar el tema de los impuestos y ayudar a todos y no se percata...

—Lo sé y no te preocupes. Dejemos que Glenn lo solucione. Se encargará apenas lo sepa, estoy segura. Debes dejar eso atrás. No lo menciones ante tu padre. Solo traería dolor y como dices, son locuras que deberemos remediar inevitablemente.

—No pretendo hacerlo. ¡Pero él debe detenerse!

—Tranquila, ve y prepárate, la cena estará lista en un rato. Hemos de atender como corresponde a tu prometido.

Le sonrió y se retiró, mientras el eco de sus palabras resonaba en la cabeza de Brittany, causando en ella más pesar. La cena fue aburrida, salpicada por los comentarios altisonantes de Boyd, quien no dejó de mencionar sus logros y sus deseos de que pronto esta tierra estuviera tranquila y bajo las leyes del monarca. Glenn y Ewan le trataron con particular atención, escuchando con cortesía y haciendo alguna que otra interrupción sin importancia. Claramente les disgustaba su postura, alejada de la de Marcus, quien al menos daba chance al diálogo. De este, molestaban tanto sus aires de superioridad como sus interpretaciones de una realidad que desconocía. «¿Cómo puede hablar con tanta soltura del carácter y de la personalidad de los escoceses, a estos hombres?», se indignó ella.

Sentado un poco más lejos del improvisado invitado, Lyle se consumía y trataba de componerse y evitar cualquier agregado de conversación

inconveniente. Para los que lo conocían y miraban con cierto nerviosismo, Isobel y la misma Brittany, el apretar de sus manos sobre los cubiertos o la copa de vino eran síntomas de sus pensamientos tumultuosos.

«He aquí los dos hombres de mi vida» pensó Brittany. «El que me es adjudicado: altanero, aburrido a morir. Y el que el destino me ha presentado cobardemente sabiendo que no será mío. Tempestuoso como un corcel salvaje al que cuesta controlar. Pero lo amo». Sus miradas chocaron en varias oportunidades, la de ella transmitiendo y casi rogando calma, la de él furibunda.

Para Lyle, ese odioso inglés representaba todo lo que detestaba de los nobles. Y para empeorar, sería el poseedor de la mujer que le detenía la respiración. Maldijo hasta el cansancio, la mirada ahora baja, mordiendo su lengua una y otra vez, tratando de hacer oídos sordos, porque de romper su silencio sería para desafiar abiertamente la estrategia que Glenn había diseñado en relación al monarca y sus colaboradores.

++++

Brittany trató por todos los medios de evitar el contacto directo y a solas con Boyd, asegurándose de estar siempre acompañada por alguna de las niñas, Isobel o Ailsa. Sentía que él la miraba y la instaba a reunirse, probablemente ansioso por recordarle su compromiso, su almibarada sonrisa lista, los ojos recorriéndola sin pudores, sabiéndose futuro y seguro propietario de su cuerpo y de su vida.

Le enfermaba toda la situación; sentía el vómito casi en su garganta. Se preguntaba cómo era posible que el desprecio se convirtiera en una sensación física, pero así era. Sus sentidos se expresaban representando sus emociones: frente a Boyd, frío y palidez; en cambio, la piel se enrojecía, el calor la invadía tibiamente desde las plantas de los pies y atravesaba su columna cuando veía a Lyle, aun cuando la enojara su terquedad.

«Lyle, Lyle... ¡Cuánto provocas en mí! ¿Para qué tuve que conocerte? Solo para sufrir con tu recuerdo al saber que no es posible estar a tu lado», reconoció. Necesitaba estar sola, comenzar a asumir lo inevitable, domar a su rebelde corazón y dar prioridad a su mente. El problema es que esta tampoco estaba clara y cada tanto, chispas de locura se filtraban como ideas. Huir, entregarse a la pasión, amar sin límites y desconocer toda regla y sentido de la responsabilidad...Imposibles.

Descendió la escalinata que conducía al patio lateral buscando evadir el asedio formal de su prometido que no había cesado de enviar directas explicaciones a todos los presentes de lo pronto que sería su boda. Ella poco había hablado, sonriendo, adecuándose a las circunstancias, mas estaba agotada por la tensión. Si fuera una dócil y tranquila mujer de su casa, obediente, como las normas sociales imponían, no estaría pasando por este calvario. Aceptaría sin cuestionar.

Apresuró su paso, angustiada por la necesidad de aire fresco. Cuando terminaba de recorrer la escalera, un ruido la hizo apresurar, pensando que Boyd venía tras ella, dispuesto a la charla a solas que le había retaceado. ¿Cómo podía ser que no la dejara ni a sol ni a sombra? Exageraba, claro, pero esa era la sensación que tenía. De pronto sintió una mano que, tomaba su brazo como un cepo y forcejeó para liberarse y demostrar que no se sentía cómoda. Se atemorizó cuando unos fuertes brazos la envolvieron casi elevándola en el aire, impidiéndole moverse. Al pie de la escalera, abandonó sus esfuerzos por soltarse, al descubrir frente a sí el rostro de Lyle, que la miraba ceñudo.

—¡Eres tú! —susurró—. Pensé qué...

—¿Qué era ese estúpido inglés pisándote los talones? Parecía dispuesto a hacerlo y tú lo obligas a un juego del gato y el ratón, algo extraño si atendemos a la seguridad que él tiene de que pronto serás su esposa. Deberías ser más sumisa con tu prometido.

—¡Déjame! —se revolvió en sus brazos, enojada por el comentario, aunque no pudo retirarse un ápice, pues él la sostenía con fuerza—. ¿No te das cuenta de que me provocas y yo no quiero saber más de ti?

Él la posó con cuidado en el suelo y la miró fijo, tanto que la agobió y no pudo o no quiso sostener esa mirada que desnudaba su alma y descubría sus debilidades. Él tomó su rostro con ambas manos y la obligó a verlo.

—¡Dime a los ojos que no me quieres ver, que no te interesa nada de mí! Que tu corazón no me pertenece. Dímelo y no te molestaré más. ¡Tengo que saber!

Ella se mordió el labio inferior e hizo su faz a un lado, retorciendo sus manos.

—¡No puedo hacerlo! —sentenció, sollozando y quebrándose, tratando de huir de él.

—¡No permitiré que te vayas, no puedo entenderte! —le cortó la retirada—. Si en verdad lo desprecias tanto, incluso le temes, como me has dicho... Si te importo y sientes algo por mí... ¿Por qué no lo gritas a los cuatro vientos y le exiges a tu padre que termine ese compromiso? —hablaba con vehemencia, también él movilizado por sus intensos sentimientos.

—Te lo he dicho. Mi padre ha dado su palabra.

—¡Él, no tú, que eres la involucrada! ¿Cómo puedes sentirte tan prisionera de una decisión que no has tomado? ¡Es tu vida y tu destino el que se traza! Uno que será de tristezas con ese hombre, un vanidoso grandilocuente, sin duda más hábil con sus palabras que con su espada. ¡Jamás podrá hacerte feliz, no podrás quererlo! —sentenció.

—¿Crees que no lo sé? —se irritó y le dio un manotazo—. ¿Crees que no me desespera pensarme en sus brazos? No representa nada de lo que deseo y, sin embargo, estoy sin opciones. Tú no lo entiendes porque haces lo que quieres. Tus acciones demuestran que no respetas a los demás si no piensan

como tú.

Buscaba herirlo y señalarle las diferencias para que pudiera entender que ella no tenía en sus manos la posibilidad de elegir. Lo logró, porque el rostro de Lyle se volvió iracundo.

—Creo que podrías optar, pero eso te haría abandonar tu posición tan cómoda. Tu papi te protege y te entrega en brazos de alguien con dinero y posición que podrá asegurarte una buena vida de aquí en más —la desafió y encaró—. Deberías ser más valiente, vivir es más que tener un buen hogar o seguridad económica.

—¡No voy a consentir que sugieras que soy una ambiciosa que solo busca que la mantengan! —se precipitó hacia él furiosa.

Fue sencillo aprisionar sus muñecas y pegar su cuerpo a él, así como tomarla por el trasero y elevarla, obligándola a beber de su boca con ansiedad. Los labios se fundieron con ardor y pasión, con la avidez de dos sedientos que temían perderse para siempre. Sus lenguas se enredaron, el beso apretado, largo. Cuando las bocas se abandonaron, fue para dar paso a la exploración de Lyle de su cuello, besando, lamiendo, susurrando locamente su pasión en su oreja, cuyo lóbulo mordió y succionó, despertando sensaciones nunca antes experimentadas que la pusieron en absoluto abandono.

Brittany se sentía enceguecida, deseaba entregarse a él y permitirse conocer el placer de ser amada y tocada, mas entonces él se separó, al cabo de unos minutos. Repentina, casi brusca, fue la forma en que volvieron a la realidad. En segundos ambos se recompusieron y entendieron que estaban obrando a instancias del instinto y no de la razón. Eso no impidió que Lyle le dijera:

—¡Te quiero mía! Toda entera, tocarte y saberte entregada sin barreras. Nada me haría más feliz. Pero sé que ahora estás desesperada y tal vez soy un simple atajo del que pronto te arrepentirías.

—Yo... —musitó ella, con dolor, sabiendo que él no era un atajo, no podía serlo.

Era su camino anhelado, su destino deseado y frustrado, el que no había forma de tomar sin graves consecuencias.

—Si algún día tengo la dicha de tenerte y hundirme en ti, quiero tener la completa convicción de que lo haces por el amor intenso que me tienes y no para olvidar lo que te espera —sentenció, para desaparecer en las sombras.

Ella quedó inmóvil, tan conmovida que sentía sus rodillas temblar. Se apoyó en la pared y pugnó por calmar los salvajes golpeteos de su corazón. Se hubiera entregado ahora mismo y en ese lugar, sin importarle nada. Él le había robado los sentidos, la claridad mental, la tranquilidad. ¡Lo amaba tanto que no le cabía en el pecho y eso era doloroso! Sentía como sus cuerpos se conectaban y cada centímetro suyo se amoldaba al de él, como una geografía diseñada ex profeso. El suyo era un querer tan grande que dolía. Él la deseaba de una forma loca, lo presentía, aunque no sabía si la amaba, no le había dicho nada. En la intensa relación de ambos, surcada por encuentros tempestuosos, la que había hablado de sentimientos era ella.

Tenía que calmarse y pensar. Convencerse de que esta era una locura, una treta del destino que debía eludir. Tenía obligaciones. Recostó su cuerpo y miró al cielo estrellado, respirando, buscando calmar su cabeza y su corazón. Convencerse, sin margen de duda, que la marcha que emprendería pronto no tenía vuelta atrás. Él era un dulce sueño del que debía despertar.

Capítulo 13.

LYLE

Surcó los campos a gran velocidad azuzando su caballo sin cesar, urgido por la necesidad de frenar lo que había iniciado con esperanza y convicción, pero que se había convertido en un caos, perdidos los objetivos iniciales y la necesaria organización. La noticia de los asaltos, tres de manera casi simultánea a distintos funcionarios de rango y en distintos puntos de las Highlands, llegó al castillo Campbell tomando desprevenidos a sus hermanos, pero también a él, que no había sido parte de los mismos y los desconocía.

Sin pensarlo un segundo, se lanzó a buscar a quienes lo habían secundado desde el inicio, procurando sus explicaciones, así como detener todo antes de que fuera demasiado tarde. Al salir se había cruzado con el insoportable prometido de Brittany, que lo miró con soberbia, para luego seguir dando órdenes a los suyos. Por lo que alcanzó a entender de sus gritos, la novedad también había afectado sus planes, obligándolo a modificarlos y esto le intrigó, pero se dijo que luego lo averiguaría. Su prioridad era hablar con Glad y los otros, instarlos a volver a la cordura y no golpear sin ton ni son, provocando en exceso. Esta vez no se preocupó por guardar apariencias y fue directamente a tierras de los MacPhearson, donde Glad trabajaba en la herrería de su padre.

Al llegar, desmontó con velocidad e ingresó al área de trabajo. Lo encontró golpeando un metal enrojecido con un pesado martillo. Esperó que dejara ambos elementos de lado y luego, sin darle tiempo a nada ni mediar palabra de saludo, lo tomó por la camisa y lo elevó por encima de su cabeza barbotando enfurecido:

—¿Qué has hecho? ¿Enloqueciste? Una cosa es dar golpes aislados y pensados a blancos importantes que promuevan cierto desorden y afecten el interés del monarca, además de que este vea nuestra fuerza. ¡Otra muy distinta es asaltar sin sentido y provocar una invasión!

Solo su extrema fuerza podía aguantar las sacudidas airadas del otro, que había sido tomado por sorpresa y poco entendía, pero también era potente y sus intentos terminaron liberándolo, tras lo cual lo miró furioso.

—¡Tú eres quien está loco! ¡No sé de qué hablas, no hemos hecho nada! Y, además —sentenció, acercándose con el rostro retorcido por la ira que tomaba lugar luego de la sorpresa— ¿Quién crees que eres para venir a mi casa a increparme de esta manera? Esta sería una sentencia para cualquiera.

Lyle lo miraba de hito en hito, sin aflojar su mirada ni retroceder un ápice. No le temía, a pesar de que sabía que no estaba en su territorio y que Glad era un reconocido espadachín y peleador. Lo que vio en él no fue más que lo que él había sentido: estupor y rabia, y esto lo empujó a calmarse y bajar su tono pendenciero.

—Esos nuevos asaltos... Supuse que los habías organizado y no me habías dado cuenta.

—¡No hemos organizado nada! —farfulló—. Te lo hubiéramos comunicado, necesitaríamos tu ayuda. Pero era algo que se veía venir—indicó, ahora menos tenso, aunque aun dando vueltas y reacomodando su vestimenta—. ¿Qué pensabas, que una vez que se iniciaran las acciones de rebeldía otros no las repetirían? Vamos, te creía más listo. ¿Te parece que somos los únicos que pensamos que esta es la única manera digna de lograr que el Rey afloje su mano? Hay mucha furia y gente pasándola mal, esperando solo una chispa para estallar. ¡Les dimos esa chispa!

—Tenemos que parar, esto puede desembocar en algo realmente serio si no hay una meta conjunta —le indicó, pero el otro lo miró con desafío.

La camaradería que habían logrado se deshacía por la brusquedad de Lyle, pero en especial por las distintas visiones de lo que había que hacer.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Parece que tu valentía y avidez por la aventura no eran tan intensas después de todo —le espetó con desprecio, adjudicando sus palabras a la cobardía.

Lyle meneó su cabeza y se retiró, sin saludar. Nada más podía hacer, con pesadumbre entendió que las palabras de Glad brotaban de su desazón y a él poco le importaba lo que pudiera pensar; tenía muy claro que no le faltaba valor y no era esto lo que lo empujaba. Mientras retornaba, otra vez forzando a su cabalgadura, decidió que había sido un iluso. Había imaginado que podía contener en sus manos la violencia y administrarla en pequeñas dosis para dar una lección a la Corte real.

Recordó las sabias palabras de Ewan y sintió que por primera vez las dimensionaba. El remordimiento lo envolvió y sus pensamientos comenzaron a volverse aún más grises cuando se hizo evidente que las consecuencias que imaginó a largo plazo, se mostraron inminentes. Las tropas acampadas en las afueras del castillo, que aguardaban las órdenes de Boyd, se alistaban para la retirada. Una rápida charla con uno de los soldados le permitió enterarse que se iban a tierras de los Edwards y esto le llamó poderosamente la atención. No comprendió que podría tener que hacer allí Boyd, quién supuestamente debía volver a Londres; ese había sido el expreso pedido de Marcus Gillespie: que acompañara a Brittany hasta el corazón del imperio inglés, donde se prepararía para el casamiento. «Maldita sea su alma».

Ahora, parecía que las cosas cambiaban. Ingresó con rapidez al castillo y se dirigió a la sala de armas, luego de inquirir por sus hermanos y que le indicaran que allí estaban. No quería perder más tiempo. El ambiente en el lugar era tibio y de penumbras y los vio acodados conversando muy cerca, probablemente tratando de evitar que sus palabras llegaran a los oídos

equivocados; después de todo, la sala no estaba tan lejana de los sitios donde se movía Boyd. Tosió para indicar que ahí estaba y apenas lo vio, Glenn se incorporó y se lanzó hacia él, asestándole un puñetazo que lo derribó, tomado por sorpresa. Encajó el golpe con rapidez y se levantó, reaccionando por impulso, dirigiéndose como un toro salvaje para devolver el golpe, pero Ewan se interpuso entre ambos, frenando su embestida.

—¡Basta! No podemos pelear entre nosotros —gritó, para luego girar hacia Lyle—. Te lo merecías, Glenn ha hecho lo que yo tuve ganas. Pero no resuelve nada, solo nos enoja y nos provoca.

El rostro de Lyle estaba enrojecido de ira y resollaba, limpiando la sangre de su boca con el reverso de su mano. Tomó el pañuelo que le ofreció Ewan como ofrenda de paz y comenzó a recibir la diatriba del mayor, el rostro ceñudo y hacia abajo.

—¿Cómo has podido ser tan loco? ¿Te das cuenta de lo que has ocasionado? ¡Todos los esfuerzos arruinados por tu estupidez!

—No sé qué crees he provocado, lo que puedo decir es que estos últimos atracos, no han sido de mi autoría.

—¡Pero si los primeros! ¿En qué pensabas? ¿Qué creías? ¿Cómo pudiste boicotear de manera tan abierta y aviesa mis esfuerzos por mantener la paz en las Tierras Altas y evitar derramamientos de sangre?

Glenn estaba furioso, absolutamente desencajado, Lyle nunca lo había visto así antes, y le impactó que usara palabras que sugerían mala intención de su parte.

—¡Esto no era contra ti, Glenn, tienes que entenderlo! Pensar que lo hice solo por darte la contra es disminuir mis intenciones.

—¿Crees que soy tan vanidoso de pensar que todo gira a mi alrededor? Entiendo que lo tuyo fue una mirada corta a lo que ocurre; no importa mi autoridad, nada tiene que ver con eso. Tienes tu cabeza tan cerrada que crees

poseer en tus manos la verdad y la solución final para un conflicto que no se resuelve tan sencillamente. ¿Crees que nadie pensó bien las cosas? Teníamos una idea y una propuesta; habíamos logrado generar el acuerdo de la mayoría de los clanes de la región; una de las pocas oportunidades en que logramos actuar juntos, presentarnos unidos y fuertes para exigir nuestros derechos. Todo eso, construido por meses y meses de diálogos, roto por acciones impensadas, totalmente alocadas y sumamente peligrosas, que ahora comienzan a tener frutos terribles.

Lyle había escuchado la diatriba mirando hacia el piso, sobando su mandíbula y tratando de no mostrar la aflicción que comenzaba a pesarle. Esperaba gran parte de lo que le fue adjudicado porque era similar a lo dicho por Ewan. Era, además, lo que él mismo sentía, a estas alturas: que merecía todos los epítetos por ciego y torpe. Lo que no sabía era a qué consecuencias concretas se referían.

—Repito—interrumpió ceñudo—que nada tengo que ver con estas últimas acciones y debo decir que están fuera de mi alcance. ¿De qué efectos hablas ahora?

—Las noticias le llegan muy rápido a nuestro Rey cuando de conflictos y desafíos a su autoridad se trata. Por ello nuestro ilustre huésped—no se le escapó a ninguno el retintín irónico en las frases de Glenn—, quién inicialmente había venido a llevarse a Brittany a Londres, ahora tiene la orden de dirigirse a tierras de los Edwards y hacerse cargo de las mismas.

Lyle entendió las implicancias de las palabras con lentitud y entonces pareció que una pesada losa oprimía su pecho. El rostro descompuesto de sus hermanos le hacía ver cuán veloz y desproporcionada era la respuesta y el castigo del monarca.

—¿Cómo que se hará cargo de las tierras? Eso es imposible, le pertenece a los Edwards, que han estado en esta región por siglos.

No había una explicación coherente para lo que le decían, se negaba a aceptar que eso pudiera ser factible, además, ¿qué demonios tenían que ver el pobre Sam Edwards con todo?

—El Rey puede alegar que es dueño y señor de todas las tierras que conforman su reino y que puede hacer y deshacer con las mismas —le respondió Ewan—. Hay quienes comentan que los Estuardo creen que su poder deriva de Dios y, por tanto, es ilimitado. Algo se insinuó con Jacobo y Carlos parece ser peor. Ha dado prueba de ello en la propia Inglaterra, quitando a los nobles el Parlamento. No tolera ninguna oposición y a la menor disidencia, responde con saña astuta, buscando darnos a todos una lección ejemplarizante. En este caso, esa sanción se impone sobre un clan menor, que no le dará guerra por su debilidad. Puede despojarlos de inmediato sin que vengan otras tropas a auxiliarlo. Aunque quisiéramos organizarnos para ayudarlos, eso tomaría tiempo y muchos dudarán de lo prudente de hacerlo.

—He ahí lo inteligente de la medida, nos paraliza—completó Glenn, ahora más tranquilo con Lyle, calmada su inicial ira, que ahora lamentaba por inoportuna y poco feliz. El laird se preciaba de su templanza y la había perdido por un momento—. ¿Por qué crees que el anciano Sam Edwards estaba preocupado por la situación e hizo tanto por el éxito del pacto que logramos consolidar? —se paró delante de Lyle y lo incineró con su mirada, sin lograr que este bajara sus ojos, pues si bien se sentía avergonzado a su interna, conservaba altivez en su apariencia—. Como viejo hombre de estas tierras tiene mucha experiencia en cómo es la relación con los ingleses, sus falencias y sus debilidades. Todo lo que ayudó a construir, con nobleza y energía, tú lo has destruido con tus alocadas correrías —se acercó más—. ¡Te hago directo responsable de lo que ocurre! Si no te castigo, exponiéndote, es porque creo que hacer visible que eres uno de los responsables de los atracos solo te haría blanco de la furia de los ingleses que te darían la peor de las

torturas e incluso la muerte, trayendo más pesar y dolor a todos. A estas alturas, como bien dijiste, todo ha escapado de control.

Glenn se retiró de inmediato con el gesto adusto, contrariado y dispuesto a hacer lo posible, consciente de que era poco, para detener lo inevitable. Ewan lo siguió y Lyle quedó solo, momento en el cual por primera vez depuso su actitud altanera y ceñuda, mera máscara de la tormenta de su interior. Elevó las manos y se tomó la nuca, dando vueltas por la habitación, rumiando qué hacer, sabiendo que no tenía herramientas para deshacer lo que había iniciado. Lo había hecho sin mala fe, buscando un bien. Y aquí estaba el resultado.

++++

BRITTANY Y LYLE

Esa noche la cena estuvo tensa en extremo, pues fue el momento en el que Glenn y Ewan trataron de convencer a Boyd de la necesidad de fomentar el diálogo y hacer ver al monarca que la decisión tomada, que él debía ejecutar, era azarosa e injusta y no castigaba a los verdaderos responsables. Sus intentos se toparon con un hombre inflexible, al que se percibió a gusto con su nuevo rol. Escuchó las explicaciones y quejas con fría serenidad, sin que alteraran un ápice su apetito y luego de tomar su cerveza, limpió sus comisuras con calma, para mirar a Glenn y expresar:

—Lamentablemente para los intereses de ese clan y de los otros dos cuyas tierras serán expropiadas, es la forma que nuestro buen Rey ha encontrado para que se entienda la seriedad con que deben acatarse sus órdenes y disposiciones, así como la inevitabilidad de su castigo para quien no lo haga. Cualquier intervención para impedir lo que se hará, será interpretada como rebeldía.

Había una velada amenaza en su voz, que no pasó desapercibida. Glenn calló e hizo un gesto a Ewan para frenar su discurso, entendiendo que no había

forma de incidir en el comportamiento y en el razonamiento de ese hombre, que probablemente veía la oportunidad como un avance en su carrera. El silencio apenas fue quebrado por los niños y sus charlas, así como las disposiciones de Ailsa a la servidumbre.

Brittany estaba demudada. A su inexistente interés por Boyd se sumaba la convicción de que era un déspota al que le gustaba la violencia y el poder. Prueba de eso era lo que todos veían ahora, la abierta satisfacción con la que recibía una orden que implicaba quitar de sus tierras, de sus hogares ancestrales, a esas personas, los Edwards. Lo peor era que ella debería acompañarlo, pues así le fue señalado. Apenas enterada de los nuevos planes, planteó su preferencia de quedarse en el castillo Campbell, mas Boyd había reído y con gesto de desprecio manifestó que eso no lo decidía ella y que, a partir de ese momento, él tomaba las decisiones que hicieran falta.

Comenzaba a temer que la ausencia de su padre la dejaba en las manos de un hombre ambicioso que no conocía la benevolencia y eso la aterraba. No podía manifestarlo ni buscar amparo, bastante tenía esa gente con lo que comenzaba a percibirse como un drama que a todos afectaba, en forma directa o no. Era el inicio de malos tiempos. ¿Qué derecho tenía ella a agregarle sus penurias? Tal vez ya comenzaban a verla como una intrusa, una inglesa que era igual a todos, buscando despojarlos. Nada de eso se manifestaba en Ailsa o Isobel, que seguían mirándola con dulzura, incluso en la cena percibió sus miradas preocupadas, que eludió con una vergüenza que no debería estar en ella, pero que sentía por el comportamiento de los suyos.

Se respiraba la tensión en el ambiente, había tristeza y preocupación en los rostros presentes, contrariedad en los hombres, factiblemente sopesando que se avecinaba una época de conflictos. Admiró que, a pesar de lo injusto, el laird mantuviera la cordialidad y la cortesía frente a lo que solo podían calificarse como desplantes en las formas de su “prometido”. Solo pensar en

esa palabra se le atracaba en la garganta y debía contener sus lágrimas de impotencia.

Sus ojos se encontraron varias veces con los de Lyle, que estaba presente en un mutismo tormentoso y evitó su mirada, aunque no pudo dejar de interpretar el rostro tenso, preso de una agitación que se percibía soterrada en la inquietud de sus manos y en su boca crispada. Ella lo atribuyó a un enfrentamiento con sus hermanos. No podía eludir el deseo de sentirse abrazada por su calor, protegida en su pecho ancho, rodeada de sus brazos musculosos, pero a la vez lo culpaba de la situación. Él era el responsable de los atracos y estos habían sido los que desencadenaron el desastre, que se traducía en castigos para todos, excepto para él.

—Querida, te noto distraída —escuchó ahora la voz de Boyd dirigiéndose a ella, increpándola y llamándole la atención, exponiéndola frente a los otros.

Se ruborizó.

—Estoy ...un poco apenada, eso es todo—respondió con nerviosismo, la voz algo cortada por la furia. «¿Cómo se atreve a llamarme con tanta liberalidad? No es mi dueño», pensó con rebeldía y angustia.

—Mañana deberás estar dispuesta temprano, debemos emprender la marcha. Después que todo termine, podremos volver a Londres y anunciar nuestro compromiso y casamiento con bombos y platillos —el atrevido tomaba protagonismo en la mesa y el hogar de los Campbell, comportándose de una forma despreciable—. Un brindis, señores. A pesar de lo que crean, no me gusta la situación, pero todo sea por el bienestar de nuestra nación. ¡Qué viva el Rey! —elevó su copa y todos acompañaron el gesto, aunque renuentes.

Dicho esto, Boyd se levantó y anunció que se retiraba a sus aposentos, a la vez que agradecía la gentileza y la hospitalidad en su nombre y en el de Brittany. Todos saludaron, menos Lyle, que demudado y mirando hacia abajo,

permaneció inmóvil. Brittany aprovechó también para marcharse y lo hizo lentamente, ascendiendo las escaleras con pesar. Ya tenía todo preparado y debía decir adiós a este lugar que le había permitido conocer otra faceta de la vida.

Cuando ingresaba a su habitación fue empujada con firmeza y sintió la puerta que se cerraba, todo a una velocidad inusitada que le impidió reaccionar de inmediato. Dio la vuelta, con temor y entonces vio que era Lyle. Recostado contra la puerta, una pierna más adelantada y la otra ejerciendo de sostén del peso del cuerpo, la observaba de una forma tan intensa que resultaba difícil discernir sus intenciones.

—¿Qué haces, Lyle? ¿Estás loco? Me has provocado un susto de muerte, no puedes estar aquí, si Boyd te ve...

—¿Crees que me importa? ¿Qué podría hacerme ese remedo de hombre que es tu... prometido? —contestó con desprecio

—No por mi gusto ni por mi interés —señaló ella con orgullo, dándole la espalda.

—Es un hombre que goza con el sufrimiento ajeno —escuchó que decía él, acercándose y tomándola por los hombros.

Ella ladeó su cabeza y suspiró.

—¿Crees que no lo sé, que estoy de acuerdo con lo que hará?

—No has dicho nada. Te marchas con él, estarás a su lado mientras realiza su despreciable misión.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué opciones tengo? —se revolvió entre sus brazos, soltándose de su mano—. Ya lo hablamos. ¡Lo que más desearía en el mundo es quedarme!

—¡Hazlo entonces, rebélate! ¡Actúa como una guerrera, como una mujer entera que defiende su pasión!

—Es muy fácil para ti decirlo —se dio vuelta—. Mira dónde les ha

llevado lo que tú has hecho, eres el gran responsable de todo esto.

Le vio bajar la cabeza y no le quedó duda de que se culpaba, pero continuó azuzándolo:

—¡Es tu culpa que los Edwards pierdan sus tierras, es tu culpa que yo me deba marchar ahora y tenga que observar como Boyd los despoja de lo suyo!

—Sí, lo reconozco con dolor. Es mi culpa, mi orgullo y altanería precipitaron las acciones que hoy castigan a otros escoceses. Pero no es mi responsabilidad ni mi deseo que tú te cases con él —avanzó hacia ella hasta estar apenas separados por milímetros—. No es mi culpa que me desees a mí y no lo puedas expresar.

Tomó su rostro con ambas manos y acercó tanto el suyo que sus alientos se confundieron, tibios y agitados. Brittany sintió su garganta seca al ver a un palmo el adorado rostro del highlander de sus sueños, como lo solía pensar todas las noches desde que había llegado a ese castillo. Su cuadrada mandíbula, los labios gruesos que parecían llamarla, sus ojos incendiarios y llenos de pasión, todo la atraía como a una llama en la que deseaba arder, como ese insecto que no puede resistirse a la sutil atracción de lo que puede constituir su destrucción, incapaz de escapar.

Sin pensarlo, fue ella la que tomó la delantera y elevándose sobre las puntillas de sus pies, abrió sus labios y lo besó, acción que lo tomó por sorpresa pero que de inmediato respondió con pasión arrolladora, envolviéndola con sus brazos y redoblando la apuesta, haciendo que su lengua explorara, primero la comisura de los labios para luego introducirse, conquistadora y poderosa, en todos los vericuetos de su boca. Abrazados y a la misma altura, pues él la despegó del suelo, prolongaron el contacto, saboreándose y experimentándose con ansiedad, ella con sus manos rodeando su cuello, él acariciando sus formas sinuosas, pues un brazo le bastaba para sostener su liviana preciosidad.

Brittany recibió con los ojos cerrados sus besos y caricias, las telas aún barreras que preservaban algo de su dignidad, pero que caerían prestas si él continuaba su torturante asedio. Sintió que sus labios tomaban ahora contacto con el lóbulo de su oreja y la mordisqueaban, provocándole un cosquilleo que la sacudió. Lyle sintió el placer que le provocaba y no dudó en redoblarlo, deslizando su lengua con suavidad por todo el contorno de la pequeña y bella oreja. Ella gimió, impedida de contenerse al experimentar por vez primera sensaciones tan poderosas. Se aferró a él con ambas manos en su espalda, sus dedos casi clavados en sus omóplatos, instándolo a continuar quitándole la razón.

Lyle tomó su mentón y lo ladeó, apartando el cabello para descubrir la piel de su cuello y recorrer toda su extensión con sus labios, disfrutando de la tersura y dulzura de su piel, aspirando la fragancia que la envolvía, para continuar luego hacia el sur, bajando cada vez más hasta que su boca encontró el glorioso sendero de los senos. Él mismo estaba en éxtasis, estremecido por el deseo y por la entrega femenina. La hubiera tomado allí mismo, saciando su apetito voraz por esa mujer, si por vez primera su conciencia no le hubiera advertido del error de aprovecharse de la debilidad de Brittany.

Detuvo sus manos que, impúdicas y casi con vida propia, ya estaban tratando de elevar la falda y encontrar el tesoro máspreciado de la femineidad. Como un rayo, la noción de que arruinaba el futuro de Brittany lo alcanzó, para advertirle que la pasión, que compartían y los empujaba a amarse, no tenía forma de llegar a buen puerto. Ella debía marcharse con un hombre que, al desposarla, castigaría con crueldad y miseria la falta de castidad de su esposa.

Él no podía seguir fallándole a los que amaba y esa frase, que se develó en su mente cuando aún la acariciaba, lo asombró. Por vez primera era consciente de lo que sentía; era verdad que amaba a esta bonita, pasional y

ajena mujer. Porque, así como se había jactado con anterioridad de ser su dueño, sabía que la realidad pesaba y no importaba si él triunfaba en los pensamientos y en el corazón de Brittany, pues su cuerpo y su presencia eran de otro, alguien que la llevaría lejos. Detuvo sus movimientos y trató de acompasar su respiración para contener la bravía arremetida de su libido, que se manifestaba en la dureza de su miembro, sin duda percible por Brittany. Esta abrió los ojos al notar que el ardor del hombre menguaba y sus movimientos cesaban y lo miró con desconcierto.

—¿Qué pasa, Lyle? ¿Es que no me deseas? —le dijo, casi sollozando.

Hubiera bastado una palabra, un gesto más de él, para que ella saltara sus prejuicios y le pidiera que le hiciera conocer las delicias secretas de la pasión, pero él ya había enfriado su mirada y marcaba distancia, negando con su cabeza y acomodando sus ropas.

—No podemos, es un error. Tú te vas mañana, para mi desgracia. Ya he tomado bastantes decisiones equivocadas, no puedo seguir comportándome como un imprudente, que actúa sin pensar y sin medir consecuencias.

—¡Yo te amo, Lyle, estoy segura de lo que siento y estoy dispuesta a ser valiente, como me pediste! Incluso a contrariar, con el dolor de mi corazón, los deseos de mi padre—casi rogaba, aun sosteniendo su mano.

—No debes hacerlo—contestó él mientras abría la puerta y atisbaba que nadie estuviera por los alrededores—. Me equivoqué antes, no me juzgues mal. Soy un hombre cuyos instintos llevan por mal camino.

Se marchó, dejándola inmersa en la incomprensión, que se expresó en las lágrimas que comenzaron a fluir. De la misma forma que había desaparecido en el bosque la primera vez que lo vio, en el momento del asalto, él se había perdido ahora en la oscuridad de la noche, sin siquiera responder a su confesión de amor. Acomodó sus ropas y su cabello, buscando recomponerse y se sentó en su lecho. Sin duda para él todo era un juego, se había divertido. Tal

vez hasta había visto como un desafío conmoverta y obligarla a entregarse y a que le confesara sus sentimientos.

Si esa era la verdad, no le quedaba más que agradecer el que Lyle hubiera tenido la suficiente decencia como para no llevar las cosas al extremo. Ella se hubiera entregado, nunca había sentido tales sensaciones como las que él le había provocado hacía pocos minutos. El dolor de sentirse no correspondida le hizo vivenciar un profundo vacío. Ni siquiera podía llevar el recuerdo de una confesión de correspondencia de pasiones a ese futuro mediocre y desolador que se le presentaba con Boyd como esposo.

Lyle bajó las escaleras como alma perseguida, buscando alejarse de la bendita tentación que representaba esa mujer, que recién había besado y acariciado como si el mundo terminara. Maldijo una y otra vez el no poder quitarse de la cabeza el rostro compungido y dolorido de su amada, así como sentir la urgencia por poseerla y el dolor de no poder hacerlo sin someterla al escarnio. «No soy más que un cobarde impedido de luchar de verdad por aquellos que quiero, o al menos, estoy destinado a fallarles», se dijo. Deambuló parte de la noche, inquieto y sin poder dormir, agitado por fantasías, planes alocados y toques de realismo apesadumbrado, hasta que el amanecer lo encontró dormitando en las caballerizas.

Los gritos de los guardias que preparaban sus corceles lo despertaron, a tiempo para presenciar los preparativos de Boyd, que se pavoneaba frente a los suyos dando órdenes como si fuera a la batalla. Lo odió más que nunca, no sólo por la sucia misión que tenía o por su altanería natural, sino porque sería el inmerecido dueño de un tesoro tan incommensurable como Brittany, a la que jamás valoraría como se debía.

Montó a la carrera, alejándose tanto como pudo, internándose en el bosque para evitar el momento de la despedida, como si con esto se aplacaran sus demonios. No pudo ver a la estremecida y ansiosa Brittany, que miraba a

su alrededor tratando de encontrar, aunque fuera a último momento y para almacenar el recuerdo en el corazón, unos ojos que confesaran amor y que dieran cuenta de alguna esperanza. Al ver el vacío, bajó la cabeza y subió al carruaje, saludando con una melancólica sonrisa a Isobel y Ailsa, que la miraban con pena desde una de las entradas del edificio.

Lo que siguió fue tan penoso como imaginó. El trayecto hasta las tierras Edwards se llenó de la verborragia de Boyd, ampuloso y expectante, desesperado por dar cumplimiento a su misión. Al llegar al mediano castillo, que dejaba ver su relativa prosperidad, la recepción de los escoceses fue agradable, pronto quebrada por la fría comunicación del inglés de sus órdenes de expropiación. A la estupefacción del anciano laird Sam Edwards se le sumó la incredulidad de su hija Elsbeth y su intento de intervenir para evitar el desalojo.

Brittany lloró en silencio ante el dolor que vio en su rostro, que trasuntaba desesperación y desesperanza. Toda intención de razonar y pedir explicaciones fue rápidamente cortada por la expulsión seca y sin piedad. Boyd apenas dio un día para que los legítimos propietarios en desgracia prepararan sus objetos y se marcharan del lugar, como si fueran unos mendigos a los que corría de su refugio transitorio. No se atendió a sus intentos de dialogar o entender mejor, ni siquiera se tuvo consideración a la evidente decrepitud de Sam Edwards.

Brittany no pudo más que sentir una infinita piedad al percibir la muda desesperación que corroía a la hija del laird. Al amanecer del siguiente día fueron escoltados hasta el portón de salida, cerrando tras de ellos la puerta de su hogar ancestral. Brittany jamás había derramado tantas lágrimas y lo hizo durante noches enteras, por esa pobre gente y por ella misma.

Capítulo 14.

Mientras tanto, en el Castillo MacDowell.

KIRSTIE

Haber tenido el coraje de volver a su antiguo hogar era algo que agradecía desde que llegó, no solo porque los buenos recuerdos la embargaron, sino porque eso le permitió confrontar su pasado y sus sentimientos al respecto. Ver a las únicas dos personas que le quedaban de su familia directa era algo invaluable. Los había convocado en tantas ocasiones en sus sueños, para recordarlos, añorarlos, incluso increparlos.

Aquí estaban ahora, en el mismo sitio, los que habían sido pero impactados por el tiempo, la lejanía y los hechos del ayer. Tenía tanto que hablar, reprochar y por lo que pedir perdón, que se le hacía difícil hablar, tanto a su madre como a Ian. Por ello, los primeros días los dedicó a reconectarse con el sitio y con sus presencias, permitiendo que sus hijos los conocieran y compartieran tiempos sin tensión. Las vueltas de la vida habían pautado que pudiera estar aquí con ellos, presentándoles a su abuela y a su tío y quería que se llevaran la mejor imagen posible, sin contaminarlos con sus desacuerdos.

Por fortuna, tanto Catriona como Ian parecían complacidos de tenerlos allí; Beth y Lean no cesaban de recorrer, preguntar, cuestionar. Que ellos apreciaran la mejor faceta de su hermano, la que ella había conocido en el pasado y sabía que todavía existía, le hacía contar con esperanzas. Quedaba el trago amargo de la conversación pendiente, que sabía no estaría exenta de

recelos y reproches airados, pero disfrutaba de la sensación de que la pesada carga sobre sus hombros comenzaba a alivianarse y no era que Ian se lo hiciera fácil precisamente, pues huía de todo contacto a solas.

Al arribar, le había asustado la tétrica soledad del lugar, por el que parecía aún resonar el ayer que convocaba, inevitablemente, recuerdos de la presencia atropellada y violenta de su padre Blair, así como los huidizo pasos y sollozos de su madre Catriona, además de los juegos y charlas de consuelo mutuo entre ella y Ian. Vaya pasado tumultuoso el que compartían; aunque si pensaba sin presiones, la mayor parte eran recuerdos de ayuda y apoyo. A eso apostaba, a recuperar esa parte de su relación y si Ian creía que ella iba a irse sin charlar con él, estaba equivocado.

Le alegraba comprobar que era un hombre responsable por los suyos y mucho mejor líder de lo que había sido su padre; su preocupación por los arrendatarios era evidente en su presencia cercana, así como en el buen trato que dispensaba a la servidumbre. En relación con esta, tal vez era, en algunos casos, un contacto demasiado laxo, bien claro en dos o tres sirvientas que parecían tener derechos extras sobre su líder.

En lo concerniente a Catriona, verla otra vez era descubrirla, como si hubiera ganado color y presencia, lejana del gris brumoso con el que solía recordarla cuando niña. Debía ser consecuencia de que ahora la observaba con ojos de mujer más madura, menos ciega, consciente del martirio que había sufrido junto a su esposo, sufrimiento que ella había ignorado al endiosar la figura de su padre. Comprendía, esperaba que no tarde, lo absurdo de su postura, la ceguera que le había impedido crear un lazo más profundo con su madre. «Aún es tiempo, lo haré funcionar», se dijo.

El mal recuerdo de las escasas charlas y consejos de su madre la había llevado a estrechar sus propios lazos con su hija Beth, procurando estar presente y seguirla de cerca para evitar los dolores del futuro. Esa niña estaba

encantada con su abuela y charlaba con ella sin parar, en un diálogo como solían ser los de su niña, sin ton ni son. Pero a Catriona evidentemente le alegraba; no había dejado de compartir tiempo con ella, haciéndole relatos, enseñándole peinados y bordados y tantas cosas más que habían estado ausentes de su propio pasado.

No importaba eso ahora, de hecho, y cuando por fin pudieron hablar, se sintió liberada. Sentía que había fallado a su madre, y cuando tuvo oportunidad se lo dijo, tomando sus manos algo rugosas; la había mirado a los ojos para expresarle, con el más humilde y contrito de los tonos:

—Madre, lamento tanto que el tiempo y las diferencias nos hayan alejado. Quiero pedirte disculpas, quiero que perdones mi falta de apoyo. No estuve cuando me necesitabas; tarde comprendí que sufrías un calvario en este sitio.

Catriona había sonreído para luego acercarse y darle el abrazo más intenso y apretado que jamás le hubiera brindado antes, uno que pareció refugio y en el que Kirstie, ya adulta, buscó enjuagar recuerdos dolorosos.

—Mi niña... ¿Cómo puedes disculparte? Eras una pequeña, ignorante de lo que realmente ocurría.

—No, madre, era una adulta.

—Creciste en un ambiente donde faltó el cariño y donde yo no supe o no pude interceder. Blair era un hombre cruel, cercenó todas mis posibilidades como mujer y me ató de manos con ustedes, al tomar control de todo.

El dolor y la rabia se traslucían en la mirada de Catriona. Kirstie lo entendió, el maltrato había sido tan intenso y sostenido que aquella no podía olvidar los años de sinsabores y la violencia injustificada e innecesaria. Una que ella ignoró y despreció, en definitiva, en una actitud que la llenaba de vergüenza.

—¡Quiero que me perdones!

—No tengo nada que perdonar, Kirstie, por favor, entiende. Volví porque siento que son ustedes, mis hijos, los que deben perdonarme a mí. Quiero que tú me des la dicha y la oportunidad de compartir tu vida y la de tus hijos. Quiero recuperar la familia que perdí, al dejarlos atrás y huir.

Ambas lloraban, tomadas de las manos, inmersas en el dolor y la alegría, en una combinación extraña y solo entendible para los que la experimentaban.

—Al morir Blair sentí, por primera vez en décadas, que mis cadenas se aflojaban y corrí tanto como pude, sin mirar atrás. Al hacerlo, los abandoné cuando más me necesitaban. También debo decir, en mi pobre defensa, aunque esto no sea consuelo ni obtenga el perdón divino, que yo estaba tan mutilada espiritualmente que jamás habría podido ser el bastón que ustedes anhelaban.

—Oh, madre, ¡qué difícil ha sido todo!

—Me llevó años y mucho cariño de mi familia comprender lo que hice y recomponerme, sentirme lo suficientemente entera para volver a enmendar lo que causé. Pensé mucho y agradezco que tu hayas tenido el amor de Ewan a tu lado y el de tus hijos, pues ello sin duda te compensó y te dio contención. Pero Ian... Él estuvo solo tanto tiempo, apartado y sin apoyo.

Kirstie afirmó y enjugó sus lágrimas para recomponerse. Ambas mujeres, las manos aún tomadas de las manos, se miraron con cariño y entendieron que reconocer y aceptar sus fallos como madre e hija implicaba darse una nueva oportunidad.

—Quiero que estés presente en la vida de mis hijos y en la mía. Que nos visites en el castillo Campbell, compartir momentos, recuperar el tiempo perdido. Acerca de lo que dices de Ian, ambas tenemos deudas con él. Es claro que se equivocó tanto como nosotras y su orgullo y dolor lo llevaron a malas decisiones, pero eso quedó atrás. Las dos estamos aquí para pagar nuestras deudas con él, no sé si abrirá su corazón y nos lo permitirá. Aspiro a que me escuche, al menos.

—Ha estado muy herido y muy solo —acotó Catriona, pensativa—, pero no deja de ser un gentil caballero debajo de esa fachada de oscuridad e indiferencia. Pensé exactamente lo mismo que tú al llegar, que debería regresar, que no me permitiría estar a su lado. Sin embargo, poco a poco he podido lograr que me escuche. Se lo nota más abierto y está encantado con tus hijos, eso es evidente. Disimula bajo una máscara, pero se siente acompañado y ese es el primer paso para el perdón, Kirstie.

—¡Ojalá sea así! Mi tiempo aquí se termina, debo irme. Esta inquietud que circula por las Tierras Altas, de la que es triste muestra lo que ha ocurrido esta pobre gente, los Edwards, pone a todos en alerta y quiero estar junto a Ewan.

++++

KIRSTIE Y IAN

De esa charla hacía ya dos días y Kirstie se sentía cada vez más urgida para retornar, por lo que decidió que no podía dejar pasar más tiempo sin confrontar a Ian. Si había sido difícil la conversación a solas antes, luego de la precipitada y sorpresiva llegada de los Edwards, hacía tres días, se había hecho más difícil. Su hermano se abocó a acogerlos y asegurarse su comodidad, así como inició averiguaciones con otros clanes y sus propios arrendatarios para estar más cerca de lo que ocurría. Esto hizo que cabalgara de uno a otro lugar.

Decidida a encararlo, lo acechó desde el momento en que regresó de una de esas salidas, buscando el mejor instante para expresar lo que la había traído al castillo. Cada instante que transcurría se ponía más y más nerviosa; la incógnita de no saber qué pasaría en el castillo Campbell por esas horas la carcomía, pues suponía que el curso de los acontecimientos imponía nuevas demandas para Glenn y por tanto Ewan tendría más tareas, al tener que

suplirlo y encargarse de gerenciar las necesidades de los arrendatarios. Sabía que sería así, los hermanos eran muy solidarios. Debía regresar a apoyar a su esposo, a quien además extrañaba demasiado, a él y a la pequeña Bonnie.

Observar a Ian tan de cerca le permitió notar su visible consternación por la situación de los Edwards, una que le pareció llamativa. No negaba que era de emergencia para Sam y Elsbeth y sentaba un precedente negativo para el resto de los clanes, en especial los pequeños. La drástica determinación daba cuenta de un rey dispuesto a hacer lo que fuera necesario para erradicar toda oposición. Pero ella sentía que había algo más. El clan MacDowell era grande, sería de los últimos en ser afectados, si es que algo tan grave como una contienda general ocurría, así que por ahí no podía explicarse tan notoria nerviosidad. Había algo más y lo percibió en sus movimientos, en la forma en la que miraba a esa mujer, Elsbeth.

Ella debía tener su edad, tal vez un poco menos, y se la notaba lejana y tensa, pocas veces mirando al frente, tal vez encerrada en el dolor de lo que acababa de atravesar. Era curioso que, a sus años, viviera con su padre y no tuviera su propia familia conformada. No se la podía calificar de bonita al modo tradicional, pero contra esto conspiraban su seriedad y su postura. Pareciera que escondía su imagen, evitando acentuar su figura.

Era muy insistente en la preocupación con la que se encargaba de su padre, un laird ya bastante anciano y con dificultades de movilidad que era, a juzgar por sus comentarios, de una lucidez impactante. Esta impresión la confirmó durante las sucesivas cenas que compartieron, en las que a pesar del gran golpe que había sufrido al ser expulsado de sus propios dominios, expuso el suficiente coraje para describir a Ian qué cabía esperar de ahí en más. Era un notable observador de la realidad y su hermano lo escuchó con respeto y admiración, transmitido en sus asentimientos y preguntas acertadas y preocupadas, en las que se notaba su propia estirpe de líder.

«Él tiene que evaluar esas situaciones y tomar decisiones, entre ellas cómo actuar y moverse con los restantes clanes y con el Rey», pensó Kirstie. Hasta ese momento Ian y los suyos habían estado protegidos por una especie de halo de seguridad que había trazado el anterior monarca, Jacobo, quien los había mantenido lejos del resto de los escoceses, pero los había beneficiado.

Carlos, el actual rey, solo quería súbditos fieles, aunque tal vez valorara positivamente una actitud de cercanía. «¿Qué hará Ian?», se cuestionó Kirstie. «¿Irá en contra del resto de los líderes o mantendrá la neutralidad de la que habló en la reunión en el castillo Edwards?». El escenario había cambiado mucho. No pudo deducir sus intenciones por sus comentarios, pues se cuidó muy bien de guardarse sus pensamientos finales.

De lo que sí pudo estar segura fue de que él estaba interesado en Elsbeth, lo que significaba un cambio pues, a juzgar por lo que había visto entre la servidumbre, su gusto estaba vinculado a mujeres de mayor ostentación y volumen corporal. Pero las repetidas miradas, de soslayo o directas, le indicaban que a su hermano le intrigaba esa mujer. Y ese podría ser el primer paso para algo más. Los gestos que le dirigió Catriona y su asentimiento le hicieron ver, sin palabras, que ésta había captado la misma situación. Le alegraba, en la medida que eso significara que su hermano podía abrir su corazón y apostar a formar su propia familia. «Tal vez exagero y este no es más que un interés pasajero, motivado por la curiosidad o la cercanía». Esperaba que no, también por Elsbeth, que se adivinaba frágil a pesar de su actitud solemne.

Ian fue muy enfático desde el inicio y aseguró refugio y hospitalidad por todo el tiempo que fuera necesario, brindando tranquilidad y seguridad a padre e hija, lo que fue reafirmado por Catriona al señalar que el espacio que tenían era demasiado grande para ellos mismos y bien podían albergar con comodidad a dos personas más. El alivio se había reflejado en la distensión

del rostro de Elsbeth y en sus manos, que perdieron rigidez. La pobre mujer tal vez había pensado que deberían seguir buscando un lugar, un nuevo sitio para vivir, rogar por refugio, después de haber sido los dueños y líderes de un clan. Era un destino incierto y muy doloroso, que además podía ser el presagio de las intenciones de un monarca que se imponía con saña y que respondía con crudos golpes al azar ante la menor desviación de su poder.

Esa noche, decidida a hacer lo que había previsto, dejó que Elsbeth y su padre se retiraran, acompañados por Catriona que se desvivía porque tuvieran todo lo necesario para permanecer cómodos. Cuando Ian quiso hacer lo mismo, se interpuso en su camino y mirándole a los ojos, le dijo:

—Tenemos que hablar.

Él dudó y tragó saliva, haciendo su cabeza a un costado y luego la observó a su vez y asintió, indicándole con un gesto que la acompañara más cerca del fuego, alrededor del cual se sentaron. Estuvieron varios minutos en silencio, Kirstie tratando de ordenar sus ideas, Ian observando las llamas y a la espera.

—Voy a regresar al castillo Campbell, Ian. Beth y Lean extrañan a su padre al igual que yo, y estoy preocupada por la situación.

—Haces bien —señaló él secamente—. Nadie puede saber en qué va a derivar todo. Hasta hace pocas semanas todo lo que había era un descontento que podía resolverse a través del diálogo, al menos así se creyó. Hoy, es difícil decir.

Él no tenía inconvenientes en seguir una charla circunstancial, de hecho, la prefería a una más íntima.

—Es terrible lo que ha ocurrido a esta gente. Ese pobre laird, Sam, que tanto hizo por los suyos, despojado de tierras y a la deriva.

—Es algo casi salvaje—farfulló él, entre dientes—. No puedo imaginar el dolor que tendrá.

—Y esa mujer, sin una mano masculina que la guíe, debiendo sostener a su padre ahora. Es extraño ver a una mujer a esa edad, sin esposo ni compromiso.

El asintió sin decir palabra. Kirstie no era tonta y pudo ver que la mención de la edad y la soltería lo afectaban, tanto que no debió esperar más de unos segundos para tener una respuesta, que sonó como una defensa ante algo que era un comentario inocente y no una acusación.

—No es tan extraño si consideramos su situación y su historia —soltó Ian, ceñudo.

—¿Qué situación, Ian? —le inquirió con curiosidad, sorprendida a su vez de que su hermano pudiera saber detalles de la vida de Elsbeth.

Él volteó la mirada y la confrontó, probablemente molesto por tener que dar a conocer tanto, pero sin frenarse.

—Si debes saberlo, te diré que lo averigüé por casualidad cuando fui a la reunión en su castillo. Ellos fueron más que hospitalarios. Me sorprendió lo mismo que a ti y pregunté a una sirvienta.

Kirstie lo miró con interés, alentándolo a continuar, frente a su renuencia.

—Al parecer, Elsbeth... Bueno, su madre murió cuando niña y solo tenía a su padre. Este no supo quien tenía a su alrededor, confió en gente equivocada, no sé. Alguien de confianza la violentó, se aprovechó de ella cuando apenas era una chiquilla—dijo en voz apenas audible, con los puños apretados por la furia.

Kirstie se llevó las manos al pecho, impactada por el relato.

—¡Pobrecilla! —dijo, sintiendo que una profunda piedad la inundaba—. Un alma torturada, lo entiendo. Debe tener tantas cicatrices en su mente, tanto dolor.

Había perdido el rumbo de la conversación planeada, conmovida hasta el tuétano por tan trágica historia, pero Ian la trajo a la realidad, probablemente

ansioso por retirarse y terminar el diálogo.

—¿De qué querías hablar? Estoy cansado y he tenido una larga jornada.

Buscaba escabullirse y no lo permitiría; este era el momento que había estado esperando por años, así que trató de dejar atrás la tremenda verdad que había escuchado y concentrarse en lo que concernía a ambos.

—Muy bien, tienes razón. Yo... He sido feliz estos pasados quince años, gracias a Ewan y mis niños...

—Me alegro por ti —señaló él con evidente ironía.

—Déjame continuar, por favor. No te confundas, no estoy haciendo ostentación de la compañía o del amor. No ignoro que hace muchos años se rompió una relación muy especial entre nosotros —el rostro de Ian se tensó—. Éramos más que hermanos, éramos amigos y confidentes. Nos queríamos y confiamos el uno en el otro.

—Hasta que tú decidiste traicionarnos y romper esa confianza, llevándote con ello mi tranquilidad y la vida de nuestro padre —soltó él, las palabras entre dientes, mirándola con furia.

—Hasta que ocurrieron sucesos tremendos —sostuvo ella su mirada—. Hechos que quise evitar por todos los medios, razonando hasta el cansancio y buscando las alternativas para que nuestro padre comprendiera lo innecesario de su odio hacia los Campbell y la posible alianza. Hubiera beneficiado al Rey Jacobo y a ambos clanes.

—Y a ti mayormente, que ya te habías unido a Ewan, tramando contra nosotros.

—No había un nosotros que no te incluyera. Créeme, te quería y te sigo queriendo como mi hermano. Fuimos nutridos por la misma sangre y en el mismo momento, compartiendo todo desde la cuna.

No podía lograr que él depusiera su actitud seca y hosca, el rostro ahora vuelto hacia el fuego, como si quisiera evitar que sus palabras lo calaran.

—Tú recuerdas bien a nuestro padre y su carácter. No puedes guardarme tanto rencor como para olvidar que él era un hombre cruel, al que solo le interesaba el poder. Nosotros no éramos más que fichas que podía utilizar a su antojo para conseguir sus intereses. Fui su defensora más acérrima por muchos años, no lo olvides. Hasta que, con tremendo dolor comprendí que, queriéndome como decía hacerlo, no dudó en utilizarme y entregarme a sus enemigos con tal de que sus estrategias se cumplieran. Tuve la fortuna de encontrarme con gente muy buena, una que no era lo que él decía. Y entonces, sus planes se torcieron. El amor y la bondad de Ewan y los suyos ganaron. Y la muerte de nuestro padre no hubiera sucedido si no se hubiera lanzado ciegamente contra ellos.

Ian se había parado y acercado a la pared a mitad de la apasionada catarsis de Kirstie. No desconocía la aviesa personalidad de Blair, su ambición y crueldad. Había sido participe en parte mayor de los acontecimientos y a pesar de ello, el dolor tenía un origen claro. Aclaró su garganta y aún de espaldas, le contestó:

—Te reconozco la verdad en mucho de lo que describes, pero con el amor que dices tenerme, no dudaste en dejarme detrás. Pudiste haberme consultado, pedirme ayuda. Se hubiera evitado el derramamiento de sangre posterior, la batalla en la que fui derrotado y humillado y me empujó a la soledad por tantos años.

—Es probable que tengas razón al decir que te dejé atrás, pero no es verdad que no te pedí ayuda. Tú te cerraste, creíste que era alocado pensar en la paz con los Campbell. Uniste filas con Blair y una vez que este murió, te lanzaste locamente en una guerra cruenta que duró un suspiro, por fortuna para todos. No pensaste en las consecuencias Y eso es algo que no me puedes achacar, hermano. Yo me culpo de la muerte de nuestro padre, claro que sí. Me culpo también de la mala vida que le dio a nuestra madre y no fuimos capaces

de controlar. Y estoy aquí para pedirte que me perdones por esa soledad, porque has sufrido tanto tiempo. Debería haber venido antes, debería haberte abrazado y traer a mis hijos para que te conozcan. Aún soy una MacDowell y no lo olvido.

Ian se sentía abrumado por las palabras de su hermana. Sus emociones lo embargaban y se mezclaban el amor que le tenía y permanecía intacto en el fondo de su mente, con los años en que la había culpado y sentido rencor, más el alivio de estar cara a cara diciéndose las verdades que habían callado. Como antaño, no dejando nada sin expresar y parecía que esto hacía perder caudal a su rencor y desabastecía de reproches a su lengua.

Le hubiera gustado manifestar algo, que él también la había extrañado y que varias veces había pensado en acercarse. Sabía que tenía mucha razón y le agradecía que reconociera que él también tenía parte de verdad, pero la garganta se le cerraba. Estuvieron en silencio un tiempo más y cuando finalmente ella se levantó, con la idea de que permanecía cerrado a todo diálogo, le dijo:

—Kirstie, voy a necesitar más tiempo para poder expresar lo que pienso. Estoy seguro de que tienes razón acerca de nuestra madre. Debimos haberla defendido más. Y seguro que tus hijos son presencias con las que me gustaría contar más a menudo. El tiempo irá aflojando las tensiones que aún nos separan, tú eres mi hermana querida... —su voz se quebró.

—Ian—dijo ella con los ojos bañados en lágrimas—. Así será, nos debemos tiempo para arreglar las diferencias. Seguro que volveré más adelante.

Se acercó y puso su mano sobre su hombro. El gesto lo distendió y asintió, demostrando su emoción y que la armadura se resquebrajaba, para dar lugar a la esperanza de recuperar la relación que habían perdido. Para ella era más que suficiente por ahora. Pero sentía que podía ayudarlo más, darle un

empujón para que continuara avanzando:

—Algo más... Toma esto como un consejo, si lo deseas. La soledad se puede aliviar cuando uno encuentra a una persona especial, que nos puede ayudar. Debes estar atento, porque suele aparecer en el momento y el lugar que menos esperas.

Sonrió y se dirigió a la salida, no sin antes estrechar su brazo. Ian estaba tan conmovido como ella, y también sorprendido por su última frase. «A veces los hombres necesitan que los empujen para que puedan reconocer lo que tienen delante de sus ojos», pensó Kirstie mientras se alejaba.

++++

IAN

Las palabras de Kirstie habían calado hondo en él, haciéndole bucear en sus rencores, pero también en su amor. Luego de tanto tiempo y de evitarlo uno y otra vez, en especial los últimos días, Kirstie se había plantado y había forzado un diálogo tan necesario como doloroso, que en parte había sido un monólogo solitario, pero luego de contenerse él había tenido oportunidad de señalarle lo que consideraba sus fallos y hacerle reconocer sus errores, esos que tanto le habían dolido.

A pesar de su falsa indiferencia inicial, había sido un escucha atento y percibía la verdad del discurso de su hermana. Era imposible olvidar la ambición sin límites ni freno de su padre, que lo había impulsado a utilizarlos a ellos, sus hijos, como meras fichas en jugadas de poder. No constituía novedad, él lo había pensado en más de una ocasión durante esos quince años de separación, pero jamás le había adjudicado tanta responsabilidad antes; y Kirstie tenía razón al recordarle que ella había intentado frenarlo y hablar.

Él había dejado eso de lado, preservando solo los detalles que alimentaron una llaga purulenta, llena de resabios y resquemores, que hoy se

había abierto al encontrarse frente a frente y decirse y reprocharse la hiel que hasta entonces los había consumido. Ahora comenzaría a sanar, estaba seguro. Le llevaría algún tiempo; como había dicho, él reconocía que su personalidad no era sencilla pero también tenía claro que ella lo sabía. Los años no borraban que se conocían a fondo y se adivinaban, como hermanos mellizos que eran.

Le alegraba haber quebrado su mutismo y poder verbalizar que quería seguir en contacto con sus sobrinos y, en definitiva, con ella. Los rencores y el dolor que habían estado por tanto y parecían escollos insalvables, se superaban con valentía, humildad y palabras sinceras. Lamentaba no haber sido él quien precipitara el momento, no haberlo hecho antes, no haber tenido las agallas para romper su orgullo y acercarse a su hermana. Se hubiera evitado muchos años de solitario pesar. Sin embargo, tal vez era este el momento justo y lo que no pudo la vanidad y los pensamientos limitantes, lo podían las circunstancias y otras personas.

De no haber sido por la intercesión de Sam Edwards él no hubiera cambiado su actitud, no habría dejado el castillo, no se hubiera reconectado con los Campbell y por tanto no habría vuelto a ver a su hermana ni conocido a sus sobrinos. Esas vueltas misteriosas del azar o del destino también habían traído a su madre Catriona en este preciso instante a su vida. Algún plan mayor debía haber, y si bien él no era el más creyente ni devoto de los escoceses, lo agradecía; parecía que las piezas de su vida se ordenaban para el bien.

«Aunque no debo adelantarme», se corrigió. Después de todo, su impensado benefactor y su hija estaban en una situación muy mala y eso le molestaba y conmovía. Sus pensamientos volaron ahora hacia los Edwards y volvió a sentir intensa piedad por las extraordinarias e impensadas penurias que estaban obligados a atravesar. Les había prometido protección y

hospitalidad, y por Dios que se las daría. Admiraba la constancia y la entrega de Elsbeth con su padre quien evidentemente declinaba en su salud. Su mente era aún activa y ágil, sus comentarios en la cena lo demostraban cabalmente, mas su cuerpo parecía responderle cada vez menos. Ella lo notaba y sus alivios no alcanzaban a compensar la decrepitud.

Se preguntó si lo que la empujaba, además del amor filial lógico, era la desesperación de pensar lo que sería de su vida sin su padre, máxime ahora que habían perdido sus tierras. Ella no podía desconocer las escasas oportunidades para una mujer que había pasado su edad óptima para el compromiso y que no tenía fortuna, pues le había sido arrebatada vilmente. Sin ninguna familia a quien acudir por auxilio, esta sería su condena a un convento, a un encierro dedicado a Dios y a la oración. Y esto le molestaba, toda la situación; no solo porque tenía que ver con decisiones injustas y autoritarias, excesos del monarca y sus lugartenientes, sino porque él creía que esa mujer merecía más.

Su presencia en el castillo volvía a traer la incógnita de sus ojos y tal vez fuera porque había perdido su marco natural y su entorno de seguridad, pero la veía más libre, haciendo menos esfuerzo por esconder sus atributos: el cabello suelto, vestidos que escapaban a las tonalidades de los grises y marrones, la piel que se mostraba. Resopló, buscando ahuyentar ideas insidiosas. Eran producto de su mente que enhebraba circunstancias extraordinarias y ofrecía posibilidades que no podían ser catalogadas más que como locuras. Sentía una creciente excitación cuando se acercaba y olía la piel de Elsbeth y su cabellera, impregnadas de una sutil fragancia floral, enervante, que parecía llevarlo directo a un prado.

Se confesaba alterado por su presencia y su mente, simple y directa, la imaginaba rendida en su lecho, dispuesta para él. Quería descubrir a la mujer que latía debajo de esa envarada postura, quebrar su resistencia y conquistar

sus misterios. Enseñarle lo que no sabía, llevarla a la cima de un placer que desconocía y que, era probable, considerara prohibido y pecaminoso; ayudarla a entender que el calor de dos cuerpos enredados, cuando era consentido y anhelado, no era doloroso ni terrible, sino que sabía a gloria.

«Deja de pensar esas cosas, insensato. Que ni tu boca ni tus ojos transmitan lo que piensas, porque lo que has ofrecido de buena fe, deseando proveer reposo y tranquilidad a esos dos, se convertirá en algo que los espante».

A eso se debía referir Kirstie cuando hablaba del destino y ver lo que se tenía adelante. «¿Y si lo que quieres o deseas son simples desvaríos de una mente desbocada por años de soledad e impactada por la compasión? ¿Y si te equivocas y lo que consideras vale el desafío no es más que lo que se muestra, ese exterior frío y que solo abraza el rezo y la cercanía de Dios?», se dijo en varias ocasiones esa noche, dando vueltas en su lecho. Entonces, cuando su ardor menguaba, otra parte de su inquieta mente le sugería: «¿Y si no te equivocas y esa mujer demuestra ser la más salvaje, excitante, tierna y deseable compañera que pudieras tener?».

Todos pensamientos que apuntaban a encontrar lógica y orden en su convulsionada vida, rota la inercia de años; establecer pros y contras de una decisión que comenzaba a tomar cuerpo en su cabeza. Si en verdad quería a esa mujer a su lado, tendría que hacerlo notar de la manera correcta y eso implicaba formalizar. «Debo estar muy loco o muy desesperado», farfulló antes de dormir. «He visto a esa mujer apenas cuatro o cinco veces y las primeras noches que la tengo en mi castillo, todo me lleva a pensar que debo hacerla mi esposa».

Trató de ordenarse porque la urgencia por recomponer o iniciar vínculos, primero con Kirstie, Catriona y sobrinos, y ahora con Elsbeth, enredaban su cabeza y le impedían pensar en decisiones inmediatas o previsiones que

debían tomarse el nombre del clan. Más tranquilo la siguiente mañana, deambuló por las tierras de los alrededores, buscando aclarar ideas. Sabía que los hombres del Rey no vendrían a su castillo, como no fuera para pedir apoyo, descontando que lo obtendrían. Habían sido muchos años de permanecer ajeno al resto de los lairds y plegarse a la voluntad de la Corona. Él no deseaba una guerra contra Carlos Estuardo, eso lo tenía claro, pero también necesitaba saber qué opinaba el resto de los líderes. Esto era un cambio sustantivo con relación a meses atrás. Había comprometido su neutralidad y no dudaba a favor del Rey, sino por el contrario. Se preguntaba si sería inteligente de su parte acompañar al resto de los líderes si éstos se decidían a la guerra. Los costos de esa decisión serían muy altos.

El honor y la justicia eran valores que bien valían la pena ser defendidos y no podría volver a mirar con la cabeza alta al resto de los habitantes de esas tierras si no se comprometía y arriesgaba, plegándose a las disposiciones de la mayoría. Tomada esa determinación decidió que le pediría a Kirstie que oficiara de mensajera y que la transmitiera a Glenn. Estaba seguro que en este preciso momento el líder estaría ocupado, buscando que las alianzas tejidas funcionaran de la manera más inteligente.

«¡Con que facilidad has pasado de la enemistad más cerrada a la confianza y la comprensión!», ironizó sobre su propia postura, para luego recordarse que él no podía anteponer sus pasiones personales al bienestar de los suyos. Los miembros de su clan estaban cansados de permanecer a un costado de las Tierras Altas y tomarían sin dudar la espada a favor de la defensa colectiva. Esperaba que esto no fuera necesario. A su juicio, el Rey no podía mantener una postura tan extrema contra sus súbditos durante mucho tiempo sin que esta se volviera en su contra. Era probable que una vez que la novedad de su castigo ejemplarizante se extendiera, apagaría el ardor violento de esos estúpidos bandoleros que habían iniciado un conflicto donde no lo

había.

++++

ELSBETH

Elsbeth no podía dormir, acuciada por el recuerdo de lo que habían vivido estos días y a la vez aliviada de haber encontrado momentáneo refugio y seguridad en medio de tanta oscuridad. Le alegraba que su determinación de ir con Ian MacDowell hubiera tenido éxito y que sus instintos no se hubieran equivocado con él. Cuando se vieron a la deriva, azorados y sin palabras, fue su decisión la que los llevó a tierras MacDowell. Era el lugar más cercano y su padre no podría ir más lejos, agobiado como estaba.

Al primer momento de desánimo y sorpresa por encontrarse con dos mujeres que desconocía en un castillo que suponía solo habitado por Ian, había seguido el aflojamiento de la tensión y la tranquilidad por la cálida recepción y la comprensión ante lo que les acababa de ocurrir. Su primera reacción fue sentirse disminuida frente a la portentosa belleza de Kirstie, pero su amabilidad y modestia la conmovieron. Sin duda estas eran características heredadas de su madre a la que se le notaba la edad, pero esta no empañaba su prestancia.

Le preocupaba la salud de su padre y si bien lo veía más animado, sabía que su cabeza era un hervidero de ideas y dolor. Un laird sin tierras ni clan, expulsado de manera vil solo para imponer ejemplo a quién sabe qué advenedizos que jamás entenderían lo que no les sucedía. Nadie lo hacía a menos que lo sufriera en carne propia.

Trató de llorar y limpiar su alma, dejar atrás el rencor, mas no podía evitar que éste se colara y le hiciera cuestionarse no sólo la figura del monarca sino, además, por momentos enloquecida, los propios designios de ese Dios que la había arrojado al martirio cuando apenas era una niña y ahora

la llevaba a tientas por caminos inciertos. No abjuraba de su creencia y se arrepentía de inmediato, pero esos pensamientos incómodos estaban ahí.

Sentada en el lecho cálido, con ambos brazos rodeando sus piernas, recostó su cara a las rodillas. No tenía más que agradecimiento para Ian MacDowell y le había alegrado verlo, aunque buscó que no se notara. Él había sido en extremo cortés, extendiendo de manera ilimitada su hospitalidad para con ellos, señalando con énfasis que podían quedarse cuanto quisieran. Había escuchado con respeto y valoración el pensamiento y las ideas de su padre, dándole un lugar que sin duda Sam merecía, pero que muchos lairds tempestuosos hubieran desechado.

La inquietaban sus miradas valorativas, las que se culpaba de devolver, en una actitud que no podía evitar. Buscó abstraerse, en especial cuando sintió que tanto Catriona como Kirstie se daban cuenta, horrorizada de que pensarán algo impropio sobre ella. Y, sin embargo, en el medio de la noche, volvía a ella ese rostro y ese pecho al que le hubiera gustado abrazarse, enredando sus manos en el cabello pelirrojo y dejando que le envolviera la calma de la protección masculina. Trató de mentirse y creer que esto se debía a que era débil y necesitaba un bastón más fuerte, que ella lo miraba porque buscaba con desesperación alguien que la sostuviera y a su padre, pero era evidente que había algo más. El golpeteo incesante en su pecho cuando él se acercaba, sus frases que perdían coherencia, el rubor que invadía su rostro y que venía de un calor más intenso en su estómago o incluso más al sur de su cuerpo, la delataban. No solo buscaba protección, quería más de él, perderse en su intriga.

«Nada puede saber él de mis alocados sentidos, debo calmar mis ansias y aquietar mis esperanzas, infundadas y nacidas de vanas expectativas». Tanto como sus anhelos la empujaban a conocerlo, le aterraba las implicancias de ser malinterpretada y verse objeto de pasiones impuras. A pesar de su edad, lo

sabía, era como una niña en lo que tenía que ver con los deseos de los hombres, una ingenua sin otra experiencia que la crueldad temprana. Sus vínculos con otros hombres eran inexistentes, era torpe y estaba marcada. «¿Por qué me preocupo? ¿Qué interés podría tener ese hombre en mí, como no fuera verse impelido por la compasión? Debo abocarme a mi padre, no puedo ser egoísta».

Era más fácil decirlo, pero el pánico la invadía al pensarse sola en un futuro cercano, perdido todo espacio conocido y cercenado el vínculo protector de su servidumbre. «Al menos por ahora podemos descansar», se instó. «Es necesario que lo haga, Dios nos guiará. En ti confío, Señor».

Capítulo 15.

Castillo MacDowell

IAN

Se acercó a Sam, que acababa de llegar a la gran sala de armas de su castillo. Le había solicitado reunirse a solas, comunicándole que quería hablar de algunos temas importantes y así era, en verdad. El anciano laird no imaginaba cuáles eran sus intenciones. Estaba muy seguro de lo que iba a hacer, lo había considerado durante varios días, analizando pros y contras al detalle, hasta arribar a la conclusión de que era la mejor opción para esa buena gente. También para él; no podía esconder a sí mismo, detrás de formalidades o pretextos, que Elsbeth le interesaba de una manera poderosa, que para la mayoría parecería extraña.

—Sam —llamó su atención, pues este no lo había visto aun—. Te agradezco que dediques este tiempo para que podamos hablar. He estado cavilando acerca de lo que está ocurriendo.

—Es algo que no debe escapar a nadie con un poco de seso, sin duda. Aunque podría decirse, en este momento, que me han sacado del juego de las decisiones, miro todo desde afuera —sonrió el anciano, buscando imponer cierto humor, pero la tristeza de sus ojos era evidente.

—Esto será temporal, Sam—buscó alentarlo—. Estoy seguro de que el Rey dará marcha atrás, apenas todo vuelva a su cauce. Debemos apostar a que esto ocurra y una de las cosas que quiero plantearte se vincula a ello. Es una opinión, en realidad, que busca consejo. Necesito que me digas si crees factible lo que he pensado.

El hombre se acomodó en su asiento y asintió, mirándolo con curiosidad. Le complacía ver como Ian había depuesto su inicial actitud de renuencia y exclusión. Se alegraba infinitamente de su pasada decisión de acudir al castillo MacDowell y sugerir que volviera a reunirse con el resto de los clanes. Aquella reunión en la que se habían tomado decisiones tan importantes, hoy lastimosamente desechadas frente a la acción de grupos que no podían ser controlados, había sido el despertar de este hombre que tenía ante sí: más abierto, más amable e infinitamente más consciente de su rol dentro de la región.

—Te asesoraré en la medida de mis posibilidades.

—Mi primera decisión cuando se habló de una eventual guerra o enfrentamiento con el Rey fue plantearme la neutralidad, no sumarme a ninguno de los dos bandos, en el entendido de que habíamos estado ausente tanto tiempo del concierto de las decisiones de los clanes, que nuestra postura no importaba. Mi... —se corrigió—, la cercanía de mi clan al monarca por tantos años, me obligaba a cierto respeto.

—Lo recuerdo bien —señaló el hombre, instándolo a seguir.

—Hoy me encuentro considerando otras opciones —añadió con cautela.

Sam se hizo hacia delante, temeroso de lo que podía decirle.

—Tranquilo— lo calmó con un gesto y se sentó a su lado para hablar de igual a igual—. No estoy considerando unirme a los ejércitos de Carlos. Su disposición tan arbitraria con relación a las tierras de los escoceses me hace sospechar y temer que su ambición, tanto como su concepción del poder, no reconoce límites. Ha usado ese poder a capricho. Me parece claro que este hombre no reconoce más que súbditos sin voz y no es esto lo que deseo para mi clan. Mis hombres han sufrido mucho; las familias, los arrendatarios, estuvieron durante mucho tiempo impedidos de relacionarse con el resto o en el mejor de los casos, eran vistos con desprecio. Todo por una mala decisión

de mi parte, de la que hoy me arrepiento con amargura.

—No es tarde para reconocerlo y cambiar tu postura, eso te enaltece — enfatizó Sam.

—No deseo que vayamos a la guerra, ni mucho menos. Pero temo que esos alocados salteadores que están haciendo desastres sin ton ni son, nos están precipitando de cabeza en un conflicto que traerá pesar a todos los escoceses.

—Coincido en eso —ladeó la cabeza Sam, suspirando con desaliento.

—Por ello creo que, si bien en su momento la negociación que tú y Glenn pensaban era factible, hoy no sería una herramienta viable.

—Los hombres prefieren las armas y las escaramuzas a las palabras— dijo con pesar el laird Edwards.

—No deseo una guerra, pero si ésta se produce... —cortó la frase y su interlocutor lo miró con curiosidad no exenta de ansiedad—. Bien, he decidido que estaré del lado de los míos, de los escoceses, como siempre ha debido ser.

—Ian... —indicó Sam con emoción—. Tus palabras me producen una alegría enorme. Por ti y por el resto de nosotros. Los MacDowell son fuertes y podrían colaborar para que el desastre sea el menos posible.

—Ojalá sea así. He pensado, y aquí es donde deseo tu consejo, en ir a presentar formalmente mi postura a quien tiene el control de tus tierras en estos momentos Parece ser el representante más evidente del Rey. Plantearle nuestro desagrado y la inconveniencia de una decisión tan lesiva.

La sorpresa hizo que Sam lo mirara, con enorme agradecimiento por el gesto. Pero la prudencia le llevó a decir:

—¿Te parece conveniente? Puede jugarte en contra.

—Me parece necesario. De algún modo debe llegar a oídos del monarca cómo nos posicionamos los escoceses frente a su desmedida acción.

—Te agradezco muchacho el apoyo, Ian. Esta decisión te engrandece.

Estaba genuinamente conmovido, pues a pesar de que creía que poco podía hacerse para rehacer el despojo que había sufrido, tener el respaldo de sus iguales era importante.

—Algo más—Ian continuó, y entonces la duda se instaló en su discurso. Llegado a este punto el tema era más delicado y personal y no estaba acostumbrado a frases sensibles. No sabía cómo tomaría Sam su pedido u ofrecimiento, ni él sabía cómo catalogarlo exactamente—. Tu hija Elsbeth...

—¿Qué hay con ella? —lo miró de soslayo y con curiosidad.

—No tiene compromisos de ningún tipo. Es una mujer que parece triste y bastante solitaria, consagrada a tu cuidado y eso la engrandece.

—Ella ha sido y es mi luz en estos momentos tan trágicos —señaló Sam—. Esta tristeza que percibes, tiene sus razones, por supuesto.

—Lo sé, no he tenido que indagar mucho para averiguar por qué permanece sin compromiso y sin conformar familia.

Trataba de hablar sin hacer referencia directa al suceso que la había marcado y del que ambos estaban plenamente conscientes, se notaba en el rostro algo cansado y quebrado de Sam.

—Ella merecería el mejor de los hombres y tener una familia con muchos hijos de los cuales cuidar con tanto amor como lo hace conmigo. Pero eso no ocurrirá —sentenció con tristeza—. La tragedia le hizo cerrar su corazón y su mente a la presencia masculina.

—Quiero desposarla —soltó sin más Ian, generando que los ojos del anciano se desencajaran.

—¿Cómo dices? —dijo desconcertado, mirando sin entender sus intenciones, por lo que Ian de inmediato procuró aclararlas.

—Podría decirse, salvando las enormes diferencias entre tu hija y yo, que ambos hemos dejado pasar el tiempo y evitado conformar una familia que nos

ame, pero eso puede solucionarse. Por eso he pensado que un matrimonio entre nosotros podría convenir a ambos clanes.

—¿Cómo podría convenirte a ti, que lideras un clan tan grande, unirte a una mujer que ya no es tan joven y cuyo padre y líder ha perdido la escasa dote que poseía?

Sam no pretendía desestimar a Elsbeth y su valía, pero no alcanzaba a entender el razonamiento de Ian, que a sus ojos se mostraba más intrigante que nunca.

—No me mueve más que mi propio interés —aclaró este—. Estas últimas semanas me han convencido que quiero modificar mi vida, tener una familia a mi lado.

—Podrías elegir entre muchas candidatas —argumentó Sam.

—¿Lo crees así? No me parece que muchos estarían dispuestos a ceder a sus hijas en compromiso con alguien a quien han despreciado y calificado de traidor por tantos años. Mas eso no viene al caso, tampoco es lo que me impulsa.

—¿Y qué te impulsa entonces, muchacho?

—Me gusta tu hija, si me permites la forma brusca de decirlo. La observé en las distintas ocasiones en las que nos conocimos y me parece que un matrimonio entre nosotros...podría funcionar.

—No sé qué decirte— meneó la cabeza Sam—. Si por mí fuera, diría que sí de inmediato. Nada me produciría más alegría que la felicidad de Elsbeth. Estaría dispuesto a renunciar a lo que fuere para poder compensarla por el trágico pasado y la vida que ha perdido—Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas—. En gran parte por mi culpa, por no cuidarla cuando debí.

—Es difícil medir la maldad de los hombres y no se puede cuidar a los nuestros por siempre.

—Ella jamás me ha echado en cara su tragedia y estoy seguro de que ni

siquiera me responsabiliza. De todas formas —se recompuso ahora el anciano —, valoro de una manera altísima tu ofrecimiento. Pero es algo que debe decidir ella. Le debo eso, espero que lo entiendas.

—No esperaba otra cosa. Si me permites, solicito tu autorización para plantearle personalmente mi deseo, estamos los dos bastante crecidos para andar con intermediarios.

—Tienes mi autorización y mi bendición. Mas te advierto algo... —ahora el tono se hizo más duro—. Si mi hija acepta, debes prometer que velarás por ella y harás lo imposible para hacerla feliz.

—No te quepa duda. Lo menos que quiero es decepcionarlos. No quiero decepcionarme a mí mismo. Créeme que estoy tratando de superar mis infinitas limitaciones.

Con esa frase y un gesto de saludo, dio por cumplida la necesaria formalidad, aliviado del resultado. Recibida la autorización, quedaba ahora la tarea de la que dependía todo, en definitiva. Proponer matrimonio a Elsbeth y rogar no haberse equivocado con ella.

++++

Plantear de manera abierta sus pensamientos al anciano Sam hizo que Ian se sintiera aliviado de que este no los hubiera desestimado o no se hubiera escandalizado, dándole la libertad de avanzar. Era una sensación extraña esa de moverse hacia adelante, romper su estática y bucólica realidad para cambiar su vida, esa que durante quince años había sido una copia, día tras día. Se sentía vivo, la sangre corriendo por sus venas y la energía de imaginar un futuro distinto lo conmovía. Hasta los achaques de su pierna parecían haberse desvanecido. Algo parecido a la felicidad, una mezcla de expectativa y ansiedad lo guiaban.

Claro que aún faltaba lo esencial: plantear su propuesta a Elsbeth, acudir a las tierras Edwards y plantear al representante real su negativa a quedarse

de brazos cruzados mientras los despojaban. Y no sería fácil, pero debía hacerlo. Todo ese día y el siguiente deambuló, buscando el momento más adecuado para plantear personalmente a Elsbeth sus deseos, y ninguno parecía adecuado. Se acercaba para luego dar pasos atrás, arrepintiéndose, por lo que en más de una ocasión la dejó sin entender qué pasaba.

A la siguiente tarde, decidió que no podía continuar dilatando lo que ya había anunciado que haría, por lo que la buscó decidido por todo el castillo. La encontró en las caballerizas después de que una de las sirvientas le comentara que la había visto por allí en más de una ocasión. En efecto, allí estaba, dando algo de heno a un hermoso corcel azabache, por lo normal bastante nervioso y que ahora dejaba que la mujer acariciara su testuz.

—Buenas tardes, Elsbeth —saludó con un tono bajo, tratando de no asustarla, aunque ella igual respingó, acostumbrada a la tranquilidad y el silencio del lugar.

Le sorprendió encontrarlo tras de sí, parado en el vano de entrada, su cabello revuelto, mesándose la barba.

—Buenas tardes, milord— respondió a su vez al saludo, sus comisuras elevadas en un gesto que no era una sonrisa abierta, pero que marcaba que no le disgustaba su presencia. En efecto, así era.

Ian no era, por lo habitual, un hombre observador y sin embargo esta semana se había ido acostumbrando a evaluar y analizar la gestualidad esa mujer tan parca, cuyo lenguaje corporal era bastante evidente la mayor parte de las veces. Imponía una barrera invisible producto del temor y la búsqueda de seguridad, aunque sus ojos siempre la delataban. Al menos eso creía Ian, que sus ojos transmitían la verdad que el resto de su cuerpo callaba.

—No tenía idea que le gustaban los caballos.

Ella sonrió y elevó su mano, permitiendo que el corcel hinchara sus ollares y la olisqueara.

—Los animales me resultan más confiables que las personas.

—No es bueno generalizar —sentenció él, acercándose.

Trataba de seguir el diálogo con cuidado, poco habituado como estaba a charlar con mujeres, como no fuera para pedirles lo más básico.

—Tiene usted razón —lo sorprendió ella con la respuesta—. Tiendo a exagerar, tiene que ver con mis malas experiencias. Su caso, por ejemplo —ella hablaba sin mirarlo, aparentemente concentrada en el caballo—, es el de un hombre que se muestra inaccesible, impávido y ajeno al resto de los clanes. Y, sin embargo, ha demostrado una generosidad incommensurable al apiadarse de nuestra deshonrosa situación.

—No hay nada de deshonroso en ustedes, ese término solo se puede adjudicar a los causantes de la misma. Sobre lo que dice, me gusta, pero es demasiado. No se podría esperar menos de un escocés que brindar la hospitalidad necesaria. Han recibido de la manera más vil un castigo que no merecían —sentenció con pasión, avanzando hacia su posición para quedar a poco menos de un metro.

Vio que diminutas perlas se acumulaban en sus ojos y comenzaban a caer al abanicarse sus largas pestañas, y corrían por las blancas mejillas. Instintivamente, levantó su mano y trató de enjugar una, gesto que asustó a Elsbeth, que movió su cabeza.

—No quise... —dijo él dando un paso atrás, empujado por el temor con el que ella lo miró, el que la abandonó casi de inmediato, a la vez que relajaba su postura.

—Soy yo quien se disculpa. Es... una reacción que se ha hecho tan natural en mi frente a un hombre que surge por instinto, incluso cuando no es necesaria, como ahora —lo miró, su gesto dulcificado, lo que le dio mayor tranquilidad—. Tiene que ver con mi pasado —agregó.

—Lo sé —asintió él—. Me enteré cuando estuve en su castillo. Lamento

tanto lo que le ocurrió—dijo con fervor, buscando que entendiera que en verdad era así—. Quien haya cometido un acto tan vil, atropellándola de una forma tan terrible y abyecta, no merece ser calificado como humano; un ser así es peor que un animal.

La pasión de sus palabras la había perturbado y no era lo que quería, por el contrario. Se mordió el labio con contrariedad y extendió su mano para posarla en el hombro de la mujer, que se había movido para estar de espaldas y esconder la vergüenza y el dolor del recuerdo. Ella no se movió cuando sintió que la tocaba, alentada por la calidez de las palabras de ese hombre y esa mirada que había visto y que valía más que mil discursos.

—Elsbeth —llamó él, buscando traerla de vuelta al presente. Quería hacer lo que se había propuesto, y para ello era vital superar el momento de tristeza y malos recuerdos—. Tal vez usted ha visto que ayer y hoy me he acercado y luego doy la vuelta...

Ella asintió, en silencio y aún de espaldas. En verdad le había llamado la atención y había buscado varias explicaciones posibles; en algún momento incluso llegó a pensar que él se estaba arrepintiendo de su hospitalidad y deseaba pedirles que se fueran. ¿Sería eso? Dio la vuelta ahora, prestando atención. Se lo veía más tenso, como buscando palabras.

—Esto que voy a proponerle ya ha sido hablado con su padre, al que pedí expresamente que no se lo dijera, pues soy yo quien quiere explicarse. Aunque, como verá, no soy bueno con las palabras.

Ella estaba intrigada. Sus cuerpos estaban a escasos centímetros, más de lo esperable entre dos desconocidos. No podía evitar sentir ese olor tan masculino y apreciar los angulosos trazos de su rostro, la melena ensortijada, los brazos torneados y poderosos con manos grandes pero suaves, hecho bien percibido cuando él había tocado su hombro, casi envolviéndolo, con cuidado.

—Tengo claro que usted se ha consagrado a su padre, a su cuidado y

protección. Su traumática experiencia pasada tal vez cerró su corazón y su cuerpo a cualquier contacto amoroso o romántico con un hombre. Como dijo, cree que solo maldad o violencia puede venir de nosotros. Tengo claro que no es así siempre, aunque muchos casos podrían también verificar lo contrario. Voy a hablar por mí, de lo que creo y lo que siento. Pretendo modificar en algo su visión del destino, a mi favor.

Ella se encontraba inmóvil, y temblorosa por dentro, el pecho palpitando y la cabeza batiendo con mil ideas. ¿De qué hablaba ese hombre? ¿Por qué se expresaba en esos términos tan intimistas, que la descolocaban?

—Creo que usted necesita un hombre a su lado, alguien que la proteja y que la ayude, alguien que sea el bastón que no tiene. Estoy dispuesto a ser ese hombre, si usted me lo permite y así lo dispone.

Ella lo miraba, absorbiendo sus palabras apasionadas, y la noción de lo que le decía demoró en conformarse en su mente. Es que... ¿es que estaba pidiéndole casamiento? ¿Entendía bien? ¿Ese hombre quería que ella, Elsbeth Edwards, para muchos inservible, de poco valor y marcada por su violación, se comprometiera con él? O tal vez su intención era menos noble, se dijo. Temblaba. ¿Qué quería él, qué buscaba? No entendía y así lo manifestó, confusa y temblorosa:

—Yo... No entiendo. ¿Qué me está diciendo?

Ian se había acercado aún más, conmovido por su nerviosidad y la confusión que percibía en sus ojos; casi como un cervatillo, herido y en medio del bosque, que no sabe por dónde huir o qué hacer, ella parecía a punto de quebrarse por la intriga y tal vez la desconfianza. Buscó ser claro para limpiar cualquier vestigio de impudicia de su propuesta:

—Matrimonio, Elsbeth, eso quiero. Que usted sea mi esposa.

—¿Y por qué querría usted casarse conmigo? —el asombro de sus ojos lo desarmó

¿Cómo podía preguntar eso? Era una mujer deseable, educada y atractiva, con un magnetismo que pocas podían ostentar. «Pero también está rota por su pasado», se dijo. No podía dejarle duda alguna, si quería su confianza y tenerla a su lado, debía ser sincero y no dar lugar a dudas o incertidumbre.

—Porque necesito una mujer como usted a mi lado. Una mujer que...

—Pero usted tiene muchas que lo pueden satisfacer con holgura.

—Si solo buscara una mujer para desfogar mis pasiones, tendría razón. Como dice, no me faltan opciones, aunque suene mal decirlo así. Pero yo busco mucho más que eso, que lo he tenido por años y no me llena ni me basta. Quiero buena compañía, conformar una familia, romper esta soledad que ha cubierto mi castillo por tantos años. Creo que, aunque parezca loco o extraño, nuestros pasos se han cruzado por una razón. Dos solitarios quebrados por diferentes hechos de nuestro ayer, que podemos acompañarnos para redimir nuestros pasados.

Vio que ella se conmovía, mordiendo el labio inferior; y su boca rosa parecía querer esbozar palabras, pero éstas no salían. Sus manos se estrujaron una y otra vez y dio vuelta sobre sí misma, dándole una imagen privilegiada de su largo cuello al levantar su cabello con ambas manos para entrelazarlas detrás de su nuca, como sin saber qué hacer, embargada por dudas e inquietud. Había roto su impavidez natural y ella no sabía cómo seguir.

—Elsbeth, no pretendo inquietarla. No hay más en mis intenciones que lo que ya he expresado. Siéntase en libertad de pensarlo y de considerarlo, así como de negarse. Esto no tendrá ninguna consecuencia sobre la hospitalidad que les he ofrecido con absoluto desinterés.

—Es que... —señaló ella, con su tono bajo y sin animarse a mirarlo—. No sé qué decir... No niego que alguna vez soñé con la posibilidad de conformar mi propia familia. Pero eso parecía tan alejado como una utopía.

—No debe temer. Le estoy ofreciendo compartir nuestras vidas.

—Es que no sé si podría brindarle esa familia que desea. Esa mala... experiencia, como usted la llamó, me marcó de tal forma que solo pensar en la cercanía de un hombre, me aterro. Mal podría satisfacerlo cómo está acostumbrado.

Esa frase le costó horrores, pero debía verbalizarla, porque era lo que campeaba en su mente. Intimar con alguien, no sabía cómo podría resultar, a pesar de que él la atraía a rabiar y eso su cuerpo lo percibía y reaccionaba.

—Algunos podrían decir que soy un hombre muy bruto; desciendo de uno bastante cruel, pero me precio de conocer los límites y los deseos de una mujer. Soy consciente de tu dolor y de tus temores. Jamás te haría nada que tú no quisieras —su voz vibró emocionada y había pasado a tutearla, haciendo el diálogo íntimo y profundo—. Pero también debo decir que me encantaría explorar tus fronteras, ir derribando una a una todas las trabas que llevan a tu corazón y a la magia de tu cuerpo. No te ruborices —levantó su mano, para acariciar su mejilla—. Entiendo todo lo que sientes y piensas, producto de tu ingenuidad e inexperiencia, además de tu dolor. Quiero asegurarte que no conoces las manos de un hombre que te quiera bien y que acaricie tu cuerpo buscando no sólo su placer sino el tuyo propio. No conoces como el cariño y el amor se manifiestan en el gozo de un abrazo, en el compartir de un beso, en la explosión conjunta de dos cuerpos —la verbosidad de Ian era desconocida hasta para sí mismo, como si un dique se hubiera abierto y expusiera su corazón en cada frase—. Me gustaría mucho, si tú aceptas, ir muy lento en estos acercamientos y detenernos cada vez que haga falta. No soy una bestia que necesite la estimulación sexual a cada paso. Me gusta esperar por aquello que es un premio y creo... Oh, sí, creo que tú eres un premio para que el que logre despertarte, Elsbeth —su voz se había convertido en un susurro ronco y vibrante.

Ella había escuchado ruborizada, incapaz de emitir sonido. Sus palabras

profundas, el tono convencido y la mirada fija sobre ella, daban cuenta de una pasión que sentía colarse por todos los poros. Le creía, creía que él podía hacerla sentir todo lo que le contaba. ¿Como no hacerlo si desde el primer momento que lo había visto había sentido que sus ojos no podían despegarse de él? Cada frase impactaba en su piel, erizándola. Él la miraba ahora esperando una respuesta, una que ella no podía dar, anonadada como estaba. Tenía que pensar con mayor claridad, evaluar... «¿Qué vas a evaluar? No vas a tener otra oportunidad como ésta, nunca la has tenido. Tú misma te has confesado embelesada por su figura y, aunque critiques algunos de sus actos, debes reconocer que hace buen rato él se ha redimido ante tus ojos».

—Yo... —dijo mientras tomaba el borde de su vestido con nerviosismo para comenzar a caminar hacia la salida—. Debo pensarlo, debo pensar... —agregó, para luego alejarse.

Ian la observó irse, su cabello flotando, dejando tras de sí una estela de tensión y nervios. Había salido mejor de lo esperado y todo lo que había dicho era verdad; ojalá ella pudiera dejar atrás sus traumas y tomar lo que él le ofrecía. Quería creer que ambos ganaban con ese compromiso, de concretarse. Pero incluso si ella lo rechazara fríamente, había tomado la decisión de convertirse en el escudo defensor de los Edwards.

++++

ELSBETH

Elsbeth subió los últimos escalones casi corriendo y buscó el refugio de su habitación, lugar donde pudo dar rienda suelta a su sorpresa y desconcierto. No había soñado recibir una oferta que solo podía calificarse como impactante y generosa, y menos de un hombre tan sugerente para ella como Ian McDowell.

«Dios mío, Dios mío», susurró, «¿Qué debo hacer?, ¿qué debo hacer,

Señor Todopoderoso? Tú que estás en todo, por favor, dame una respuesta. ¡Dime qué debo hacer!». Respiró tratando de calmar su ansiedad, para poder razonar. Recibir la propuesta de matrimonio de un laird tan importante era algo que no había estado en sus sueños. Ahora que esa propuesta existía, en un momento tan controversial para su clan, no sabía cómo actuar.

Su corazón la impulsaba a aceptar la oferta de lleno, conmovida hasta la médula. Se confesaba tan impresionada por él que no podía evitar creer que esa especie de magnetismo no podía ser buen consejero para los pensamientos y las decisiones racionales.

Eso de soñarse en sus brazos, pensar en el sabor de sus labios o en la textura de su piel, verse acariciando su cabello o su barbilla, procurando sentir su nascente barba, no podía ser sano. Sabía que él tenía sus aventuras amorosas, había sido testigo de una de ellas y era evidente que gozaba del buen sexo y de las damas fáciles, que entregaban sin pensar lo mejor de sí para satisfacerlo. No sabía si ella podría hacerlo, no sabría cómo; confesó ante sí misma que ese era su temor más atávico.

Desde pequeña y luego de la violación había sentido que no podría estar al lado de un hombre sin sumergirse en el pánico y la inmovilidad. Pensar en desnudarse frente a uno era la peor pesadilla que había tenido; cada vez que llegó una propuesta, siempre menor y poco atractiva, cuando estaba por sus veinte años, fue su primer pensamiento y la razón primera para desecharlo. Sin embargo, ahora que era Ian el que se la hacía, una leve esperanza y una alegría intensa se alojaban en su alma, intentando crecer como una débil luz para curar todo lo negro y el horror que guardaba su memoria.

Suspiró y se tendió en el lecho sin poder discernir cuál era el camino. Ian le ofrecía, con nobleza, un futuro promisorio y sus palabras trasuntaban comprensión y tiempo para que se adaptara. Pero, ¿qué ocurriría si ello no era suficiente, si no podía lidiar con su pasado? Todo podía volverse un desastre

irremediable. No podía resolver entre sus dudas y decidió que era hora de consultar a su padre, al que no podría plantearle sus temores más hondos, por íntimos y femeninos, pero al menos tendría una voz que la guiara. Se levantó y acudió a su habitación, golpeando con suavidad. La voz de su padre le allanó la entrada. Se veía un tanto débil. Ella se acercó y le sonrió, tomándole las manos e hincándose a su lado:

—Padre— le dijo.

Él la observó y sonrió.

—Te lo ha pedido, ¿verdad? ¿Es eso?

Ella asintió y puso su cabeza en el regazo.

—Hija, no te atribules, no es el momento para ser débil. Te pido que no dudes. Deja atrás todo lo que estés pensando. Has sufrido tanto, hija mía—El anciano acariciaba el cabello de la mujer, cual si fuera una niña—. Ese pasado se ha antepuesto siempre en tus decisiones, condicionaste tu futuro siempre a él. Fue espantoso, pero no puedes dejar que siga marcando tu presente. ¡No puedes permitir que aquel monstruo continúe asolando tus noches en forma de pesadillas, impidiéndote ser feliz! Esta es tu oportunidad, Elsbeth—Su padre se expresaba con intensidad—. Esta es la oportunidad que te mereces; es un buen hombre. Yo no duraré mucho, hija querida...

—No digas eso, no digas eso, padre —señaló ella con desesperación.

—Debes estar tranquila. No estoy agonizando —le sonrió—, pero debes pensar que es el curso natural de la vida. Así como lo natural de una herida es que sane y cicatrice con los años, y que, si bien deja huella, no te impide realizarte. Tú has mantenido tu herida abierta demasiado tiempo, hija. Debes dejarla sanar, debes ayudarte y esta es tu chance. ¡Tómala, te lo ordeno! —le dijo con una sonrisa, sabiendo que nada podía exigirle, pero dándole cuenta de lo importante que consideraba ese pedido.

Elsbeth estaba emocionada y al borde de las lágrimas; su mente recibió

con beneplácito la razón de las palabras de su padre y entonces decidió que no podía perder tiempo, a riesgo de echarse atrás. Dejó a su padre y buscó a Ian con rapidez. Lo encontró en la sala de armas, de espaldas mirando un retrato de su padre, tal vez rememorando otros tiempos.

—¡Acepto! —le dijo. Él se dio vuelta sorprendido por su presencia—. Acepto su propuesta, milord.

Ian apenas podía creer estar escuchando sus palabras. Había pensado que le tomaría varios días de consideración y no se sentía optimista al respecto. La miró, agitada y con el cabello alborotado, el cutis arrebolado y sus ojos brillantes. Lucía arrebatadora. Se acercó, sintiendo crecer su deseo, pero con cautela, como una fiera que acecha a una presa asustadiza. Tomó un mechón de su cabello para luego aproximar un dedo hacia su cuello, que deslizó cuán largo era. Ella cerró sus ojos.

—Es un hecho, entonces—dijo Ian, y ella asintió, con los ojos aún cerrados.

—Cuanto antes— le dijo ahora, tomándole la mano—. No quiero pensar demasiado y dejar que mis miedos me hagan dar un paso atrás.

—Hemos de preparar...

—Quiero algo muy simple, solo tú y yo. ¿Qué más necesitamos, en realidad?

—Así será —asintió.

++++

IAN Y ELSBETH

Si a Catriona o Sam sorprendió la premura con la que ambos impulsaron la ceremonia, nada dijeron y simplemente apoyaron. Sus hijos habían perdido demasiado tiempo perdidos en los vericuetos de sus tristezas y rencores, paladeando con amargura pasados de oprobio. Mirar hacia adelante y percibir

que podía ser de mayor luz, daba alas a los preparativos, incluso a pesar de las reservas que aún guardaba Elsbeth.

No llevó más que unos días preparar la celebración, de una sencillez extrema, en la pequeña capilla del castillo, una que tenía bastante tiempo sin actividad y a la que concurrió el párroco con beneplácito, con la esperanza que la fe volviera al lugar. Contrastando con fiestas mucho más suntuosas, alabadas y divulgadas, esta fue de una intimidad y un recogimiento sorprendentes. Elsbeth lucía calma en su exterior, aunque su corazón brincaba de felicidad y ansiedad, ambos sentimientos mezclados.

Su cabello lucía un peinado recogido y adornado con flores silvestres, improvisado por Catriona. Su atavío fue un vestido con ancha falda y la parte superior en los colores de su clan, mezclado con un azul claro en su torso y en las mangas, que se abrían como pétalos luego de los codos, sin pañuelo que cubriera la parte superior de su pecho, dejando expuesto el inicio de sus senos. Lo había rescatado del olvido de un arcón; había pertenecido a su madre y le sentaba de maravilla a su piel nívea, y si bien dudó por pensarlo algo procaz, decidió que la ocasión lo valía.

Él se había afeitado con prolijidad, su cabello hacia atrás, vestido con su kilt ceremonial y su mejor camisa, cruzada por el plaid que sujetó con un broche de gran valor que había pertenecido a su padre. Había tomado unos buenos tragos de whisky para darse ánimos y prepararse para la que sabía podía ser una situación que requeriría mucha paciencia. Se prometió que haría todo lo posible por lograr que esa mujer, que lo miraba con ansiedad y esperanza, se sintiera protegida y segura. Necesitaba que esto funcionara para los dos y no podía cometer fallos.

Solo Catriona y Sam, más los sirvientes del castillo, fueron testigos de la unión, que implicó pocas palabras y muchas miradas. Se prometieron cuidarse, darse seguridad, formar una familia. Cuando el lazo unió sus brazos, ambos se

miraron y sonrieron, él con seguridad, ella con timidez.

Terminado el intercambio, los rezos y las felicitaciones, Ian dio rienda suelta a su generosidad, y no escatimó al permitir que se abrieran sus mejores barriles y todos disfrutaran de buena carne, bebidas y dulces. Hacía años que el lugar no se llenaba de música y color como en esa ocasión y agradeció a su madre que logró improvisar una celebración tan íntima y colorida con tan poco tiempo. Ella había tomado sus manos y con emoción, le había dicho que deseaba toda la felicidad para ambos. «Cuida esa muchacha, ve despacio con ella», le aconsejó y él asintió.

Transcurrido el festejo, Ian agradeció y en pocos minutos el lugar se fue sumiendo en el silencio. Se despidió de su flamante esposa con un beso en la mejilla y una sonrisa tranquilizadora, haciéndole ver que le daba su espacio. Se retiró a su habitación, donde trató de concentrarse en cuestiones prosaicas para no pensar en lo que solía ser la noche de una boda.

Los problemas que se sumaban en la región imponían acción y él ya había decidido, previa consulta a Sam, que acudiría al castillo de este para dar a conocer, a quien correspondiera, el respaldo de los suyos al clan Edwards, con el que ahora estaba emparentado. Exigiría... No, solicitaría una reconsideración decorosa por parte del Rey; la expropiación había sido una afrenta y un injusto castigo. Le parecía que era de orden presentarse a dar a conocer su nueva postura, y lo que pediría sería comprensible, dado su nuevo estatus matrimonial.

Creyó sentir un leve golpe en la puerta, que desestimó como un engaño de sus sentidos, pero entonces se repitió. Acudió presuroso y al abrir, con sorpresa mayúscula, se encontró a Elsbeth, vestida de manera sugerente, cubierta a medias por una capa y sosteniendo un candelabro que daba brillo a su presencia, en medio de un pasillo silencioso y oscuro.

—¿Puedo pasar? —le inquirió, en un susurro.

El dudó, mas el temblor de su mano sosteniendo la luz y la chispa en sus ojos lo convenció y asintió. Le allanó la entrada, tratando de no mirarla para no sentirse excitado. Estaba bella y los cremosos retazos de piel expuestos alentaban la fantasía. No sería fácil resistir si ella se acercaba así.

—He venido a cumplir...

La frase lo golpeó, por lo inesperada y sugerente. Procuró calmar las sensaciones que se disparaban frente a la sutileza de su piel y su fragancia, su boca excitante, su cabello flotando alrededor, enmarcando su rostro.

—Te lo dije antes y lo repito ahora —le indicó, los ojos en los de ella, tratando de no mostrar lo que le provocaba—. Nuestra relación se trata de conocernos y acompañarnos, no tienes nada que cumplir.

Quería trasmitirle confianza; hubiera deseado precipitarse y tomarla, hacerla suya, pero ese era el camino más fácil para destruir su relación.

—No me deseas— dijo ella en un tono de tristeza.

Había hecho un esfuerzo extraordinario por calmarse, vestirse apropiadamente y llegar a él a ofrecerse, con miedo en su garganta, pero también expectación. Ser rechazada era un dolor que no esperaba.

—¿Como no habría de desearte? —sentenció él, acercándose ahora, los ojos febriles y la mente buscando refrenar sus impulsos, cosa que ella no estaba haciendo sencillo—. Eres una mujer hermosa, tú no tienes medida de cuánto. Me harías el hombre más feliz del mundo... Me harás el hombre más afortunado cuando te entregues a mí por amor, rota toda barrera y toda tensión. Pero ahora, solo porque debes... No es lo que quiero, no hay obligación.

—Estoy dispuesta ahora— dijo ella, desprendiendo su capa y permitiendo que esta cayera a sus pies, para quedar con una larga camisa casi transparente que, iluminada por las velas daba cuenta de todas sus curvas y pendientes.

Él no pudo evitar recorrer su figura y sentir un escalofrío de placer

intenso y anticipado. En verdad era más atractiva de lo que creía, hasta ahora había adivinado sus caderas y su cintura, pero todo eso estaba visible y se ofrecía. Sentía que estaba a un tris de arruinar las cosas.

—Por favor, no quiero hacerte daño, no hay prisa...

Ella percibió el esfuerzo que él hacía, se notó en sus palabras, que hablaban de espera, y en sus ojos, que las desmentían, al deslizarse con hambre por su cuerpo. La ansiedad que sentía estaba casi exenta de temor, pues él le provocaba confianza y deseos de acurrucarse en su pecho y recibir su calor.

—Quiero intentarlo. Quiero que me beses y me abrases, que me recorras. Solo...intentemos. No prometo nada más que ser fuerte y dejarte hacer.

El mesó su cabello, sin saber a ciencia cierta qué hacer, para luego decidir que no había más que avanzar, considerando sus palabras y sus propios deseos. Tomó una de sus manos y la atrajo hacia sí, para rodear su cintura y abrazarla con cuidado, hundiendo su rostro en el hueco del cuello, aspirando el aroma femenino. Estuvieron así varios minutos y poco a poco sus manos comenzaron a explorarla, gentiles y con calma, iniciando por la línea de sus hombros, siguiendo por la montaña que marcaba el inicio de sus senos, bordeando su silueta, para luego acercar sus labios y posarlos en su boca en un beso suave.

Ella le dejó hacer y él la miró, para seguir mordisqueando sus labios, primero el superior, luego el inferior, turgente y sedoso. Mientras lo hacía, introdujo sus manos por debajo de la camisa y tocó su piel, más suave de lo que había experimentado. Notó que se estremecía y se frenó, pero ella se pegó más a él. Recorrió su espalda, con un dedo, como si tocara una especie de melodía en su columna, y entonces rozó piel más gruesa y dispereja. Con suavidad la hizo girar y la seca cicatriz lo impactó. Una herida antigua, por su color.

—¿Qué es esto, querida? —susurró, aun acariciando el lugar, como si sus dedos pudieran ser un bálsamo para lo que debió ser doloroso y casi mortal.

—Recuerdo infame del maldito que me violó—dijo ella, la cabeza baja.

Ian se estremeció, mas nada se notó externamente. Si lo hubiera tenido delante en este momento, habría matado con dolor y frialdad al malvado hombre. No tenía sentido pensar así, justo ahora, y hacer que rompiera un momento de quiebre en la vida de Elsbeth. Debía evitar por todos los medios que los malos recuerdos volvieran y arruinaran todo, por lo que la hizo girar, luego de besar la fea cicatriz, y tomó su mentón, besándola suave y largo. Llenó su oído de palabras bonitas, la acarició con una morosidad que era casi una agonía, pues sentía su cuerpo arder y su garganta seca, los instintos casi desbocados. Una última reserva de razón le hacía ir lento.

No se atrevía a más y entonces ella, imbuida de una intensidad de sensaciones que no la paralizaban, se separó y se quitó la camisa con rapidez, para quedar ante él, desnuda y armoniosa, expuesta. Él gruñó, excitado, procurando contener el deseo de saltar hacia ella, deseando evitar toda brusquedad que se interpretara como brutalidad. Era difícil ese punto medio que era necesario, esa tranquilidad y paciencia, cuando su cuerpo lo urgía, llevado al máximo.

—Quítate la ropa— le dijo ella, transformada en líder de un momento que desconocía, y él obedeció, como un vasallo ante su reina.

Descubrió su ancho pecho, firme y ella se abrazó a él, posando sus senos para regocijo y a la vez preocupación de Ian, que veía su masculinidad enervarse más y más. Intentó dar la vuelta para no asustarla, pero ella se apretó a él y le dijo:

—¡Quédate conmigo, por favor! No te alejes; si logro vencer mis temores esta noche, seré capaz de afrontar lo que sea, porque eres el único hombre que podrá hacerme sentir algo. Sé gentil, como lo eres, sé hombre para mí.

Enloquecido por el permiso, la tomó en brazos y la depositó con suavidad en el lecho. Tendida así, a su disposición, con el cabello disperso por el manto, sus ojos brillosos y ansiosos, su cuerpo tan deseable y suyo, era una mujer imponente. Acercó su boca a su oreja y le susurró:

—No ha de haber una mujer tan deseada y tan hermosa en todas las Tierras Altas como lo eres tú, Elsbeth.

El aliento cálido enervó a la mujer, que lo sintió ahora deslizarse hasta alcanzar la hendidura de sus senos, que besó con fervor. Una de las manos se deslizó por su abdomen plano y se enredó en su vello púbico, para alcanzar luego su zona más erógena, donde se detuvo y antes de continuar, la miró para solicitar su permiso. Ella asintió, con algo de embarazo por sentirse mojada, sentimiento que olvidó al instante, cuando los dedos la acariciaron y sintió ramalazos de placer provenientes de su lejano sur, ese sitio que jamás había mirado, que había sido vilipendiado y atropellado en el pasado, y que ahora él tomaba como propiedad, con extrema suavidad, reivindicándolo con caricias de amor. Se arqueó con creciente gusto, gimiendo a medida que él avanzaba y cuando el placer fue casi insoportable, lo atrajo hacia sí, momento que él aprovechó para colocarse sobre ella.

Sentía que su miembro estallaba, excitado al máximo; lo acuciaba el temor de no saber cuándo detenerse, por lo que no dejaba de observarla y medir sus reacciones, pero hasta ahora parecía que esas barreras de las que había hablado caían bajo el paso de sus caricias y sus besos, que no cesaron, por su nariz, sus ojos, su boca, senos y toda la piel que podía.

—¡Tómame ahora, tómame ya! —le dijo ella a su oído y él asintió, aliviado.

Su miembro enhiesto, aún cauteloso, comenzó la conquista de un territorio virgen, estrecho y caliente; empujó, abriéndose paso palmo a palmo, con calma y buscando no perder contacto con sus ojos en ningún momento. Sus

aventuras sexuales solían ser fugaces, de vaciamiento rápido y no podía permitirse ese error. Cuando llegó a lo más hondo de su amante, comenzó un movimiento rítmico que se aceleró en ambos. Ella estaba transida y transportada de placer y entrega y cuando el momento cúlmine la alcanzó, la pasión hizo que le clavara las uñas en la espalda, al alcanzar el primer orgasmo de su vida. Unos segundos después, cuando ella aun gemía, él alcanzó el éxtasis y gritó con algarabía, lograda la conquista más importante de su historia. Aturdidos, sacudidos de placer, impregnados de pasión y alivio, se miraron, las respiraciones buscando calma y los corazones acompasando sus latidos para normalizarse. Entonces, Elsbeth rompió en llanto y él desesperó:

—No llores, no quise... —soltó con incertidumbre

—No, no... No me pidas perdón... Lloro de alegría. Ian...me acabas de hacer tan feliz, tan feliz, como nunca imaginé...Yo...sentí... Sentí y disfruté. Gracias.

—¿Gracias? No, Elsbeth... Eres tan ingenua que crees que la favorecida eres tú. ¡Soy yo, soy yo quien debe agradecer! Y lo voy a hacer amándote todas las veces que quieras, que pido sean muchas, porque te deseo de una forma que no imaginas.

Ella sonrió, ahora sonrojada. «¡Gracias, por esta oportunidad, Dios mío!», oró.

Capítulo 16.

BOYD

Se sentía exultante por las implicancias que su nueva situación le proveía, una inesperada y que agradecía. Cuando Marcus Gillespie solicitó a sus superiores que le enviaran con guardias para custodiar a su hija de vuelta a Londres, no había imaginado que esa sería una oportunidad tan valiosa para su posición y futuro. Justo era decir que había ido con gusto, considerando que era la confirmación de que Gillespie lo contaba entre la familia, como hombre de confianza que pronto sería su hijo político, una posición que había buscado hacía tiempo.

Su llegada había coincidido con circunstancias por demás tormentosas y su presencia, imprevista en la región, fue aprovechada para aplicar la justa sanción que los desaires y atracos de esos escoceses imponían. Había asumido la tarea de expulsar a los Edwards con satisfacción e impaciencia; fue sencillo, dada la escasa importancia de los mismos, pero eso no lo sabían allá en Londres y estar en ese lugar cumpliendo adecuadamente los mandatos lo mostraban como un súbdito y funcionario de valía. Ahora, estaba en él buscar otras oportunidades para sobresalir y demostrar su importancia. No dudaba que lograr atrapar a quiénes tenían en vilo a los recaudadores de impuestos que recorrían las Highlands, incluido su futuro suegro, sería el golpe de efecto ideal para un ascenso que le asegurara nuevos privilegios.

Y en eso precisamente estaba: tratando de construir una estrategia astuta que le permitiera identificar a los salteadores, y hacerlos expiar por sus crímenes. Para ello ya había comisionado algunos hombres y mujeres del clan Edwards, a los que había sobornado con facilidad, dada su precaria situación.

Ellos serían sus ojos y oídos en la zona, trayéndoles novedades que le ayudaran. Por si osaban rebelarse, contaba con su familia cerca para hacerlos entrar en razón. Apenas supiera con certeza a quiénes se enfrentaba, tomaría los recaudos e iría con fuerza a castigarlos, así tuviera que enfrentarse a todo un clan. Sus armas y su ejército eran superiores a esos brutos.

Cuando bajaba de la almena desde la que estaba oteando el horizonte, alcanzó a ver la figura inconfundible de Brittany, sentada en un banco de piedra contra la pared sur, protegida de la vista. Sin duda era allí donde se escondía de él en las tardes; en más de una ocasión la había buscado sin éxito. Caminó hacia ella y la sorprendió:

—¡Brittany! Así que es aquí dónde vienes cuando desapareces.

Había ironía en su sonrisa velada y ella sonrió, con algo de nerviosismo. Él notaba que la incomodaba, que ella procuraba alejarse todo lo posible de él, lo que le molestaba sobremanera. Era una soberbia que había sido muy mal enseñada, evidentemente sobreprotegida por su condición de hija única. Marcus Gillespie era un hombre intachable desde todo punto de vista, pero la crianza de su hija había sido una debilidad, que él se encargaría de corregir muy pronto, sujetando su carácter bravío.

—Espero que estés cómoda; estaremos aquí algún tiempo más, al menos hasta que logre desarticular los entuertos que provocan esos ladrones viles. Luego, a nuestro regreso a Londres, que sin duda será festejado por los éxitos que obtendré, haremos una boda con toda la pompa posible.

Vio que la cara de la joven se retorció en un rictus de desagrado y la ira le invadió con rapidez, agriando su tono y haciendo que su cuerpo se tensara, los puños cerrados de tal modo que los nudillos se volvieron blancos, situación que no pasó desapercibida a Brittany, que se recostó contra el muro.

—No pareces estar satisfecha y eso es una pena. Deberías ser más condescendiente, más complaciente con quién será tu futuro esposo.

Ella se mantuvo en silencio, con la mirada huidiza, actitud que lo rebeló aún más. Estaba acostumbrado a las mujeres que se sometían con facilidad, más dóciles y con menos ínfulas. Continuó:

—Tu padre estuvo muy de acuerdo con el compromiso, y a riesgo de sonar un poco altanero, he de decir que mi posición te dará tranquilidad financiera y seguridad a lo largo de los años que vengan. Debería estar más agradecida y ser menos pretenciosa —sus ojos centelleaban.

Brittany lo miró y trató de borrar cualquier emoción de su rostro, convencida que era un momento peligroso; él parecía un animal presto a saltar sobre ella.

—No te confundas, Boyd—dio ligereza a su tono—. Estoy un poco agobiada por todo lo que le ocurre a esta pobre gente. Después de todo, no tienen responsabilidad de lo que ocurre y los hemos despojado de sus propiedades.

Él sonrió de forma desagradable, para luego atemperar su postura y volverse muy serio:

—Te has involucrado demasiado con estas tierras y con estos escoceses, Brittany. No son mas que escoria que aprovecha cualquier resquicio para generar caos y poner en duda la voluntad del monarca. Esa estaba tuya con los Campbell parece haberte cambiado, son demasiado liberales, adjudicando a sus mujeres un papel que no deberían. No me gustan, deben ser vigilados y controlados, seguro están detrás de cosas poco santas. Lo presiento.

—Ellos fueron muy gentiles y hospitalarios y no creo que haya lugares tan estrictos y marcados para las mujeres, Boyd —su voz se elevó, a pesar de que buscaba contener su indignación.

Sonaba atrevida, pero todo él y su discurso la irritaban al extremo; sensación potenciada por el hecho de que se encontraba sin sus afectos, con la tristeza de saber que no volvería a ver al hombre que amaba y eso la acuciaba.

No podía evitar sentir desprecio y repugnancia por Boyd, una que le recorría el cuerpo y la desesperaba.

—Haces mal en pensar así, te traerá problemas—respondió él—. Las funciones del hogar son bastante intensas y requieren atención extrema para que la casa se gobierne adecuadamente. Confío en que tú podrás llevar esa tarea a buen puerto. Nuestra mansión y los hijos que vendrán, así como todo lo demás. Sería bueno que dejes en el olvido esos escauceos con el menor de los Campbell.

El tenor de sus palabras y el tono, que se había vuelto más bajo y sonaba peligroso, casi como el siseo de una serpiente, la asustaron. Le hacía saber que no había sido ciego a las miradas de ambos; tal vez había visto alguno de los encuentros, pensó con pánico.

—No sé a qué te refieres —señaló con nervio y se incorporó para regresar al interior del castillo.

Sintió entonces la mano que, como una zarpa, tomaba su muñeca y la apretaba hasta que lanzó un gemido, tratando de soltarse, pero él la mantuvo apresada.

—No te equivoques, querida Brittany. Tú estás destinada al matrimonio conmigo y eso implica un comportamiento y un rol muy claro. Espero decencia y modestia de parte de mi futura esposa.

—¡Suelta! —dijo ella con furia, haciendo que la tomara por ambos brazos y la estrujara contra sí.

Él la miraba con su rostro vuelto una máscara casi inexpresiva, con un dejo de crueldad en sus labios finos. La rodeó con un brazo y con el otro tomó su cuello y apretó de tal forma que sintió ahogo. El terror la invadió, pensando que estaba tan loco que pretendía matarla, pero él simplemente sonreía y le dijo:

—A veces es necesario dar un correctivo a tiempo antes de que la

situación pierda la forma deseada, querida. Tú eres la mujer que elegí como esposa y espero un comportamiento ejemplar. Eso implica obedecerme a rajatabla, en cada uno de los aspectos de nuestra vida. Las mujeres han de seguir con honradez y sin cuestionar al jefe del hogar.

La soltó con crudeza y ella boqueó para tomar aire y recuperarse, apoyándose en el banco, mientras él se perdía en el interior de la construcción. El pánico que había experimentado demoró unos cuantos minutos en abandonarla y entonces, sollozó con angustia, sintiendo dolor en su cuello y brazos. Comenzaba a convencerse que el suyo sería un destino bastante trágico; este hombre era cruel y lo demostraba incluso antes de estar unidos en matrimonio, sabiendo que ella no tenía escape pues su padre nunca daría un paso atrás.

++++

Para Boyd, esa había sido una buena advertencia, dada en tiempo y forma. Estaba cansado de la petulancia de esa engreída, que había pospuesto durante años su pedido de matrimonio, como si fuera la gran cosa. Ahora que su compromiso era destino cerrado, era imperioso que entendiera quien mandaba. Con adrenalina aun en sus manos, una que le había corrido con fuerza al apretar el cuello de la dama, escanció un whisky generoso que bebió con deleite, mirando a su alrededor, disfrutando de sus logros.

La voz del guardia que le pedía respetuosamente para entrar lo tomó por sorpresa, tan embebido en sus planes se encontraba. Le anunció que un laird de la región solicitaba ser recibido, y se presentaba como Ian MacDowell. Asintió con rapidez, complacido de que la visita de ese hombre se hubiera adelantado a la que él mismo había planeado. Ese era uno de los pasos que había considerado. Sabía que los MacDowell habían sido durante años los únicos aliados reales del Rey en esta zona. Al menos, así había sido con el monarca anterior y esta inercia de apoyo se había mantenido con Carlos, pues

este había sido generoso y liberal en materia de los impuestos, sin exonerarlos, pero tampoco apurarlos o apretarlos, como sí había sido el caso con el resto.

Ahora estaba aquí y eso le alegraba, pues sin dudas, buscaría reafirmar su acuerdo y su voluntad de seguir colaborando. La drástica decisión de expulsar a los Edwards comenzaba a cobrar réditos y eso le provocaba satisfacción. Que el laird MacDowell viniera a él, habiendo otros representantes del Rey por la región, era importante; implicaba que lo reconocía como el puente con el monarca. Los sucesos tendían a encadenarse para favorecerlo, sonrió.

El que se presentó ante él era un pelirrojo corpulento, aunque así parecían ser todos por la zona, con leve dificultad al caminar y actitud compuesta, que le saludó con cortesía. Le dio la bienvenida con compostura y sin mostrar su satisfacción, pues entendía que era menester se lo viera cauto; simplemente tenía que escuchar y luego vería cómo actuar.

Ian sintió inmediata antipatía contra ese inglés altanero y algo engolado para hablar que lo recibió mientras bebía, sin darle siquiera lugar en su mesa. No es que le interesara particularmente compartir, pero le pareció que hubiera sido de rigor en una relación de iguales. La forma en la que lo saludó, envarado y recordándole quién era y la representación real que tenía, hizo que aumentara su resquemor.

—Mi nombre es Ian MacDowell. Como sabrá, soy el líder de dicho clan y durante muchos años hemos tenido un trato muy fluido con el Rey.

—Como corresponde a todo buen súbdito— la voz era chillona, a su gusto, y pareció ensayar una advertencia.

—Sin duda —encajó sus mandíbulas—. He creído necesario venir a plantear mi postura, dada la gravedad que han tomado algunas acciones en este lugar —continuó, ahora alzando su voz, llamando la atención del hombre, que

parecía poco interesado, aunque en realidad estaba alerta.

—No hubiera sido necesario, ya que doy por descontado su apoyo incondicional a Carlos y sus acciones —agregó.

—Justamente por eso creí necesario venir, para expresar con voz firme y clara mi pensamiento y que nada se dé por evidente.

La pasión de sus palabras llamó la atención de Boyd, que lo miró a los ojos; una leve inquietud comenzaba a corroerlo, máxime al ver al hombre tan decidido y con tono de mando, uno que le pareció demasiado elevado. Ian continuó.

—Considero que estar en desacuerdo con la decisión de expulsar de sus legítimas tierras a los Edwards es algo de rigor para un escocés, máxime cuando no hubo ningún tipo de provocación ni se comprobó delito alguno por parte de ese clan.

La sorpresa de Boyd fue extrema, pero trató de disimularla frente a ese patoso escocés, que osaba presentarse ante él, desafiarlo y cuestionar lo que había hecho en nombre de Carlos. Esto confirmaba sus ideas de que los hombres de estas tierras estaban locos.

—Debería saber que no he hecho más que cumplir mis órdenes, que por cierto provienen del Rey. Haría usted bien en quedarse tranquilo en su castillo y no intervenir —el tono perentorio se coló en la voz alta y seca de Boyd, ahora incorporado y tratando de imponerse.

Frente a sí encontró a un Ian firme, con la mirada clavada en él, sin obsecuencia ni obediencia. «Mugroso escocés de porquería», pensó, rebelado por su atrevimiento.

—Todo aquel que exprese su desacuerdo con el Rey, se rebela ante él. Debería tener eso muy claro antes de venir aquí a plantear tamaño desvarío —amenazó.

—Me considero un buen súbdito, pero soy antes que nada un escocés y no

puedo dejar de estar al lado de mis iguales —la calma invadía a Ian a medida que Boyd descomponía su falsa imagen de compostura y se le notaba—. Esto, que ya sería suficiente, se potencia dada mi reciente boda con Elsbeth Edwards, la hija del laird que usted expulsó. Estoy aquí en su nombre y en el mío propio, no solamente para expresar que los MacDowell no seremos neutrales ni apoyaremos nuevas acciones reales de expoliación, sino para remarcar que lo que ocurrió en este castillo atentó contra los derechos naturales de los Edwards—El estupor volvía el rostro de Boyd una máscara pálida y eso gustó a Ian, que siguió—. Por eso expongo a usted directamente mi queja y pido la transmita a sus superiores para que llegue a directos oídos del Rey.

—No se equivoque, yo no soy un mero recadero que haré saber su pataleta —musitó Boyd, sus ojos transformados en dos ranuras—. Tal vez creyó que era buena oportunidad casarse con esa mujer, pero le aseguro que está tomando una postura peligrosa, que solo le hará mal.

La amenaza era directa y Boyd la expresaba acercándose, sin que Ian retrocediera un solo paso. La tensión era alta y Ian decidió que debía irse; su mensaje estaba dado y tenía que evitar cualquier tipo de problema con ese hombre, que pudiera ser usado luego en su contra o de los Edwards.

—Agradezco su tiempo y espero sea respetada y considerada la decisión de mi clan.

++++

IAN

Se dio vuelta y se dirigió a la salida, sin esperar respuesta del inglés, que había quedado rojo conteniendo sus furiosas palabras. No daría más tiempo a ese hombre que, a pesar de su petulancia, no era más que un segundón con ínfulas. Estaba cansado de ver que cualquiera venía a estas tierras a

imponerse; demasiado tiempo lo habían permitido. Era momento de poner coto. De salida, guiado por el guardia que lo había conducido al interior en primer lugar, casi chocó contra una joven mujer a la que se notó en extremo nerviosa. Distinguió con claridad, a pesar de que ella usaba un abrigo de lana sobre el cuello, las marcas rojas en su garganta, contrastando en la fina piel blanca. Él había visto cuando niño esas mismas marcas en su madre como para no identificar su origen. Rechinó los dientes, su hombría rebelada por la cobardía sobre un ser tan frágil.

—Usted... Usted es el hermano de Kirstie, ¿no es así?

El asintió, sorprendido de que conociera a su hermana, aturdido por su agitación y temor, que se reflejó en sus miradas de soslayo hacia atrás.

—Mi nombre es Brittany y soy la... prometida de ese hombre —su rostro se tensó, a la vez que tomaba aire para continuar—. No lo desafíe, es un hombre terrible; solo encontrará dolor para usted y el resto. Es inflexible y ambicioso, quiere demostrar ante el Rey que puede con todos y no dudará en matar y torturar a quien sea necesario para obtener lo que desea—Ella hablaba con celeridad, buscando decir todo antes de la llegada del guardia, que ya retrocedía intrigado por su detención—. ¡Dígale a los Campbell que se mantengan alejados!

Dicho esto, se dirigió escaleras arriba, casi corriendo. La desesperación de sus palabras conmovió a Ian, además de sorprenderlo. Estaba claro que ella había escuchado la conversación y si a priori podría haberle llamado la atención que tuviera una posición tan crítica con su prometido, las marcas de la violencia daban un marco comprensible a las palabras. Al parecer, conocía a los Campbell, su intento por advertirlos daba cuenta de un vínculo más que fluido. Nunca había escuchado de ella antes y evidentemente era inglesa.

El camino de regreso fue bastante más aliviado que el de llegada: le enorgullecía haber expresado su posición con claridad, ubicarse en la fila con

sus hermanos, como siempre había debido ser. Convencido, eliminados los rencores y los odios obtusos que tanto mal le habían hecho y tanto lo habían relegado. Agradecía a su madre, a Sam por buscarlo, a Elsbeth por redimirlo. Azuzó al caballo, quería volver a ella cuanto antes.

El renacer mutuo que significaba su relación lo tenía subyugado. En ese vínculo, espiritual y físico, él había comenzado a redescubrirse. A pesar de ser el experimentado y ella la temerosa debutante, plena de temores lógicos, al unir sus cuerpos y sus almas, parecían comenzar de cero. Fue a la recámara y la encontró pensativa, aunque su sonrisa cálida le abrigó de inmediato. Estiraron sus brazos al mismo tiempo, quedando estos entrelazados y ellos unieron sus frentes, para luego besarse con calma, lento y sin prisas. Respirándose y comunicándose con sus pupilas.

—Te extrañé, y no me digas que fueron pocas horas. El tiempo parece detenerse cuando no te tengo cerca —le dijo ella con timidez.

Se emocionó y no pudo evitar demostrarlo. Tantos años de ocaso se borraban solo con esa frase, sencilla y profunda a la vez.

—Ah, Elsbeth... Me das demasiado crédito. Soy yo quien se ilumina con tu presencia. Hasta me vuelves poeta —sonrió.

En verdad era extraño escucharlo esgrimir esas palabras, él que de habitual era parco y concreto.

—¿Cómo te ha ido? —inquirió ella con interés.

No se imaginaba qué resultado podría haber conseguido en su antiguo hogar y no se hacía ilusiones falsas al respecto. Ian suspiró y se sentó a su lado, relatando su diálogo con Boyd y las impresiones acerca de su altanería. Luego, el rostro de la prometida volvió a él, así como sus marcas. No dudó en contar a Elsbeth el encuentro y su tenor, así como sus sospechas de maltrato, frente a lo cual ella se llevó las manos a la boca.

—¡Pobrecilla! Sin duda, la castiga. Y, aun así, te pide que adviertas al

clan Campbell para que se protejan, piensa primero en los otros. ¡Un alma noble, no apreciada! ¡Qué triste!

El asintió, más conmovido, entendiendo mejor la situación por la emocionada expresión de su esposa. Decidió que enviaría una misiva al castillo Campbell dando cuenta de su encuentro, para dejar establecida su posición en favor de sus pares, y en especial para hacer notar la figura de esa muchacha y su advertencia. Si ella decía que los Campbell debían cuidarse, era porque algo se tramaba, supuso, por lo que debían saberlo para tomar las previsiones del caso.

++++

LOS CAMPBELL

El enviado llegó al castillo en pocas horas y entregó el sobre en mano a Ewan Campbell; como le había sido encomendado expresamente por Ian. El asunto era de urgencia y no podía haber intermediarios que extraviaran o enlentecieran el mensaje. Para Ewan, fue una enorme sorpresa recibir un mensaje de su cuñado, con él que no había cruzado palabra en años. La vuelta de Kirstie, tan esperada, le había traído tranquilidad porque ella era feliz al mejorar su vínculo, y sus hijos dibujaron una imagen suavizada del tío Ian, al menos una con ribetes humanos, de risas y cuentos. Mas imaginaba que esa renovada familiaridad le dejaba fuera, por ser uno de los principales responsables de la muerte de su padre Blair y de la huida de Kirstie.

Sin embargo, ahora llegaba esta misiva, por lo que su curiosidad lo empujó a abrirla sin demora. Leer la florida letra le hizo pensar que su madre escribía por él, pues no le imaginaba con términos tan cultos; luego, la entidad del mensaje le impactó y dejó de lado los detalles. La preocupación le ganó de inmediato y con el papel en la mano, se dirigió al salón, para dar cuenta a los demás de la situación.

Encontró a Glenn que retornaba de las tierras y estaba hablando con Isobel y Kirstie, y sin mucha introducción, les dijo que la carta que tenía en sus manos daba cuenta de dos situaciones graves.

—Kirstie, preciosa. Esta misiva la ha enviado tu hermano —su rostro de curiosidad le hizo continuar—. Es una buena muestra de ese cambio que me dijiste ha tenido. Glenn, él fue hasta las tierras Edwards...

—¿Qué ha hecho? —el rostro de Glenn se demudó, pensando lo peor.

—No, tranquilo, fue a hacer saber su postura en favor de nuestra alianza y de la decisión que el conjunto de los líderes tome—El laird abrió sus ojos, para luego asentir, con alivio—. Allí habló con Boyd Cameron.

—¡Se los dije! —señaló Kirstie con júbilo; ella ya les había transmitido el mensaje de Ian al llegar, pero no los había convencido del todo.

—Así que abandonó su idea de la neutralidad. Bien hecho, bien hecho—dijo Glen, quien enfatizó la aprobación en el gesto de su cabeza—. No hay lugar para posturas medias en la situación en que estamos.

—Esa es la buena noticia. Lo otro... —Ewan miró en derredor, tratando de evitar que Lyle llegara de improviso y le escuchara, al menos antes de saber cómo proceder—. Relata que una joven se presentó como la prometida de Boyd y le pidió que nos advierta, que estemos alerta. Y, según parece, vio marcas de violencia en su cuello y brazos. Ian está segura que ese maldito de Boyd la maltrata.

Isobel y Kirstie lanzaron sendos grititos de ansiedad y rabia.

—¡La pobre Brittany! Es ella, pero, ¿cómo es posible? Su padre la protege mucho, Boyd no...

—Su padre está lejos —sentenció Glenn, el rostro tenso—. Está haciendo su trabajo, con gran tutela de guardias. Su idea era que se fuera a Londres... Eso no ocurrió y Boyd no está controlado. Ese hombre, se le notaba lo bajo de sus instintos...

—¿Qué haremos? ¡Debemos ayudarla! Es apenas una joven. Cuando Lyle lo sepa... —ensayó Isobel.

—Acá hay dos asuntos bien graves —señaló Ewan, meditando—. Uno, es su advertencia. Si ella está pasando mal y se arriesga a advertirnos, es porque piensa que puede ocurrir algo contra nosotros.

—Es lo que pienso —asintió Glenn—. Debemos reforzar nuestras defensas y definir nuestra postura. No hay más lugar para diálogos poco fructíferos. Debemos alistarnos y estar prontos, los ejércitos de los clanes dispuestos a ayudarse, con celeridad. Me encargaré de eso. Lo otro...

Ewan torció el gesto. No había mucho por hacer, a su juicio. Era una relación en la que no podían intervenir ni mediar, salvo alertar al padre cuando estuviera a su alcance. Abrió su boca y entonces Kirstie lo frenó:

—Sé lo que vas a decir. Te conozco. Tu lógica irrefutable señala que no nos compete. Tal vez tienes razón. Pero Lyle debe saberlo. ¿Cómo podríamos mirarlo a los ojos y negarle la posibilidad de conocer la horrenda situación por la que atraviesa la mujer que ama? Isobel está convencida que es así, ¿verdad? —buscó la afirmación de la otra mujer.

—Sería injusto —afirmó Isobel, con un estremecimiento, debatiéndose entre lo que pensaba y el viejo y familiar presentimiento de que algo ominoso los rodeaba—. Debe saberlo. Pero me temo que no lo conducirá a nada bueno.

—Qué se entere. Ustedes, háganle saber—pidió Glenn—. Veremos qué hacer y cómo contenerlo hasta encontrar una salida. Ewan, sígueme. Necesito tu consejo.

Isobel asintió y le hizo un gesto a Kirstie, quien tomó aire y la siguió hasta donde sabían que Lyle estaría, el reducto que había elegido como guarida para lamer sus heridas. Habían visto la forma en que su carácter se había apagado y lo taciturno que se había vuelto apenas Brittany había partido. Era evidente el vínculo que los unía, se notaba en sus rostros y en sus cuerpos;

perderla lo había conmovido; y a esto se agregaban la culpa y el remordimiento que lo acuciaban por haber promovido el desastre para los Edwards y otros.

Lo encontraron tendido sobre paja, al lado de su caballo, masticando heno, la vista ida. Kirstie tosió para que él las notara, y logró que se incorporara, disgustado por la interrupción, aunque luego dulcificó el gesto al verlas. Trató de recomponerse, no le gustaba que lo vieran tan débil e irresoluto, pero se sentía vacío y fracasado, era algo que no podía evitar.

—¿Lyle?

—No me digas nada, Kirstie —gruñó él—. No necesito consejos o reprimendas.

—En realidad, no estoy aquí por eso. Verás... —Lo que debía decir no era algo fácil de relatar—. Llegó un mensaje de mi hermano Ian. Él... ha decidido ponerse de nuestro lado y luchar con nosotros, de ser necesario.

—Bien por él—dijo, cáustico y casi impaciente. Quería soledad, nada más.

—Fue hasta las tierras del clan Edwards a manifestarlo a Boyd. Vio a Brittany.

Ahora tenía toda su atención, el rostro vuelto hacia ella con curiosidad y luego preocupación, al notar su pausa.

—¿Qué es, Kirstie? —se incorporó y avanzó hacia ella.

++++

LYLE

Algo estaba mal y lo veía en el rostro de sus cuñadas; el silencio tormentoso de Isobel y el nervioso gesticular de Kirstie.

—Ella le advirtió para que nos cuidemos. Algo se está gestando contra nosotros.

—¡Ese imbécil que tiene de prometido, si planea algo de éxito, me corto una pierna!

—No le des tan poco crédito. A veces, desde la posición más débil puede surgir el zarpazo menos pensado. Lo que quiero decirte y por favor, intenta escuchar sin enloquecer...Ian está seguro que Boyd ha golpeado y castigado a Brittany, vio marcas en su cuello y brazos. Serias.

El dolor y la furia de su rostro fueron inmediatas expresiones de su rostro, evidentes en su gesticular y gritos, que Kirstie se vio imposibilitada de acallar.

—¡Maldito perro inglés, maldito! ¡Cobarde, mil veces cobarde! Toma revancha en una mujer frágil porque no tiene los testículos para enfrentar a un hombre.

Luego se sumió en el silencio, girando sobre sí, perdida la cordura y la calma. «Ese maldito lunático castiga a Brittany, mi amor. No solamente la condena a una vida de desamor, sino que la tortura». Que su fina piel, su cuerpo grácil y frágil estuviera a merced de un sanguinario lo enloquecía. Trató de pensar, ajeno a las frases de Isobel, que había tomado la posta de la palabra y trataba de traerlo a la realidad.

Salió de la caballeriza hacia su dormitorio, casi corriendo, ya decidido. Se cruzó en el camino de sus hermanos, que lo vieron casi ciego, y al escuchar a Kirstie llamándolo, se dieron cuenta de que su estado era frenético. Lo siguieron, pidiéndole que pensara y que se uniera a ellos para diseñar algún plan para detener a Boyd.

—¡No puedes seguir comportándote como un animal sin razón! —le espetó Ewan—. Ven y siéntate, algo se nos ocurrirá. Su padre, Marcus, es quien puede detener las cosas.

—¡No hagas nada que exponga al resto de los escoceses! —gritó Glenn.

Les ignoró uno a uno, su espada, cuchillos y protecciones en mano.

Apenas si se tomó el tiempo de dar un beso a su madre y tomar su caballo. Ese cobarde pagaría con sangre el sufrimiento de Brittany, no tenía otra idea en su cabeza. Espoleó su cabalgadura y al galope corrido abandonó el castillo, dejando a todos inmersos en la preocupación y la angustia. Porque solo podían suponer sus próximos pasos y ninguno era bueno.

—La enorme energía, valentía y bondad de Lyle, así como su natural inteligencia, se pierden cuando lo dominan los impulsos —sentenció Glenn, con pesar.

—No imaginé que se iría así —se lamentó Ewan—. Pensé que pediría nuestra ayuda, que tendríamos oportunidad de planear algo juntos.

—Rogemos porque no haga nada loco—dijo Isobel, pesarosa.

Su presentimiento comenzaba a tomar forma, y cómo lamentaba que su don se expresara con tanta claridad.

Capítulo 17.

LYLE

No había tenido la intención de ignorar a sus hermanos ni desconocer sus temores. Amaba a su familia y se venía sintiendo muy mal por todo lo que había precipitado, pero lo que supo enterraba cualquier afán de raciocinio. La emergencia, la urgencia por salvarla y la lejanía en la que estaba, hizo que su cabeza explotara y nuevamente los impulsos tomaran las riendas de su razón. Había montado su caballo sin mirar atrás y se dirigió a hacer lo único que se le ocurrió. Buscaría a Glad y los otros y les pediría, les rogaría si fuese necesario, que se le unieran y le acompañaran en una campaña de rescate.

Era algo insano y extremo, mas si los convencía, podían espiar a Boyd y su guardia; ver cuántos hombres tenía en el castillo Edwards. Por lo que había visto, no eran tantos y bastante poco disciplinados. Si no había recibido tropas de refuerzo, podía ser posible tomar por sorpresa a ese maldito inglés. Lo mataría, si era necesario, pero recuperaría a Brittany a como diera lugar.

El camino que poco tiempo atrás había recorrido para increpar a Glad, ahora lo galopaba con el objetivo de encontrarlo, y con él a los otros, actividad que llevó casi toda la tarde. Una vez reunidos en el lugar donde habían planeado sus atracos, les contó lo que ocurría. Fue sincero, manifestando su odio y su convicción de que era un asunto personal, con tintes de revancha. Pero también les dijo que era una forma de tomar postura, hacer algo para limpiar lo que habían provocado a los Edwards.

No le costó convencer a sus compañeros de correrías de volver a golpear a los ingleses; todos habían sufrido hondamente por el castigo que se había

impuesto a los Edwards al quitarles lo suyo y creían inevitable que los zarpazos del Rey se extendieran hacia los otros clanes.

—¿Qué propones, Lyle? Somos pocos, aunque de seguro varios más se nos unirán con gusto apenas lo solicitemos. Hay mucha ira.

Lyle asintió y pasó a detallar lo único que se le ocurría.

—No podemos ir contra los recaudadores, están armados y a la expectativa. Pero si podemos espiar el castillo Edwards. Allí hay un batallón pequeño, pero su líder tiene cierta importancia. Si podemos hacernos con él, de seguro sería un buen golpe a la moral de las tropas, aparentaríamos más poder a pesar del número y podríamos hacer un trueque. ¿Qué les parece?

Si bien no mencionó lo más importante para él, que era rescatar a Brittany, era evidente que ese canje del que hablaba la tenía en mente.

—Podemos intentarlo —señaló Glad—. Una cosa te advierto —agregó ceñudo—. La única forma de que eso tenga éxito es si el hombre sale del castillo. De lo contrario, sería una locura. Aunque lo evaluaremos mejor luego de vigilar y tener una idea más cierta del contingente.

Lyle estuvo de acuerdo. Al menos ponerse en marcha le daba la sensación de estar haciendo algo por ella. La organización implicaba dejar sus lugares habituales y avituallarse para los días en que estarían escondidos, durmiendo a la intemperie y comiendo lo que tuvieran a la mano, pues ir livianos implicaba priorizar armas, agua y la buena condición de los corceles, herramienta fundamental en cualquier ataque o huida. Glad sugirió organizar grupos y vigilar desde dos puntos, los principales de acceso al lugar.

Debían visualizar la cantidad de hombres, los movimientos de rutina, quiénes llegaban o salían. También era importante lograr un contacto con alguien de confianza del castillo, habida cuenta que aún vivían y servían allí algunos miembros del clan Edwards, obligados por su pobreza y falta de horizontes. La situación requería una paciencia que Lyle no tenía, unos tiempos

que le desesperaban y sacaban de quicio. Estar tendido oteando hacia el lugar donde sabía que Brittany podía estar siendo castigada, nublabla su mente y por segundos veía todo rojo.

Uno de los hombres vino la tercera tarde, diciendo que había logrado hablar con el herrero del castillo y este le había confiado que vivían atemorizados y subyugados por el inglés que comandaba, un mal hombre que nada apreciaba y los humillaba diariamente. Se había comprometido a informarles de cualquier movimiento de salida que hubiera. Ese era un dato de importancia, que tanto Glad como Lyle valoraron estratégico. Dos días después, el contacto surtió efecto; el herrero se había deslizado fuera del castillo y había hecho saber que Boyd se preparaba para partir con destino a las tierras de los Campbell. Llevaba una porción de los guardias, un número fácilmente dominable.

—Esta es la oportunidad que esperábamos —sentenció Lyle—. No tendremos mejor chance.

Se prepararon con sigilo hasta ver que, confirmando la certeza de la información, un carruaje rodeado de guardias salía del reducto Edwards, sin dudas conduciendo al jefe, y avanzaban con rapidez por el camino general, para luego tomar dirección hacia las tierras Campbell. Cuando estuvieron seguros, Lyle y los suyos tomaron la delantera y se posicionaron en un lugar de vegetación cerrada, a ambos lados de la senda y allí esperaron. Era igual a uno de los asaltos que ya habían realizado, no había preocupación en los hombres, aunque sí ansiedad y nervios en Lyle.

Al rato se escuchó el movimiento y los ruidos, por lo que se apostaron en sus lugares, algunos a pie y otros en sus caballos. Cuando el carruaje apareció, lo rodearon con facilidad, desarmando a los guardias y obligándolos a desmontar. Lyle se dirigió al vehículo, dispuesto a tomar a Boyd por el cuello, con la furia golpeando su pecho. Su asombro fue mayúsculo al ver que adentro

solo había un hombre, un escocés atado y con una mordaza impidiéndole hablar, con el kilt que distinguía a los integrantes del clan Edwards. Cuando pudo reaccionar y comprender qué ocurría, ya era tarde.

—¡Es una trampa! —aulló, girando en su caballo, solo para ver que un enjambre de soldados y caballos los rodeaban con rapidez, cerrando el paso de cualquier escape.

Glad trató de hacerlo, arremetiendo contra quienes eran obstáculo, solo para ser alcanzado por el cuchillo veloz y certero de uno de los guardias. Con pericia y celeridad, Lyle y los suyos fueron desarmados y golpeados hasta ser reducidos. Se resistieron cuanto pudieron, pero los soldados eran muchos. Habían tendido la trampa con astucia, exponiendo a algunos como carnada, sabedores de lo que pasaría. Era obvio quien los había vendido: el herrero, era el pobre hombre sangrante y atado, que ahora los acompañaba en su mala hora. Sus ojos pedían perdón a gritos y Lyle no pudo más que asentir, comprendiendo que había sido obligado. Tal vez lo habían seguido cada vez que salió, tal vez alguien de confianza de los ingleses lo había visto reunido con ellos, como fuera, había sido el comienzo de su caída.

Fueron maniatados y acomodados en el carruaje, hacinados y sangrantes, algunos en el pescante, otros adentro. La guarnición no tenía intenciones de demorar y a la carrera, impactados por cada golpe en piedras y pozos, los llevaron al castillo que por días habían vigilado. Cuando el carro se detuvo, apenas si podían moverse. Lyle elevó la vista, solo para ver avanzar al odiado Boyd, con una sonrisa de superioridad, casi como un lobo afilándose la dentadura. El muy cobarde ni siquiera había ido él mismo a enfrentarlos, mandaba a sus guardias a que hicieran lo que él no se atrevía.

++++

BOYD

No podía en sí de la satisfacción. Esta era una muestra de su sabiduría y elevaba su figura a ojos del resto de los ingleses, estimó. Hacía días que suponía que en algún momento sería objeto de alguna conspiración, dado su papel de ejecutor de la justicia del Rey. Había creado varias carnadas y en una de ellas habían caído los mugrosos y poco inteligentes salteadores. A su alegría se sumó la sorpresa al descubrir un regalo inesperado: entre los atacadores atrapados, distinguió sin sombra de duda a Lyle Campbell. Sintió un placer casi animal en su interior, uno que anticipaba la revancha.

—Miren lo que trajo acá el destino, bienvenido Lyle Campbell —su voz sarcástica cruzó el patio—. Una sorpresa inesperada... Me corrijo, ¿qué se puede esperar de un bruto escocés más que brutalidad? Duro golpe para tu familia, si no está detrás de todo esto. Sin duda tú serás la pieza más importante, el instrumento que me permitirá demostrar mi pericia y estratégica visión de estas tierras.

Con un gesto hizo que lo sacaran del carruaje y lo pusieran en el suelo, del que Lyle trató de elevarse, pero sus ataduras se lo impidieron. Boyd se acercó con parsimonia y sin mediar más palabra, lo golpeó con brutalidad en el abdomen, haciéndolo encoger de dolor. Luego, le pateó la cabeza. Era evidente que disfrutaba. Le dijo luego:

—¿Te crees la gran cosa, gigante? Eso parecía en tus dominios. Ahora, solo eres una minucia, una basura en mi bota. Comprobarás de una vez y para siempre el poder y la superioridad de los ingleses.

Lyle se acomodó como pudo y lo miró, sin miedo, entero a pesar del dolor y la furia.

—Eres un cobarde que se escuda en sus hombres, inventando trampas y mandando a ellas a los suyos. Uno que solo es valiente frente a las mujeres.

Boyd se acercó nuevamente, sonriendo, aunque internamente acicateado por el orgullo de ese hombre.

—Tú serás el principal responsable de todo el dolor que te espera, te aseguro que puedo ser muy cruel.

—No soy una mujer a la que puedes torturar a placer y sin respuesta —lo desafió.

Boyd asestó el golpe, mas nada demostró. Ese maldito escocés no importaba. Le dio la espalda y dio órdenes expresas para que se lo atara en el medio del patio central, sus extremidades ceñidas por cuerdas de manera de que quedara firmemente estaqueado. Sus órdenes se ejecutaron con rapidez y una vez inmovilizado, el mismo Boyd pateó uno de sus costados y tiró agua sobre el cuerpo semidesnudo, sólo cubierto con su kilt.

—Ahí te quedas, mugroso escocés—dijo con desprecio, disfrutando de antemano del dolor ajeno—. El sol y el frío en la noche irán haciendo su trabajo. Te arrepentirás una y mil veces de tus crímenes.

Lyle no gastó palabra y evitó mirarlo otra vez. No le daría el gusto de demostrar su desaliento y el dolor que sentía, que además sabía solo era el inicio de una tortura larga, una que, de no mediar alguna ayuda, lo destruiría. Había visto los ojos de ese hombre y eran fríos y rencorosos. Así como necesitaba ayuda, rogó para que sus hermanos no intercedieran; no les quería expuestos a esa rata inglesa. Había llegado aquí a buscar a su amada. Estaba a pocos metros y nada podría hacer por ella. Solo pensar que podría ser castigada ante sus ojos sin poder defenderla, su espíritu se sublevó. No sabía cómo, pero tenía que guardar cualquier energía que le quedara y aprovechar cualquier situación. La esperanza se negaba a perecer en su mente.

++++

BRITTANY

Había observado el intenso movimiento con curiosidad, ya que era inusual en el castillo. Sin embargo, evitó asomarse cuanto pudo, sabiendo que

Boyd estaría por allí. Evitaba cruzarlo o verlo cuando no era obligación; en las comidas estaba en su sitio, pero luego escapaba. Lo despreciaba y le temía. Rogaba que el laird MacDowell hubiera tomado sus palabras con seriedad y advirtiera a los Campbell para que se cuidaran. El golpe en su puerta cortó su pensamiento y abrió, solo para ver ante ella el odioso rostro.

—Te aviso que tenemos invitados —la sonrisa fina y cruel la sorprendió—. Unos muy especiales. Verás, tuve éxito donde otros fallaron. Atrapé a los ladrones que tanto daño han hecho. Te dije que lo haría. Esto me dará el favor del Rey—Hablabla con jactancia y ella ladeó su cabeza, sin interés—. Pero él continuó—. Para gran sorpresa, he comprobado que el líder es uno de tus queridos Campbell, el menor.

El rostro de la muchacha se demudó y él interpretó su palidez como asombro e incredulidad.

—Así como lo oyes. Estará varios días sufriendo en el patio, digo por si lo ves maniatado. He dado orden expresa que ahí quede, para advertencia de todos aquellos escoceses que quieran imitar su ejemplo. Que todos vean lo cruel que puede ser la sanción por los delitos de traición.

Él la miraba con cuidado, como midiendo sus reacciones. Brittany sostuvo su examen con su rostro impasible; sabía que, con el dolor en el alma, debía permanecer inalterable si no quería que el castigo de Lyle fuese peor. Por dentro, su corazón corría como un corcel enloquecido. Asintió mecánicamente cuando él dijo que la esperaba a cenar. Apenas la puerta de cerró, se tomó el rostro, enloquecida, la respiración agitada y girando sobre sí misma. «¿Qué hago, ¿qué? Debo ayudarlo, liberarlo. No importa si me descubre, no...». Se detuvo entonces y cerró los ojos, buscando pensar. «Cálmate, cálmate ya. Respira, otra vez. Debes calmarte. Nada puedes hacer si enloqueces. Si acaso, empeorar las cosas. Debes ser astuta. Actúa como si nada. No te importa, no te afecta. Prepárate. Ve a cenar. Come lo suficiente.

Sonríe. Asiente». Si lograba actuar como siempre, tal vez algo podría hacer por él. Tal vez, sollozó.

Se presentó compuesta a la mesa, sin dar muestras de conmoción o siquiera de prisa. Se logró convencer de que tenía que actuar con inteligencia y fingir un agrado que no sentía, una compostura que no tenía, un desinterés falso. Escuchó las tonterías de los hombres, los jefes principales que habían acudido a cenar y festejaban, celebrando y brindando por el éxito. Apenas pudo, solicitó retirarse. En la vorágine de la bebida, Boyd la excusó sin problemas. Horas eternas debieron pasar para que las sombras y el silencio invadieran el castillo.

Ella esperó, atisbando con cuidado; la noche oscura oficiaba de cómplice. Se cubrió con una larga capa oscura y entonces, decidida y cuál ladrón escurridizo, pegada a los muros, descendió por las escalinatas que conducían al patio. Espió a los dos guardias desde las sombras y los vio languidecer, bebidos y ganados por el sueño. La falta de luna jugaba también a favor. Cuando creyó estar relativamente a salvo, se precipitó al centro del patio, donde estaba el pobre Lyle, su amor, sangrante, que se sobresaltó al sentir sus manos. Lo sorprendió dormitando y hubiera hablado fuerte e insultado, de no reconocerla de inmediato.

—Amor mío, ¡qué has hecho! —musitó ella en un susurro sollozante, besando sus labios con un roce.

—¡No llores! —dijo él bajito—. No, no llores.

Al dolor intenso el ganaba la algarabía de ver su rostro.

—Es un hombre cruel, te va a usar como ejemplo. Te matará —su voz se quebró.

¡Cuánto lo había extrañado y qué dolor verle sufrir así!

Él asintió.

—Si eso es el precio por volverte a ver, compensa inmensamente mis

horas y mis desvelos.

—¿Por qué te expusiste? Pensé que estabas arrepentido de lo que tus acciones habían ocasionado —sus palabras se apuraban.

—Lo estaba. Y entonces me enteré de tus heridas y no lo pude resistir— Brittany entendió con horror que, al hablar con Ian, este no solo había transmitido su advertencia, sino sus marcas. Era su culpa que él estuviera aquí —. Quise evitarlo, quise salvarte y aquí me ves. Ya ves. Este tonto hombre, que poco éxito tiene en lo que emprende, te ama con intensidad.

Ella sollozó abatida y lo abrazó, besándolo y sintiendo el sabor agri dulce de la sangre en sus labios.

—¡Debes irte, Brittany! —la urgió él, ahora preocupado—. Si te descubren aquí, él te castigará. Por favor, vete ya.

—¡No puedo dejarte aquí!

—Si puedes. Debes, si me amas. Sería mi mayor dolor pensar que, en lugar de salvarte, contribuí a tu desgracia. Vete, por favor.

Lo acarició y luego miró hacia arriba, para ver qué hacían los guardias. No había movimientos. Se arrebujó en el manto y corrió semi agachada, para volver a su habitación con el mismo cuidado, aunque más lento, sus extremidades pesadas, su mente enredada y dolorida. Su corazón sangraba y no sabía qué hacer para salvar a su amor de una muerte segura. Él...le había dicho que la amaba. La ansiada confesión la hizo llorar aún más y la arrulló cuando intentó dormir, objetivo que no consiguió. El amanecer la encontró sin pegar un ojo, elucubrando planes alocados e imposibles, invadida por el desánimo.

++++

LOS CAMPBELL

La intención de Glenn de que el acuerdo entre clanes operara y diera una

solución al problema suscitado, naufragó antes de comenzar, bruscamente detenida por una novedad que estremeció a toda la familia. La imprudencia de Lyle, su impulsividad, finalmente cobraban su consecuencia, como habían temido. La noticia de que había caído en una trampa y lo habían capturado, llegó con rapidez, transportada por el único de los salteadores que había logrado salir ileso. El encargado de mantener los caballos sujetos y listos, había presenciado la encerrona de lejos, apenas con tiempo para esconderse y evitar ser atrapado.

El único lugar en el que pensó que podría encontrar ayuda fue en el castillo Campbell, y allí llegó, forzando su caballo al extremo. La desesperación y la impotencia se abatió sobre todos al enterarse y el dolor en el rostro de Ailsa era buen parámetro del que sentían todos. Más allá de las primeras maldiciones y de culpar una y otra vez a su imprudente hermano menor, tanto Glenn como Ewan sabían que no le podían abandonar a su suerte. Pero ir a confrontar ciegamente a los guardias del Rey solo sería provocar un conflicto aún mayor. Las discusiones acerca de qué hacer dominaron los diálogos.

Todo se tensó más cuando comenzaron a llegar las novedades de la tortura a la que estaba siendo sometido; retazos de historia transmitidos por testigos a distintos hombres, justamente con la intención de hacer visible el castigo temible al que debían enfrentarse los que actuaban en contra del Rey. Esta fue la orden de Boyd, que su astucia y severidad llegaron hasta el mismísimo corazón de las Highlands; que todos supieran que levantar un dedo en rebeldía, elevar una voz de protesta o dar refugio a los rebeldes, era equivalente a dolor, expropiación o desarraigo.

Para los Campbell, empero, este abierto desafío no era más que una provocación; no había razonamiento posible cuando era su hermano el que era expuesto cómo bandera de ejemplo, sin ningún tipo de consideración, al

despreciar Boyd abiertamente la hospitalidad con la que había sido recibido en su momento. Era una afrenta y no había otro modo de lavarla como no fuera con una confrontación. Esto no implicaba el enfrentamiento armado de hecho, pero sí lo insinuaba; por lo pronto, había que mostrar las fuerzas con las que se contaba, para devolver la idea de que no iban a ser amedrentados con facilidad

—¡Ese pusilánime no tiene idea de lo que es tocar a uno de los nuestros!
—señaló Glenn.

Tanto Kirstie como Isobel presenciaron con temor como sus esposos alistaban sus armas y llamaban a sus hombres. No osaron intervenir, sabiendo que en ese momento estaba en juego no sólo el honor o la autonomía de sus tierras, sino que los vínculos de la sangre primaban. Cada hora que pasaba, su hermano languidecía, acercándose a su muerte. Esperar era sentenciarlo. Cuando estuvieron listos, habiendo reunido más de doscientos hombres, ambas mujeres y Ailsa los despidieron con el corazón en un puño, rogando porque todo tuviera un rápido y feliz desenlace. Para ponerlas aún más tensas y preocupadas, los jóvenes Brod y Lean también se sumaron a las huestes, después de horas de súplicas y ruegos para que sus padres los llevaran. Argumentaron que ellos también eran hombres del clan y merecían ser parte del ejército que salvaría a su tío. Este los había preparado bien. Cuando lograron el objetivo, se cuadraron con orgullo al lado de los veteranos, exultantes y en especial Brod, presentando la imagen de un guerrero feliz. Las madres estaban aterradas, pero nada podían hacer.

Isobel se acercó a Glenn que, compuesto en su caballo, con su vestimenta de batalla y su espada Claymore enfundada, daba órdenes de marcha.

—Oh, Glenn, tengo tanto temor, aunque entiendo que no hay otro modo. Cuida a nuestro hijo y a Lean; se creen mayores y no saben a lo que se pueden enfrentar.

—No es lo que quería, lo sabes bien —tomó él la mano de la mujer, que se elevó para tocar su pierna—. Es mi hermano, está siendo cruelmente castigado. Han ignorado todas mis buenas intenciones de negociar, evidentes para todos en estas tierras y hasta Londres —meneó la cabeza—. Debo reconocer que Lyle tenía razón, en parte. Los ingleses toman lo que quieren, cuando quieren, y pretenden aquiescencia. Ese hombre, Boyd... Aprovechó nuestra comida y nuestra bebida, nuestra protección. ¿Qué recibimos? Crudeza, sin ningún atisbo de piedad. Entonces, me temo que no hay otra forma que responder al fuego más que con fuego. Y claro que velaré por los chicos. Mas deben ver cómo hacemos las cosas en estas tierras.

—¡Ten cuidado! Es un hombre taimado. Ni siquiera respeta a la que será su esposa.

—Por eso digo que es violento. Ni siquiera estamos seguros de que represente exactamente el sentir del Rey. Creo que hay tensiones y ambiciones individuales en esa postura tan recalcitrante. Solo lo sabremos cuando lo confrontemos.

Marcharon con presteza, sabiendo que cada minuto que viajaban, Lyle podía estarse desangrando, muriendo de sed e inanición, si las condiciones en las que lo tenían eran tan sombrías como habían sido descritas. En las primeras horas del siguiente día, luego de haber avanzado sin descanso toda la noche, acamparon en las afueras del castillo Edwards, rodeando todas las posibles entradas. Doscientos hombres eran mucho para un reducto tan frágil, y eso lo sabían todos. La primera intención no era invadir, sino amedrentar para negociar.

Una vez establecido el sitio, los hombres ordenados y expuestos para que se viera su fuerza, el estandarte de los Campbell extendido, Ewan y Glenn se acercaron con parsimonia al portón de ingreso y a los gritos, explicitaron sus intenciones de parlamentar con Boyd.

—No aceptaremos una negativa como respuesta. Sabemos que tiene a nuestro hermano y en las condiciones en que está. Nos recibe o tomaremos los recaudos —gritó Glenn, espoleando su caballo.

—Toda acusación de un delito, debe juzgarse en los tribunales para ello instaurados. No aceptamos justicia por mano propia, ni siquiera por parte de quien se auto titula emisario del Rey. Trasmitan estas palabras —agregó Ewan.

Varias horas transcurrieron hasta que un hombre salió del castillo y se acercó al campamento a expresar que Boyd había consentido recibirlos, pero solo se permitiría entrar a los hermanos Campbell. Estos asintieron de inmediato y marcharon detrás del guardia. Al trasponer el portón central vieron a su hermano estaqueado. Ewan intentó acercarse, siendo detenido por dos guardias que custodiaban al prisionero. La sangre seca y el escaso movimiento hacían difícil ver si respiraba, tan maltrecho se lo notaba. Castigado de una forma tan cruenta y cobarde que tanto Glenn como Ewan se llenaron de ira, el primero rechinando sus dientes, sintiendo una furia fría y densa que le impedía casi respirar. Ni bien estuvieron frente a Boyd, sin mediar otra palabra, le espetó:

—¡Exijo, demando que mi hermano sea inmediatamente liberado y tratado como corresponde!

Sus ojos llameaban y se adelantó mientras hablaba, momento que Boyd se protegió a medias detrás de un guardia. «Cobarde sabandija», pensó Ewan, un poco más retrasado, buscando evaluar todo: lugar, hombres, situación.

—Su hermano es un criminal, un vulgar salteador de caminos. Le hemos tratado de acuerdo a su condición.

La boca cruel y los ojos huidizos daban cuenta de que no pretendía ceder en su posición, a pesar de que estaba evidentemente comprometida. Glenn pensó qué podría partirlo en dos en ese momento, tal era la furia que le hacía

temblar su mano. Con gusto hubiera empuñado su espada y atacado a ese hombre al que había dedicado demasiado tiempo en su castillo.

—Mi hermano es un hombre que, aún en la equivocación, merece ser tratado en acuerdo a las leyes. Estas existen, no las desconocemos, parece que usted sí—Ewan había tomado la rienda de la conversación, percibiendo la ira de su hermano—. Demandamos un trato de acuerdo a lo que plantean las normas.

—Ustedes no están en condiciones de demandar nada y si los he recibido, es solo para que visualicen de primera mano lo que ocurre a quienes desafían el poder de Carlos. Será mejor que desarmen su campamento y regresen a su castillo con sus tropas, si no desean que algo peor ocurra.

Detrás de la aparente entereza de Boyd se escondía un temor rastrero producto de saberse rodeado y en inferioridad de condiciones, pues las tropas que tenía apenas alcanzarían para contener un asalto. Por ello, la amenaza, que procuró sonara creíble, era una mera pantalla, una que pretendía que funcionara frente a estos brutos, que no conocían otra cosa que el golpe y el grito para reaccionar.

Glenn lo miraba fijo, detectando sus falencias. Era un hombre avezado en el trato con los otros y este no le engañaba. Estaba cansado de tonterías. Su voluntad de diálogo había sido confundida con debilidad y no lo permitiría más.

—Usted se ha equivocado con nosotros. Con los escoceses en general y con los Campbell en particular— chirrió su voz metálica, lo suficiente para que todos los presentes escucharan—. No nos iremos hasta que nuestro hermano venga con nosotros, así debemos mantener el cerco del castillo por meses enteros.

—Desafía usted al Rey mismo —gritó Boyd con incredulidad.

—Se da usted demasiado crédito, Boyd. El Rey debe tener representantes

bastante más cuerdos y lúcidos. Ningún hombre en sus cabales rechazaría la negociación, así de plano, poniendo en riesgo las posesiones del monarca, a sus hombres y su honorabilidad. Me hace pensar si sus determinaciones no son más que ínfulas personales, de las que Carlos nada sabe.

Giró y le hizo una seña a Ewan, para que lo siguiera. El silencio los rodeó mientras salían. Atravesaron el patio, mirando con desafío a los guardias.

—Vendremos por ti, ¿oyes, Lyle? Resiste. Estamos aquí por ti —le gritó Ewan.

Una vez afuera, la reja cayendo y cerrando el acceso apenas salieron, Glenn murmuró:

—La situación de Lyle es desesperante. ¿Lo viste moverse?

Ewan negó, con una preocupación que hizo ver a su hermano que estaba en su misma sintonía. Si esto se prolongaba demasiado, su suerte podía estar echada.

—Si no lo libera en cuestión de unas horas, invadiremos—decidió Glenn.

—Es complicado, son pocos y el lugar parece débil, pero nos costará sangre.

—Al lado de otras cosas que hemos hecho, esto puede ser bastante simple.

—Eso no lo dudo, somos más. Ví que todavía quedan bastantes hombres que usan los colores de los Edwards. Seguro no harán nada por deternos y nos ayudarán. Me preocupa perder vidas inocentes.

—Eso será algo con lo que deberemos lidiar. La sangre clama —sentenció el laird.

Ewan le devolvió la mirada con igual decisión.

—Lo sé, simplemente lo señalo.

Al cabo de medio día, sin novedades desde el castillo, la situación dio un

giro en favor de los Campbell. Por varios sitios, los estandartes de colores anunciaron la llegada de otros clanes, sosteniendo la alianza que habían tejido hacía meses, buscando apuntalar una postura que creían de justicia y contra el que invadía sin consideración. Contingentes de pocos hombres algunos, como los Grant o los McDonald, otros más armados y numerosos, como los MacPhearson, todos llegaron dispuestos al conflicto, si era necesario. A ninguno escapaba que, si el mentado Boyd, que se había convertido en el enemigo en pocos días, triunfaba sobre los Campbell, era cuestión de tiempo que les pusiera el pie encima a todos.

Boyd no dejó de observar, con inquietud, como el campamento sitiador crecía y se poblaba de colores. Su posición, de por sí débil, era cada vez más comprometida. Su furia e impotencia se reflejó en nuevos castigos sobre Lyle, tan salvajes que hasta sus hombres comenzaron a murmurar. La intranquilidad había ganado a todos desde temprano, sabedores de que las tropas que podían ayudarlos estaban lejos y su líder era un inoperante dictador. Su incapacidad para ceder y descomprimir una situación desesperada, llevó a que cuchichearan a sus espaldas.

En el momento en que pateaba nuevamente al menor de los Campbell, como si torturarlo solucionara las cosas, sintió un grito y luego un golpe en su espalda, así como sus cabellos jalados salvajemente. Luchó y se revolvió para liberarse, arrojando contra un muro a la pequeña Brittany, que era la que había embestido ciega contra él, impedida de continuar soportando como mataba de a poco a su amor. El golpe la dejó inconsciente y cuando despertó estaba en su lecho, siendo atendida por una de las sirvientas. La cabeza le dolía y trató de levantarse, pero la mujer negó y le ayudó con suavidad para que volviera a tenderse.

—Miladi. Quieta, no se mueva. Recibió un golpe tremendo. Ese hombre está loco. No se le acerque. Si no la mató allí mismo es porque se desmayó.

No se exponga, él está desesperado y busca a alguien en quien descargar su rabia.

Capítulo 18.

MARCUS GILLESPIE

Al promediar el segundo día de asedio y cuando ya todo estaba dispuesto para la invasión del castillo, todo pareció girar contra los Campbell y mejorar para Boyd, cuando, de forma inadvertida, Marcus Gillespie apareció con un batallón importante. Él desconocía lo que había ocurrido, venía desde el norte, donde había cumplido a rajatabla la misión encomendada, sin problemas mayores. Encontrar el enorme campamento de escoceses dispuestos a la lucha, rodeando el que era un castillo menor, le impactó. Detuvo la marcha y bajó del carruaje desconcertado. Envío al líder de sus soldados a que inquire a los acampados y en respuesta inmediata, frente a él apareció el laird Campbell. Esto le sorprendió aún más, habida cuenta que lo consideraba un hombre compuesto y negociador.

—¿Qué hace usted aquí? Y con todos estos hombres —miró a su alrededor—. No pueden cuestionar lo sucedido y ejecutado por Boyd, la decisión de expropiación fue del Rey. No es algo que nosotros podamos detener, somos simples funcionarios.

—No es una decisión con la que acordemos, pero pretendíamos que se modificara. Teníamos todo dispuesto para negociar. Ahora, todo ha cambiado. Su futuro hijo político ha tomado prisionero a mi hermano y lo ha castigado con salvajismo, llevándolo al borde de la muerte. Lo que ya era intolerable, se ha tornado imposible. No permitiré que se riegue mi sangre con impunidad.

El tono y la postura de Glenn Campbell eran irreductibles y así lo comprendió Marcus. Si Boyd había cometido errores y estos no se revertían, si no se procedía con calma, esto solo conduciría a problemas mayores.

Estaban dispuestos a invadir, era obvio. Él podría detenerlos, pero sería un baño de sangre. Y su hija estaba adentro. No podía proceder sin consultar a Boyd y saber sus razones. Desautorizarlo frente a estos escoceses tampoco estaba en sus planes. Tenía que intervenir con astucia.

—Nada sé de estos últimos acontecimientos que describe. Apenas llego. Debo entrar y valorar la situación con mis propios ojos. Me comprometo a negociar y a tomar las decisiones más lógicas, que favorezcan a todos, sin perjuicio de que solo respondo por los intereses del Rey. Le pido tiempo y paciencia.

—Lo tiene, unas horas. Mi hermano languidece.

Con esta amenaza sobre su espalda, avanzó hacia el castillo y fue recibido por un aliviado y casi histérico Boyd, que veía en sus tropas la salvación, una que había temido no llegara. La mente de Marcus evaluaba todo y lo que comenzó a ver lo desagradó. La primera orden que dio fue la de liberar y atender al hombre estaqueado en el centro. Le impresionó el tenor de las lesiones y se dio vuelta para increpar a Boyd por su ceguera, y le asombró ver que este se acercaba y daba una contraorden, con rabia mal contenida.

—¿Qué haces, Boyd? Esos hombres afuera están en pie de guerra. Debemos tomar alguna medida de desagravio.

Marcus era consciente de que su posición era más civil y económica que militar, por lo que no tenía autoridad sobre los hombres de Boyd. Esperaba racionalidad y prudencia y no una cerrada negativa a escucharlo.

—Ese hombre ha enfrentado el castigo por ser el jefe de los ladrones que nos han asolado por semanas. Tú fuiste una de sus víctimas. No merece nada mejor, estoy sentando un ejemplo. No me contradigas, Marcus.

Para este era asombroso darse cuenta que había convivido con su salteador, al que había visto como un hombre de pocas luces. De todos modos, eso poco importaba ahora y le fastidiaba que ese tonto de Boyd no pudiera

verlo.

—¡Este hombre es un Campbell y ahí afuera tenemos a todo su clan y a otros buscando liberarlo!

—¡Debe ser castigado! —recitó con insistencia Boyd.

Al odio que sentía por Lyle se sumaba la convicción de que su futura esposa lo veneraba, y eso le hacía hervir la sangre, impidiéndole ver nada más.

—Para eso tenemos normas. Los ingleses no podemos comportarnos de la misma forma que los salvajes que deploramos—Marcus miró con impaciencia a Boyd; este se comportaba como un tonto irreflexivo, alimentando fuegos que no podía controlar—. Debemos proceder con cautela, estamos rodeados.

—Papá...

En el momento en que la discusión entre ambos se volvía álgida, se escuchó la voz de Brittany y Marcus giró para encontrarla tambaleante. Corrió hacia ella, sosteniéndola cuando casi se desmayó en sus brazos.

—¿Qué te ocurre, hija?

Alcanzó a ver sus moretones en el cuello, sus brazos con heridas, el golpe en la frente. Desconcertado y asustado, le rodeó los hombros y la condujo a un costado para que descansara.

—¿Hija? ¿Por qué estás herida? ¿Qué ocurre?

Marcus estaba exaltadísimo, perdida toda cordura y compostura habitual. A una tarea que había sido ardua, de confrontación, insultos y odio pasivo al cumplir su tarea habitual, se sumaban el sitio al castillo, la estupidez de su futuro yerno y ahora, su hija herida.

—Boyd... Es un hombre cruel.

El estupor le ganó.

—¿Boyd? ¿Él te ha golpeado?

Bastó que ella asintiera para que Marcus sintiera su furia crecer hasta

convertirse en una oleada que lo ennegreció. Boyd no solo era un imbécil que ponía en peligro a todos, sino que además era un golpeador. Se había atrevido a levantar la mano a su hija, la luz de sus ojos.

—¡Tu! —se incorporó con velocidad, yendo hacia el cobarde, quien retrocedió, perdida toda valentía y descubierta su fachada—. ¡Te has atrevido a golpear a mi hija! Además de actuar como un inepto que solo puede provocar más conflictos, en lugar de aliviarlos. Tu única tarea era tomar el castillo y esperar...Y aquí afuera tenemos toda una horda de escoceses rodeando el lugar, dispuestos a dar guerra. No eres ni cerca el hombre que pensé —escupió a sus pies con desprecio.

—¡No se atreva a insultarme! —pálido de furia, pero aún inmóvil, Boyd temblaba de nervios.

—¿Que no me atreva?

Marcus se acercó con celeridad impensada y le pegó un puñetazo que apenas lo aturdió, aunque alimentó una ira tan grande que, cuando le dio la espalda, Boyd lo atacó a traición. El grito de horror de Brittany le advirtió, a tiempo para empuñar su cuchillo, casi por instinto, y darse vuelta para recibir la furia irrefrenable de Boyd. Ambos cayeron por la embestida y Boyd quedó desmadejado sobre Marcus, cuando las fuerzas escaparon por la herida de muerte en su estómago. Fue desconcertante para ambos, inesperado y no buscado. Marcus jamás había herido a nadie y en este caso, lo había hecho de manera no premeditada. La incredulidad pintó los rostros, y Marcus necesitó varios minutos para comprender que todo se había salido de las manos. Boyd yacía sin vida, en un desenlace absurdo, dado por algo que solo podía catalogarse como locura de su parte.

Por fortuna, la reacción frente al ataque había sido presenciada por varias personas de confianza y credibilidad probada, quienes de inmediato manifestaron que había sido legítima defensa frente a un hombre que había

perdido toda la razón, sin duda impulsado por la desesperación. Brittany se acercó llorando a su padre, tocándolo para ver si estaba en buenas condiciones. Este meneó la cabeza, asintiendo a pesar de su aturdimiento y pesar, y la instó a descansar mientras se resolvía lo que quedaba del grave entramado generado, que aún los tenía rodeados por cientos de highlanders. Tomó aire y pensó algunos minutos, mientras el cuerpo aún caliente de Boyd era retirado del salón.

Lo primero que hizo fue dar instrucciones para aflojar las tensiones inmediatas, no potenciarlas. Dio la orden de liberar al prisionero Campbell y hacerlo saber a sus hermanos; no necesitaban que desde afuera se percibiera el tumulto generado de forma errónea y que creyeran que era Lyle quien había muerto y los atacaran en respuesta ciega. A su vez, dio la orden de curarlo. Ya vería luego cómo se procedía en relación a la acusación que pesaba sobre él; no creía que se pudiera desconocer su infame proceder. Pero eso vendría después y no dependería de él.

«O sí», pensó entonces, al ver la desesperación y la alegría con la que su hija le agradecía y como corría detrás de los soldados que lo liberarían. La siguió con desaliento, solo para verla tomarle la mano y recitar su nombre con dulzura, acariciando sus heridas, para luego ayudarlo a levantarse. Entendió que parte de la furia de Boyd debía haber sido ocasionada por conocer el amor que ella profesaba al menor de los Campbell. Como y cuándo se había producido eso, lo ignoraba; había pasado desapercibido ante sus ojos.

El gigante fue depositado en una cama en una de las habitaciones de la servidumbre. Brittany se dedicó amorosamente a limpiarlo, aunque Marcus la llamó cuando procedieron a cortar sus ropas y cambiarlas para adecentarlo. No correspondía que estuviera presente. Fatídica hora aquella en que aceptó traerla a estas tierras, se lamentó. Ella no respondía casi ante él, a pesar del cariño que le constaba le tenía. El amor de sus ojos era para ese escocés y no

veía que pudiera hacer nada para impedirlo, sin ganarse su odio. Bastante había sufrido con ese animal de Boyd.

Lyle estaba lúcido, aunque muy maltrecho. Solo podía consumir agua y algo de sopa, pero se sentía mejor a cada minuto. El alivio de saberse libre, desatadas las cuerdas que le impedían todo movimiento, curadas sus heridas, todo lo valoraba infinitamente. En todo momento perseguía a Brittany con la mirada y lo primero que hizo cuando tuvo fuerzas fue elevar su mano para tocar su mejilla y acariciarla.

No sabía con exactitud qué había ocurrido y el dolor le atravesaba todo el cuerpo. Debía tener varios huesos rotos. De a poco se fue enterando de todo. La tortura había terminado, sus hermanos habían venido por él, Boyd estaba muerto, afortunadamente en manos de otro inglés y esto no sería moneda de cambio para una guerra. Recibir a sus hermanos, sus gestos adustos y discursos, lejos de molestarle, le hicieron sonreír. Le pautaban que estaba a salvo, que las cosas volvían a la normalidad.

—Te trasladaremos a casa y estarás al cuidado de Isobel, ella te curará del todo. No quiero una negativa, es más de lo que mereces, considerando tu locura —le dijo un Glenn serio, pero a la interna feliz de verlo con vida.

—¡No! —se escuchó detrás la voz de Brittany, baja pero seca, sorprendiendo a todos en la pequeña habitación. Hablaba desde la puerta—. Él se quedará aquí, bajo mi tutela hasta que pueda moverse. En este estado no puede viajar, no permitiré que sufra más de lo que lo ha hecho.

Ewan y Glenn se miraron, el segundo fastidiado e irresoluto. No veía que bien podía hacer que siguiera aquí, era un hombre fuerte. Su intención era llevar a todos al resguardo del castillo Campbell y allí esperar lo que pudiera venir. Estaba por saberse qué decisiones tomaría Carlos Estuardo en relación a los últimos acontecimientos.

—Aquí queda a merced de los ingleses y...

—Me quedaré... —cerró la discusión el propio Lyle—. Brittany me cuidará.

Glenn encajó las mandíbulas y Ewan le dio un codazo. Era inútil insistir; la pareja estaba aliada en su trece y no habría nada que lo separara. Salieron al pasillo y se enzarzaron en una discusión.

—Ewan, si lo dejamos aquí, no tendrá oportunidad. De seguro lo llevarán a juzgar lejos, luego a una cárcel de Londres. Es tan insensato que prioriza el amor que le tiene a esa muchacha a su seguridad.

—Se arrojó prácticamente al enemigo por ella, ¿crees que podemos detenerlo? No me gusta más que a ti, pero no veo forma de convencerlo, como no sea noquearlo y llevarlo inconsciente. Será peor, volverá aquí o donde sea por ella.

Marcus había escuchado todo y se acercó, suspirando y resoplando. Coincidió con los hermanos y estaba seguro que Brittany haría lo mismo si se la llevaba lejos. Ya no podría detenerla.

—Es una situación espinosa por demás —les dijo, sorprendiéndoles y cortando su discusión—. Nos enfrentamos a dos jóvenes obcecados y enamorados. Yo soy un hombre práctico, mucho. Y mi sentido común me dice que solo obtendremos su odio y dolor si los separamos. No quiero perder a mi hija; de hecho, detesto la idea de que se case con un escocés. Sin embargo, detestaría más que me odie y fenezca de tristeza.

—¿Qué dice concretamente? —le pidió Ewan claridad.

—Dejen a su hermano permanecer aquí. Será cuidado y no lo trasladaré a otro lugar. Esperaremos las órdenes reales y, en todo caso, ustedes recibirán noticias y podrán hacer lo que consideren necesario.

Todos asintieron. Era un acuerdo de palabra en el que confiaban. No podían hacer más.

El final...

La tranquilidad había vuelto a la región, y todos agradecían que la guerra se hubiera podido evitar. La inquietud provocada por la suba de impuestos, que había impulsado los atracos y los episodios de violencia posteriores, se calmó progresivamente, al aflojar el Rey sus pretensiones. Sin duda esto sería temporario y daba cuenta de la habilidad del monarca para distender y evitar más rebeliones. Los lairds de los principales clanes no dudaban de que el año próximo o el siguiente volvería a exigir pagos elevados, a perseguir la producción de cerveza con altos impuestos, así como también sabían que la Iglesia Anglicana cerraría su cerco sobre la escocesa, procurando dominarla y someterla. Mas se vería más adelante.

Una de las muestras de paz más festejadas fue la contramarcha en las órdenes de expropiación, medida por la cual los tres clanes que habían sido afectados pudieron volver al control de sus tierras y castillos, incluyendo a Sam Edwards. Este, refugiado como había estado en tierras de Ian, casi vegetando, pareció recuperar vigor al recuperar su querido castillo, al que se preparó para regresar con presteza. Estaría más solo allí, porque Elsbeth ahora pertenecía a los MacDowell, pero esto le alegraba el alma.

No le importaba vivir un tanto solitario y podría morir contento solo al pensar que su niña había logrado la felicidad que por tanto tiempo se le había negado. Le constaba la alegría de vivir de su hija; era testigo de como ella, día a día, iba rompiendo la crisálida que había construido a lo largo de los años y abría sus alas hacia una vida luminosa, dando espacio al amor y a la presencia masculina.

Si le hubieran dicho algunos meses atrás que Ian MacDowell sería el responsable del renacer y la felicidad de su hija, hubiera reído con estrépito. Y, sin embargo, allí estaban ahora, ambos redimidos de pasados complicados y grises, no sólo por las circunstancias o la conveniencia, sino por un amor que se hacía evidente en cada gesto dedicado, en cada sonrisa y caricia hechas en forma cada vez más espontánea y con menor timidez, demostrando al resto que se querían sin pudores.

Eran extraordinarias las vueltas que el Señor proveía a sus fieles, pensaba Sam, agradecido. El resultado tan favorable debía tener que ver con todos los años de fidelidad y rezos que Elsbeth había realizado, una devolución del destino. Este le había enseñado a sobrevivir al dolor, a valorar y a amar y creer que podía ser retribuida en ese sentimiento.

Esa misma alegría que inundaba al anciano Sam, que enternecía su mente, de habitual más práctica, sentía Catriona cuando notaba que su hijo sonreía más y hablaba de los suyos con naturalidad y asiduidad, mencionando incluso la posibilidad de invitar a Kirstie y a sus hijos a pasar temporadas o incluso visitarlos en el castillo Campbell. Aquel rencor que había alimentado por años se diluía gota a gota en el cariño, la pasión y la caridad que Elsbeth le despertaba.

Cada noche era para ambos un crecimiento y un disfrute mutuo, que se alimentaba y reforzaba merced a caricias cada vez más osadas y vibrantes, a besos compartidos de pasión. Redescubrir sus cuerpos y recrearse en sus sentidos les permitía darle valor diario a la vida juntos y soñar con la posibilidad de tener hijos que continuaran su amor. Una esperanza que ambos habían perdido antes de que sus vidas se conectaran y encadenaran, hoy era posible.

—No te negaré que me hubiera gustado sentir todo esto antes, esta pasión, este amor y este cariño. Fueron tantos años de dolor, soledad y miseria —le

dijo ella una noche, los ojos brillando con gotas de alegría—. Pero siento que llegan en el momento justo, en la oportunidad adecuada para que los valoremos. Dios es sabio.

—Si el pasado te jugó mal y por tantos años creíste ser una perdedora, sufriendo por tu dolor, déjame decirte que disfrutaré de compensarte una y mil veces de aquí a la eternidad —enjugó él sus lágrimas, emocionado—. Y me encanta cómo te dejas compensar, cariño mío —agregó con picardía, ante lo cual ella enrojeció—. Mis años y experiencias previas no me habían preparado para tu miel, que me invade y me enloquece.

Ella sonrió con placer y timidez, para enredarse nuevamente en su cuerpo y permitirle que le robara besos y gemidos hasta altas horas de la noche.

++++

La recuperación de Lyle implicó varias semanas, y a medida que su cuerpo mejoraba y sus huesos sanaban, su urgencia por incorporarse y volver a la acción hacía que su ánimo se volviera tempestuoso. Solo el buen tino y la mano de hierro de Brittany, que se transformó en implacable enfermera a tiempo completo, lograron calmar sus nervios e impetuosidad. Rompiendo el celoso marco que Marcus imponía a sus contactos diarios, mediados siempre por alguien de la servidumbre, la mejor medicina para el gigantón de los Campbell fueron los besos apasionados y las caricias con las que Brittany borraba los límites de la decencia al colarse noche sí y otra también en el pequeño camastro, buscando embriagarse de él.

La primera vez fue casi impensada, nacida de recorrer las heridas que ya sanaban, sus dedos suaves trazando surcos sobre la piel y los músculos marcados del hombre, sintiendo crecer en ella la excitación. La mirada incendiaria con la que él la estimulaba y la percepción de su masculinidad, que emergía sugerida entre las mantas, la aturdió aún más. Sabiendo lo que pasaba intentó irse, pero ya era tarde; él la apretó contra su pecho, llenando su

boca de besos que se volvieron intensos y sin pausa. Pronto se recorrían sin pudores y él se deshacía de toda barrera, para quedar desnudo frente a ella, que lo observó con estupor y luego codicia, empapada y deseosa de unirse a él.

Conteniendo la molestia de su costado, el dolor fue suplantado por el placer; la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí, elevando su ropa y haciendo que se montara sobre él. Brittany lo había dejado hacer, decidida y siguió su juego de besos y caricias, frotándose contra su miembro, despertando sensaciones maravillosas y desconocidas, que la hicieron gemir. Él soltó su cabello para que cayera sobre su rostro, mientras ella, con torpeza fruto de la ansiedad, se desacordonaba la parte superior para dejar a la vista los redondos y blancos pechos, de rosados pezones, que el rodeó con sus manazas, acariciando con deleite, para luego llevarlos hasta sus labios, succionando y lamiendo sin parar.

A partir de entonces, no hubo dolor que lo detuviera y si la posición dominante de ella lo molestó, jamás se hizo notar. Ella rodeó sus piernas con las suyas y construyó un ritmo demoledor y placentero, uno que terminó con gemidos enloquecidos y roncós, transportados a otra esfera, una desconocida para Brittany y nueva en sensaciones para Lyle. Casi con estertores, se juraron amor eterno y noches de unión hasta la muerte, mientras cubrían sus labios, buscando acallar la pasión que pudiera atraer los problemas.

Noche sí y otra también se amaron, y a medida que Lyle se sintió más fuerte, comprendió que su vida jamás volvería a ser la misma si no la tenía a su lado. Necesitaba de su boca, de sus besos, sus dedos recorriendo sus omóplatos y sus nalgas, hacerla vibrar y arrancar esos gritos de placer que lo enloquecían. Temía a su vez los castigos que podían llegar y la oposición del pétreo Marcus, que apenas lo había mirado dos o tres veces desde la puerta, su rostro insondable. No quería volver a su locura, no podía robarla o

secuestrarla, pero de seguro moriría de dolor sin ella.

Prolongó cuánto pudo su estadía y cuando ya no hubo excusas y el laird de las tierras, Sam Edwards, volvía a tomar posesión del lugar y Gillespie hablaba de volver a Londres, se presentó ante él con Brittany de su lado y le dijo sin ningún tipo de introducción:

—Brittany es mi mujer y se queda conmigo.

Marcus le miró con molestia y fastidio, maldiciendo internamente la falta de modales y ubicación de los escoceses y de este en particular. No se le escapaba que su hija lo amaba y no era ningún tonto; no tenía forma de frenar lo inevitable. Hacía días que se preparaba para lo que veía irremediable. Sabía que ese bruto no dudaría un segundo en tomar a su hija y montarla sobre el caballo y no la volvería a ver, pues ella no se echaría atrás.

—Te expresas de una manera deplorable —le indicó—. No diré que me complace, que no es así. Pienso que puede haber cien hombres mejores que tú para mi hija y ella merecería más, pero no puedo ir en contra de sus deseos. Digo mejor, podría...Mas no quiero que sufra.

Brittany había contenido la respiración y alivió sus nervios al ver que su padre cedía sin pelear.

—Pero no te llevarás a mi hija como un vulgar ladrón, exponiéndola a la murmuración y la maledicencia. Consideraré esta instancia, lamentable por su forma, como tu pedido de su mano y diremos que, en cuestión de unas semanas, se hará el compromiso, debidamente anunciado y dado a conocer a quién le pueda interesar.

—No solemos hacer así las cosas por aquí —señaló Lyle, molesto por el tono de mando del inglés.

—No me interesa como suelen hacer las cosas aquí. Te digo cómo será y esa es mi condición para ceder. Será una boda importante y con las invitaciones correspondientes. Los gastos correrán a cuenta de mi bolsillo,

para asegurarme que tengan la pompa adecuada. ¡No digas nada, Brittany! —la frenó con cansancio—. Estoy haciendo una concesión extraordinaria. Si por mí fuera, exigiría que te subieras al carruaje y nos fuéramos para nunca más volver. Como van las cosas, creo que te escaparías. Y yo te quiero, hija, no toleraría perderte. Quiero que todo sea en buenos términos.

—Gracias, señor Gillespie—dijo Lyle con humildad, una que no solía esgrimir, pero comprendía el sacrificio de buena voluntad que el hombre hacía y no se le escapaba que no era por él.

Claro que tenía que ver con Brittany, pero respetaba a un hombre honorable y se comportaría en acuerdo a eso. Tenía que atemperar su espíritu frente a él, al menos como pudiera. Brittany adoraba a su padre y lo merecía.

—Me comprometo a honrar a su hija todos los días de aquí a la eternidad. Sé que no tiene la mejor opinión de mí, y en parte entiendo que mis acciones fueron apresuradas y provocaron males impensados. No fueron realizados con tal intención.

—Me preocupa tu impetuosidad —lo confrontó el otro—. Varios acontecimientos podrían haberse evitado si hubieras hecho caso a tu hermano, un hombre sabio.

—Es el mejor laird de estas tierras —señaló con orgullo—. Aprendo de mis hermanos todos los días. Y también de Brittany. No se equivoque —le señaló—. En esta relación, la fuerte es ella.

Sus palabras despertaron la sonrisa de la muchacha y su asentimiento. Buscaba traer tranquilidad a su padre, al que abrazó largamente. Tener su bendición, aunque fuera a regañadientes, era importante.

Esa noche, después de amarse todo lo que quisieron, los cuerpos acoplados como si fueran diseñados uno para el otro, Brittany tomó el rostro de su amado y le indicó:

—Te agradezco como hablaste a mi padre y que reconocieras tus errores.

Para él es vital la gente honesta y la valentía ante el error. Aunque, he estado pensando... ¿Sabes que si no hubieras sido imprudente nunca nos habiéramos conocido? No estaríamos hoy juntos, disfrutándonos. No digo que esa sea una actitud a mantener en el tiempo, lo aclaro. Puede ser complicada y no la toleraría.

Él sonrió, la miró y acariciando su cabello le respondió:

—Mi madre suele decir que el Señor obra de maneras misteriosas. No soy un gran creyente, pero creo haber sido bien utilizado.

—¿Crees haber sido una herramienta del Todopoderoso? —se burló ella.

—No sé si será para tanto. Considera lo siguiente, inglesa arrogante: has sido tan bendecida al haberme cruzado en tu camino, que deberías pensar si te lo mereces —sonrió él, jocoso.

—¿Bendecida yo? Te das demasiada importancia. Acordaré con mi padre, tú has sido tocado por la magia cuando decidí que valías algo y me fijé en ti —lo miró con desafío.

Él la miró casi como una fiera acechando a una presa incauta y sonrió. Si fuera un lobo, estaría en ese mismo momento afilando su dentadura.

—Ven a mí... No me importa como nos cruzamos y quien es más bendecido. De seguro yo, lo confieso. Te quiero en mi cama y en mi vida de aquí al fin de los mundos. No podría saciarme de ti lo suficiente, aunque pasaran mil años.

Brittany sonrió, satisfecha. Le pasaba lo mismo. Entrelazar sus cuerpos era magnífico, pero que sus almas estuvieran conectadas por la eternidad era la maravilla a la que aspiraba. Era feliz.

FIN

Querido lector:

Agradezco infinitamente tu apuesta por mi pluma y espero que no te haya decepcionado. Esta es la segunda novela de una saga que te relata la vida de los Campbell y su descendencia. Si no leíste la primera, te invito a hacerlo y a continuar con las que vendrán:



Tengo varias novelas más esperando por ti en la plataforma Amazon:

amazon.com/author/isabellaabad



Por más datos de mis novelas, puedes ingresar a mi blog:

abadisabella.blogspot.com

Si deseas tener adelantos, anticipos, participar en sorteos y más, te invito a suscribirte a mi correo:

<https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920>